



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
ACATLÁN

“LA VIDA DE LAS ÉLITES EN EL MÉXICO DECIMONÓNICO DESPUÉS DE LA
INDEPENDENCIA: 1821-1910”

T E S I S

PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIATURA EN
HISTORIA

PRESENTA

VICTORIA FALCÓN MONROY

ASESORA: DRA. LORENZA ELENA DÍAZ MIRANDA

Santa Cruz Acatlán, Naucalpan, Estado de México, 2023





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

Agradecimientos.....	5
Planteamiento del Problema.....	6
Hipótesis.....	6
Objetivo general.....	7
Estado de la cuestión.....	7
Introducción.....	15

Capítulo 1: La vida de la alta sociedad mexicana durante el periodo de 1821 a 1850.....18

Los sitios de reunión más frecuentados por la élite de ese tiempo.

1.1 La Lonja Mercantil.....	22
1.2 Los cafés.....	25
1.3 El teatro.....	28
1.4 Las casas habitación de la aristocracia mexicana.....	32
1.5 Costumbres y forma de vida de la élite.....	35
1.6 Los vínculos y compromisos matrimoniales.....	38
1.7 El atuendo en la alta sociedad.....	44

Capítulo 2: El entretenimiento, la diversión y los festejos de la élite mexicana desde 1821 a 1860.....62

2.1 Tertulias.....	62
2.1.1 Los bailes y las fiestas de lujo.....	67
2.2 Tarjetas de visita e invitaciones.....	73
2.3 Las ceremonias cívicas y el papel de la Iglesia.....	75
2.4 Las festividades de la Junta Patriótica.....	78
2.5 Las festividades cívicas de los Héroes Nacionales.....	82
2.6 La Semana Santa.....	84
2.7 La fiesta del Corpus Christi.....	88

2.8 Fiestas decembrinas.....	91
2.9 Diversiones favoritas.....	98

Capítulo 3: El Segundo Imperio con Maximiliano y Carlota: el Protocolo Imperial (1864 a 1867). Y el estilo de vida de la élite decimonónica durante esta época..... 105

3.1 La llegada de los emperadores a México, la creación de la Corte sus miembros y los principales puestos imperiales.....	108
3.2 Los símbolos de la Corte.....	120
3.3 Las celebraciones imperiales.....	123
3.4 La moda del Segundo Imperio.....	147

Capítulo 4: La restauración de la República y el Porfiriato. Los cambios en la vida cotidiana entre 1867 y 1910..... 155

4.1 El arte y el cambio de mentalidad de las élites mexicanas después del triunfo de la República.....	158
4.2 Los primeros años de la presidencia del general Porfirio Díaz, y los grandes cambios en la política, la economía y la cultura en México.....	162

4.3 Los lugares predilectos de la élite porfiriana para socializar..... 164

4.3.1 La Alameda.....	164
4.3.2 Los Tívolis y los restaurantes.....	167
4.3.3 El modelo de la casa porfiriana.....	177
4.3.4 Casas de juegos.....	183
4.3.5 Deportes.....	184
4.3.6 Tiendas departamentales.....	187
4.4 Artículos de lujo.....	190
4.5 Moda Porfiriana.....	198
4. 6 El Teatro.....	205

Consideraciones finales.....	207
Fuentes de consulta.....	212
Fuentes documentales de la época.....	212
Obras de consulta actuales y de la época.....	212
Fuentes de consulta electrónicos.....	221

Apéndices

Cuadro “La Corte del Emperador Maximiliano”	225
Fuentes de consulta del cuadro.....	238

La vestimenta de las élites para la festividad del Corpus Christi en 1850 y 1865”	240
---	-----

Indumentaria del personal de la corte, en fiestas y ceremonias para cada ocasión.....	242
---	-----

Agradecimientos

Quiero agradecer a la Facultad de Estudios Superiores Acatlán, UNAM, por abrirme sus puertas y permitirme realizar una licenciatura en sus instalaciones a lo largo de cuatro años de mi vida que fueron los más hermosos y gratificantes, y que siempre los llevaré en mi memoria. Agradezco también al Archivo General de la Salud, por el material que puso a mi disposición en la búsqueda de la información para la realización de esta investigación.

También quiero expresarle toda mi gratitud, aprecio y cariño a la Doctora Elena Diaz Miranda por su invaluable apoyo a lo largo del proceso de la investigación que constituyó el tema de mi tesis, brindándome consejos, revisando los avances de mi trabajo, proporcionando un gran número de material bibliográfico para complementar la información, y apoyarme tanto de manera profesional como emocional; motivándome siempre a seguir adelante en el, muchas veces difícil camino de la redacción y análisis de los contenidos de mi trabajo.

Quisiera agradecer también a mis padres Alfredo Falcón Hernández y Mercedes Monroy Berrocal, por todo el apoyo que me dieron a lo largo de estos cuatro años de carrera para llegar hasta el momento deseado de mi titulación. A mi querida hermana Lorena por su compañía y su comprensión, y a Diego Ángeles Rubio, por el apoyo incondicional que ha constituido en mi vida el mejor aliciente emocional para seguir adelante.

Planteamiento del Problema

Así, este trabajo pretende llevar a cabo una descripción y análisis de las nuevas formas de comportamiento familiar y social en general, de una clase que, favorecida en todos los aspectos del dilatado régimen virreinal, pretendía a toda costa, seguir conservando los privilegios económicos y de estatus social que habían detentado ellos y sus antepasados. Ahora bien ¿Cómo fue que esta aristocracia, tanto de nobleza de origen, o como producto de la alta burguesía capitalista de finales del siglo XVIII logró conservar sus propiedades y su particular forma de vida dentro de una República, donde ya se habían abolido los títulos nobiliarios y habían desaparecido las distinciones que hacían de los grupos privilegiados un exagerado orgullo de clase? Es a lo que pretende dar respuesta el presente trabajo de investigación.

Hipótesis

Este trabajo pretende analizar de qué manera la antigua nobleza novohispana después de la Independencia logró, mediante acuerdos y negociaciones con las nuevas autoridades, conservar su estatus de clase dentro de las nuevas estructuras políticas, sociales y económicas del México independiente, convirtiéndose así en una aristocracia mexicana constituida por plutócratas, burócratas y oficiales, dentro de un nuevo orden en el que los modelos impuestos en la educación, la ideología, la moda, e inclusive en la gastronomía fueron incorporados en el nuevo esquema de comportamiento político, económico y social; y siguieron conservando las costumbres y los modelos europeos de la antigua sociedad novohispana. Y cómo, a pesar de los principios de igualdad ante la ley emanados de la constitución de 1824, en la mayor parte de la aristocracia continuó existiendo una estructura estamentaria, dentro de la cual las élites mexicanas mantuvieron sus derechos y privilegios de clase, mientras las clases más humildes continuaron en la misma situación de indefensión en la que habían vivido durante siglos.

Objetivo general:

Analizar los elementos que transformaron a la antigua aristocracia novohispana después de la lucha insurgente la declaración de Independencia en 1821 en una nueva élite, y por medio de hábiles estrategias, mantener sus antiguas prerrogativas sociales, permaneciendo aún como clase privilegiada en la economía, la sociedad y la política, no obstante que el país ya se había declarado independiente de la Metrópoli.

Estado de la cuestión

Los autores especializados y las publicaciones más recientes sobre el tema que trata mi investigación, sobre todo las que se refieren a la cotidianidad de la sociedad mexicana en el siglo XIX, son: Michael P. Costeloe, un historiador dedicado a la investigación de la política mexicana durante el siglo XIX, y quien en su obra *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX (1810-1910)*, en uno de sus capítulos “Mariano Arista y la élite en la Ciudad de México 1851- 1852”, refiere una amplia gama en artículos de prensa y diversos obras que ofrecen un panorama sobre las condiciones políticas y sociales de la Ciudad de México en lo relativo a las familias más distinguidas y los lugares más visitados por la élite de ese tiempo, como la “Lonja Mercantil”, cuyo acceso estaba condicionado a la adquisición de un pase de entrada, o credencial personal, llamado “membresía”.

Entre los autores críticos contemporáneos a la época, objeto de la presente investigación, podemos mencionar a Guillermo Prieto, quien en su obra *Memorias de mis tiempos*, nos ofrece a detalle, acontecimientos importantes de la época que le tocó vivir, y diversos acercamientos a la vida cotidiana de la sociedad mexicana, como: la familia, los espectáculos y entretenimientos, la religiosidad y los escenarios donde se desarrolló su vida durante la niñez y juventud, y otros sucesos ocurridos en México, a partir de la segunda década y hasta las postrimerías del siglo XIX.

Del mismo autor tenemos otra obra muy interesante llamada *Cuadros de Costumbres* que trata sobre los valores, la moral, la educación, los usos y costumbres de la sociedad de su tiempo, y por medio de narraciones cortas, a manera de ejemplo, nos va describiendo importantes aspectos de las festividades civiles y religiosas como el teatro, las ceremonias religiosas como: bodas y funerales; el vestuario de los diversos estratos sociales, y la gastronomía, tanto de las clases populares como de la aristocracia.

Por su parte Manuel Payno refleja en sus obras: *Memorias del matrimonio* y *Costumbres Mexicanas*, el conjunto de usos y costumbres que le dan el título a sus trabajos, tanto en los rituales familiares, sociales y religiosos del matrimonio dentro de la clase social, a la que él pertenecía como los diversos aspectos de la vida cotidiana de la sociedad de ese tiempo: la vestimenta, los hábitos de limpieza e higiene dentro y fuera del hogar, los entretenimientos nocturnos de los jefes de familia, las restricciones económicas con las que los esposos debían tratar los gastos personales y caprichos de las esposas, y otros muchos acontecimientos de la vida diaria en el México decimonónico.

Las obras de Manuel Rivera Cambas tituladas: *Historia de la intervención europea y norteamericana en México: y del Imperio de Maximiliano de Habsburgo* y *México pintoresco artístico y monumental*, son referencias obligadas y sumamente interesantes para conocer la forma de vida, escenarios físicos, y el contexto político y social en el que se desarrolló la sociedad mexicana del siglo XIX; y representan además una fuente de consulta primaria dentro del tema en el que se ubica espacial y temporalmente mi tema de investigación.

Costeloe además detalla la influencia de los comerciantes, agiotistas, e inmigrantes adinerados de las localidades ajenas a la Ciudad de México, los lugares que estos grupos poderosos económicamente frecuentaban con asiduidad, así como su participación en la llamada Junta Patriótica.

Por otra parte, Juan Pascual Gay en su obra *El café, el bar y las tertulias en el fin de siglo mexicano*, describe el ambiente de una tertulia, los lugares más concurridos por la élite en la Ciudad de México como: algunos bares y cafés que se ubicaban

en las calles de Plateros, la esquina del Portal de Mercaderes y Agustinos y del Espíritu Santo, dentro del hoy Centro Histórico en la capital del país.

La tesis del Doctor Emiliano Enrique Cantó Mayen *El novelista mexicano: espacios, familias, prácticas y auto representaciones de la ciudad letrada (1830-1880)*, describe detalladamente en su capítulo: “Los espacios de una ciudad letrada”, las actividades a las que se dedicaba la clase intelectual de esa época, haciendo un análisis y una reflexión sobre la importancia de ciertos lugares de la Ciudad de México, a la que él llama “Ciudad Letrada”, pues en ella se da por esos tiempos una afluencia numerosa de la clase intelectual mexicana.

Otras publicaciones muy interesantes para el estudio de las élites de esta época y que aportan al investigador información específica sobre las actividades y los sitios que frecuentaban los diversos sectores de la clase privilegiada durante el periodo estudiado, son: los artículos “Segregación y control, secularización y fiesta. las formas del tiempo libre en una ciudad mexicana del siglo XIX” y “Cómo la casa se convirtió en hogar. vivienda y ciudad en el México decimonónico” contenidos en la *Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales y en Scripta Nova*. Cuyos autores, Eulalia Rivera Carbó y Enrique Ayala nos describen un amplio contexto del escenario donde se desarrollaban las reuniones festivas de las élites mexicanas como la Lonja Mercantil en la Ciudad de Orizaba. En su descripción, el autor describe el contexto dentro del cual ocurren los cambios sociales y económicos que se dieron durante el periodo comprendido entre los años: 1830 a 1850; etapa en la que se dejaron atrás muchas de las costumbres novohispanas, y la nueva sociedad mexicana fue entrando a la modernidad en lo relativo a los entretenimientos y diversiones para ocupar el tiempo libre y en la manera en que eran realizadas las celebraciones familiares, públicas, políticas y religiosas.

Jonh Kicsa en su artículo “Familias empresariales y su entorno 1750- 1850” dentro de la obra *La historia de la vida cotidiana en México*, expone, del día a día de la sociedad novohispana la vida de los empresarios en la segunda mitad del siglo XVIII, y la vida de estos mismos empresarios durante la primera mitad del siglo XIX en los aspectos referentes a sus ocupaciones diarias, sus relaciones familiares y

sus enlaces con otras familias prominentes; las asociaciones religiosas a las que pertenecen y los espacios que dedican a sus paseos y entretenimientos, tales como las llamadas “tertulias” y reuniones familiares, actividades de negocios y entretenimiento en las denominadas en ese tiempo “lonjas mercantiles”, participación en diversas festividades y patrocinios religiosos, y convivencia con amigos o gente de su mismo nivel socioeconómico en los cafés.

La tesis del Doctor Emiliano Enrique Cantó Mayen *El novelista mexicano: espacios, familias, prácticas y auto representaciones de la ciudad letrada (1830-1880)*, describe detalladamente en su capítulo: “Los espacios de una ciudad letrada”, las actividades a las que se dedicaba la clase intelectual de esa época, haciendo un análisis y una reflexión sobre la importancia de ciertos lugares de la Ciudad de México, a la que él llama “Ciudad Letrada”, pues en ella se da por esos tiempos una afluencia numerosa de la clase intelectual mexicana.

El trabajo de Andrea Micale en su artículo “Salones, tertulias y mujeres de la élite criolla latina americana. Prácticas de sociabilidad y circulación de ideas”, expone el concepto del término “tertulia” en la Francia del siglo XVIII, y de qué manera este término se introduce en la sociedad latinoamericana del siglo XIX, para definir las reuniones que tenían lugar en las mansiones, haciendas y otros espacios para llevar a cabo en estos lugares reuniones de orden intelectual y político entre personajes de las más altas clases sociales de las principales ciudades de la América latina decimonónica; y en las cuales se discutían asuntos de interés social económico y político, que involucran directamente los derechos y privilegios de esa clase amenazada ahora por un sistema político republicano, después de haber sido declarada, en la mayor parte de los territorios americanos, la total independencia del trono español.

Para conocer el ambiente en el que se desarrollaba la alta sociedad mexicana de la segunda mitad del siglo XIX, en cuanto a las fiestas y bailes, Pedro Miranda Ojeda en su artículo “Una aproximación a la élite y a las fiestas de familia en la ciudad de Mérida, segunda mitad del siglo XIX”, describe más a detalle la etiqueta, la importancia de las tarjetas de visita, y otros elementos considerados esenciales para

que un reducido número de personas de la aristocracia pudieran asistir a las fiestas y celebraciones que se llevaban a cabo en ese tiempo en la Ciudad de Mérida.

Michael Costeloe en su obra en inglés “The Junta Patriótica and the Celebration of Independence in Mexico City, 1825-1855”, describe las reuniones que se realizaban en la llamada por ese tiempo: “Junta Patriótica”, las cuales tenían como objetivo primordial, la organización de la fiesta anual con la que debía conmemorarse la fecha de la independencia de México, a partir de la presidencia del general Antonio López de Santa Anna, así como la participación de los miembros del Congreso, los Secretarios de Estado, sus esposas y la gente más acaudalada de la sociedad mexicana en ese tiempo. La Junta Patriótica determinaba además el programa de actividades, y el presupuesto destinado para esta importante celebración.

Es importante incluir en esta lista de autores consultados para la elaboración de este trabajo la obra *La Historia de México a través de su indumentaria*, escrita por Virginia Armella de Aspe, Teresa Castelo de Yturbide, Ignacio Borja Martínez, dentro de la cual estos especialistas describen la evolución de la indumentaria masculina y femenina dentro de los estratos que conforman la sociedad mexicana del siglo XIX, destacando los grandes cambios que se produjeron en dicha vestimenta a partir de la consumación de la independencia con una marcada influencia francesa en las primeras décadas, e inglesa en la segunda mitad del siglo.

Otras fuentes que nos pueden acercar a conocer más a detalle cómo fue la cotidianidad de la aristocracia mexicana durante el Segundo Imperio implantado en México son: Egor Corte Conti que nos describe la reunión de Maximiliano con los miembros de la Junta de Notables para ofrecerle la corona como emperador de México, la alianza con Francia, la salida de emperador rumbo a su nuevo destino, su visita a Roma con sus acompañantes austriacos y belgas, la larga trayectoria. Y el recibimiento de los mexicanos en el puerto de Veracruz pero, sobre todo, los elementos que aporta a mi investigación, como son el Protocolo de la Corte y las celebraciones que allí se realizaban, mientras duró su gobierno.

Otra de las obras que contiene información sobre los lugares donde los emperadores hicieron sus primeras paradas a lo largo de su viaje en México, su

primera interacción con el pueblo, la aristocracia mexicana y los desfiles de húsares y la guardia francesa, es *Memorias la Condesa Hélène de Reinach Foussemagne* que aportaron mucho a mi investigación. Así como las incidencias que ambos emperadores tuvieron al conocer a la aristocracia mexicana, sus diferencias entre la etiqueta europea y las de este país, y otros inconvenientes más.

Una fuente contemporánea al periodo que abarca esta investigación fue el *Periódico Imperial*, que consulté en el Archivo General de la Salud, que me aportó gran variedad de hechos interesantes que me han permitido elaborar el cuadro sobre los miembros de la corte imperial (Y que se encuentra al final del trabajo como apéndice 1) Y que contiene, en primer lugar, *El Reglamento Imperial* que Maximiliano elaboró con todo cuidado durante la larga travesía de Italia a México, la lista de los galardonados con la Orden de San Carlos, las festividades en Puebla durante el año de 1864, cuando los emperadores arriban a México y son recibidos en esta ciudad con toda pompa y lujo, los anuncios de Maximiliano como emperador, sus reformas y cambios, y los estrenos de ópera en el Teatro Nacional.

Por otra parte, los testimonios más adecuados para los cuatro años de este segundo intento de monarquía en México, es la obra de la condesa Paula de Kolonitz, como alguien que vive los sucesos mismos en carne propia. Por medio de estos relatos pude conocer a los personajes que fueron aliados del emperador, las familias más importantes en ese tiempo, la entrada de la emperatriz Carlota a la Basílica de Guadalupe, la convivencia con sus damas de las tertulias, y los bailes en el Palacio de Chapultepec.

Las cartas de Maximiliano y Carlota publicadas por Konrad Ratz aportaron a este trabajo, cómo era una reunión festiva en honor al emperador, las navidades en él, sus recorridos por las ciudades del interior, mientras Carlota se quedaba en la capital para atender los asuntos de estado, las festividades del Corpus, la convivencia con las élites, y las acciones que llevaban a cabo para ganar la simpatía del pueblo mexicano.

El artículo “El proyecto de Estado de Maximiliano a través de la vida cortesana y del ceremonial público” de la Doctora Erika Pani, contiene un amplio contexto de la corte

imperial, así como los símbolos nobiliarios, las medallas y los requisitos para ser miembro del cuerpo imperial.

Carlos Becerril Hernández aportó a mi trabajo el conocimiento sobre los símbolos que acompañaron todo el Segundo Imperio en México, destacando las altas distinciones como la orden de San Carlos, la Orden de Águila, y la retomada Orden del primer Imperio Mexicano otorgada por el primer emperador Agustín de Iturbide con el nombre de Orden Imperial de Nuestra Señora de Guadalupe.

Para el último capítulo el autor más importante fue Miguel Orduña Carson con su tesis Doctoral *5 de mayo de 1868: Vida cotidiana y cultural política en el México decimonónico*, donde nos ofrece un contexto histórico muy interesante en el país después de la caída de Maximiliano de Habsburgo y la restauración de la República.

Uno de los lugares predilectos de la élite porfiriana fue la famosa Alameda. Pérez Bertruy, en su obra: *Planos de la Alameda de la Ciudad de México. Siglos XVIII-XIX. Planes y proyectos en el Acervo del Archivo Histórico de la Ciudad de México*, me proporcionó la información sobre el contexto social de la ciudad y sus habitantes durante el Segundo Imperio y el Porfiriato y cómo La Alameda fue en esos tiempos un lugar de paseo y esparcimiento para “la crema y nata” de la sociedad mexicana.

Las obras de las investigadoras Raquel Ofelia Baceló Quintal y Laetitia Marie Christine Vigneron tituladas: *Restauran México y El Imaginario de lo cotidiano. Afrancesamiento y vida burguesa en México, 1880-1920*, me llevaron a conocer los lugares más importantes de entretenimiento social llamados Tivolis, y la comida francesa en México durante el siglo XIX en México.

El *Periódico de las Señoras llamado: Semanario escrito por Señoras y Señoritas expresamente para el sexo femenino*, es otra de las fuentes de finales del siglo XIX y principios del XX que contiene abundante información de cómo debía comportarse una dama en sociedad.

Entre los diversos trabajos de investigación que se han publicado sobre la vida cotidiana en México durante el siglo XIX tenemos: crónicas, memorias, novelas,

almanaques, artículos de periódicos tanto extranjeros como nacionales; tales como los diarios: *El Imparcial*, *Siglo XIX*, y *El Universal*, entre otros.

El [World Newspaper Archive-Latin American](#), es un archivo en línea de 35 periódicos publicados en América Latina en el cual se proporcionan réplicas digitales de la prensa en español y en otros idiomas de la época tratada en este trabajo, como: El periódico *SIGLO XIX*, donde se refieren las crónicas, informes de gobierno y entrevistas con los testigos presenciales de algunos de los sucesos más importantes ocurridos en la época. El diario contiene también avisos oficiales, cartas, poemas, y notas sociales de matrimonios y otros acontecimientos familiares y sociales de la élite, de un tiempo comprendido entre los años 1805 a 1922.

Otros periódicos y revistas correspondientes al siglo XIX, consultados en la Hemeroteca Nacional, fueron: el Repositorio Institucional de la UNAM, y medios electrónicos, como *El Universal*, *El Fénix*, *La Voz de la Religión*, *El Tiempo de México* y el *Diario del Gobierno*.

Por último, para la etapa del porfiriato, las obras de William Beezley: *Estilo Porfiriano: deportes y diversiones de fin de siglo*, y de Rafael Tovar y de Teresa: *El último brindis de Don Porfirio*, me permitieron adentrarme en los lugares más exclusivos frecuentados por los caballeros de la élite como el Jockey Club, así como las fiestas, bailes y diversiones durante los últimos tiempos del porfiriato.

Introducción

El presente trabajo de investigación que para obtener el título de Licenciada en Historia dentro de la FES Acatlán, titulado *La vida de las élites en el México decimonónico después de la Independencia: 1821-1910*, tiene como finalidad exponer la forma de vida y adaptación al nuevo orden político, económico y social, derivado del proceso y consumación de la Independencia de nuestro país del trono español, vivió la antigua aristocracia novohispana. Proceso al cual nunca se adaptó del todo, porque, como refiere Doris M. Ladd en su obra *La Nobleza Mexicana en la época de la independencia, 1780-1826* “Ni las guerras de Independencia ni la nueva República destruyeron a la Nobleza Mexicana. Los pocos individuos que emigraron a España fueron reemplazados por sus propios herederos criollos o por miembros de una nueva clase de criollos comerciantes y militares. Los ex nobles continuaron en su inmensa mayoría, controlando sus propios destinos. Y fue el control más que la ruina lo que resultaba evidente, en una concesión de poder que destruyó símbolos dejando a la riqueza y la influencia intactas.”¹

Este trabajo se desarrollará temporal y espacialmente en el México del siglo XIX posterior a la consumación de la Independencia, que si bien representó una relativa transformación en las formas, usos y costumbres de la sociedad antes virreinal, sobre todo en las clases medias y en el pueblo, no lo fue así para las élites cuyos miembros lograron, en su mayoría, conservar sus posesiones y sus privilegios de clase dentro del nuevo estatus político, socioeconómico y cultural del México republicano,

Nuevas estructuras políticas derivadas de la lucha entre insurgentes y realistas primero, y después entre los llamados liberales y conservadores, federalistas y centralistas, republicanos e imperialistas, llevó a nuestro país a lo largo del período tratado en la investigación a terribles luchas internas y a invasiones extranjeras, como la norteamericana y la francesa principalmente, así como a un enfrentamiento entre la Iglesia y el gobierno republicano por la promulgación de las llamadas Leyes

¹ Doris Ladd, “Retrospectiva y Perspectiva”, *La nobleza en la época de la Independencia 1780-1826*, México, 1976, p. 246

de Reforma, si bien tuvieron grandes cambios en las capas medias de la sociedad, no ocurrió lo mismo con las clases privilegiadas, Esto es lo que se pretende demostrar en el desarrollo del presente trabajo de tesis,

El primer capítulo de esta investigación trata acerca de los problemas que se suscitaron tras la consumación de la Independencia de nuestro país con los diversos sistemas de gobierno que se intentaron, desde una Junta Provisional Gubernativa y un efímero primer imperio, hasta el establecimiento de la primera república federal.

Se describe la forma de vida y costumbres de la antigua nobleza novohispana, así como los diversos lugares a que solían acudir los caballeros de la ahora aristocracia mexicana, como las lonjas mercantiles, los cafés y el lugar más famoso para el entretenimiento de la élite mexicana, el teatro, espectáculo que fue muy concurrido por esta privilegiada clase social. Se menciona también cómo eran sus casas habitación en la Ciudad de México y de campo, sus exclusivos atuendos traídos generalmente del extranjero; sus redes familiares, políticas y sociales en general, así como también sus usos y costumbres en sus manifestaciones de religiosidad, y su participación en las fiestas y reuniones a las cuáles eran tan afectos los miembros de la alta sociedad.

El segundo capítulo describe los diversos espectáculos y festividades a las que acudía la élite, como los bailes de máscaras, las tertulias, las fiestas navideñas, las fiestas religiosas como el Corpus Christi, y las fiestas civiles como la llamada Junta Patriótica, lo mismo que ciertos espectáculos en los que los aristócratas podían tener contacto con el pueblo, como las peleas de gallos.

El tercer capítulo de la tesis trata acerca de la llegada de los emperadores Maximiliano y Carlota a México, los elementos que constituían su Protocolo Imperial en todos los sentidos. los símbolos de autoridad más importantes, todas las personas que constituían la Corte, las festividades que se llevaban a cabo en honor a los emperadores, y la moda europea que llegó junto con estos personajes a revolucionar la indumentaria que hasta entonces había sido utilizada entre las clases privilegiadas del México posterior a la Independencia.

Por último, el cuarto capítulo aborda la caída del Segundo Imperio Mexicano por el ejército republicano de Benito Juárez; la entrada de este personaje a la Ciudad de México y los cambios ocurridos en la política, la educación y la cultura entre la restauración de la República y el ascenso del general Porfirio Díaz al poder; así como los cambios en la moda, las diversiones y la gastronomía producto de la influencia europea. Se describen así mismo los lugares, las reuniones y las características particulares de la élite porfiriana, como la asistencia a los Tivolis, el Jockey Club, y la Alameda; y sobre todo la adopción de la moda francesa, tanto en los atuendos femeninos y masculinos, como en la construcción de casas-habitación y otros aspectos que caracterizaron la vida de la aristocracia porfiriana.

Capítulo 1: La vida de la alta sociedad mexicana durante el periodo de 1821 a 1850.

¿Por qué el estilo de vida de la antigua aristocracia novohispana no cambió a partir de la declaración de independencia en nuestro país?

Tras la consumación de la independencia, los primeros años del México Independiente fueron un caos político, económico y social que se pueden dividir en tres etapas: Primer Imperio que comprendió los años 1822 - 1823; República Federal entre los años 1824 y 1836; y República Central del 1836 a 1853.

Al consolidarse la antigua Nueva España como un país independiente se fueron experimentando notables cambios, no solo políticos, sino económicos y sociales, en las estructuras que habían sostenido durante tanto tiempo a las instituciones virreinales.

Como causas importantes de las transformaciones que cambiaron el antiguo régimen virreinal tenemos, en primer lugar, el establecimiento de una Junta Provisional Gubernativa que convocó a elecciones para la conformación de un Congreso en Febrero de 1822 y por presión de los partidarios de Agustín de Iturbide este fue coronado emperador. En julio de 1822 daba por iniciado el Imperio de Agustín de Iturbide y los nobles tomaron con gusto sus lugares en la Corte, sin sentirse amenazados por los nuevos títulos nobiliarios, creados para la familia cercana a él..

Iturbide sólo duró en el poder menos de un año ya que en 1823 se proclamó la República Federal con la promulgación en 1824 de la primera constitución liberal de nuestro país, cuyo resultado fue la elección de Guadalupe Victoria como primer presidente. A partir de entonces surgen los partidos políticos, unos a favor del federalismo y otros a favor del centralismo, las logias masónicas ejercen una gran influencia a favor de una u otra postura. En 1826 la República Federal proclama la abolición de los títulos nobiliarios, y en 1829 se da la orden de expulsión de todos

los españoles radicados en el país, y con la muerte Vicente Guerrero se propicia la entrada del centralismo con la Constitución de las Bases Orgánicas en 1833.

La crisis económica en la que quedó el país después de la lucha independiente provocó la fuga de capitales de los industriales y propietarios españoles que salieron del país; y la división que surgió entre federalistas y centralistas enfrentó a dos clases políticas igualmente poderosas a lo largo de la mayor parte del siglo, la cual derivó en dos importantes intervenciones extranjeras, y en una guerra civil de muy graves consecuencias para el pueblo en los aspectos político y económico.

Es importante destacar que la proscripción de los títulos nobiliarios que se habían mantenido durante los trescientos años de dominación española, cortó de tajo los vínculos del gobierno republicano con la metrópoli haciendo que los viejos títulos de nobleza de la aristocracia criolla novohispana, dejarán de tener vigencia en términos legales, pero en las prácticas sociales estos personajes siguieron conservando su estatus de clase a lo largo del siglo XIX en todos o casi todos los aspectos de la vida pública y privada del país, con los privilegios que los habían caracterizado desde siglos atrás.²

No obstante, es importante destacar que a raíz de la independencia surge una nueva clase social integrada por los llamados burócratas, quienes se infiltraron en la política, en la sociedad, y sobre todo en la economía nacional. Este pequeño sector provenía de la clase media, y estaba conformado por: hombres de negocios, políticos, profesionistas y empleados de gobierno, quienes empezaron a tener una presencia cada vez más decisiva en los círculos económicos y sociales de la capital y de otras ciudades del país, antes ocupados únicamente por la aristocracia terrateniente y empresarial.³

² Verónica Zárate, “El Destino de la Nobleza novohispana en el siglo XIX: decadencia o adaptación”, en *Revista Historia de México*, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, vol. 65, núm.4, 2016, p. 1793

³ Evelia Trejo, Aurora Andaluz y Manuel Suárez Cortina, “La concepción de los liberales y conservadores, español y mexicano, 1820-1850”, en *Elite en México y España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad de Cantabria, 1° edición, 2015, p. 89

Por otra parte, surge en el México decimonónico dentro de la política una clase de altos funcionarios creadores de opinión como una nueva élite vinculada al mundo de los negocios y el asentamiento del régimen capitalista, conocida con el término: “Hombres de bien”, un sobrenombre que tenía que ver con el poder económico y que fue muy popular entre 1821 a 1840. La población mexicana había pasado por un proceso de ser súbditos de la corona española a ser ciudadanos que se distinguían por sus ideas cultas pertenecientes a la Ilustración y la Revolución Francesa pero también por su riqueza.⁴

Para las clases acomodadas el prestigio de vivir en la Ciudad de México fue muy importante debido al poder económico de la ciudad capital por ser la más grande del país, con una población que oscilaba alrededor de los doscientos mil habitantes, era además el centro político, comercial, administrativo, eclesiástico y cultural de la nación.⁵

Por otra parte, el gobierno republicano de la Ciudad de México restableció el control directo de la administración de los bienes a los ayuntamientos y al gobierno federal, cobrando una gran importancia la privatización de terrenos baldíos improductivos para la construcción de suburbios de recreo y esparcimiento veraniego para los habitantes.



Imagen 1: Castro, J. Campillo y L. Auda y G. Rodríguez, “El Valle de México tomado desde las alturas de Chapultepec”, en *Litografías del libro de México y sus alrededores de 1858*, México, 1987, p.287

⁴ *Ibidem*, p. 90

⁵ S.A, “Tacubaya: De suburbio veraniego a Ciudad”, en *La propiedad de la tierra y la urbanización del espacio*, México, Colegio de México, 2000, p. 55

A partir de 1821 se había experimentado una notable transformación en la ciudad de México, donde se habían ido sustituyendo las construcciones religiosas por edificaciones civiles financiadas por particulares, que tenían como objetivo dotar de servicios públicos a la población. Este tipo de edificios abundaron en distintos puntos de la ciudad, algunos de ellos como los mercados atendían las demandas de necesidades básicas de alimentación para la población.

Así, proliferaron también los restaurantes, cervecerías, neverías, baños públicos, teatros, y sobre todo el alumbrado público que continuó su ampliación lentamente, utilizando lámparas de combustible a base de aceites vegetales que se introdujeron por primera vez en los años cuarenta. En 1849 se introdujeron en la Ciudad de México las lámparas de trementina de gas de hidrógeno, lo que le concedió gran prestigio a la municipalidad, especialmente a su cabecera.⁶

La capital se vio inundada en su periferia por la construcción de lujosas y enormes casas de campo para las élites que establecieron en estos lugares sus residencias veraniegas, o en algunos casos residencias definitivas, todo lo cual llevó a la gran capital del país al rango de ser considerada como una ciudad muy civilizada.

Los coches de alquiler aumentaron considerablemente y se establecieron sitios donde podrían ser abordados en diversos parajes de la ciudad. También creció el servicio de diligencias que comunicaba la capital con las poblaciones próximas. En la segunda mitad de la centuria se inauguró el ferrocarril del centro de la Ciudad a la cercana villa de Guadalupe, el cual comenzó a funcionar en 1857.

La red de agua potable fue muy poco atendida, pero el número de baños públicos creció notablemente, ya que los hábitos de higiene personal entre la élite se habían modificado notablemente. El abasto de agua a las casas continuó siendo muy deficiente, ya que solo era surtido por los aguadores, quienes la obtenían de las fuentes públicas, aún alimentadas por los acueductos coloniales. Sin embargo, alrededor de la mitad de la centuria, se introdujeron los llamados pozos artesianos.⁷

⁶ *Ibidem*, p. 91

⁷ Enrique Ayala Alonso, "Cómo la casa se convirtió en hogar, vivienda y ciudad en el México decimonónico", en *Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales: Scripta Nova, México*, Barcelona, Universidad Autónoma Metropolitana-

Los sitios de reunión más frecuentados por la élite de ese tiempo.

1.1 La Lonja Mercantil.

Las Lonjas en el siglo XIX eran sociedades de comerciantes que ofrecían sus productos en las principales ciudades de la República y que, a semejanza de las que existían en España, y los cajones de venta en la Nueva España, tenían el objetivo de reactivar, además del comercio de diversos productos por las mañanas, el esparcimiento y las diversiones por las noches, y a las cuáles solían acudir en especial los varones. Con el tiempo se fueron convirtiendo en una especie de clubes exclusivos a los que únicamente se podía acceder por medio de una membresía, y por lo tanto su acceso era sólo para gente adinerada.⁸

La vida cotidiana en la Ciudad de México y en otras importantes localidades en el territorio nacional después del movimiento de independencia presentó interesantes cambios de acuerdo con los usos y costumbres de los diversos grupos que integraban a la sociedad mexicana, afectados en mayor o menor medida por los radicales cambios políticos y económicos derivados del nuevo orden que marcó la independencia del trono español. Así, no pocos antiguos miembros de la nobleza novohispana lograron conservar, mediante acuerdos con los nuevos gobiernos, un buen número de sus propiedades y casi todos sus privilegios de clase.

De esta manera los ricos comerciantes, los dueños de haciendas que no habían sido dañadas por los insurgentes y la antigua nobleza, continuaron con su vida social y de entretenimientos, como juegos de mesa: ajedrez, tresillo, (cartas) billar, bailes, tertulias, (reuniones literarias y de intelectuales), así como el cotilleo (conversaciones intrascendentes) tan usual en las reuniones familiares.

Xochimilco, Universidad de Barcelona, Vol. VII, núm. 146, 1 de agosto de 2003, p. (consultado el 4 de diciembre del 2020, disponible en: [http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146\(017\).htm?fbclid=IwAR2TmDFHVHDipc398oa94XGp6JU8ACAT8KHHC_n-1ZalRalf0-L2arPZH6g](http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146(017).htm?fbclid=IwAR2TmDFHVHDipc398oa94XGp6JU8ACAT8KHHC_n-1ZalRalf0-L2arPZH6g)).

⁸ S.A, "Lista de Personas en recibir suscripciones fuera de la localidad", en *PERIÓDICO SIGLO DIEZ Y NUEVE*, México, Readex News Bank, octubre 1841, p. (consultado el 2 de mayo del 2021, disponible en <https://infoweb-newsbank-com.pbidi.unam.mx:2443/apps/readex/doc?p=WHNPLAN1&sort=YMD>).

La oligarquía había financiado y establecido lugares destinados a la convivencia de las clases acomodadas y como centros de reunión para hacer negocios. Entre los más importantes podemos mencionar las lonjas mercantiles de Veracruz, Ciudad de México, San Luis Potosí, y Campeche, entre otras.

Entre estos últimos fueron muy destacados los establecimientos conocidos como *Lonjas* que eran centros de distracción y reunión destinados exclusivamente para la clase privilegiada, cuyo acceso era por medio de una membresía que requería el pago mensual de cinco pesos. Estos lugares eran administrados por comerciantes adinerados, en su mayoría afiliados a las redes de poder mediante conexiones con la política.⁹

En estos centros exclusivos para las élites los caballeros se reunían también para leer, revisar los periódicos, discutir de política y hacer negocios. Para cada una de estas actividades había secciones específicas que funcionaban con reglas adecuadas a cada una de estas actividades, cosa que se hacía en una sección aparte y con sus reglas específicas.¹⁰



Imagen 2: S.A, *Exterior del edificio que albergaba a la Lonja de la Sociedad de Campeche*, México, Centro histórico de la ciudad de San Luis Potosí, 2016, p.

(<https://expresocampeche.com/notas/style/2015/01/11/exclusivos-sitios-para-la-divers>)

⁹ Michael P. Costeloe, "Mariano Arista y la élite en la Ciudad de México 1851- 1852", en *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX (1810-1910)*, México, BUAP (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla), 1999, p.194

¹⁰ S.A, "Suscripción en el siglo XIX", en *Periódico Siglo DIEZ Y NUEVE*, México, México, Readex News Bank, octubre 1841, p. (consultado el 2 de mayo del 2021, disponible en https://infoweb-newsbank-com.pbidi.unam.mx:2443/apps/readex/doc?p=WHNPLAN1&sort=YMD_date%3AA&page).

La señora Frances Erskine Inglis, mejor conocida como Madame Calderón de la Barca, esposa del embajador de España en México entre 1840 y 1842, tuvo la facilidad de moverse en los altos círculos del poder social y político en el México de ese tiempo, y producto de la convivencia tan cercana con las élites, escribió una serie de cartas destinadas a su familia en las que relata detalladamente la forma de vida y costumbres de la sociedad mexicana en las diversas clases que la conformaban. Estas cartas, al ser publicadas en el extranjero años después, constituyen para el investigador interesado en este tema un referente muy importante de la vida cotidiana de los aristócratas en el México de la cuarta década del siglo XIX, que querían conservar a como diera lugar sus propiedades y pérdidas fortunas, valiéndose para ello de diferentes estrategias y mecanismos económicos y sociales, como las apuestas y juegos de azar, como se refiere en las siguientes líneas:

Muchas casas de comercio están amenazadas de quiebra, por lo que sus jefes y administradores se encuentran aquí con las cejas paradas de rehacer sus maltrechas fortunas. Es por eso que iban a la plaza de los gallos.¹¹ En muchas de ellas se organizaban pequeñas partidas de juegos. Todo dependía de la venta de las ganancias y la mayoría eran extranjeros.¹²

Algunos de los socios de las Lonjas Mercantiles llevaban los muebles de su preferencia para su comodidad y uso personal. El número de miembros en estos lugares constaba de un máximo de cuarenta y seis, los cuales tenían acceso a la biblioteca y al uso del salón del billar entre otros privilegios. Sólo podían hacer uso de las instalaciones los socios. Nadie que no estuviera inscrito podía entrar, a menos que, tratándose de un forastero, uno de los suscriptores solicitará con anticipación para él un billete de admisión por un mes. Las Lonjas Mercantiles controlaban la vida comercial, social, cultural, e inclusive tuvieron una gran influencia en la vida política del México de esas décadas.

¹¹ Madame Calderón de la Barca, "La casa de comercio", en: *La vida en México. Durante una residencia de dos años en ese país 1840-1842*, México, Editorial Porrúa, sepan cuantos, núm. 74, 2017, p. 329

¹² Eulalia Ribera Carbó, "Segregación y control, secularización y fiesta. Las formas del tiempo libre en una ciudad mexicana del siglo XIX.", en: *Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales: Scripta Nova*, México, Barcelona, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Universidad de Barcelona, Núm. 36, 15 de marzo de 1999, (consultado el 4 de diciembre del 2020, disponible en: <http://www.ub.edu/geocrit/sn-36.htm>).

1.2 Los cafés

Entre los años de 1830 a 1870 surgieron otros lugares muy distinguidos y populares entre la sociedad mexicana decimonónica, tales como los cafés, establecimientos de esparcimiento y descanso que representaron un claro ejemplo de modernización. Estos sitios fomentaron nuevas formas de convivencia entre los distintos sectores de la sociedad poniendo de moda el café, bebida aromática y estimulante que había sustituido con ventaja entre las élites al tradicional chocolate. Los cafés más famosos frecuentados por los aristócratas de la época fueron: *Veroli*, *Progreso*, *La Gran Sociedad*, *Concordia*, *Manrique*, *Café Bazar*, *Bella Unión*, *Hotel café Iturbide* y *el Tívoli de la colonia Romita*.¹³

Todo esto lo sabemos actualmente gracias a las referencias de los escritores de la época como: Marcos Arróniz, Guillermo Prieto y Manuel Payno, quienes coinciden en destacar uno en particular, el llamado *café Veroli* que se ubicaba en la esquina de la calle de Coliseo Viejo (hoy calle 16 de septiembre) y Coliseo Nuevo (hoy Bolívar) en la Ciudad de México, e integrado al edificio del Teatro Principal. Tenía dos pisos y el techo era de cristal. En los bajos se hallaba el local del café y en el piso superior se sucedían pequeños cuartos y salones habilitados como fondas.¹⁴ Guillermo Prieto describe a la perfección el lugar y al tipo de personas que lo visitaban, los entretenimientos que se llevaban a cabo ahí, y los succulentos platillos que se servían en la mesa:

*Era un lugar de cita de la gente más acomodada, como comerciantes ricos, empleados de categoría, jefes del ejército, hacendados, ociosos, tahúres de renombre que se mezclaban sin escrúpulo con cómicos y danzantes; caballeros de industria, y niños de casa grande, como se les llamaba a holgazanes y prostituidos.*¹⁵

*El café Veroli lo mismo que el Progreso era punto de citas de moda de militares briosos, abogados parlanchines, el cuadro estaba cubierto de techos de cristales. El mostrador estaba lleno de bizcochos y charolas para servir tostadas y molletes, chocolate, café, y no escaseaban las copas y botellas para servir licores.*¹⁶

¹³ Marcos Arróniz, "Ciudad Moderna", en *Manual del Viajero en México*, México, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1957, p. 45

¹⁴ Marco Antonio Campos, "Café Veroly", en *Enciclopedia literatura de México*, México, 2017, p. (consultado el 21 de diciembre del 2020, disponible en: <http://www.elem.mx/estgrp/datos/1318>).

¹⁵ Guillermo Prieto, "Capítulo III", en *Memorias de mis tiempos 1828-1840*, México, Tomo I, Editorial Porrúa, 2006, p.234

¹⁶ *Ibidem*, p.235

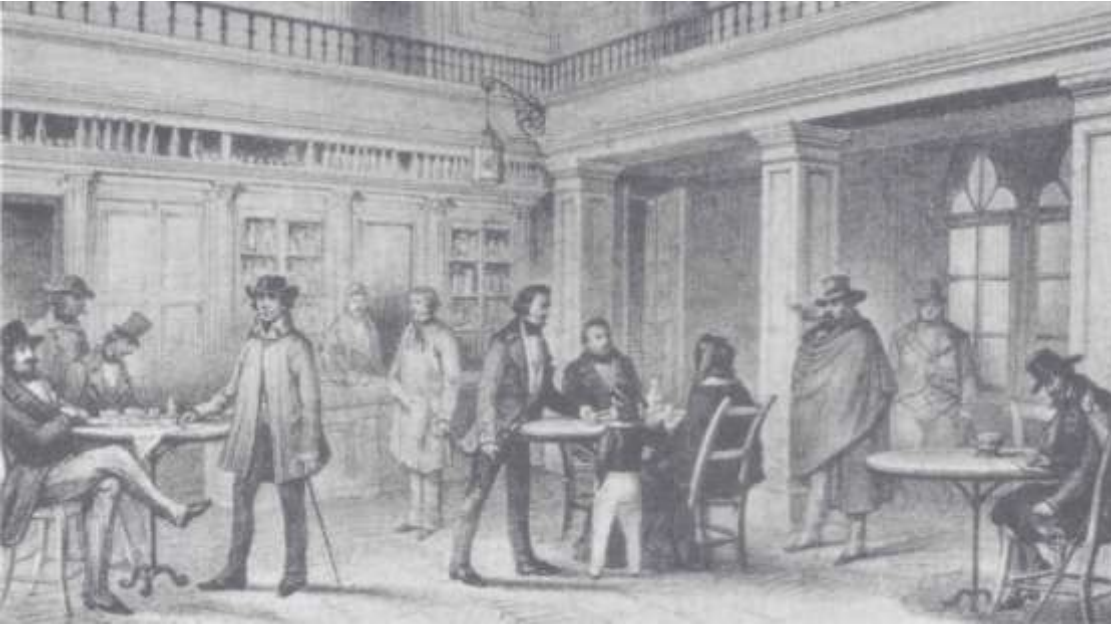


Imagen 3: Clementina Díaz y de Ovando, “Interior del Café Progreso”, *Litografía de Decaen, Los cafés en México en el siglo XIX*, Ciudad de México, 1850, p.45

Donde se degustaron platillos muy variados, desde molletes y empanadas hasta la olla podrida, la cual se componían de dos platos: de carnes, jamones, espaldilla, patitas y sesos, además de verduras con caldillo de jitomate con cebolla y en la mesa todo esto se complementaba con aguacate y salsa de chiles solos y queso.¹⁷

*Se servían también guisados como los pucheros, o el caldo de gallina con garbanzos y calabazas, era también común el plato de cecina de vaca y cerdo con ejotes tiernos degustados con una copa de vino.*¹⁸

Por lo regular los domingos se servían especialidades tradicionales como el mole con guajolote, o la sopa de ravioles, característica de la gastronomía francesa.¹⁹ En el café *Progreso* se servían los cafés lecheros acompañados de tostadas de pan con mantequilla y mermelada, panqués en el desayuno y en la comida postres como la nieve de zapote o de fresa. En los lugares más finos como el *Café Bazar* o *La Concordia* se podían degustar platillos de la cocina francesa o italiana pero

¹⁷ Ana Cristina Marqués Cárdenas, “Otras formas de convivencia en los cafés: juegos, comida y cultura”, en *Nuevas formas de convivencia social en el siglo XIX: El caso de los cafés en la ciudad de México 1850.1870*, tesina de licenciatura en Historia, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 2012, p. 28

¹⁸ Prieto, *Op.cit*, p.238

¹⁹ Márquez, *Op.cit*, p. 32

elaborados con ingredientes nacionales acompañados con bebidas como el coñac y el brandy.²⁰ Estos lugares, como ya se ha mencionado, comprendían varias secciones: el café, la nevería, el lugar de entretenimiento, y algunos de ellos ofrecían también hospedajes.²¹

Por lo que hemos visto, las actividades que se llevaban a cabo en estos lugares eran las mismas que años atrás se realizaban en las *Lonjas Mercantiles* de la Ciudad México, Campeche y Veracruz (lugares donde la actividad comercial era muy destacada), y lo mismo que en las Lonjas, en los cafés eran comunes los juegos como los naipes, el billar y el ajedrez. De estos dos últimos se llegaban a organizar campeonatos. Entre los entretenimientos más comunes estaban el ajedrez, los dados, las damas, el tresillo, el dominó, los bolos y la pelota. Para las actividades más tranquilas y con un horario de ocho a diez de la mañana estos establecimientos ofrecían un espacio adecuado para la lectura de libros, periódicos, gacetas y folletos muy comunes en la época. Lo más entretenido entre quienes frecuentaban los cafés era lectura de la prensa, al grado que había clientes que lo primero que hacían al llegar era pedirle al mozo el periódico del día.²²

²⁰ *Ibidem*, p. 53

²¹ Víctor Máximo Martínez Ocampo, "El surgimiento de los restaurantes en la ciudad de México de la primera mitad del siglo XIX (1822-1867)", en *Los restaurantes en la ciudad de México en la segunda mitad del siglo XIX (1869-1890)*, tesis de licenciatura en Historia, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 2015, p. 33

²² S.A., "Noticias de Europa", *El periódico el Fénix*, México, Hemeroteca Nacional Digital, 07-diciembre-1821, p. (Consultado el 2 de mayo del 2021, disponible en <http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a283?intPagina=3&tipo=publicacion&anio=1831&mes=12&dia=07>).

1.3 El teatro

Otra de los entretenimientos muy destacados de las élites mexicanas, a partir de la tercera década del siglo fueron los espectáculos teatrales en la Ciudad de México, los cuales pasaron de ser obras predominantemente religiosas, a constituir espectáculos de diversión para los espectadores. El teatro como edificio generalmente era un espacio moderno, muestra inequívoca de prosperidad y refinamiento. El teatro era el sitio más concurrido por los intelectuales de la época.²³ La Ciudad de México a mediados del siglo XIX contaba con siete teatros, que podían albergar a un gran número de espectadores.

Los más destacados entre ellos fueron: el Coliseo, Alba, el Principal, y el Nacional (llamado en ese tiempo el Teatro de Santa Anna).²⁴ Estos recintos jugaron un papel muy importante como espacios culturales y sociales para la élite a mediados del siglo XIX, porque las obras que se representaban ahí se convirtieron en actividades no solo artísticas, sino además recreativas y símbolos de estatus social, y los edificios reflejaron en su tiempo la posición económica de quienes los construyeron y los frecuentaban.

En la Ciudad de México, los teatros empezaron a construirse después de la independencia, transformando los antiguos palenques y peleas de gallos en lujosos recintos donde asistían los antiguos aristócratas novohispanos. Para el año de 1821 el teatro participó en las ceremonias de la entrada del Ejército Trigarante. En el año 1826 se llevaron a cabo las primeras obras de remodelación del famoso Coliseo de Comedias que a partir de entonces se llamó “Teatro Principal”.²⁵ Y entre los años

²³ Emiliano Enrique Canto Mayén, “Los espacios en la ciudad letrada”, en *El novelista mexicano: espacios, familias, prácticas y auto representaciones de la ciudad letrada (1830-1880)*, tesis al grado de Doctor en Historia, México, Colegio de México, 2018, p.45

²⁴ Ana Cecilia Montiel Ontiveros, “El Teatro y cultura en Toluca, México, en el siglo XIX” en *Revista Legado de Arquitectura y Diseño*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, Núm. 24, 13 de febrero del 2018, p.4

²⁵ Miguel Ángel Vásquez Meléndez, “¿Cuál es la historia que une a dos grandes del teatro mexicano?: ¿Francisco Arbeau Y Merced Morales?”, en *Relatos e Historias en México*, México, Tienda Arqueología Mexicana, Editorial Raíces, Núm. 101, 2019, p. (consultado el 26 de diciembre del 2020, disponible en <https://relatos.ehistorias.mx/nuestras-historias/cual-es-la-historia-que-une-dos-grandes-del-teatro-mexicano-francisco-arbeau-y>).

1836 y 1867 se construyeron más teatros que en ningún otro periodo de la historia de nuestro país. La manera de acceso a estos importantes centros culturales era por medio de un sistema de abonos de distintos precios para las personas que ocupaban los palcos y las butacas, lo que reflejaba ampliamente la desigualdad social, muy marcada aún, después de haber sido proclamada la Independencia.²⁶

Cabe destacar que, no obstante las grandes crisis económicas que caracterizaron el México independiente, el gobierno propuso apoyar al arte escénico mediante un presupuesto que concedió una partida muy importante en el año de 1833, (cuando subió al poder un gobierno conservador), para la habilitación y mantenimiento de los teatros. Así, en 1844, se inauguró el Gran Teatro Nacional, o Teatro de Santa Anna, como un homenaje a los servicios que el general había prestado a la nación ante los invasores franceses y norteamericanos.

Don Guillermo Prieto en sus memorias hace una descripción de cómo se llevó a cabo la inauguración y la puesta en escena de grandes obras con las fastuosidades y la elegancia que caracterizaban el vestuario de los actores; así como también las principales fiestas y celebraciones políticas que se llevaron a cabo en las lujosas instalaciones de este edificio. De la siguiente manera nos describe este autor la belleza y la elegancia del Teatro Principal:

... En el dirigir una obra de teatro se sabía si era un completo éxito, las ganancias de los empresarios eran pingües y la posición de los actores excelente, pues nuestro culto social les abrió sus puertas y era codiciada la amistad de las actrices y los actores por las personas de mayor categoría. La casa del señor Goroztiza en la calle del Hospicio de San Nicolás, era el punto de reunión de la flor y nata del mundo artístico, y allí residía el talento.²⁷ Dentro y fuera del teatro llovían disputas, palizas, serenatas y cerradas, siendo un extra precioso la ópera y la sucesión de los sainetes humorísticos.²⁸ Un torbellino de plumas, de encajes, sedas y la reverberación del oro y la pedrería en cuellos, brazos, manos y peinados.²⁹

²⁶ Canto, *Op.cit*, p.45

²⁷ Prieto, *Op.cit*, p.264

²⁸ *Ibidem*, p.265

²⁹ Guillermo Prieto, "Provocando el monopolio del teatro", en *Cuadro de costumbres*, México, 1° edición, Biblioteca de México, vol. II, Biblioteca de México, Editorial Debolsillo, 2016, p.81

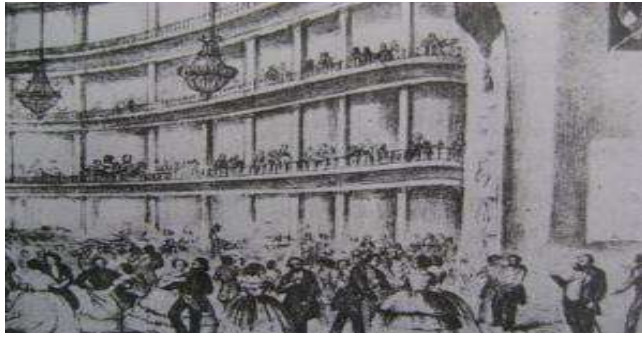


Imagen 4: S.A, en *Litografía visita al Teatro Principal de Toluca*, México, 1851.

*Esta imagen refleja el ambiente de una noche festiva en el Teatro Principal. Damas y caballeros elegantemente ataviados, bailando alegremente y disfrutando de la distinción del espacio que acogía e inauguraba noches de diversión, entretenimiento, lujo y estatus.*³⁰

En el interior del Teatro Principal se apreciaban los balcones y las galerías talladas en alto relieve con guirnaldas y angelitos bien proporcionados. La decoración consistía en una alfombra roja que cubría todo el piso, enormes candiles, y grandes espejos y llamativos floreros. Los palcos se cubrían con tapices y cortinajes. Este hermoso edificio se ubicaba frente al Portal de la Paz, (en la esquina de las actuales calles de Hidalgo y Matamoros fuera del centro de la ciudad), justo en el centro de la actividad comercial y social más destacada en aquella época.³¹

Casi una década más tarde Antonio López de Santa Anna y sus ministros coincidieron en el afán por impulsar nuevamente el teatro mexicano, como una actividad esencial para el esparcimiento de la sociedad, y en el año de 1853 se expidió el *Reglamento de los Teatros de México* que contenía disposiciones orientadas al mantenimiento y remodelación de los teatros monumentales, o de primer orden, y otras para el cumplimiento de los derechos de los actores y la instauración de conservatorios dramáticos para la instrucción de los jóvenes interesados en la actuación.

³⁰ *Ibidem*, p. 11

³¹ *Ibidem*, p. 113



Imagen 5: Casimiro Castro, "Litografía teatro de la República (antes Teatro Iturbide)", en *Relatos e Historias*, México, 1853, p.13

Otros teatros muy importantes en ese tiempo, fueron el Teatro de la República, cuyo nombre sustituyó el inicial de Teatro Iturbide en la Ciudad de Querétaro; el Teatro Metropolitano, donde se escenificaban algunas obras basadas en famosas novelas extranjeras que por este medio llegaron a un público más amplio que el de los intelectuales. Es importante destacar que todos estos espacios culturales contaban con salones elegantes y amplios, vestíbulos luminosos, tocadores con cosméticos para las señoras y otras comodidades para los espectadores.³² Todos los teatros solían presentar compañías de óperas, zarzuelas y comedias. El público disfrutaba comiendo, bebiendo, fumando y conversando, mientras se representaban las obras, entre las cuales destacaron de manera especial los dramas históricos, las novelas costumbristas, y las narraciones infantiles según refiere Antonio García Cubas:

*Lo digno de observar es que el precio de abono por 22 funciones dramáticas en el mes era de nueve pesos, y por doce líricas, cuando el teatro estaba ocupado por una compañía de ópera, el precio era de dieciséis pesos, y en esa proporción los palcos, plateas y demás localidades. El abono del teatro entraba precisamente en el presupuesto de los gastos mensuales, tanto de las familias ricas como medianas y de escasa fortuna, y además en la primera clase nunca abundaban sus palcos aunque tuviesen que ausentarse de la ciudad por temporada como resultado de varias circunstancias.³³ Obras como "Los hijos de Eduardo" presentada el 30 de mayo de 1841 en el Teatro de Nuevo México, temáticas de obras como: *Visionaria*, *Trovador*, *La Conjuración de Venecia*, *Catalina Howard*, y *El Compañeros de San Pablo*.³⁴*

³² Ruth Yasmin Gabriela Ortega Charleston, "El teatro en el siglo XIX", en *Literatura Dramática, el Teatro Mexicano*, México, Universidad Popular Autónoma de Veracruz, 2015, p. 7

³³ García, *Op.cit*, p. 266

³⁴ S.A, "La sección de Teatros", en *Periódico El Monitor Republicano*, México, Hemeroteca Nacional de México, 14 de febrero de 1846, p. (Consultado el 2 de mayo del 2021, disponible en <http://www.hndm.unam.mx/index.php/es/>)

1.4 Las casas-habitación de la aristocracia

A partir de la consumación de la Independencia y las luchas partidistas que se llevaron a cabo entre liberales y conservadores, a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, el concepto de casa-habitación de las clases privilegiadas en la Ciudad de México, el centro del antiguo Virreinato de la Nueva España, se entendió como un espacio dentro del cual las familias buscaban ante todo privacidad y comodidad, tomando en cuenta la inseguridad y violencia que con frecuencia se producía en las calles derivada de los permanentes conflictos políticos que se vivían en la ciudad capital. Y por lo mismo la vida social y de entretenimiento en los espacios públicos se vio limitada.³⁵

El acontecimiento más importante que se produjo en materia habitacional a nivel urbano durante la segunda mitad del siglo XIX, fue la planeación y edificación del Fraccionamiento de la llamada Colonia Francesa en el barrio indígena de San Juan, ubicado en las afueras del actual Centro Histórico,³⁶ donde aparecieron las primeras quintas construidas por adinerados comerciantes y terratenientes avecindados en la Ciudad de México. El ejemplo más destacado en las mansiones de descanso de las élites de ese tiempo fue la casa de la familia Escandón, construida en los terrenos del pueblo de Tacubaya, fue durante el siglo XVIII novohispano, propiedad de la poderosa tercera condesa de Miravalle. doña María Magdalena Dávalos

³⁵ Ayala, *Op.cit*, p. ([http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146\(017\).htm?fbclid=IwAR2TmDFHVHDipc398oa94XGp6JU8ACAT8KHHC_n-1ZalRalf0-L2arPZH6g](http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146(017).htm?fbclid=IwAR2TmDFHVHDipc398oa94XGp6JU8ACAT8KHHC_n-1ZalRalf0-L2arPZH6g)).

³⁶ San Juan es un barrio histórico que se encuentra al suroeste del centro histórico de la Ciudad de México y abarca parte del barrio prehispánico de Moyotlan.

Bracamonte y Orozco, y conocida en esa época como hacienda de Santa Catarina del Arenal, (Actualmente sede de la embajada rusa)³⁷



Imagen 7: S.A, “El encantador palacete que alberga la embajada de Rusia en México”, en MxCity, 2020, disponible en: <https://mxcity.mx/2021/06/el-encantador-palacete-que-alberga-la-embajada-de-rusia-en-mexico/>

La vegetación en estas casas era una constante que no sólo les confería una nueva belleza y un ambiente más sano, sino que las protegía de la vista del exterior y aún de sus propios vecinos.

Marcos Arroíz en su obra *la Guía de los viajeros*, describe esta famosa casa con las siguientes características:

La casa de Escandón tiene la entrada hermosa, y desde ella se ve, allá en el fondo una parte de la fachada, pues la otra se esconde en el parque como esquivo, para excitar la curiosidad del visitante. Una calzada donde árboles nobles y elevados nos conducen hasta la entrada, que es circular; un peristilo corintio, con su enlosado de mármol de Génova, sostiene el segundo cuerpo de la casa. Las entradas, por los lados izquierdo y

³⁷ Se trataba de casas aisladas en medio del terreno con lo cual se iniciaba la construcción en las inmediaciones de la urbe de una tipología de casas de campo, que constituían un bloque arquitectónico en medio del predio, que al paso del tiempo se convertiría en arquetipo de privacidad. En lugares más alejados de la ciudad, como la villa de Tacubaya, donde las élites ansiosas de privacidad construían las nuevas mansiones concebidas para una vida moderna y opulenta, alejada del mundano ambiente de la ciudad.

*derecho, las forman dos pórticos también corintios. En lo interior, el patio se halla cubierto de una cúpula de cristal, y unas columnas de cantería, estucadas primorosamente, sostienen cuatro alas de portalería y corredores.*³⁸

El salón, comedores, billar, antesala y cocina están al estilo inglés, en el piso bajo. Las recámaras, baños y tocadores, todo con su debida separación e independencia, están en el piso alto. En la espalda (parte posterior del edificio), están las caballerizas, las cocheras y cuartos para criados. Todo se halla bajo un pie de lujo brillante y que no desearía un lord inglés. En el jardín hay kioscos, cenadores, grutas de hiedra y madre selva, y todos esos resortes de la jardinería para alegrar el ánimo. Hay un estanque de tres varas de profundidad para la natación, tiro de pistola, juego de bolos, un tren de caballos y carritos para los niños, una gran pajarera, faisanes dorados, cisnes negros de Australia con otras aves curiosas, y otros nuevos recursos de distracción y recreo.

Esta casa donde eran patentes las características de privacidad e intimidad, además del lujo y la comodidad, propias de las influencias inglesa y francesa, pertenecía a uno de los más encumbrados personajes de la época: Don Manuel Escandón, y fue construida por su primo el arquitecto Vicente Escandón. Destacando en ella el estilo inglés que se tenía como el más elegante y moderno de ese tiempo, con todas las comodidades para la vida doméstica. Esta mansión, junto a otras que se construyeron hacia la mitad del siglo en Tacubaya, hicieron de esta población un lugar de vida ideal, a donde la gente acudía en busca del aire puro y la belleza que ofrecía el lugar. La población en este sitio aumentaba considerablemente en época de verano, pues la creencia en ese tiempo era que las enfermedades de las vías respiratorias se aliviaban con el aire templado que ofrecía ese tranquilo pueblo. Y aunque muchos poseedores de las casas las ocupaban como casas de verano, otros más habitaban aquí de manera permanente. Algunos presidentes del país tuvieron aquí sus residencias de descanso.³⁹

³⁸ Arróniz Marcos, en *Manual del Viajero en México*, México, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1957, p.242

³⁹ Manuel Payno, "Tacubaya", en *Noticias de la Ciudad de México y de sus alrededores*, México, Tipografía de Escalante y Cia., 1855, p. 407

1.5 Costumbres y forma de comportamiento de la élite

La clase acomodada, solían salir muy temprano en las mañanas, ya fueran padres de familia, comerciantes, profesionistas, y altos empleados públicos, constituyendo muchos de ellos la distinguida e importante sociedad mexicana del siglo XIX.⁴⁰

Para el aseo en el rostro debe usarse exclusivamente agua fresca todos los días, jabón de almendras, y nada más. Generalmente el uso de afeites y el agua descomponen el cutis y desmejoran el color. El agua clara está demostrada que quita al momento las pequeñas líneas rojas con que amanecen, por lo que regulan los ojos, dan tersura a las mejillas y encienden el color de labios. Solo en caso de enfermedad podrá suprimirse esto.⁴¹

En ambos sexos no era permitido bañarse sin usar un camisón puesto que los valores religiosos aún seguían latentes. Para los hombres sus herramientas para una buena presentación consistían en un buen afeitado con navaja y jabón si la barba era poco abundante, pero si la clase social lo permitía, el barbero iba al domicilio, donde además los propios criados se encargaban del aseo personal del patrón y su vestimenta.

Las actividades diarias de los hombres de la élite comprendían funciones públicas, negocios, inversiones y administración de sus ranchos y haciendas en general, actividades que podrían desarrollar dentro de sus propios hogares. Sus empleados, como escribanos y administradores, trabajaban dentro de la casa particular del dueño en la cual trabajaban en los negocios del patrón, como la compra y venta de mercancías y la contabilidad de las minas y haciendas.⁴² Algunos empleados de alto nivel podrían ser parientes del propietario.

Los empresarios se relacionaban con artesanos, arrieros, empleados, dependientes y gente del pueblo en general, así como la gente de pueblos de distintos orígenes. Los patrones esperaban que la gente común se dirigiese a ellos y los tratara siempre con deferencia y respeto, conscientes de pertenecer a una clase inferior.⁴³

⁴⁰ Ladd, *Op.cit.*, p. 244

⁴¹ Manuel Payno, en *Memorias sobre el matrimonio*, México, Editorial Planeta Mexicana, 2014, p.22

⁴² John E Kicza, "Familias empresariales y su entorno, 1750-1850", en *Historias de la vida cotidiana*, coord. Pilar Gonzalbo, en *Historias de la vida cotidiana en México*, México, Fondo de Cultura Económica, Tomo IV, 2005, p. 168

⁴³ *Ibidem*, p.152

El rol fundamental asignado a las mujeres durante la segunda mitad del siglo XIX estuvo restringido al cuidado de la familia y a la educación de los hijos.⁴⁴ En específico las funciones primordiales de la mujer eran la obediencia absoluta al marido, a quien debían una numerosa descendencia que perpetuara el apellido y el linaje familiar, y el ejercicio de la maternidad dentro de una profunda religión. Los bienes y dinero que integraban la dote de una mujer de posición social acomodada, al contraer matrimonio, pasaban a las manos del marido.⁴⁵

Ellas no podían disponer libremente de dichos recursos a menos que obtuvieran el permiso del marido, no había divorcio, sólo separación de cuerpos por causas graves imputables a alguno de los cónyuges, y la mujer quedaba al frente de los negocios de la familia cuando enviudaba. Las viudas disfrutaban de capacidad judicial completa y podían ser jefas del hogar, pero les eran negadas las membresías a los clubes privados y los puestos de liderazgo en instituciones y oficinas públicas, así como el derecho a votar, privilegios únicamente gozados por los hombres de la élite que eran jefes de familia.⁴⁶



Imagen 8: John Kickza, "Familia de los Señores Gutiérrez, Familias empresariales 1750-1850", en *Vida Cotidiana*, 1850, p. 163

⁴⁴ Ana Gutiérrez Saloma, "De la mujer ideal a la mujer real. Las contradicciones del estereotipo femenino en el siglo XIX", en *Revista Cuicuilco*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, vol. 7, núm. 18, enero-abril 2000, p.3

⁴⁵ Esta costumbre, característica de la época virreinal, se siguió practicando en los matrimonios de las clases acomodadas a lo largo del siglo XIX, no obstante haber dejado atrás en buena parte los usos y las costumbres de los trescientos años de dependencia del trono español.

⁴⁶ *Ibidem*, p.6

La educación de una familia numerosa, a cargo de la madre, consistía en instruir a los pequeños en las primeras letras, e inculcarles los principios religiosos, morales y cívicos que exigía el grupo social privilegiado al que pertenecían. A las mujeres se las instruía, además de todo o anterior, en las labores propias de su sexo que les sirvieran, si contraían matrimonio, para ser buenas esposas y madres de familia.

El padre de familia decidía la educación posterior a la infancia de sus hijos varones, de acuerdo a lo que mejor conviniera a los intereses de la familia. Pero también permitía que las hijas mujeres pudieran gozar de una cierta libertad en la elección a la hora de contraer matrimonio, siempre y cuando el candidato o el futuro esposo fuera de la misma clase social y económica. Las mujeres de élite por lo general tenían que sujetarse a las condiciones establecidas por los padres para poder casarse, a diferencia de las mujeres de las clases bajas que tenían más libertad en la elección del futuro esposo. No pocas mujeres de la clase alta, aceptaban desposarse con personas a las que no amaban, para poder gozar de cierta libertad mientras el marido vivía, y de la total administración de sus bienes cuando quedaban viudas, llegando incluso a elegir a su segundo marido sin verse obligadas a ingresar a un convento, como en la época virreinal.

Un ejemplo de esto es la obra de Joaquín Fernández de Lizardi *La Quijotita y su prima*, donde destaca los valores cívicos y morales que debe poseer Doña Matilde en el ámbito doméstico en su rol de esposa. En contraposición con Doña Eufrosina, dama a quien le preocupaban más las fiestas y reuniones sociales, y los atuendos de moda, que atender a su casa y a un esposo bonachón, quien le permitía toda clase de gastos y despilfarros. Y al respecto nos describe lo siguiente:

Doña Matilde por el contrario de Doña Eufrosina; acostumbrada desde niña al reposo de su marido, se divertía gratamente con el cuidado de este y de su casa y cuando quería desahogarse lo hacía con su clave que tocaba diestramente. Siempre en compañía y a veces de su esposo.⁴⁷

⁴⁷ *Ibidem*, p.8

Los entretenimientos de las mujeres de la aristocracia eran asistir a los diversos eventos religiosos que se distribuían a lo largo del año, o bien acudir a reuniones familiares, o de amistades que recibían, como antaño el nombre genérico de tertulias, donde se podía llevar a cabo algún juego de mesa como el tresillo, algún espectáculo musical, y podían fumar y tomar moderadamente sin ser mal vistas, mientras los hombres conversaban acerca de los asuntos políticos y económicos que se sucedían en el país. La señora de la casa se encargaba de planear y escoger el menú de la cena.

Las madres de familia se encargaban del cuidado de los niños, aunque no dejaban de prescindir de las nodrizas en los dos o tres primeros años de los niños. No salían a la calle de compras porque en su casa recibían a las costureras, carpinteros, y artesanos en general, que se ocupaban de la confección y elaboración de los atuendos de la familia y del mobiliario de la casa. Las mujeres que iban con niños pequeños a visitar a parientes que vivían en lugares apartados, lo hacían en carruajes cerrados. La mayor parte del tiempo lo ocupaban para rezar en una capilla privada o para acudir a la Iglesia, a confesarse, o asistir a misa.

1.6 los vínculos matrimoniales.

Fue muy frecuente en estos tiempos que las hijas de las familias más relevantes de la sociedad en las principales ciudades del país, fueran dadas en matrimonio a empresarios que, sin pertenecer a la clase privilegiada, eran en cambio exitosos empresarios o políticos de fama reciente. Tales matrimonios aseguraban el linaje familiar, tanto en lo social como en lo económico. Con estos valores el objetivo era formar una red familiar de ayuda y apoyo mutuo, estableciendo una unidad de poder social donde una familia vivía rodeada de sirvientes y todas las comodidades que requería su alta posición dentro la estamentaria sociedad decimonónica.⁴⁸

⁴⁸ Françoise Carner, “El estereotipo femenino en el siglo XIX”, en *La mujer en la historia de México*, México, Colegio de México, 2015, p. 101

En estos tiempos adquirió una gran relevancia la estructura familiar, puesto que la familia se convirtió en la organización social clave para conservar, transmitir y reproducir los valores y conductas fundamentales de la antigua nobleza novohispana, aunque ahora con ciertas variantes. Un ejemplo de este nuevo orden en la configuración de los matrimonios entre la élite del siglo XIX fueron: El caso, de María de la Soledad Gutiérrez del Rivero y Rodríguez de Pinillos, ex cuarta Marquesa de Selva Nevada, quien habiéndose refugiado en España después de la proscripción de títulos nobiliarios en México, regresó viuda a México, y buscando la mejor manera para sacar adelante sus negocios familiares no dudó en asociarse con el inglés Tomás Gillow, quien no sólo le administró los bienes sino que contrajo nupcias con ella.⁴⁹

El enlace de la exmarquesa, independientemente de los sentimientos que estuvieran involucrados, nos habla de una apertura en los usos y costumbres de la antigua nobleza, y de los cambios sociales que en el México independiente permitían una mayor movilidad. Ella no necesariamente se rebajó al casarse con un relojero emprendedor y él no se elevó cuando tuvo que invertir sus bienes para sacarla a ella y a su familia adelante en lo económico, y así se dio exitosamente la unión de un extranjero plebeyo, pero con habilidad para los negocios con una mujer perteneciente a la más alta esfera social, pero sin cualidades para mantener adecuadamente sus propiedades y su fortuna.⁵⁰

De esta manera las estrategias familiares encaminadas y decididas a mantener un estatus de gran importancia social entre las élites mexicanas empezaron a flexibilizarse en cuanto a permitir los matrimonios desiguales siempre y cuando se conservará en la familia la misma, o más alta posición económica, de sus antepasados.

Por otra parte, la formación de un linaje que perpetuara el lustre del apellido de una familia, continuó presente en la aristocracia mexicana durante el siglo XIX, y así los matrimonios jóvenes sabían que tenían la obligación religiosa y social de constituir

⁴⁹ *Loc.cit*

⁵⁰ *Ibidem*, p.1802

una familia numerosa que continuará en los hijos la tradición, los valores y el patrimonio de la familia.

De aquí que el nacimiento de un hijo, particularmente si era el primogénito, conllevaba una serie de representaciones sociales desde su nacimiento, siendo éste y poco después el bautismo, los primeros actos públicos que reafirmaba la posición social y económica de sus padres, como nos describe el cronista contemporáneo don Antonio García Cubas en su obra *Libro de mis memorias* que en una de sus partes dice:

Llegado a este mundo el infante, cuya efigie puesta de cabeza en una mesa, da testimonio del hecho, procede la comadrona a bañar al recién nacido en agua de romero y á vestirlo, es decir, á ceñir apretadamente sus mantillas y fajeros.⁵¹

Preparar, además, el primer alimento del niño que consiste en agua azucarada que se administra con la extremidad del dedo meñique por medio de un hisopillo de hilaza y, por último, se esfuerza por halagar a la familia, tratando de probar que el matrimonio, cuyo nene se halla exento de todo gatuperio (embrollo o intriga), manifestando que todas las facciones del niño son toditas, trasunto fiel a las del padre...

Después el niño debe ser presentado a Dios en el sagrado Bautismo donde los padrinos y el padre de la criatura envuelto en largas mantillas blancas con listones de seda, el cura asienta el bautismo, el niño es devuelto a la madre, donde será depositado en su cuna con bellas sabanas de seda y la costumbre entre las élites es que para esta ocasión tan especial el padrino deposita bajo el almohadón, el obsequio destinado a la comadre, el cual consiste en una joya.

García Cubas continúa la narración de este gran acontecimiento familiar con la descripción del almuerzo llamado en ese tiempo “Refresco”, que se ofrecía en la casa de los padres a familiares y amistades, al día siguiente de celebrado el bautismo tratando de recordar esos acontecimientos del día anterior, en la fiesta del “Refresco”, narra la recepción del bautismo, resaltando los siguientes acontecimientos:

Los criados van y vienen y dan cumplimiento a sus respectivas obligaciones y, todos deudos y convidados, se dirigen al comedor donde la plática animada confunde su murmullo. Sobre el blanco alemanisco que cubre la mesa, hallanse, simétricamente colocados, platones, que contienen apilados bizcochillos de varias clases, como soletas, rodeos, puchas y polvorones, así como rebanadas de queso fresco y carnes frías, adornado todo esto con banderitas de papel picado de variados colores. A la luz de las velas sostenidas en candelabros de bronce, brillan los cubiertos de plata y las copas de cristal y se avivan los colores de los claveles y las rosas de castilla que, en vistosos ramos, sostienen los hermosos floreros de porcelana. Como es natural, los brindis obligados en la celebración del nacimiento de un niño, van dirigidos a los padres de la criatura que dan el ambigú, al infante que es el santo de la fiesta y a los padrinos que reparten medicillos de oro en flores de trapo.⁵²

⁵¹ Antonio García Cubas, “Espantar el sueño a los niños”, en *El libro de mis recuerdos*, México, Imprenta de Antonio García Cubas, 1904, p. 182

⁵² *Ibidem*, p. 186

La educación en los niños estaba a cargo de los mentores, profesores con los estudios suficientes para proporcionarles una preparación basada en primeras letras, buenas maneras, y principios religiosos fundamentales. Todo esto muy necesario para que los pequeños continuaran con la tradición de estatus social de las familias de las que procedían. Las leyes otorgaban un amplio poder al padre en la custodia de los menores, en el derecho a la educación, y hasta en la elección de la futura esposa, aunque en la práctica, interviniera escasamente en todas estas tareas sobre todo en los primeros años del niño, siendo la madre dentro del hogar, en quien pesaba la atención y la educación de sus hijos hasta que éstos alcanzaban la mayoría de edad.⁵³



Imagen 9: José Quireño, “La moda sugerida para los niños mexicanos”, *Litografía Decaen*, México, 1835, p.163

Con más frecuencia los niños mayores de doce años eran llevados a comidas familiares y reuniones sociales. Los llevaban consigo en sus viajes sociales y de negocios. Los progenitores les permitían asistir a las tertulias, y los llevaban consigo a algunos bailes de disfraces, que en ocasiones se prolongaban hasta la mañana, y mientras las personas mayores jugaban al tresillo o la malilla (juego de naipes por parejas), los jóvenes disfrutaban de la música, el canto, o los juegos de salón mientras en otras habitaciones de la casa:

.....a los niños se les entretiene, en retirado aposento, con historietas y consejas que algunas ancianas de feliz memoria les relatan, rodeadas estas de su infantil auditorio, formado de niños de la casa de la gente de escalera abajo, de algunas señoras mayores, y de las criadas, -refiere,- cuando bien librados salen los oyentes Las Aventuras de Pulgarcito, de la Caperucita Encarnada, del Gato con botas y de otros protagonistas de los cuentos de Perrault, pues las más veces la buena señora adopta para temas de su narración tradiciones terroríficas, como las de Don Juan Manuel, La Llorona, La Mulata de Córdoba y el Coche de Lumbre, ó bien hechos criminosos como el asesinato

⁵³ Kicsa, *Op.cit*, p. 164

*de Dongo a fines del siglo XVIII, ó espeluznantes como el Manto Verde de Venecia. El intento de espantar el sueño a los niños va más allá de lo que se desea, pues ya en la cama, se apodera de ellos un sueño intranquilo, asaltado muchas veces por pesadillas. Como tales escenas ejercen perniciosa influencia en la educación del niño y contribuyen a formar un carácter.*⁵⁴

El nuevo Estado independiente asignaría a la escuela pública la función de enseñar los preceptos que antes aprendían los pequeños de la religión, adoptando el lenguaje y los textos eclesiásticos antiguos para continuar el esquema y los principios de moral que la Iglesia había establecido en México desde los tiempos de la Conquista hasta la promulgación de la Leyes de Reforma con Benito Juárez. El Estado no pudo dejar de prescindir de los clérigos, pues había que echar mano de todos los recursos para conformar la nueva nación.⁵⁵

Guillermo Prieto describe en su obra *Memorias de mis tiempos* los años de su educación en una escuela llamada “De Calderón”, ubicada en el Puente de la Aduana, núm. 14, y la escuela denominada “Chousal” destacadas ambas por ser instituciones para niños de altos recursos económicos.

*La escuela de Calderón sólo tenía por rival a la escuela Chousal, que eran las escuelas de la gente decente, los almácigos (conjuntos o grupos) de los niños finos. Otro maestro D. Rafael Pérez, era de bastante reputación.*⁵⁶ *Se enseñaba con educación a leer y escribir, las cuatro reglas de cuentas y un poco más, y doctrina cristiana con perfección. Por convención particulares algunos niños se les enseñaba dibujo por el maestro Zerralde.*⁵⁷

No había divisiones en las enseñanzas de Roma y Cartago para que los muchachos se discriminasen, ni castigos como el cepo y la corma (instrumentos de tortura), que eran verdaderos tormentos. No faltaba, por desgracia la palmeta; figura de disciplina, y el encierro era el castigo común. Por supuesto que no estaba abolido totalmente el día exclusivo para azotar, como eran los martes en otras escuelas.

*La escuela estaba dividida en dos grandes secciones, ósea en la sala de lectura y el salón de escritura y explicaciones. La sala de lecturas era pequeña y cubierta de gradas.*⁵⁸

Una buena parte de los niños de la aristocracia asistían a la escuela, por lo menos en sus primeros años, y cuando llegaban a la juventud algunos varones seguían una carrera universitaria y una mínima proporción eran enviados por sus padres al extranjero a completar sus estudios; mientras las mujeres sólo completaban la

⁵⁴ García, *Op.cit*, p. 193

⁵⁵ *Ibidem*, p.110

⁵⁶ Prieto, *Op.cit*, p.11

⁵⁷ *Loc. cit*

⁵⁸ Staples, *Op.cit*, 111

instrucción básica, y después se dedicaban a las labores propias de su sexo mientras contraían matrimonio.

No obstante, la vida dentro de los establecimientos educativos para ambos géneros se desarrollaba de manera acorde con la elevada posición que ocupan en la sociedad; los jóvenes pasaban más tiempo en compañía de otros de su misma edad, y socializaban de acuerdo con los entretenimientos y actividades que la escuela les marcaba y que eran propias de la élite como: lecturas y conversaciones relativas a los clásicos más importantes en el pasado; mientras las niñas se ocupaban de las labores de aguja y lecturas piadosas a las que las inducían sus maestras, mientras continuaban sus clases.⁵⁹

Desde el año de 1856 la escuela por excelencia para las mujeres fue el Colegio de Santa María de la Caridad, que con el nuevo plan de estudios se había conformado con una tendencia liberal.⁶⁰ Las instrucciones ofrecidas debían abrirse a las corrientes de los nuevos tiempos, pero sin abandonar la antigua formación cristiana y doméstica. Encabezaba el listado de saberes el estudio de religión y moral cristiana y social, cuya enseñanza se basaría en las máximas de los evangelios y en los autores más acreditados e importantes en la materia.⁶¹

⁵⁹ *Ibidem*, p. 114

⁶⁰ No se contaba con un sistema escolarizado que diferenciara claramente los niveles educativos. El famoso método Lancasteriano que promovió Lucas Alamán hacía que la secundaria correspondiera a la educación pos-elemental, o superior a la enseñanza de las primeras letras, y en algunos casos, como fue Ley de Instrucción Pública de 1867, al término acogió todos los estudios profesionales que, a falta de Universidad, se impartiría en las escuelas nacionales.

El Sistema Lancasteriano consistía en utilizar a los alumnos de mayor edad y adelanto para que instruyeran a los más pequeños y menos avanzados. Estos monitores, después de escuchar al maestro, repetían las lecciones a grupos de 10 a 20 niños, quienes de acuerdo con las ideas de Joseph Lancaster y Alexander Melville Bell (creadores del método pedagógico de la enseñanza mutua), debían sentarse en semicírculo en torno al expositor. Los inspectores se encargaban de vigilar a los monitores, de distribuir el material y de señalar cuáles de los alumnos debían ser premiados o sancionados. La escuela lancasteriana introdujo el empleo de mapas, carteles y juegos, y los ejercicios de dictado.

José Félix García Benavente, "La Escuela Lancasteriana en México y América Latina como solución del estado liberal ante el vacío dejado por la Iglesia", en *Boletín Virtual*, México, Universidad Pontificia de México, Vol. 47, 2016, p. 24

María de Lourdes Alvarado, "La educación superior femenina", en *El México del siglo XIX. Demanda Social y Reto gubernamental*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Consejo Nacional de Educación Superior, Plaza y Valdés Editores, 2004, p. 86

⁶¹ Aparte de la variedad de asignaturas que integran la propuesta, sobresale la incorporación de disciplinas científicas y sociales, hasta entonces consideradas inútiles en la formación de las futuras madres y amas de casa. La presencia de la geografía física, política, historia natural, fundamentos del sistema republicano y algunas asignaturas de ampliación práctica como la teneduría de libros y lenguas vivas, dan cuenta del nuevo tipo de mujer que se intentaba formar, capacitada para abrirse al mudo laboral, pero nunca al grado de que pudiese competir con los varones.

El resto de las asignaturas se organizaban a manera de bloques en el siguiente orden: gramática castellana, poesía y literatura, música, dibujo y nociones de pintura; bordado en todos sus ramos, elaboración de flores artificiales y jardinería; historia general, antigua y moderna; historia particular del país, y principios generales de la historia natural; geografía, física y política, con hincapié en los principios fundamentales del sistema pedagógico: aritmética, teneduría de libros, idiomas (inglés, francés e italiano), higiene y economía doméstica.⁶²

1.7 El atuendo de la alta sociedad

En las primeras décadas del siglo XIX la indumentaria de la clase privilegiada estuvo sujeta a varios cambios en relación a los trajes que se usaban todavía a finales del siglo XVIII. Para asistir a una tertulia o una fiesta los caballeros utilizaban la moda de ese momento, la cual se asoció con los tiempos y cambios de la modernidad y con nuevos usos, vinculándose con los valores morales y el decoro del cuerpo.⁶³

Después de la independencia, y posterior al establecimiento de la moda francesa en España con la imposición de José Bonaparte como rey, la antigua indumentaria virreinal cae en desuso en las recién liberadas colonias americanas, y en la, hasta hacía poco Nueva España. Se abandonaron los vestidos ostentosos de toda la época de dominación, y el atuendo tanto masculino como femenino, copió el llamado “estilo imperio” cuyas formas eran más sencillas y funcionales, con pantalones elaborados con telas o paños de color azul o verde y de un corte que llamaban de “tapabalazo” (con botonaduras laterales en los cuadriles), sujetos al calzado por medio de tirantes de piel, o de cintas denominadas pialeras.⁶⁴

La libertad en el vestir originó cierta confusión y una vasta diversidad en los atuendos. Los jóvenes lucían por igual capas y esclavinas, los señores de mayor edad se ajuareaban con levitones largos y holgados, las pollitas (jovencitas) que calzaban zapatos de seda se forraban con unos túnicos de

⁶² En este tipo de enseñanza era notable la ausencia del latín, conocimiento que hacia mediados del siglo XIX seguía funcionando como puerta de acceso a la educación superior.

⁶³ Atzín Julieta Pérez Monroy, “Antes de las secciones y revistas de moda en el Diario de México”, en Nierka, *Revista del estudio de arte*, México, Universidad Iberoamericana, Núm. 11, Año 6, enero-junio 2017, p. 38

⁶⁴ José Rogelio Álvarez, “Moda del siglo XIX”, *Costumbres y Tradiciones Mexicanas*, México, Editorial Everest, Volumen III, 2008, p.540

alto talle y manga corta, y las damas conservaban la saya (falda) y la mantilla precursora de las amplias enaguas, la crinolina y las peinetas de olla. Junto a las esclavinas y levitones andaban los barraganes (los abrigos impermeables o gabardinas). Las tilmas (mantas de algodón anudadas al hombro) los pantalones de piel de tuza. Las chaquetas de paño, los chalecos muy cortos de terciopelo de dos sedas, los trajes de pana y coletilla, las bandas de burato (tejido de lana o seda que servía para asistir a los funerales y los sepelios) a la cintura, las camisas al descubierto y los sombreros de ala ancha de panza de burro.

.... “Las entusiastas secuaces de la moda dice Guillermo Prieto en Memorias de mis Tiempos solían llevar colgadas al cinto seis o siete enaguas de armas armazones que servían para sostener los vestidos o faldas., todas bien tirantes y almidonadas, de suerte que al andar producían un ruido como de ramazón sacudido por el viento”. Y entre los hombres el frac y la levita convivían.



Imágenes 10 y 11 : S.A, “Atuendo civil y militar”, en *Costumbres y tradiciones mexicanas*, México, 2008.

En las imágenes se puede observar el tipo de atuendo en las clases altas durante la segunda década del México independiente. Del lado derecho se puede apreciar a Agustín de Iturbide con el tipo de vestimenta de corte militar. Del lado izquierdo se destaca la indumentaria civil con los siguientes elementos característicos:

La gente adoptó, el chaquetín de indiana con tela de lino y algodón. La peluca se sustituyó con peinados resueltos en la frente con tupé; las chorreras (Adorno de tela en la parte delantera de una camisa o un vestido, que tiene forma de volante de encaje) como complemento de las golillas, (especie de alzacuellos), con cuellos atados con enormes corbatas en los hombres de alta posición social, o con mascaradas de la india o pañuelos ceñidos en las mujeres. Los jóvenes lucían por igual capas y esclavinas, los señores de mayor edad se ajuareaban con levitones largos y holgados calzando zapatos de seda y se forraban con túnicas de alto talle y manga corta.⁶⁵

Los hombres utilizaban en su atuendo, de manera habitual, el pantalón, chaleco, sombrero de copa, corbata, bata inglesa y el bastón. Se pusieron de moda para la vestimenta masculina los tirantes en los trajes al estilo burgués inglés, que se encontraba en plena formación por esos tiempos.

⁶⁵ Prieto, *Op.cit*, p.148

El afrancesamiento en las costumbres y la indumentaria cobró una gran popularidad en las actividades sociales, y con ello en la cultura del placer y la seducción. El coqueteo, los paseos en carruaje, las tertulias, los saraos y el teatro, fueron las actividades y las distracciones propicias para lucir ricos trajes, joyas soberbias, y abanicos exóticos. En este contexto, las modas adquirieron una importancia internacional muy grande al venir del exterior, por lo que estar al tanto de las novedades hasta en los detalles mínimos, significaba convertirse en objeto de admiración dentro de la sociedad.⁶⁶

El estilo francés, “corte imperio”, que impuso Napoleón Bonaparte fue muy popular en la segunda década en México. Los gobernantes como Agustín de Iturbide y su esposa Ana María Duarte imitaron la moda francesa de ese momento, lo que se evidenció con los mantos de armiño, peinados cortos hacia la cara en los hombres, y la diadema, y otros elementos muy parecidos a los que había llevado la emperatriz Josefina el día de su coronación, inspirados a su vez en la moda de la antigua Roma, en las mujeres de la élite.⁶⁷



Imágenes 12 y 13: S.A, en *Retrato de los emperadores Agustín de Iturbide y Ana María Duarte*, México, Óleo sobre tela, 86 X 76 cm, Colección Museo de Historia Mexicana, 1822.

⁶⁶ Julieta Pérez Monroy, “Modernidad y odas en la Ciudad de México: de la basquiña al túnico y del calzón al pantalón”, en *Historia de la Vida Cotidiana en México*, México, Fondo de Cultura Económica, Tomo IV: Bienes y vivencias. El siglo XIX, 2005, p. 57

⁶⁷ Virginia Armella de Aspe, Teresa Castelo de Yturbide, Ignacio Borja Martínez, “Traje Civil”, en *La Historia de México a través de su indumentaria*, México, Editorial Inbursa, 2016, p. 101

Las mujeres de la alta sociedad no tardaron en imitar este estilo llamado “línea imperio” basado en la moda impuesta por la emperatriz Josefina, en la que los vestidos eran confeccionados con tela llamada “de césped” (especie de seda), blanca fina, y muselina. Aunque las muselinas eran menos costosas que las sedas, las buenas telas de césped bordadas en blanco que aún existen actualmente son muy costosas.

La muselina se lavaba mejor que las sedas, pero el tono blanco todavía necesitaba mucha atención para mantenerlas impecablemente limpias. El uso regular de batas de ese mismo color era un signo de estatus social. Los vestidos blancos generalmente se guardaban para la noche y durante el día se consideraban más adecuados los vestidos de colores pastel o de colores oscuros. Algunas tradiciones sobrevivieron como el uso del jubón llamado ahora chaleco, la capa y la mantilla.⁶⁸

Los trajes se diversificaron en función de la vida social; los seguidores de las últimas modas usaban varios trajes al día: uno en la intimidad del hogar, otro para salir de paseo o a misa, y otro para el teatro o los bailes. En Nueva España había que cumplir con ciertas formalidades en el atuendo, pero incluso después de la consumación de la independencia no se había desarrollado aún una etiqueta estricta al estilo europeo.⁶⁹



⁶⁸ S.A, “Telas para el vestido Empire Line”, en *Historia de la moda de Regency 1800-1825 Historia del vestuario*, México, 2019, p. (consultado el 28 de febrero del 2021, disponible: https://www.fashion-era.com/regency_fashion.htm).

⁶⁹ Pérez, *Op.cit*, p.62

Imágenes 14 y 15: El estilo imperio elaborado en México lo vemos en las imágenes de estas dos damas de la élite mexicana. Del lado izquierdo se encuentra Doña María de los Dolores Ignacia Gómez de Cervantes y Gutiérrez Altamirano (1793-1822). Y del lado derecho se representa a doña Ana María Josefa Ignacia Zenobia de Jesús Abad y Arriola de Viscarra, en un cuadro que se le hizo en Guadalajara el 15 de febrero de 1816. Colección particular (autor desconocido).

La moda “imperio” permaneció en vigencia poco tiempo, pero no terminó bruscamente, sino que se le fueron aumentando varios elementos, y quitando otros, hasta que adquirió un nuevo aspecto, propio de la época romántica. La primera etapa de este movimiento duró aproximadamente desde 1830 hasta 1850.

En las primeras décadas del siglo XIX se acentuó entre las damas elegantes el gusto por el uso de las grandes mascaradas ajustadas al cuello, los rebozos y los mantos o tápalos (especie de rebozos más delgados), que habían heredado de sus madres y abuelas, y llegados aquí en tiempos pasados por el Galeón de Manila.

Las crónicas de la época describían a las señoras y caballeros de buena sociedad en provincia de la siguiente manera: *las damas lucían cotidianamente rebozos de Saltillo o de Santa María o ametelados (con hilos de plata entreverados) enaguas de gasa transparente, anchas mascaradas, que les cubrían el pecho y la espalda y zapatos de seda. Mientras los caballeros vestían casaca o chupa de seda, largo chaleco, pantalón corto, medias de seda y zapatos bajos con hebillas de oro. Usaban el cabello corto y peinado hacia delante que les caía en forma de fleco recortado sobre la frente y se cubrían con unos sombreros llamados de empanada por la figura que tenían. Para las damas se conservó la saya (sobre falda), precursora de las amplias enaguas, la crinolina, la mantilla y las peinetas de olla.*⁷⁰

Durante la década de los treinta en México decimonónico, el traje de las clases altas era el europeo. Para el de los caballeros los sastres copiaban con mucha habilidad el pantalón largo y estrecho, el chaqué y el frac para los diversos actos sociales. El corte y confección de trajes masculinos en los grupos privilegiados

⁷⁰ Álvarez, *Op.cit*, p. 540

llegaría a ser un verdadero arte. Los sastres seguían las tendencias de París y Londres gracias a revistas como *Petit Courrier des Dames* y *Journal des Tailleurs*.⁷¹

El traje masculino mostraba el rol y estatus social del caballero. La aristocracia y la burguesía siguieron un protocolo similar, aunque se observan diferencias en complementos masculinos como las bandas de órdenes civiles, las condecoraciones y la joyería, entre la que se incluían desde alfileres de corbata, leontinas (cadena para el reloj de bolsillo), y hasta los botones de concha de plata y de carey.



Imagen 15: La ilustración representa la indumentaria femenina, durante el año de 1830 a 1850 en las damas de sociedad. Es un vestido de seda labrada de mantilla negra de blonda y terciopelo. Perteneció a Doña María Antonia Vargas de Palomino. Guadalajara, 1834, Colección Particular.

La marquesa Calderón de la Barca nos deja en sus cartas los diversos testimonios de *La vida en México (durante residencia de dos años en ese país)*. Como mujer, fija su atención en algunas peculiaridades que otros, como Manuel Payno y Guillermo Prieto en sus obras posteriores, dejan de lado sobre detalles del vestuario, o la forma en cómo estaba montada la joyería que lucían las damas de la más alta escala social en las grandes recepciones, y presta también gran atención a los atuendos femeninos. Un ejemplo muy notable en sus descripciones es la vestimenta y el comportamiento de estas damas en las fiestas, lo cual describe con minuciosa propiedad:

⁷¹ James Laver, "Capítulo VII de 1800-1850", en *Breve Historia y traje de la moda*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2006, p. 174

...La joyería de las prendas finas (en el atuendo femenino), con la ostentación de brillantes, perlas, sedas, rosas, blondas y terciopelo. La mantilla, el collar grueso de perlas y brillantes. Abunda el negro y el color morado.

Los modales de las señoras de aquí son muy amables en extremo; pero la etiqueta española y los cumplidos son un fastidio más allá de toda ponderación. Luego de haber abrazado a cada señora que entra, conforme a la costumbre, la cual, después de todo, es una demostración cariñosa. Hay mucha familiaridad entre las damas al dirigirse por su nombre de pila. Terminada las visitas, las señoras vuelven a abrazarse, acompañando la señora de la casa hasta el descanso superior de la escalera, en donde se repiten los dares y tomares de los cumplimientos.

Las señoras usualmente llevan brillantes y perlas y un vestido que podríamos llamar “de medio vestir” y se varían muy bien si no fueran trajes tan cortos y los zapatos tan apretados. Algunos de ellos llevan sombreros que se consideran prendas de lujo. La familia Escandón y la joven señora Cuevas iban muy bien vestidas. Cuando las mujeres mexicanas están sentadas y tienen un aire de dignidad y una expresión de perfecto reposo, y para su mayor lustre así debería de verlas siempre: sedentes en el sofá, en el coche o su palco en el teatro.⁷²

La marquesa hace una ligera descripción de una tertulia y destaca los aspectos fundamentales en la vestimenta y el entretenimiento:

El lunes dimos una tertulia, que, a pesar de las predicciones, salió muy bien, y a la que concurrió la gente más agradable de México. Hubo música, bailes y juego a las cartas, y a las tres de la mañana el cotillón hacía todavía más furor.⁷³

En cuanto al atuendo que portaban las damas para los paseos al aire libre, menciona:

Vino a vernos la señora de Adalid, vestida con un traje de China poblana que acaba de comprar para ostentarlo en una Jamaica (comida campestre) que piensa dar en el campo, en la que las jóvenes se disfrazan con trajes de campesinas y se venden unas a otras, fruta y monadas y verduras, lo cual es una antigua costumbre mexicana. El traje de la señora Adalid le ha costado varios centenares de duros. La parte superior de la falda es de raso amarillo y el resto de casimir escarlata. Está bordado de oro y plata y ella tenía los cabellos sujetos por detrás con una gruesa peineta de plata y sus adornos muy hermosos eran de coral montado en oro, los zapatos eran de raso blanco bordado de oro, las mangas del cuerpo de la camisa de cambrey finísimo adornado con ricos encajes, y el fustán (falda ancha que se ponía debajo del vestido), mostraba dos caireles de valencianas. Se ve bonita con este traje que no despertará objeciones en ese campo, aunque quizá no sea a propósito para un baile de fantasía en la capital.⁷⁴

La referencia anterior nos indica que los atuendos femeninos de las clases privilegiadas variaban en muchos aspectos y materiales de confección, de acuerdo a las horas del día o de la noche, o del tipo de actividades que se llevaran a cabo.

Por otra parte, la marquesa hace una fuerte crítica al traje informal, sin adornos, y sencillo de las mujeres mestizas mexicanas, compuesto básicamente por una falda denominada en ese tiempo saya o enagua, y con un simple paño a manera de

⁷²Madame Calderón, *Op.cit*, p. 73

⁷³ *Ibidem*, p. 122

⁷⁴ Álvarez, *Op.cit*, pp 549-548

rebozo, con el cual se cubrían su cabeza y los hombros, prenda de origen popular que se había difundido y utilizado hasta en los sectores opulentos de la Nueva España, y que continuó en uso sin perder vigencia hasta la segunda mitad del siglo XIX.

Madame Calderón de la Barca, refiriéndose al uso común del rebozo entre las diferentes clases sociales, destaca el descuido de las damas de clase acomodada que en su casa les servía para ocultar el cabello despeinado. Y señala que a pesar de la elegancia que manifestaban en su atuendo, presente en los retratos de la época, el desarreglo prevalecía dentro de su hogar durante el día, incluso cuando recibían visitas.

Si la comodidad y hasta el descuido caracterizaba la indumentaria de las señoras de las clases altas en la intimidad de su hogar, el panorama cambiaba cuando realizaban visitas y asistían a las tertulias o saraos. Entonces las damas lucían vestidos de telas finas, zapatillas de raso y lujosas joyas, incluso por la mañana. Complemento indispensable en todos los atuendos femeninos elegantes, era la mantilla, el tápalo (especie de chal delgado para cubrir la cabeza y los hombros), y el mantón de Manila. Los caballeros, por su parte, vestían camisas con finos encajes, sombreros, bastón, y según la moda, calzón o pantalón, chaleco, casaca o frac.⁷⁵

Otras prendas masculinas propias de ese tiempo fueron las trabillas o pialeras (Tira pequeña de tela que une dos piezas de una prenda de vestir para sujetarlas o ceñirla como adorno), los pantalones que sujetos con ellos a los pies, y por los tirantes a la cintura, formaban por excesiva tensión rodilleras muy levantadas, y esta moda fue impuesta por las autoridades como un atuendo obligatorio, aún entre las clases populares.

⁷⁵ *Loc.cit*

Poco a poco los varones fueron abandonando los trajes de colores escandalosos y las mujeres las enormes crinolinas sustituyéndolas por el puf, falda de menor vuelo izada hacia atrás por el polisón.⁷⁶

Durante la Guerra de Reforma (1858-1860) la vestimenta femenina se caracterizó por el uso de los colores de los partidos liberal y conservador; y así adoptaban los partidarios de uno u otro de estos bandos, vestimentas diferentes. Quien simpatizaba con el partido conservador usaba patillas, sombrero alto, cuello erguido y almidonado, pantalón negro, prendedor en la camisa y capa al estilo español. Mientras quien se identificaba con el partido liberal usaba sombrero sencillo de fieltro, traje negro austero, cinta con reloj colgante, y la corbata de color rojo.⁷⁷

Las damas de la clase privilegiada, a diferencia de las europeas, no acostumbraban a caminar por las calles de la Ciudad de México, salvo en ocasiones específicas para asistir a la Iglesia. Y de hecho era difícil hacerlo, dado que usaban zapatillas muy estrechas para aparentar un pie pequeño, de acuerdo con los gustos predominantes de la época.⁷⁸



Imágenes 16 y 17: S.A, Zapatillas del siglo XIX, en *Exposición de Hilos de Historia*, México, Colección de Indumentaria del Museo Nacional de Historia, 2016, p. (consultado el 07 de mayo del 2021, disponible en: <https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/visitavirtual>).

⁷⁶ Cojincillo relleno de lana o de crines de caballo que se colocaba en la parte posterior del vestido para levantar y destacar así los glúteos femeninos al caminar.

⁷⁷ *Ibidem*, pp 551-552

⁷⁸ *Ibidem*, p. 64

Las damas usaban unas zapatillas de punta y tacón, pero cuando se puso de moda el túnico (capa) en el atuendo femenino, aunque no desapareció del todo el modelo anterior, la zapatilla era baja con materiales que evidenciaban elegancia y suavidad, ya que eran confeccionados en raso. En las mañanas se las veía caminar hacia la Iglesia para cumplir con sus cristianos deberes, vestidas con saya o túnico negro, y la cabeza cubierta con la mantilla.⁷⁹

Entre los años 1830 a 1850, la vestimenta de los altos mandos militares se caracterizó por el uso de las casacas azul oscuro con cuellos, vueltas, y solapa encarnada; forro, barras y cartera horizontal de tres botones, pantalón blanco, y para los de mayor rango, fajas de seda azul celeste.

A partir de la década de 1850 la moda en México había cambiado progresivamente, debido a la influencia del romanticismo en Europa, moda que había sido introducida por algunos acaudalados mexicanos, que habían estado en Francia e Inglaterra y la habían establecido, sobre todo en la clase política bajo las siguientes características generales: pantalón negro ajustado y chaqueta azul, con botones de oro y corbata blanca.⁸⁰



Imagen 18: Eduardo Pingret, *Levita y chaleco de damasco, traje y silla de charro, Don Anacleto de Polidura y sus hijos*, óleo sobre tela, Colección Banamex, 1850.

Por el año de 1857, después del golpe de estado dado por el general Comonfort y el ascenso al poder del presidente Benito Juárez, se abandonó el uniforme impuesto por Antonio López de Santa Anna, y se pasó al uso de otros modelos de acuerdo con el rango de cada cuerpo en el ejército. Los militares de alto rango se distinguieron por usar la levita de cuero negro, pompón, y un escudo de metal

⁷⁹ Aspe, *Op.cit*, p.549

⁸⁰ *Íbidem*, p. 550

encarnado, y para los grados intermedios se utilizó entre la tropa el pantalón azul con divisas en rojo claro.⁸¹



Imagen 19: S.A, “Litografía del ejército mexicano durante el año de 1853, militar Valentín Canalizo”, en *Historia de la indumentaria mexicana*, México, Inbursa, 2016.

Para las mujeres elegantes en la Ciudad de México era común adquirir costosos vestidos en las tiendas exclusivas situadas en la calle de Plateros, donde llegaban las últimas novedades en la moda francesa.

El vestido para las damas de sociedad era confeccionado con telas más caras como el tafetán, la seda y el terciopelo. En su mayoría podían ser confeccionadas estas prendas por modistas mexicanas, o ser traídas desde París; en cuyo caso los costos de dichas prendas aumentaban hasta cuatro veces del precio original si hubiesen sido compradas en Europa.

Antonio García Cubas refiriéndose a la vestimenta femenina de este tiempo menciona:

A las señoras, la “moda nueva” las exponía a conflictos y vergüenzas. Con el fin de evitar el peso de muchas enaguas, que exigían los anchurosos vestidos que, como siempre, las monerías de Francia habían impuesto hubieron de inventar el mirriñaque, (especie de armazón hecho de finas tiras de madera o metal para sostener el peso de las amplias faldas), la crinolina (enaguas almidonadas) con aros flexibles tejidos con crin de caballo), el puf (cojincillos hechos de algodón o de crines de caballo que se cosían por debajo de la falda para aumentar el volumen de los glúteos), y el polisión.⁸²

Por la década de los años cincuenta el vestido de baile estuvo compuesto, en su interior, por una falda color crema y una crinolina. Las faldas estaban cubiertas por un tul bordado en cristal con adornos de listones de terciopelo y fleco de canutillo, (hilo de oro o plata que se usa para bordar), en el talle (parte superior de la cintura).

⁸¹ Armello, Catelo y Borja, *Op.cit*, p. 111

⁸² García, *Op.cit*, p. 241

Una moda francesa muy atractiva en los nuevos atuendos fueron los hombros descubiertos copiados de la vestimenta de la emperatriz Eugenia de Montijo.⁸³



Imagen 20:20 Juan Cordero, *Retrato de Doña Dolores Tosta de Santa Anna*, Óleo sobre lienzo, 1855.

Un ejemplo de esta moda se encuentra en el retrato de la esposa del general Antonio López de Santa Anna, donde se puede apreciar un vestido ajustado, a merced de una crinolina con una cintura muy breve. Flores y hojas se acompañan con perlas bordadas y encajes en las mangas que caen en los hombros y forman un escote recto. La dama lleva guantes de seda con botonaduras a los costados y un encaje final en ellos. El cabello recogido con flores y grandes adornos, enmarcan la corona que corresponde a doña Dolores como esposa del primer mandatario.

La llamada “cotilla” que más adelante se fue conociendo con el nombre de “corsé” fue un elemento rígido indispensable en el atuendo femenino, ya que permitía el levantamiento del pecho y moldeaba la cintura. Para levantar el vestido era necesario el uso de las crinolinas o ahuecadores que eran armazones interiores usados para dar mayor volumen a las faldas (sayas o enaguas); se fabricaban con madera y hueso de ballena, todo lo cual se puede apreciar en las siguientes imágenes:

⁸³ Kiksa, *Op.cit*, p. 164



Imágenes 21 y 22: Del lado derecho se pueden apreciar algunas prendas exhibidas en la exposición temporal del Museo Nacional de Historia en el año 2016, que muestran: un corsé con ligero elaborado en máquina y a mano en damasco, con materiales de seda, listón y encaje de seda y broches de metal. Y una crinolina elaborada a mano en algodón y aros de metal forrados en tela. Del lado izquierdo se aprecia una enagua elaborada en cambrai ,(lienzo blanco y sutil, hecho en España), bordada y deshilada.

Cabe destacar también en esta descripción de la indumentaria de la aristocracia decimonónica, los atuendos que los representantes de la élite debían portar en las más importantes celebraciones religiosas, como la fiesta de Corpus Christi, en el mes de junio de cada año, la cual era una clara oportunidad para estrenar elegantes vestidos y lujosos trajes bajo el pretexto de mostrarse con el mayor decoro posible ante la solemne festividad del Cuerpo de Cristo.⁸⁴

El protocolo de vestimenta de la élite para este día consistía en los atuendos más finos y distinguidos. La mejor opción para las damas de sociedad era el vestido de seda negro, con un peinado apropiado que recogía el cabello en dos mitades, permitiendo que un mechón se asomara en la frente, y a la altura de la coronilla se colocaba una peineta para ser acompañada con una mantilla del mismo color que el vestido. A la manera de la vestimenta española esta combinación permitía a las damas de sociedad demostrar sencillez y recato en dicha celebración religiosa.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 76



Imagen 23: Carl Nebel, en *Viaje Pintoresco y Arqueológico sobre las partes más interesantes de la República Mexicana, en Los años transcurridos desde 1829 hasta 1834*, Porrúa, México, 1963.

La mantilla y la saya seguían siendo una de las prendas favoritas de las matronas y las grandes devotas, en complemento con la peineta y las medias de seda o de algodón tejido, junto con los zapatos de seda y adornos de joyería fina y discreta.⁸⁵ Antonio García Cubas describe de la siguiente manera el atuendo de las clases altas para asistir a esta gran celebración anual:

*Las jóvenes se presentaban con velo de punto o cubiertas con pañolón de seda, más ninguna iba con sombrero a la iglesia. El uso de los zapatos bajos de raso negro, asegurados por las ligas de seda, llamadas inapropiadamente cáligas, que se cruzaban sobre las buenas medias de patente, y el vestido corto, permitía observar los diminutos y bien formados pies de las mexicanas.*⁸⁶

El rebozo fue el principal complemento del atuendo femenino, realizado generalmente en seda, y los más elegantes entreveraban la seda con finos hilos de plata. Este complemento del vestuario servía para múltiples usos: desde manto para cubrir la cabeza, los hombros, la espalda y abrigar el pecho de la mayoría de las damas de clases altas, hasta para sostener y arrullar a los bebés en las mujeres del pueblo.⁸⁷ Por último se utilizaron mucho en las damas de la aristocracia los adornos en fina joyería como los collares, pulseras y aretes de perlas, diamantes u otras piedras preciosas que acompañaban con cruces y medallas de vírgenes o santos.

Los caballeros acostumbraban vestir el atuendo de moda que era el frac negro con botonaduras doradas y una camisa blanca en la parte superior del pecho, cerrada

⁸⁵ Venegas, *Op.cit*, p. 76

⁸⁶ García, *Op.cit*, p. 243

⁸⁷ *Loc.cit*

con una corbata muchas veces incrustada con algunos diamantes. El calzado generalmente eran el llamado borceguí, especie de botín que cubría hasta la parte superior del tobillo, y de color negro también de punta trazada desde luego de color negro, y los más distinguidos se cerraban con botones de oro.⁸⁸



Imagen 14: S.A, “Damas y Caballeros en 1850”, en *Costumbres y tradiciones mexicanas*, México, 2008, p. 550

Los hombres de clase media, como los empleados públicos e intelectuales, optaban por un atuendo más sencillo: camisa blanca con cuello alto y recto y pantalón de paño cuyos colores más usuales eran azul, verde, café y negro y como un complemento de distinción colocaban en sus cabezas el sombrero, que podía ser sencillo para la calle y de copa para ocasiones especiales, en colores gris, blanco o negro.

La vestimenta prototípica de un caballero en ese tiempo, nos es descrita por Antonio García Cubas en el siguiente texto:

Los elegantes, ricos o de modesta fortuna, de largo pelo rizado, conforme al uso, seguían las modas francesas y acudían para la confección de sus trajes justamente a afamadas sastrerías.

Presentándose éstos luciendo, muy ufanos, el chaleco de terciopelo color de guinda, verde mar o azul turquí de Prusia, en cuyo campo resaltaban ramajes de colores; la camisa de tablas menuditas, bien lavada y almidonada, sobre la que caía la corbata de toalla, en cuyo nudo aparecía un gran solitario de vidrio con centelleos, que á su propietario parecía arder los de sirio, la levita negra y, a veces, un saco listado de colores, y por último, el pantalón de casimir con dibujos de ramas, flores y hasta muñecos, como si la tal prenda hubiera sido hecha con un retazo de alfombra.⁸⁹

En la celebración de la Semana Santa las damas de la alta sociedad se vestían con atuendos que eran una mezcla entre la moda española y la francesa: en los túnicos

⁸⁸ *Ibidem*, p. 81

⁸⁹ García, *Op.cit*, p. 241

de colores, zapatillas de raso y mantillas blancas de blonda con encaje fino. Pero el Viernes Santo llevaban vestido y mantilla de riguroso luto.⁹⁰

La vestimenta podía variar en hombres y mujeres según la ocasión: para las fiestas en el campo, los caballeros solían montar a caballo y vestir un atuendo con capa de paño fino azul, encarnado o verde con galones, paño de sol blanco y pañuelo en el cuello. A lo anterior hay que agregar la chaquetilla, calzonera y botonadura lateral, ceñidor y botas. Y cuando se puso de moda el pantalón, éste se incorporó al traje para montar. Es aquí donde empiezan a surgir los elementos originarios del traje de charro.

En las corridas de toros, espectáculo muy gustado desde los tiempos de la Nueva España, los contrastes sociales se hacían evidentes: en la parte donde no daba el sol, es decir, el llamado "tendido de sombra" se sentaba la gente elegante, ataviada con finas prendas de lana y seda mientras en los palcos predominaban el rebozo y las prendas de manta. En los caballeros se empezó a destacar, por la mitad del siglo, empezó el uso de los monóculos y los anteojos llamados "impertinentes", para leer y asistir a los espectáculos públicos.

Otro atuendo femenino muy importante por esta época fueron los vestidos de novia, pero durante el periodo que nos ocupa aún no se usaba el clásico vestido blanco en las mujeres, ya que esta moda se impuso a partir de la segunda mitad del siglo, cuando la puso en tendencia la reina Victoria de Inglaterra, en la ceremonia de su boda con su primo el príncipe Alberto, en el año de 1840.

Por estos años en nuestro país aún se utilizaban para la confección de los trajes de novia una gran cantidad de telas de diversos colores y de muy variados estilos ingleses y franceses, como ya se ha mencionado líneas arriba. Al respecto tenemos la referencia de Joaquín Fernández de Lizardi en su obra: *La Quijotita y su prima*, donde menciona:

..una vestimenta apropiada para una novia en la iglesia, consiste en un túnico negro, mantilla, abanico, una indiana fina, mascada de arcoíris, aretes de piedras, hilos de perlas, una peineta de carey, medias de seda, zapatos de raso y rebozo de seda. En el atuendo de una novia

⁹⁰ Pérez, *Op.cit*, p.64

*mexicana abundaba la ropa fina como una nueva moda con un elemento tradicional con mantilla blanca.*⁹¹

Para Fernández de Lizardi el traje representaba estatus social, pero criticaba las extravagancias y los gastos excesivos en las vestimentas de uso cotidiano, así como para las fiestas y grandes celebraciones.

El traje negro era muy utilizado en las ceremonias luctuosas, y festividades religiosas como el Corpus Christi, Semana Santa y el Día de Muertos. Portar el traje negro se había convertido en un atuendo formal desde el siglo XVII, posiblemente derivado del uso del traje negro tan común en España entre la aristocracia.

En cuanto a la ropa interior femenina, la vestimenta la componían diversas prendas como una camisa larga hasta las rodillas, elaborada con finos bordados encajes y olanes que se lucían sobre todo en el cuello y las mangas, el calzón igualmente elaborado con finas telas y encajes, y una bata larga que cubría todo el cuerpo. Sin embargo, este atuendo íntimo únicamente se usaba en la recámara, pues se consideraba indecente el que una mujer se mostrará con estas prendas fuera de sus aposentos.



Imagen 15 y 16: S.A, Ropa interior en el siglo XIX, en *Exposición de Hilos de Historia, México*, Colección de Indumentaria del Museo Nacional de Historia, 2016, p. (consultado el 07 de mayo del 2021, disponible en: <https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/visitavirtual>).

La imagen izquierda representa un camisón, y un calzón de seda, confeccionado a mano con encajes y listones. Se aprecia también una prenda llamada, en ese tiempo

⁹¹ Fernández, *Op.cit*, p.99

pre-corsé de niña, elaborado también a mano en tela de algodón con tira tejida y botones de hueso, y un gorro de dormir con tela de tul y un calzón de algodón y encaje. En la imagen derecha se observa una bata íntima para la lactancia, después de que la mujer “daba a luz”. Al igual que la ropa interior, la bata era confeccionada con materiales finos como el algodón, los encajes de seda y los botones de concha nácar.

CAPÍTULO 2: El entretenimiento, la diversión y los festejos de la élite mexicana desde 1821 a 1860.

A partir, de la consumación de la independencia, la privilegiada clase criolla desempeñó un papel importante respecto a la movilidad social, la difusión y la circulación de las ideas liberales francesas dentro de los grandes salones de sus propietarios, ya fuesen criollos, españoles o algunos ricos mestizos, donde se llevaban a cabo concurridas tertulias que, heredadas de la cultura hispana, constituyeron centros de difusión del pensamiento francés ilustrado acerca de las condiciones políticas e ideológicas que se vivían en el país.⁹²

¿Pero, cómo desde el punto de vista político y socioeconómico se desarrolló el funcionamiento de estos grupos dentro de estos espacios en la nueva nación? Para analizar mejor este cuestionamiento, en el presente capítulo es necesario mencionar las más importantes diversiones de ese momento: los juegos de azar, los bailes, y las ya mencionadas tertulias, en las que el esplendor de la moda francesa e inglesa brillaba, sobre todo en la Ciudad de México.

2.1 La Tertulia.

Las casas y salones de las lujosas mansiones de la élite fueron escenarios primordiales de las tertulias. En estos lugares, mientras se consumían bebidas y bocadillos y algunos jugaban cartas y se escuchaba música, se llevaban a cabo: charlas sobre política y cultura en general, temas literarios y filosóficos derivados de la Ilustración; desde la idea que tenía el hombre de sí mismo, sus pensamientos, la concepción individual de la moral y los valores, hasta la necesidad social y política

⁹² Adriana Micale en su artículo: "Salones, tertulias y mujeres de la élite criolla latinoamericana, prácticas de sociabilidad y circulación de ideas", señala la importancia de dichas reuniones como centros importantes de cultura y discusión política. *Experiencia recogida primer congreso internacional- Las mujeres en los procesos de independencia de América Latina*, Argentina, Congreso de Mendoza, 2004, p.1

de defender la libertad, igualdad, fraternidad y derecho a la propiedad, eran los ideales propios de la Revolución Francesa.

Otros temas importantes que se discutían en estas reuniones eran: los avances científicos, el ejercicio de la religión, la discusión sobre relatos históricos, y debates filosóficos y políticos. Estas reuniones entre las familias aristócratas, además de constituir centros de discusiones y de debates de todo tipo entre los adultos, eran también escenario de aprendizaje sobre comportamientos en sociedad para los jóvenes, según los relatos de García Cubas en su obra el *Libro de mis Recuerdos*, ya varias veces mencionado.

Cabe destacar que en otros espacios de diversión como el famoso Café Progreso se llevaban a cabo en horarios nocturnos los miércoles y sábados, además de amenas tertulias, la práctica del billar y diversos juegos de mesa. Para lo cual, debían presentarse los caballeros con un atuendo muy elegante, propio de la clase social a la que pertenecían.⁹³

García Cubas, asiduo asistente de estos lugares, y continuo partícipe de varios de estos entretenimientos, describe las tertulias de la siguiente manera:

La casa en la que voy á conducirme es de las principales de la ciudad y se halla situada en una calle céntrica. La familia que la habita se distingue por su trato fino y esmerada educación, de abolengo, transmitida por sus padres, y en la escuela, siendo tan afables el Señor y la Señora, como apuestas y elegantes sus tres hijas de blondas cabelleras, finísimos rostros y cuerpos enhiestos como las palmeras. A cuadro tan seductor debe agregarse la presencia de dos jóvenes, hermanas de aquéllas, quienes tal vez, por no existir otros centros de reunión que más tarde impondrán los adelantos de la civilización, limitan sus gustos á vestir bien, montar á caballo y jugar un partido de carambola en el Café del Progreso.⁹⁴

Hecha tu presentación en la casa, quedas desde luego admitido en ella, como un buen amigo, pues nadie abriga, el temor de que los tertulianos introduzcan en la reunión a personas que, por sus antecedentes, no sean dignos de ella. Otras familias acuden á la tertulia con su contingente de apuestos galanes y hermosas jóvenes en las que impera el distinguido tipo mexicano, cuyos principales rasgos son: faz apiñonada levemente teñida con las suaves tintas de la rosa, negra y abundante cabellera, y ojos rasgados y expresivos que centellean como en nuestro puro cielo las estrellas. De esas jóvenes, las que se distinguen por sus progresos musicales, distraen á la concurrencia, si son discípulas de León, con brillantes fantasías de Thalberg ó de Liszt ejecutadas en el piano, y si de los maestros Flores y Balderas con su

⁹³ S.A, *Periódico el Zurriago*, México, Hemeroteca Nacional Digital de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1851-05-31, p. (Consultado el 2 de mayo del 2021, disponible en <http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558a36117d1ed64f16c20ec5?intPagina=4&tip o=pagina&palabras=costumbres+mexinas&anio=1851&mes=05&dia=31>)

⁹⁴ Antonio García Cubas, *Op.cit*, p. 187

*hermoso canto interpretando, ora, arias como las del Barbero de Sevilla, Semíramis, Tancredo ó Mahometo segundo, ora, tiernas y sentimentales romanzas como El Ave María de Bach y la famosa Stella Confidente. Al concierto sucede el baile, durante el cual reina gran animación y una confianza plausible, como que no traspasa los límites de la decencia.*⁹⁵

Las tertulias eran una de las diversiones de carácter familiar a las que asistían vecinos, amigos, compadres y familiares en general. Se llevaban a cabo periódicamente, y constituían la oportunidad ideal para comentar los acontecimientos recientes. Las señoras se intercambiaban recetas de cocina y hombres y mujeres se ponían al día con las obras de teatro y óperas que se presentaban en el Principal o en el Nacional. Dentro de la reunión a veces se organizaban bailes, y se leía poesía, y para los jóvenes las tertulias eran reuniones muy esperadas para encontrarse con posibles pretendientes.⁹⁶

Por lo general, la dueña de la casa era la encargada de organizar dichas reuniones, para lo cual, todo se preparaba con anticipación para recibir adecuadamente a los convidados. Las señoras y señoritas de la casa escogían con cuidado los vestidos y adornos que lucirían, y la madre y las hijas daban la bienvenida conforme iba llegando cada uno de los invitados. En estas reuniones se pedía a los jóvenes que tocaran algunas melodías en el piano, o bien que acompañarían dichas melodías con algún canto o interpretación.

Por otra parte, hubo otros espacios muy importantes para la diversión de las élites, como los salones, dentro de los cuales se podían representar obras de teatro, zarzuelas, bailes y mascaradas. En estos lugares prevalecía el lujo en sus decorados y no cualquiera podía acceder a ellos, puesto que se requerían pases especiales a los concurrentes. Con el gran auge que se dio en esa época a las lecturas que reflejaran el pensamiento ilustrado francés y el romanticismo, empezó a permear en estos salones un ambiente de cultura en dónde no era raro encontrar poetas. Fueron en cierto sentido estos espacios culturales una réplica de los

⁹⁵ *Ibidem*, p.188

⁹⁶ María Esther Pérez Salas, "El trajín de una casa", en *Historia de la vida cotidiana en México*, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 185

famosos salones culturales franceses, ingleses y alemanes posteriores a la Revolución Francesa.⁹⁷

Las reuniones se abrían a un público intelectual con representantes de la cultura y el arte. En México esos lugares de encuentro comenzaron a establecer relaciones entre miembros de la ex nobleza novohispana, personas pertenecientes a la burguesía, representantes de los medios intelectuales y artísticos, y finalmente distinguidos representantes del alto clero, del siglo XIX.⁹⁸

Guillermo Prieto, literato y novelista mexicano contemporáneo a estos tiempos relata en su ya citada obra, *Memorias de mis tiempos*, el ambiente interno de una tertulia a la que él fue invitado y sobre ella nos proporciona los siguientes detalles:

(En las tertulias) ... *Se confeccionaban compadrazgos y posadas, excursiones a Santa Anita e Ixtacalco, paseos en burro y meriendas de tamales y atole de leche. En ellas se comprometían las rifas de camisas deshiladas y rondas preciosas y se comprometían al matrimonio.*⁹⁹

Otros lugares igualmente importantes, frecuentados por la alta sociedad por su lujo y elegancia eran los bares y los cafés, recintos donde se reunían los escritores que seguían la corriente del romanticismo. Mientras tanto, en la Ciudad de México se proliferaba una nueva clase social: los burócratas o empleados del gobierno que pasaron a ingresar al número de lo que comenzó a llamarse "la clase media" dentro de la sociedad y que poco a poco fueron ingresando a estos espacios selectos por empezar ellos también a tener una cultura de la cual podían hacer gala.¹⁰⁰

⁹⁷ Verena Von Der Hayden- Rynsch, "El salón un microcosmo social", en *Salones Europeos*, Barcelona, Editorial Península, 2017, p. 14.

⁹⁸ *Ibidem*, p. 13

⁹⁹ Guillermo Prieto, *Op.cit*, p.p 164-165

¹⁰⁰ Juan Pascual Gay, "El café, el bar y las tertulias en el fin de siglo mexicano", en *Más allá y más acá del papel en blanco*, México, El Colegio de San Luis, 2003, p. 101



Imágenes 17 y 18: S.A, “Representación parcial de una tertulia”, *Historia de nuestra Historia*, México, 1841, p. (consultado el 31 de mayo del 2021, disponible en <https://hdnh.es/cual-es-el-origen-del-termino-tertulia/>).

Esta imagen retrata a la perfección una escena de cómo se desarrollaban las reuniones de intelectuales y empleados públicos, todos varones, en los cafés y bares. Las calles del centro de la ciudad, famosas por sus notables edificios virreinales, fueron los lugares perfectos para el establecimiento de bares y cafés, siendo los más conocidos y prestigiosos: el salón Peter Gray ubicado en la Esquina del Portal de Mercaderes y Agustinos, (actualmente cruce del Paseo de la Reforma y Av. Juárez), cuyos dueños tuvieron el acierto de introducir bebidas extranjeras en México el coñac, el vodka, la champaña y otros más; el Wondrachech que se encontraba ubicado al final de la calle del Espíritu Santo, (Hoy Isabel la Católica), frente al Hotel Gran Sociedad, y el Hotel Silvayn, que eran famosos por su cantina, la que gozaba de una gran reputación entre los caballeros.¹⁰¹

Estos lugares eran considerados de mucha categoría por la comodidad de sus estancias, la decoración de sus interiores y la inclusión de vinos importados de Francia y otras bebidas extranjeras, especiales para una clientela exclusiva.

¹⁰¹ *Ibidem*, p.112

2.1.1 Los bailes y fiestas de lujo

Las fiestas de familia fueron el escenario dentro de las élites para llevar a cabo dentro de ellas diversos entretenimientos como el canto, el baile entre jóvenes y niños, algunas representaciones teatrales, y pequeños conciertos de música.

La imagen de la élite mexicana decimonónica constituyó la proyección de un modelo moral y cultural, que pretendió impulsarse como un ejemplo a seguir en todas las capas de la sociedad. Desde las primeras décadas del siglo XIX las autoridades políticas, poco a poco, comenzaron a edificar los cimientos de una sociedad moderno-progresista, dentro de la cual las reuniones festivas eran un símbolo del ideal de la cordialidad, el respeto, la educación, y en general el conjunto de los buenos valores morales.¹⁰²

El baile era un elemento muy importante en las fiestas. Fue una distracción muy apreciada por los jóvenes de la sociedad urbana, debido a que muchas veces carecían de otro tipo de diversión. No obstante, había por parte de las autoridades tanto civiles como eclesiásticas, una estricta vigilancia sobre las distracciones entre los jóvenes, permitiendo el ejercicio del baile únicamente bajo ciertas restricciones toleradas por la gente honorable. De esta manera las fiestas familiares entre adultos y jóvenes se encontraban reglamentadas bajo ciertos comportamientos propios de la gente honorable; quedando prohibidas dentro de ellas las conductas inapropiadas como la embriaguez, la alteración del orden, las discusiones y pleitos que provocaron enfrentamientos o conflictos internos y sociales en general.¹⁰³

¹⁰² Pedro Miranda Ojeda, "Una aproximación a la élite y a las fiestas de familia en la ciudad de Mérida, segunda mitad del siglo XIX", en *Signos Históricos*, México, Universidad Autónoma de Yucatán, núm. 18, 2007, p.39

¹⁰³ *Ibidem*, p.41



Imagen: Pedro Miranda Ojeda, *Vida cotidiana en México*, México, 2007, Fondo de cultura Económica, p. 321

Las actividades sociales de la élite o de la aristocracia, ya fuesen las llamadas tertulias, las reuniones familiares, o aquellas que se desarrollaban en los grandes salones, o en lugares específicos como los teatros, bares y cafés, fueron la expresión interna y externa de un estilo y una calidad de vida muy lejana a las clases populares. Caracterizada por una influencia francesa muy estrecha, y europea en general, las fiestas de las señoritas de la alta sociedad, aunque también participaban varones, recibían el nombre de *soirée*. La organización de tertulias y veladas, a imitación de las celebradas en los salones de la aristocracia europea asociadas con los bailes y cenas, involucró la presencia de un piano u otros instrumentos musicales. La noticia del primer baile en el México independiente tuvo lugar el 23 de mayo de 1823, en el sitio más lúgubre en Nueva España, el antiguo Palacio de la Inquisición. ¹⁰⁴

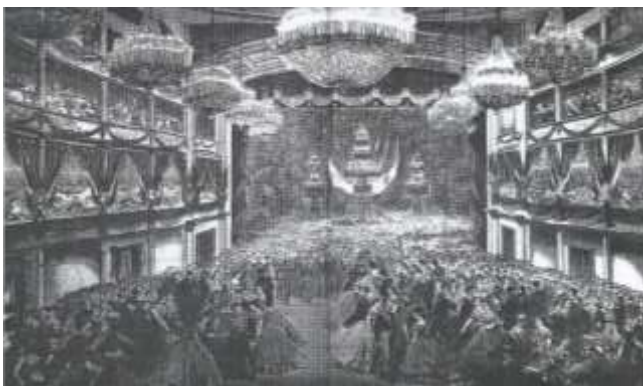


Imagen 3: Jorge Rogelio Álvarez, "Imagen de un teatro", *Costumbres y tradiciones mexicanas*, México, Editorial Everest, 2008, p. 503

¹⁰⁴ En los hogares de la segunda mitad del siglo XIX la presencia de un piano fue importante. El instrumento era demasiado grande, elaborado y caro, incluso cuando fue reducido a las dimensiones más maniobrables del piano vertical. El piano estaba en las residencias de la burguesía europea porque las niñas solían practicar interminables escalas. Madame Calderon de la Barca, *Op. cit.*, p.89

La visita:

La visita a una casa de los miembros de la élite podía presentar ciertas variedades, aunque todas sujetas a un protocolo específico, según el manual de urbanidad y buenas maneras de Manuel Antonio Carreño, introducido en México en la década de los cuarentas, y de gran aceptación dentro de la sociedad de ese tiempo. Algunos ejemplos de estos tipos de visitas serían:

- La visita de convivencia o de carácter de compromiso social: En la cual se mantenía la formalidad de las relaciones sociales, según los usos y costumbres que establecían estas reuniones y solían hacerse de tres a cuatro veces al año.
- La visita de felicitación: Se hacía en ocasión de acontecimientos personales, familiares o profesionales como: los natalicios, los aniversarios de matrimonio, los cumpleaños, y los nombramientos o condecoraciones profesionales, religiosos, y militares.
- La visita de condolencia: Se acostumbraba para dar el pésame a los familiares por la muerte de un ser querido.
- La visita de orden político, diplomático o de conveniencia: Se realizaba como una oportunidad para estrechar y fomentar los lazos de amistad con personajes importantes.

Una de las fiestas más entretenidas y esperadas entre la sociedad decimonónica era el Carnaval,¹⁰⁵ donde los placeres personales se manifestaban de la siguiente manera:

Los gozos podían ser de distintos tipos: para satisfacer el cuerpo, el estómago o incluso el espíritu por medio de una excesiva comilona, relaciones carnales cotidianas o permitidas y también extraordinarias y clandestinas, o incluso alimentar pasiones, quimeras, amores platónicos. Como podemos leer en las crónicas del siglo XIX.¹⁰⁶

¹⁰⁵ Las fiestas del Carnaval se realizaban siguiendo una antigua costumbre del Oriente y tomada por los romanos, donde se llevaban a cabo festejos en honor a los dioses, y en los cuáles se permitían toda clase de excesos que tuvieran que ver con los placeres del cuerpo. La Iglesia católica quiso terminar con esta costumbre y le dio un sentido religioso como las acciones con las que los hombres se preparaban para conmemorar cada año la pasión y muerte de Cristo. En los dominios hispánicos se siguió celebrando el carnaval como un acto festivo preparatorio a la Semana Santa, con el cual las personas dejaban atrás sus vicios y sus pasiones para prepararse adecuadamente a la pasión y muerte del Señor. De esta manera en los llamados carnavales del siglo XIX en México se realizaban reuniones con el motivo de gozar de los placeres de la carne y limpiarse así de los pecados antes de la llamada semana santa.

¹⁰⁶ Verónica Zárate Toscano, "Del regocijo a la penitencia o del carnaval a la cuaresma en la Ciudad de México en el siglo XIX", en *Conquistar la felicidad*, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1995, p. 210

Los días de carnaval se alimentaban de la vanidad, gastando las damas en las mejores galas y disfraces con grandes cantidades de tela, plumas, polvo de arroz, colorete, pintura, seda, oro, y pedrería en los atuendos.

En 1840, Madame Calderón de la Barca asistió a un baile de carnaval y anotó en sus cartas, acerca de la elegante vestimenta de hombres y mujeres:

Los trajes de las mujeres en su mayor parte eran adaptados con el objeto de hacer más impenetrable el disfraz, porque no se considera del mejor tono concurrir a estos bailes. Había también algunas vestidas de hombres y también hombres disfrazados de mujer. En el cual las señoritas Fagoaga eran las más ataviadas, y las señoritas Escandón eran las que lucían con mejores colores vivos y hermosos así como sus dientes, pero el problema era que los vestidos de todas las damas mexicanas eran muy adornados pero pasados de moda, al igual que las zapatillas que eran terriblemente incómodas en sus pies que se veía evidente al bailar.¹⁰⁷

Fueron tan importantes para casi todos los estratos de la sociedad, que Guillermo Prieto describía con mucha ironía, e incluso con nostalgia, en el año de 1844:

...” ¡Vuelve, vuelve, dulce carnaval, fusión de partidos, amparo de solteras, desahogo de casadas y doncellas, cosecha de bribones y coquetas! Bonanzas de peluqueros y modistas, solemnidad clásica para los cocheros y las hijas de la alegría, festividad de la plebe y los hijos de familia. Eran los días en que los hombres y mujeres realizaban actos que reflejaban los siete pecados capitales: soberbia, avaricia, lujuria y pereza. Pero ya tendrían tiempo, en los días por venir, para arrepentirse.¹⁰⁸



Imagen: S.A, “Trajes de carnaval”, en *Semanario de señoritas mejicanas*, México, 1842, p.288

Las élites convivían entre sí para llevar a cabo celebraciones de diversa índole, y en estos casos dentro de las grandes mansiones se deleitaban con música, danzas, alguna dama se lucía al piano, y a lo mejor algún caballero español hacía reír a la

¹⁰⁷ Madame Calderón de la Barca, *Op.cit*, p. 174

¹⁰⁸ Fidel (seudónimo de Guillermo Prieto), “Costumbres y Máscaras”, en *El Museo Mexicana o miscelánea pintoresca de las amenidades curiosas e instructivas*, México, Universidad Autónoma de Nuevo León t. III, 1844, p. 92

concurrancia cantando divertidas coplas andaluzas. Si había un extranjero de visita, los anfitriones se esforzaban en corroborar la buena fama de hospitalidad del mexicano, dando muestras sinceras de amable acogimiento.¹⁰⁹

En esta clase de eventos los hombres podían utilizar atuendos de mujer y viceversa como disfraces. Esta era una costumbre tolerada en estas fiestas como una manera de gozo y placer. De igual manera, quienes participaban en estas fiestas, también llamadas “máscaras”, se ejecutaban las danzas más de moda en ese tiempo y que gozaban del gusto de los mexicanos, como los llamados: valeses, galopas, polkas, can can, dengues, mazurcas, schotises y contradanzas.¹¹⁰

Durante el carnaval se organizaban los bailes de máscaras. Cada año los que querían hacerse cargo de ellos se presentaban a pedir la autorización correspondiente en el Ayuntamiento, y a pagar las pensiones establecidas por la ley. A veces era en una casa, a veces en el teatro, y el solicitante tenía que ocuparse en lograr una buena iluminación y en mantener la vigilancia con personas "de confianza y moralidad".¹¹¹ A la hora convenida empezaba a llegar la gente disfrazada y se le detenía en la puerta, para que mostrará el boleto de la prefectura que le daba permiso de llevar antifaz, y si no lo hacía se le negaba la entrada. Era asunto de estricta seguridad; ya que una máscara podía solapar a cualquier delincuente con malas intenciones y más valía ser precavido. A la autoridad no podía dirigírsele la palabra con la cara cubierta, y si la máscara era en el teatro, no estaba de más prohibir a la concurrancia entrar y esconderse en los palcos.¹¹²

También era conveniente no vender licores en la sala de baile. Era mejor instalar la cantina en otro rincón, y cuando se hiciera tarde inclusive se podría aumentar el precio corriente de las bebidas. Nadie podía portar armas o bastones, excepto que

¹⁰⁹ Ribera, *Op.cit*, p. (disponible en <http://www.ub.edu/geocrit/sn-36.htm>)

¹¹⁰ Zárate, *Op.cit*, p. 211

¹¹¹ *Loc.cit*

¹¹² Ribera, *Op, cit*, : <http://www.ub.edu/geocrit/sn-36.htm>).

fuera una autoridad o un miembro del cuerpo de policía. Nadie, a excepción de los "bastoneros" que dirigían los bailes.¹¹³

Cuando se habían gastado bien los tacones y la fiesta llegaba a su término, los criados que habían recibido las capas, los abrigos y los sombreros con los boletos numerados, los iban devolviendo a sus propietarios, que cansados y satisfechos se iban a casa a descansar.¹¹⁴

Según relata Guillermo Prieto, bajo el seudónimo de "Fidel", en su obra *El museo mexicano o miscelánea pintoresca de las amenidades curiosas e instructivas*, se destacaba en estos salones de baile el consumo de bebidas, como los vasos de ponche, la sangría, e incluso la champaña.¹¹⁵



Imagen: Joaquín Heredia, "Teatro Nacional en la noche de máscaras", en *Revista Científica Literaria publicada por los antiguos redactores del Museo Mexicano*, t. 1, 1845, p. 368

Además de los salones de baile, las principales calles de la ciudad constituyeron un buen escenario para los desfiles de máscaras, y así, desde mediados del siglo se inició la costumbre de efectuar un paseo de máscaras sobre el paseo de Bucareli con comparsas y desfiles de carros por la tarde. Para 1850 se calcula que alrededor de unas veinte mil personas asistieron al espectáculo en este espacio abierto. Desde las tres de la tarde la multitud llenaba las calles que conducían a la Alameda y Bucareli. Había máscaras a pie, a caballo, en carros con música, y carruajes

¹¹³ Prieto, *Op.cit*, p.97

¹¹⁴ Ribera, *Op.cit*, p. (<http://www.ub.edu/geocrit/sn-36.htm>)

¹¹⁵ Fidel (seudónimo de Guillermo Prieto), *Op.cit*, p. 244

abiertos. En la nota periodística del 14 de febrero de 1850 el *Monitor Republicano* destacaba los siguientes datos:

...como a las cuatro de la tarde comenzaron a aparecer los coches; todas las familias más distinguidas concurrieron ocupando sus elegantes carruajes; la mayor parte de las lindas mexicanas de la clase media que ocupaban modestos simones, y las provocativas chinas las mezcladas con los más pobres y repugnantes de la población llenaban las aceras, los lados y aún el centro del paseo.¹¹⁶



Imagen: S.A, "Disfraces", en *El Liceo Mexicano*, t. 1, 1844.

Si bien muchas veces los disfraces rayaban en el ridículo, esto no era impedimento para lucirse una vez al año con caracterizaciones de hombres, mujeres y animales, porque en esos días la moral y el honor podían dejarse a un lado, o tal vez ocultos en una máscara. No obstante, lo permisivo de estos días tenía un límite al momento de empezar la cuaresma.

2.2 Tarjetas de visita e invitaciones

Estas famosas tarjetas de presentación y de visita entre los miembros de la aristocracia fueron una costumbre introducida por la corte española, y que hasta la fecha a pesar de haberse modernizado los usos y las costumbres en las relaciones sociales, constituyeron un elemento muy importante en la vida social de las élites mexicanas durante todo el siglo XIX, y hasta mediados del siglo XX, cuando las

¹¹⁶ S.A, en *Monitor Republicano*, México, Hemeroteca Nacional de México, n. 1738, 14 de febrero de 1850, p. (Consultado el 21 de febrero del 2021, disponible en <http://www.hndm.unam.mx/consulta/busqueda/buscarPalabras>).

invitaciones han sido un elemento muy importante para el ingreso de amistades y familiares a un evento de celebración familiar, político o artístico.¹¹⁷

Las reuniones privadas adquirieron una mayor categoría en ese tiempo. La visita a la residencia de los amigos cercanos o familiares, fue una costumbre común en la que personajes de la ex nobleza novohispana, eclesiásticos, médicos, funcionarios, ministros, comerciantes y representantes de la naciente burguesía, fundada en el poder del dinero, aceptaron la moda europea de presentarse a las reuniones de la alta sociedad con tarjetas de visita personales o familiares, diseñadas y grabadas por los mejores artistas del momento; con dibujos alusivos a la profesión, o a las inclinaciones religiosas y culturales de quienes ostentaban estas dichas tarjetas. Esta presentación constituyó una fórmula de cortesía que encajaba a las mil maravillas con el espíritu elegante de la época, según dejan constancia los cronistas de la época.

Las tarjetas tenían el objetivo de regular y controlar el número de visitas hechas a una familia y, además, de evitar que ciertas personas abusaran de la hospitalidad de los anfitriones.¹¹⁸ Por este motivo la visita inesperada solo se realizaba cuando existía una relación muy estrecha entre las amistades o las familias, pues las reglas de cortesía y de urbanidad establecían que nunca se debía llegar a una casa sin la previa invitación formal, y menos en una hora poco apropiada.

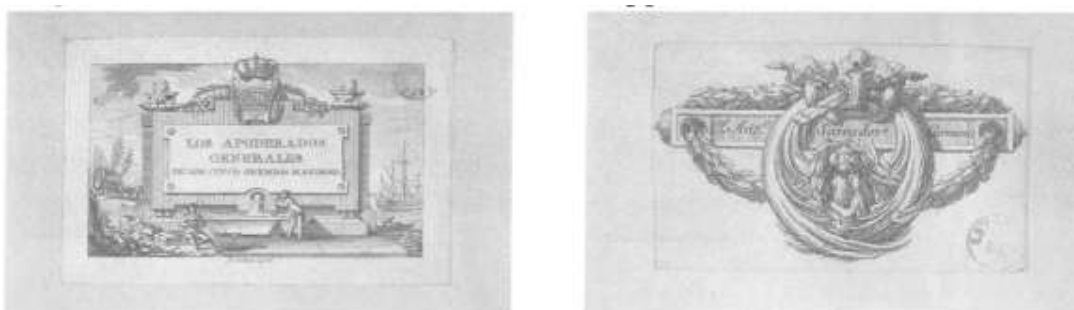
Las visitas, por lo general, fueron una respuesta a la devolución de la invitación de otras reuniones o tertulias, donde las conversaciones eran a menudo la ocasión para que el anfitrión o anfitriona dispusiera lo necesario para obsequiar con canapés, dulces pastelitos, y bebidas a todos sus invitados. Era común que en esas celebraciones se fumara, se bebiera o se llevarán a cabo charlas de sucesos triviales, o eventos significativos. Dentro de las diversiones se veía jugar el dominó, las damas, el tresillo, y la lotería.

¹¹⁷ Francisco Aguilar Piñal, "Otra innovación del siglo XVIII", en *Bulletin Hispanique- Los Anales*, Francia, tomo 104, n°1, 2002, p.23.

¹¹⁸ José Rosas, "De la urbanidad de la calle", en *Manual de Urbanidad y las buenas maneras*, México, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1885, p. 19

La velada podía ser además el escenario donde se trataban asuntos de diversa índole como: solicitar un favor personal, ofrecer felicitaciones o condolencias por un duelo familiar, o bien, despedir o recibir a algún viajero. La etiqueta recomendaba no tratar el motivo de la visita directamente, sino destinar parte del tiempo a una conversación ajena al motivo real de ésta, pero siempre teniendo presente que debía ser una reunión de corto tiempo (de ahí el nombre de visita corta).¹¹⁹

A continuación, se presentan dos modelos de las famosas tarjetas de visita del México decimonónico.



Imágenes: Ejemplos de Tarjetas de visita del año de 1839, México, en *Bolletine Hispanique*, p. 38

2.3 El gobierno republicano y el papel de la Iglesia

Durante gran parte del siglo XIX en la vida de la nación mexicana, el catolicismo mantuvo un carácter de religión nacional. Por ello tanto el ceremonial político, como las celebraciones religiosas, se construyeron y se celebraron a partir de la liturgia de la Iglesia Católica, e incluso hubo un aumento de imágenes religiosas llamadas “nacionales”. Más la dinámica política, pendiente de la formación de partidos y la polarización de ideas políticas, afectaron también a las manifestaciones del culto en las calles, y así el culto y la veneración a ciertas imágenes terminaron siendo movilizadas a favor de ciertos grupos políticos. Tal es el caso del culto y veneración de las vírgenes: Nuestra Señora de los Remedios y Nuestra Señora de Guadalupe; la primera fue investida de generala por las monjas capuchinas para obtener el

¹¹⁹ *Ibidem*, pp.21-24

triumfo de las tropas realistas en contra de los insurgentes. Y la segunda constituyó la bandera social y política de los insurgentes.

La religión católica que, durante el periodo de nuestro país como colonia de España, fue el eje fundamental de la vida política, cultural y social aún después de conseguida la independencia, siguió vigente y durante los sucesivos regímenes como el del Primer Imperio de Agustín de Iturbide y las etapas republicanas y conservadoras, el catolicismo permaneció totalmente inalterado después de la independencia y hasta el Porfiriato. Guadalupe Victoria, Anastasio Bustamante y otros presidentes respetaron al catolicismo como religión nacional y oficial, y conservaron el fuero eclesiástico hasta las Reformas de 1833 impuestas por Valentín Gómez Farias, conocidas como las Bases Orgánicas o Constitución Conservadora de 1833.

Por todo esto el ceremonial republicano seguía conteniendo muchos elementos religiosos. Apenas había eventos políticos que no conllevarán la asistencia de los altos prelados de la Iglesia, quienes intervenían también en las investiduras o los nombramientos de las autoridades civiles. La presencia de la Iglesia se mantenía vigente en el calendario de las festividades nacionales, e incluso algunas de las imágenes milagrosas, heredadas de la cultura novohispana, se convirtieron en algunos de los nuevos símbolos nacionales como la Virgen de Guadalupe.¹²⁰

El 27 de septiembre de 1821, al entrar triunfante a la Ciudad de México el Ejército Trigarante al mando de Agustín de Iturbide, su comandante, luego de tomar posesión del antiguo Palacio de los Virreyes, se dirigió a la Catedral Metropolitana para la celebración de un solemne *Te Deum*.¹²¹ Ahí tuvo lugar la recepción del antiguo jefe realista por el arzobispo Pedro José Fonte y Hernández Miravete, y la bienvenida de los integrantes del ilustrísimo Cabildo, coincidiendo ambos en que provenía un ritual para los santos de la Iglesia. Al día siguiente Iturbide hizo

¹²⁰ *Ibidem*, p

¹²¹ Es un himno cristiano que dura en la actualidad tres minutos y suele ser entonado en fechas muy importantes o de celebración. Viene del latín y significa "A ti, Dios". S.A, en *Conocer la historia y el significado del Te Deum en Fiestas Patrias*, México, 2018, p. (consultado el 11 de abril del 2021, disponible en https://data.miraquetemiro.org/sites/default/files/documentos/TeDeum_LaRePublica.pdf).

juramento durante la ceremonia de instalación, y así mismo se celebró la misa y acción de gracias.¹²²

Sólo unos meses después de la coronación imperial comenzaron los problemas políticos para el régimen, hasta el punto de que el emperador terminó abdicando en el mes de marzo de 1823. Después de este suceso se instaló un gobierno provisional en el mes de abril encabezado por un triunvirato encargado del gobierno. En el mes de mayo, el ministro Lucas Alamán escribió al Cabildo Catedralicio Metropolitano de la Ciudad de México, previendo que el ejecutivo asistirá a la función de Corpus Christi, esperando que en la festividad de la carne y la sangre de Cristo se use el ceremonial que corresponde a la figura de la primera autoridad de la nación.¹²³

Y esta costumbre se respetó en el año de 1824, cuando fue electo como presidente de la República Guadalupe Victoria, y el primer contacto entre éste con la máxima autoridad de la Iglesia ocurrió durante la misa solemne que en su honor oficiaba el arzobispo. No obstante, y a partir de la serie de pronunciamientos y cambios de gobierno que regularon la vida política nacional, desde mediados de la década de 1820, y a lo largo del siglo, con la renuncia y destitución de diversos presidentes, ya fueran liberales o conservadores, se fueron produciendo importantes cambios en la relación entre la Iglesia y el poder político. Un ejemplo de lo anterior lo tenemos cuando el vicepresidente Anastasio Bustamante asumió el gobierno en enero de 1830, por la destitución del presidente Vicente Guerrero, y por primera vez un jefe de Estado no acudió, como era costumbre, a la misa solemne a la Catedral después de su investidura, sino hasta el Jueves Santo dentro de los oficios de la Semana Santa.¹²⁴

¹²² David Carbajal López, "Ceremonias, calendarios e imágenes: Religión, Nación y Partidos en México, 1821-1860", en *Revista de Históricas*, México, Universidad de Guadalajara Centro Universitario Lagos, Departamento de Humanidades, Artes y Cultura Extranjera, Núm. 65, enero-junio 2017, p. 73

¹²³ *Ibidem*, p.74

¹²⁴ *Ibidem*, p.78

Bajo el primer federalismo hubo mayores problemas para conseguir la asistencia de las órdenes religiosas a la celebración de la promulgación de la Constitución de 1824, que tuvo lugar el 4 de octubre. La fecha era la misma de la fiesta de San Francisco de Asís, por lo que no es de extrañar que algunas órdenes religiosas de la capital se ausentaran de la celebración, como los religiosos de la Provincia del Santo Evangelio de México, como franciscanos observantes. Y en 1830 la orden se

Pero, aunque se seguían celebrando numerosas fiestas religiosas entre el pueblo, un año más tarde, el decreto del 27 de noviembre de 1824 del Congreso Nacional, dejó establecidas como “fiestas religiosas nacionales” únicamente cuatro: jueves y Viernes Santo, Corpus Cristi en el mes de junio, y la festividad de la Virgen de Guadalupe, el 12 de diciembre.

2.4 La fiesta de la Junta Patriótica

Con la proclamación de la independencia, las antiguas celebraciones novohispanas como la fiesta del Paseo del Pendón Real, y la Jura de Reyes dieron paso a una transformación en cuanto a los ritos que se venían realizando en los siglos anteriores.

De esta manera y con un país convertido ya en una nación independiente los nuevos gobiernos modificaron las festividades novohispanas para dar paso a ceremonias con un carácter más laico, y así surgió la idea de la elaboración de un calendario cívico conformado por una junta de patriotas conocida popularmente como “La Junta Patriótica”, integrada además por conocidos miembros de la élite, quienes decidieron aprovechar las antiguas celebraciones religiosas novohispanas, sustituyéndolas por fiestas cívicas. Así, después de la jura de Agustín de Iturbide como emperador, la Junta Patriótica buscaba destacar la victoria de las élites criollas mexicanas independientes ya de la corona española, con una serie de eventos que señalaran el carácter libre de la preponderancia religiosa que había prevalecido a lo largo de la dominación hispana.

El calendario de la Junta Patriótica fue dado a conocer en el mes de febrero de 1822, y fue aprobado con el voto de los legisladores del Primer Congreso Constituyente, siendo la primera propuesta en dicho calendario que las festividades más importantes a nivel nacional fueran: el 24 de febrero, fecha en la que se

negó a asistir a la celebración de la Constitución, debido a que estaban ocupados con los preparativos para la fiesta y culto de su santo fundador. Michael Costeloe, “La República Central en México, 1835-1846.” *Hombres de bien* en la época de Santa Anna”, *The Central Republic in Mexico, 1835-1846*, Trad. Alfredo Ávila, Cambridge University Press, p. 56

conmemoraba la promulgación del Plan de Iguala, y la instalación del Primer Congreso liberal; el 2 de marzo, en que había ocurrido la Jura de dicho Plan por el Ejército; y el 27 de septiembre en que se celebraba la consumación de la independencia.¹²⁵

La Junta Patriótica se encargaría de que cada año, las celebraciones del calendario cívico, en especial las del inicio de la independencia, tanto el 15 y el 16 de septiembre, como el 27 y 28 del mismo mes, se llevarían a cabo con gran pompa y lujo, tanto para el deleite del pueblo como de la élite.¹²⁶

La Junta Patriótica estaba integrada por diversos miembros de la élite, cuyos directivos se elegían cada año en el mes de julio para elegir por medio de votación a un representante, quien posteriormente procedía a la recolección de fondos para poder llevar a cabo las festividades antes mencionadas. Los fondos provenían sobre todo de los donativos voluntarios, y ocasionalmente se contaba también con subvenciones del gobierno. Este organismo se renovaba cada año, a partir de 1825, y se llegó a convertir en la máxima representación a través de la cual las familias de la aristocracia podían demostrar su patriotismo ofreciendo para ello, su tiempo y su dinero.¹²⁷

En la década de 1830 casi todos los grandes personajes de la alta sociedad participaron en el comité organizador de la Junta Patriótica y aunque ésta, pretendía ser un organismo apolítico, no siempre se respetó este carácter, y así varios de sus miembros intervenían en la política interna de la nación, convirtiéndose en elementos activos o líderes de cualquier grupo o facción política, ya fuera liberal o conservador, olvidando sus diferencias y rivalidades al participar con entusiasmo, en la Junta Patriótica.¹²⁸

¹²⁵ Flor María Mendoza, "Vestigios novohispanos en la Formación del Estado nacional. Celebraciones cívicas en San Luis Potosí, México en la década de 1820", *Fronteras de la Historia*, Bogotá-Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, vol. 20, 1 de enero- junio 2015, p. 185

¹²⁶ Michael P. Costeloe, *Op. cit.*, 201

¹²⁷ *Ibidem*, p. 208

¹²⁸ S.A, en *Periódico noticioso, político y literal "el Fénix"*, México, Hemeroteca Nacional de México, Núm. 110, Año III, 5 de mayo de 1850, p. (Consultado el 21 de febrero del 2021, disponible en <http://www.hndm.unam.mx/consulta/busqueda/buscarPorLetra?letra=A>)

Cabe mencionar el proceso por medio del cual se renovaba la plantilla organizadora de dicha junta cada año. Dicho proceso era el siguiente: después de haber concluido con la realización de los eventos, el comité llevaba a cabo la revisión de las cuentas por medio del balance de los gastos de ese año, y organizaban lo necesario para la elección de la nueva junta directiva.¹²⁹

A partir de 1830 las esposas de los miembros del comité, empezaron a figurar cada vez más en las actividades de la Junta, sobre todo en las que tenían que ver con la recaudación de fondos, y la organización de los desfiles, conciertos y representaciones teatrales y concursos de poesía. La Junta Patriótica tuvo un papel muy importante, tanto en las celebraciones públicas, que se llevaban a cabo cada año, entre los años de 1825 a 1855. Todas estas festividades cívicas tenían como objetivo promover con todo el esplendor posible, que incluía la decoración del centro de la ciudad con adornos alusivos, fuegos artificiales y espectáculos musicales y los aniversarios de las fechas patrióticas más destacadas para la nación.¹³⁰

La organización de las fiestas patrióticas y las ceremonias cívicas nacionales fueron durante ese tiempo una expresión de cultura oficial, objetivo que trató de imponerse por medio de símbolos, ceremoniales y contribuciones económicas, entre otros muchos aspectos. A través de prohibiciones que establecía o que reglamentaba la propia Junta Patriótica se buscaba reforzar el orden público y fomentar una nueva moralidad ciudadana, que se nutría de la tradición jurídica monárquica, la moral católica, y algunos otros elementos de carácter ilustrado y liberal.¹³¹

Los juegos de artificio dentro de las celebraciones, al igual que en la época virreinal siempre eran secundados por el repicar de las campanas de la catedral, y estruendos de artillería dominaban el panorama sonoro de un día festivo y de diversión popular. Esos infaltables cohetes, junto con las luces de bengala y los buscapiés, armonizaban por entero la fiesta cívica. En 1838 se introdujo en la celebración de la Independencia un espectáculo de peleas de tigres africanos y

¹²⁹ *Ibidem*, p. 34

¹³⁰ Michael Costeloe, *The Junta Patriótica and the Celebration of Independence in Mexico City, 1825-1855*, Trad. Alfredo Avila, California, University of Bristol, Vol. 13, 1997, p.33

¹³¹ *Ibidem*, p. 24

peleas de gallos. Los truenos de los fuegos artificiales eran imprescindibles también en las fiestas de Pascua de San Agustín de las Cuevas (hoy Tlalpan), o cualquier fiesta privada dentro de la sociedad decimonónica; entre ellos las Posadas y los bailes populares, a los cuales eran invitados todas las clases sociales, con el trueno los cohetes.¹³²

A las fiestas cívicas del día dieciséis de septiembre de cada año, precedía la solemne misa en la Catedral a la que concurría el presidente con sus ministros, el gobernador de la ciudad de México, el Ayuntamiento de la capital y altos funcionarios civiles y militares, siendo esta fiesta el acto más lúcido en la época de Antonio López de Santa Anna, por la ostentación que éste ordenaba que se desplegará en los festejos.

La comitiva que constituía el llamado *Paseo Cívico* (que había sustituido al antiguo *Paseo del Pendón*): Salía de Palacio y recorría parte de la plaza principal y las calles de Plateros y San Francisco para penetrar, por el ángulo de la Alameda, en la gran glorieta central a un lado de la cual se levantaba el templete improvisado en que habían de instalarse el presidente y su gabinete para escuchar la oración cívica que, desde la tribuna, previamente colocada, dirigía al pueblo el comisionado nombrado, por el Ayuntamiento.



Imagen: S.A, *Litografía Fiesta Cívica en la Alameda*, 1846.

¹³² María del Carmen Vázquez Mantecón, “Fuegos y luces de las solemnidades novohispanas y mexicanas”, en *Cohetes y Regocijos. Una interpretación de la fiesta mexicana*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2017, p. 105

2.5 Las festividades cívicas de los héroes nacionales

Las guerras de emancipación de la Corona Española, y la formación de los Estados Nacionales en Hispanoamérica después de las sucesivas declaraciones de independencia, difundieron símbolos y espacios públicos propios del mundo festivo y ritual relacionados con la patria y la nación, para lo cual era necesario establecer las bases de una nueva cultura política orientada a honrar a los héroes nacionales, erigiéndoles monumentos, y grandes ceremonias en los espacios públicos como atrios de las Iglesias, o bien por medio de las peregrinaciones y rutas de las procesiones religiosas heredadas de la época virreinal, un proceso que se llevó a cabo a partir de 1821 y a lo largo de la primera mitad del siglo XIX.¹³³

La imagen del héroe nacional en este nuevo modelo político, pretendía dar un ejemplo al pueblo de las virtudes cívicas que el ciudadano tenía que seguir. El nuevo culto en su práctica se parecía a las antiguas devociones novohispanas, al relacionar la veneración al héroe nacional con el culto a los santos de la religión. Así en todas las naciones de Hispanoamérica que habían declarado su independencia, el gobierno buscaba justificar la ruptura política y religiosa del nexo virreinal, para lo cual los héroes fungirán como ejemplos de integración nacional.

En México el culto a los héroes modernos se inició durante el proceso de la guerra de independencia, y los insurgentes que murieron en ella fueron los primeros en ingresar al panteón de héroes nacionales. Este fue el caso de los curas don Miguel Hidalgo y Costilla y José María Morelos y Pavón, y de los militares Ignacio Allende, Juan Aldama y Mariano Jiménez, cuyos restos fueron recuperados y trasladados, a la Catedral Metropolitana, en el año de 1823, donde fueron honrados y venerados por el pueblo hasta el año de 1921, en que fueron depositados en el llamado “Altar de la Patria”, dentro del monumento a la independencia.

¹³³ Pablo Martínez Carmona, “Modalidades Públicas intereses e infracciones en días festivos y ceremonias cívicas”, *Fiestas de la Patria, Ceremonias Cívicas en la región central de Veracruz, 1821-1837*, Tesis para grado de Doctor en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2016, p. 26

Y así de esta manera, con fines políticos esencialmente, la élite mexicana exaltaba las virtudes de sus héroes bajo los siguientes requisitos:

- Que el personaje llevará a cabo una hazaña heroica habiendo sido líder de un movimiento en contra de la monarquía española.
- Que, en el proceso de cualquier lucha en contra de la monarquía, alguien muriera por defender la causa de la República.
- Que se destacara por sus acciones libertarias en alguna localidad o provincia.

Las recompensas que el gobierno otorgaba a dicho héroe, además de las celebraciones que se hicieran en su honor, era una generosa pensión a sus familiares o descendientes directos. Estas celebraciones para honrar a los héroes nacionales se realizaban en las explanadas de los Palacios Municipales y Estatales, las cuáles eran adornadas con motivos lúgubres por el encargado de las fiestas y los comisionados de la comandancia general de cada localidad o ciudad.

Otros ejemplos fueron las fiestas y ceremonias que tenían por objeto venerar la figura de un caudillo en vida como héroe de su localidad. Así tenemos las festividades en honor a Vicente Guerrero, Miguel Barragán, Antonio López de Santa Anna¹³⁴ y otros personajes más que alcanzaron gran notoriedad por diversos actos realizados en beneficio de la patria, en los cuales tuvieron especial importancia los que promovieron los masones del rito yorkino,¹³⁵ a favor de Vicente Guerrero en las ciudades de Veracruz, Jalapa y Córdoba en el año de 1829, por su nombramiento

¹³⁴ *Ibidem*, p. 38

Una fiesta muy popular en esos años, conocida por el pueblo como “la fiesta de la pata”, se celebraba desde el año de 1839, como decreto oficial del entonces presidente Antonio López de Santa Anna, debido a la pérdida de una de sus piernas por la batalla que libró en contra de los franceses, conocida popularmente como: “Guerra de los pasteles”, en el año de 1838. Cuatro años después decidió enterrarla en el Panteón de San Paula, en una ceremonia llevada a cabo el 27 de septiembre de 1842, en un ajetreado día que incluyó discursos oficiales y el acarreo de niños de la Escuela Lancasteriana. No obstante, en el mes de diciembre de 1844, el lugar donde fue enterrada la famosa pierna fue profanado por el pueblo, quien como demostración de desprecio hacia la figura de Santa Anna que había caído en desgracia, la arrastró en las calles aledañas.

¹³⁵ El rito Yorquino dentro de la masonería universal fue introducido en nuestro país, lo mismo que el rito escocés después de consumada la independencia, en el año de 1825. Introducido por el primer ministro de los Estados Unidos en México Joel R. Poinsett, con el objetivo de actuar como agente intermediario de las grandes logias de Nueva York y Filadelfia, apoyó al grupo liberal que encabezaron Guadalupe Victoria y Vicente Guerrero, lo que representó un enfrentamiento con los masones del rito escocés que representaba al ala conservadora, a quienes defendían las posiciones monárquicas. Lorenza Elena Díaz Miranda, “El poder de los masones”, en *Relatos e Historias en México*, México, Editorial Raíces, 2015, p. 45

como presidente de la República. El motivo de la celebración era demostrar el apoyo que tenía Guerrero por parte de la élite veracruzana y reconocerlo como “Benemérito de la Nación”, en un festejo que duró tres días, y en el que se manifestaron todos los elementos de la Fiesta Patriótica, tanto civiles como militares, ya que incluyó tanto los actos políticos como los fuegos artificiales en los cuarteles. La conservación del orden se llevó a cabo con las patrullas pertenecientes a la guarnición marcial.¹³⁶

Una vez en el cargo Vicente Guerrero tomó medidas en cuanto a los días de fiesta nacional en el cual todas las oficinas y tribunales debían seguir con las labores de trabajo, a excepción del 16 de septiembre.

2.6 Semana Santa

El Miércoles Santo, desde temprano, se iniciaban los preparativos para que todas las personas estrenaran ropa el Jueves Santo según la costumbre, por lo que se abarrotaban los principales cajones de ropa del centro de la ciudad como Porta Coeli, Flamencos, el Puente de Palacio, el Portal de las Flores, y Monterilla, entre otros. En cambio, la gente elegante buscaba en la calle de Plateros a las modistas más caras.¹³⁷

Este mismo día, por la tarde, las familias en pleno asistían a los diversos actos religiosos que se llevaban a cabo en la catedral. Una gran orquesta tocaba música religiosa, y al final de los cánticos se iniciaba la procesión por las calles aledañas. El jueves por la mañana aún se registraba gran ajetreo en las calles, en virtud de que sastres y zapateros entregaban a última hora los vestuarios que les habían sido encargados. Una vez obtenido el ajuar que habrían de vestir, los miembros de la familia se disponían a lucirlo durante todo el día, desde las ocho de la mañana hasta muy entrada la noche.

¹³⁶ *Ibidem*, p. 131

¹³⁷ María Esther Pérez Salas, “El traje de una casa”, en *Historia de la vida cotidiana en México*, México, Instituto de investigaciones Doctor José Luis Mora, Fondo de Cultura Económica, 2008, p.197

*Señoras con mantilla de finísimo punto y vestido de seda o terciopelo, elegantes caballeros que estrenaban, desde las botas hasta el sombrero, ancianos de frac y elegantes bastones, calzado de raso blanco, amponas enaguas y rebozos de seda paseaban por la gran ciudad y ofrecían un colorido espectáculo.*¹³⁸

Carl Christian Sartorius en su obra *México hacia 1850*, describe los preparativos y actividades de esta Semana Santa en México, de la siguiente manera:

*El jueves, las autoridades eclesiásticas lavan los pies a los pobres; para recibir este honor se prefieren a los ciegos. Luego se oficia la última misa solemne, en señal de que Cristo ha sido traicionado y hecho prisionero; la llave del tabernáculo que contiene la hostia, atada a la ancha cinta, se cuelga alrededor del cuello del alcalde del pueblo, de esto se encarga el sacerdote. A medio día termina el servicio; las campanas deben callar, lo mismo que el órgano. Por la tarde cambia la apariencia interior del templo; los altares son cubiertos con velos negros y a cada lado el altar principal se erigen los llamados monumentos: pirámides formadas con ramas de ciprés y de pino, firmemente entretajadas y adornadas con incontables flores y flautas, sobre todo naranjas, y con todo lo que la aldea pueda producir, como platos de porcelana, escudillas palanganas, garrafas y candeleros. Todo ese conjunto es adornado con ciertos cirios y lámparas: es el orgullo del pueblo, la maravilla y la admiración de los extraños.*¹³⁹



Imagen: J.S. Hegi, *La Catedral y el Paseo de las Cadenas el Jueves Santo*, tomada de Mario de la Torre, Hegi. *La vida en la Ciudad de México*, México, Bancrecer, 1857, p.7

Por la mañana el pueblo asistía a los oficios religiosos, en las diversos templos y capillas; al medio día regresaban a la casa, almorzar y en la tarde se visitaban los

¹³⁸ *Loc.cit*

¹³⁹ Carl Christian Sartorius, "Tres fiestas religiosas: Semana Santa, Jueves de Corpus, y todos Los Santos", en *México hacia 1850*, México, Editorial CONACULTA, 1990, p. 260

llamados “monumentos”¹⁴⁰ y las mujeres piadosas rezaban en el interior de siete Templos dentro de siete Iglesias, dentro de un ritual llamado “visita de las siete casas”.¹⁴¹

Las calles más concurridas en estos días eran las de Plateros (hoy calle de Madero), Santo Domingo y San Francisco, donde desde las diez de la mañana se registraba un gran movimiento, ya que dichas calles eran las vías de acceso directo a la catedral y a las importantes Iglesias de San Francisco y la Profesa, en donde se congregaban las familias más elegantes, cuyos miembros se detenían en los puestos de aguas frescas para mitigar el calor que provocaban estos recorridos a pie.¹⁴²

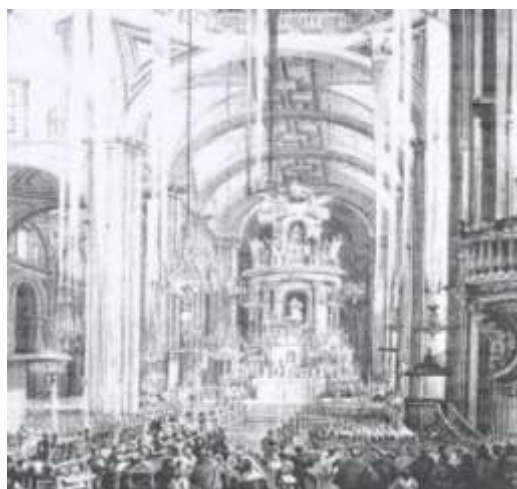


Imagen: José Rogelio Álvarez, “Semana Santa”, en *Costumbres y tradiciones mexicanas*, México, ed. Everest, p. 467

En la mañana del Viernes Santo, la campanilla de la parroquia llama para las oraciones tempranas, y en el transcurso de las horas siguientes hay ejercicios de devoción hasta mediodía, cuando el cautivo Salvador es conducido a la procesión a la casa de Pilatos, una capilla que lleva este nombre... Un sorprendente tropel de jinetes y peatones forman una escolta: guerreros con brillantes cascos y relucientes petos, (una especie de armadura de placas de algodón que defiende el pecho y que con el respaldo compone la coraza de metal), van precedidos por un centurión cuya cabalgadura es de un animal bien adiestrado y soberbiamente engualdrapado, con las pezuñas doradas y enjaezado con listones y lentejuelas. Cerca del jinete se encuentran muchas personas que representan a los altos sacerdotes y a los fariseos, con levita, horribles máscaras narigudas y ondulantes ropajes. La imagen del Salvador es llevada a la capilla y en el

¹⁴⁰ Construcciones efímeras que se colocaban en el interior de los templos y catedrales representando escenas de la pasión de Cristo y que se cubrían con telas de color morado como símbolo de duelo y dolor, por lo que ocurría en la llamada Semana Mayor.

¹⁴¹ Este ritual tenía que ver con la tradición según la cual el maestro Jesús había recorrido siete lugares o casas diferentes durante el doloroso proceso de su aprehensión, juicio, pasión y muerte, recorrido que según la biblia se había iniciado en el recinto donde él Señor llevó a cabo la Última Cena con sus apóstoles antes de ser aprehendido.

¹⁴² *Loc.cit*

*pórtico de ésta, el sacerdote explica la continuación de la historia, hasta la sentencia del Ecce Homo, dictada por Pilatos.*¹⁴³

Esta importante tradición religiosa de la representación popular sobre la Pasión de Cristo se originó en el antiguo barrio de Iztapalapa en el año de 1843, y ha llegado a ser, hasta nuestros días, la celebración religiosa más importante y famosa de todo el país. En 1833 esa localidad padeció una epidemia de cólera que casi acabó con sus habitantes y quienes sobrevivieron a la tragedia acordaron, como acción de gracias, representar cada año los pasajes de la Pasión de Cristo.¹⁴⁴

Durante los siete días posteriores a la Semana Santa, llamados de Pascua, era tradicional para los aristócratas pasarlos en el pueblo de San Agustín de las Cuevas, (hoy Tlalpan), donde muchos de ellos poseían casas de descanso. Era uno de los paseos preferidos en esta temporada por las clases altas, ya que ahí se podía gozar no sólo del gorjeo de los pájaros, el clima templado y sus bellos alrededores, sino también de las peleas de gallos, los bailes y los juegos de azar. Aquí se alquilaban, por un tiempo, grandes residencias para instalarse toda la familia y pasar la semana en diversiones.¹⁴⁵ Las casas de juego eran comunes por esta zona donde sus calles eran inundadas de carruajes y caballos que entorpecían el tránsito de estos visitantes, tanto locales como nacionales. El alquiler de estas casas permitía a quienes llegaban ahí gozar de algunos paseos campestres a las huertas cercanas, o las fuentes.

Además de los paseos ya señalados, había otros entretenimientos como ir al Calvario (pequeña llanura situada al oeste de Tlalpan), en el cual por las tardes se realizaban bailes campestres a los que concurrían las damas de sociedad con sus elegantes vestidos y los caballeros con levita de verano.¹⁴⁶

¹⁴³ Sartorius, *Op.cit*, p 262

¹⁴⁴ Álvarez, *Op.cit*, p. 470

¹⁴⁵ Pérez Salas, *Op. cit*, p. 200

¹⁴⁶ *Loc. cit*

2.7 Corpus Christi

En México, al igual que en todos los países de tradición católica durante la época virreinal, la celebración del Jueves de Corpus, o Cuerpo de Cristo, se celebraba con gran esplendor tanto en la capital como en las ciudades más importantes del virreinato durante la época más calurosa del año, es decir, en el mes de junio. En la capital sólo una parte de los habitantes se unían en procesión, aunque todos deseaban presenciarla. El inicio del ritual de la fiesta del Corpus Christi comenzaba entre las ocho y media de la mañana durante el oficio divino, y se realizaba con muy especial solemnidad. A ella asistían los músicos de la capilla de la catedral y los salmos de esta hora eran interpretados por el órgano de la catedral.

La misa era previamente efectuada por el acompañamiento de seis padres capellanes, el maestro de ceremonias, los acólitos y el pertiguero.¹⁴⁷ Los primeros iban a la sacristía para revestirse con capa y estola, en tanto los acólitos y el pertiguero tomaban la cruz, los ciriales y los incensarios y se presentaban a la puerta, situada junto al coro, todos los padres, capellanes y músicos que conformaban la capilla al término del oficio divino.¹⁴⁸ Las calles que recorría la procesión que salía de la Catedral por la puerta del poniente, eran las del Empedradillo, Tacuba, Santa Clara, Vergara, segunda y tercera de San Francisco, primera y segunda de Plateros y una parte de la Plaza Mayor, para entrar finalmente por la puerta principal.¹⁴⁹

La procesión entraba en la capilla y los músicos seguían cantando, el arcipreste¹⁵⁰ Incensaba por primera vez el Santísimo Sacramento, la procesión salía del Sagrario con dirección al altar mayor de la catedral, donde se colocaban los asientos en los

¹⁴⁷ Ministro secular en las iglesias catedrales, que asistía acompañando a los que oficiaban en el altar, coro, púlpito y otros ministerios, llevando en la mano una pértiga o vara larga guarnecida de plata. Citado de el Diccionario de la Real Academia, 2014, disponible en: <https://dle.rae.es/pertiguero>

¹⁴⁸ Citlali Campos Olivares y José Javier Flores, "El ritual de la festividad del Corpus Christi en la Ciudad de México o de la fiesta del Santísimo Sacramento en 1751, y supervivencia en 1819", en *Lo Sagrado y lo profano en la festividad de Corpus Christi*, México, Seminario Nacional de Música en la Nueva España y el México Independiente, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2017, p. 175

¹⁴⁹ García, *Op.cit.*, p. 359

¹⁵⁰ Sacerdote que, por nombramiento del obispo, tiene autoridad sobre un grupo de parroquias de la misma zona. Citado de La Real Academia de la Lengua, disponible en: <https://dpej.rae.es/lema/arcipreste>

coros, y los balcones. Puertas y ventanas lucían desde muy temprano ricos tapices y cortinajes de seda con adornos de flores en festones y guirnaldas.¹⁵¹



Imagen: Antonio García Cubas, en *Costumbres y Tradiciones Mexicanas*, México, Ed. Everest, Vol. III. 2008, p. 373

Así mismo, a la cabeza del Santísimo se colocaban dos padres y dos capellanes que detenían las copas delanteras del Sacramento en la Custodia depositada en el altar. Los niños cantaban el verso *Panem de Celo* en respuesta a la capilla musical que rezaba la oración *Deus qui nobis*. Terminando la procesión la gente permanecía en el coro para contar la hora.¹⁵²

Las élites se ubicaban en los balcones, en especial las damas para lucir sus atuendos. Este era también un sitio elegido por los caballeros y las ventanas eran reservadas para los niños. Las matronas, junto con otros miembros de la familia, preferían descansar en sillas y bancos desde donde podían apreciar más cómodamente el evento religioso.

Las clases medias preferían observar la procesión desde la acera, al igual que otros vecinos de la ciudad que esperaban en la valla militar a que diera el inicio el desfile.¹⁵³ Los elegantes deseaban exhibirse con sus más lujosos vestidos y solían

¹⁵¹García, *Op.cit*, p. 176

¹⁵² *Loc.cit*

¹⁵³ Everlyn Venegas Arenas, "El atractivo de la fiesta del Corpus Chisti en la Ciudad de México (1821-1855)", en *La fiesta de Corpus Chisti en la Ciudad de México durante la primera mitad del siglo XIX. Rastreo de antecedentes de Hispanos y*

criticar los atuendos de los demás. Las solemnidades se iniciaban con una misa ofrecida en la catedral por el arzobispo, estando presentes en ella todos los componentes del clero de la ciudad, incluyendo las órdenes regulares. Partía la procesión desde la Catedral hacia las calles cercanas del lado occidental, hasta alejarse unos mil pasos. Todo el trayecto estaba cubierto por un toldo de tela blanca con una orla roja, lo suficientemente alta para dejar libres los balcones de las casas, ocupados por hombres y mujeres que lucían soberbios atavíos. Los balcones, puertas y ventanas de las mansiones de la aristocracia lucían desde muy temprano ricos tapices y cortinajes de seda, adornos de flores, y guirnaldas.¹⁵⁴



Imagen: Carl Christian Sartorius, "Decoración de las casas", en *México hacia 1850*, México, Editorial CONACULTA, 1990, p. 262

El orden de la procesión del Corpus Christi, no lo pasó por alto Antonio García Cubas, quien en su obra *El libro de mis recuerdos*, la describe de la siguiente manera:

*Los bellos sonoros y alegres repiques de la Catedral anunciaban al pueblo el fin de la misa y la salida de la procesión, momentos solemnes en que el gentío inmenso acababa de invadir las aceras, los balcones y las azoteas de las casas. Una descubierta de gastadores, el paso lento de sus caballos, marchaba despejando el camino de la procesión, organizada por el provisor, de manteo y bonete, y si era capitular, la capa pluvial; el cual, acompañado del promotor de notarios se colocaban, al afecto, en la puerta del Empedradillo.*¹⁵⁵

Hermandades con sus estandartes y farolas las cofradías con sus guiones; señoras de saya y mantilla con escapulario, vela de cera y ramo de flores; educandas de las hermanas de la Caridad, presididas por las Hijas de San Vicente de Paul; los bedeles de la Universidad con traje talar de terciopelo morado y masas de plata al hombro; los colegios nacionales

Novohispanos, Tesis para el grado de Licenciatura, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007, p. 75

¹⁵⁴ José Rogelio Álvarez, "Jueves de Corpus", en *Costumbres y Tradiciones Mexicanas*, México, Editorial Everest, 2008, p. 478

¹⁵⁵ García, *Op.cit*, 358

gregorianos, mineros, lauretanos, alonsiacos y seminaristas; las terceras órdenes con sus cruces; las comunidades religiosas: mercedarios, camilos, agustinos, dieguinos, franciscanos y dominicos. Los rectores de los colegios de los preladados religiosos; el claustro de los doctores; la archicofradía del Santísimo; de las Parroquias, la Archicofradía de la Virgen de los Remedios; el pertiguero de la Catedral, la cruz procesional y los ciriales de la Catedral la clerecía, con sobrepelliz; los sub diáconos y diáconos, con dalmáticas, los presbíteros con casulla; la Curia eclesiástica; los infantes de coro y los músicos; el Cabildo Eclesiástico, el Santísimo Sacramento conducido por el Arzobispo; las masas del Ayuntamiento; los funcionarios y empleados públicos; los jueces de letras y los miembros del Tribunal Mercantil y la Junta de Fomento; la Corporación Municipal y el Gobernador del Distrito; los Oficiales de la guarnición que no formaban parte de la procesión; los subsecretarios de Estado y los empleados de la Secretaría, una comisión del Tribunal de Guerra, una comisión de la Suprema Corte de la Justicia; los secretarios del despacho y el Presidente de la República, la plana mayor del Ejército; la Estufa (Carroza) de gala del Santísimo y el coche de la presidencia, y la columna de honor formada por alumnos del Colegio Militar y varios batallones y regimientos.¹⁵⁶

2.8 Fiestas Decembrinas

Las fiestas decembrinas eran celebraciones muy esperadas por la sociedad mexicana en general. La élite adornaba con gran pompa sus mansiones y varias de estas festividades se llevaban a cabo también en los templos, las calles y en los teatros. La gran celebración de la Navidad empezaba con las llamadas “posadas”.¹⁵⁷ Antonio García Cubas en su obra *El Libro de mis Recuerdos* rescata los más notables sucesos de estas fiestas:

Muchas veces los niños portadores de las andas abrían la procesión, conduciéndolas a brazo si eran de poco peso. Terminada la letanía, durante la cual no habían dejado de echarse al aire cohetes tronadores, hacía alto la procesión y procedíase á pedir la Posada, para cuyo acto las cantantes, generalmente jóvenes apuestas, se dividían en dos grupos, quedando uno dentro de la pieza elegida y otro fuera con las andas y con la mayor parte de la concurrencia.¹⁵⁸

Cantaban los de afuera: “De larga jornada rendidos llegamos, y así lo imploramos para descansar. Momentos eran éstos en que el alborozo llegaba á su mayor expansión en que la muchachería al oír cantar:

“Ábranse las puertas, Rómpanse los velos, Que viene á posar El Rey de los cielos”.

Pasados algunos instantes y colocado el Misterio, (la concepción del hijo de Dios en el vientre de una joven virgen) sobre una mesa, ponían todos de rodillas y empezaba el rezo por el acto de contrición al que seguía la oración de la jornada correspondiente al día, y terminaba con siete

¹⁵⁶ *Ibidem*, p.375

¹⁵⁷ Nueve días previos al día veinticuatro, en los cuales se conmemoraba el trayecto de la Virgen y San José que huían de Jerusalén rumbo a Egipto y solicitaban alojamiento durante el camino, pidiendo posada para pasar la noche. En estos días se hacía una procesión cuyos integrantes, portando velas y luces de bengala, cantaban pidiendo un lugar para José y María, ya a punto de dar a luz al Salvador. Cuando se abrían las puertas todos los que integraban la procesión. Los dueños de las casas los obsequiaban con dulces llamadas colaciones, y los niños rompían una piñata adornada con siete picos que simbolizaban la destrucción de los siete pecados capitales, a lo cual seguían una cena y convivio entre familiares y vecinos.

¹⁵⁸ García, *Op.cit.*, p. 297

Avemarías. Terminado el rezo, renacía el bullicio general, confundiendo las alegres pláticas de las jóvenes con la algazara de los chicuelos que no cesaban de gorgoritear con sus flautillas de carrizo. Retirándose la servidumbre a menos que hubiese Piñata, pues en tal caso procedía por todos á la diversión de romper la olla, como aún hoy se acostumbra. Instalada la concurrencia en la sala, presentándose, á poco, dos ó más criadas, muy peripuestas y peinadas con gracia, recogidas sus trenzas con listones de seda, sosteniendo con ambas manos grandes bandejas con juguetes y colación que señoritas y niños de la casa, distribuían ordenadamente á todos los concurrentes, terminado lo cual empezaba el baile.¹⁵⁹



Imagen 7: S.A, Litografía de posadas en una casa particular, en *Libro de Mis recuerdos México*, 1850, p. 297

Los patios, eran adornados por gran cantidad de farolillos, con los candelabros en la recepción y arañas de cristal que adornaban la estancia. Después de la llegada de los invitados, a cierta hora, se escucha el himno de la posada y la letanía de la virgen cantada por los organizadores de la procesión cuyo orden era:

- 1) Los niños con sus velas de sebo o cera encendida.
- 2) Los jóvenes, empezando por los varones, y después las jovencitas.
- 3) Finalmente, los adultos y señores de edad avanzada.

Los niños en hombros llevaban a los santos peregrinos, con el ángel, caminando bajo los arcos de papel picado. Detrás de la gente marchaban los músicos, tocadores de guitarras, bandolones, y flauta y cerraban la procesión todos los miembros de la servidumbre.¹⁶⁰

¹⁵⁹ *Ibidem*, p. 298

¹⁶⁰ García, *Costumbres y tradiciones mexicanas*, Op.cit, p.386

El veintitrés de diciembre, se llevaba a cabo la conocida como “Noche de rábanos”¹⁶¹, en la Plaza Central de la ciudad, y consistía en una gran exposición, concursos, y ventas de rábanos tallados en madera u otros materiales. Las clases altas participaban dentro del evento organizando diversas actividades para deleite del pueblo y de ellos mismos. Relucían los arreglos florales y los imprescindibles “nacimientos”; así como otras figuras hechas de totemaxtle (la hoja del maíz ya seca). Después del paseo de la exposición de los rábanos se acostumbraba ir a comer en los puestos de antojitos, dulces y buñuelos con miel. Al finalizar el evento se tiraban monedas de plata al piso como símbolo de buena suerte.¹⁶²

Las mansiones se adornaban con la flor llamada “noche buena”, y a mediados del siglo se generalizó entre la aristocracia la costumbre inglesa de colocar una corona de pino, adornada con listones y cuatro velas en el centro de sus mesas, encendiendo cada una de ellas por las cuatro semanas previas a la gran cena de la natividad. Algo indispensable, que no podía faltar en el hogar por estas fechas era a representación de un “nacimiento”, siendo de los más atractivos para la élite los elaborados por artesanos del pueblo de Salamanca en Michoacán y Guanajuato.¹⁶³ La representación del nacimiento la constituían las figuras de la Virgen, San José el Arcángel Gabriel, que anunciaba la llegada del niño Jesús y los Reyes Magos como actores principales.



Imagen 5: Eugenio Moctezuma, en *Colección Un nacimiento de Nacimientos, México*, Tallado en madera, colorantes naturales, laqueada y punteada, siglo XIX, 2015.

¹⁶¹ Fiesta popular donde los agricultores exhibían sus productos, en especial los rábanos, para consumo del público asistente. Tradición que aún pervive en algunas ciudades y localidades de nuestro país en las fiestas patronales.

¹⁶² Ana Cecilia Tentle Arias, “La representación popular de la Navidad en México”, en *Navidad, significado y tradiciones*, México, Promotora Social Ayúdanos a crecer, 2014, Tentle, *Op.cit*, p. 108

¹⁶³ *Loc.cit*

En la Ciudad de México y otras regiones del país se acostumbró a celebrar la Navidad con candelas, tradición heredada desde la época novohispana, procesiones que bajan de los diferentes barrios a la catedral; acompañada con música.

Dos o tres días antes de la Nochebuena, en la Ciudad de México varios de los testigos observaron el gran furor y alegría en el lugar. Donde un gran número de habitantes acudía a la gran ciudad para promover sus compras y distintos artículos. Los lugares más concurridos para estas fechas eran las calles de Jesús María, la Real, las Monterillas, los Portales, y la Gran Plaza del centro de la Ciudad.¹⁶⁴

Cada veinticinco de diciembre, día de la Navidad, se disparaban cohetes en la Catedral, y solo el treinta y uno de diciembre también se hacía esto mismo en el Palacio Nacional. Había además el continuo disparo de cohetes luminosos y cañonazos en honor de la Virgen de la Asunción, Patrona de la Catedral y de la ciudad. Por la noche había buscapíés y ruedas de fuegos artificiales. También los cohetes.¹⁶⁵

Para la cena de Nochebuena era característico el consumo del bacalao, los romeritos, la torta de ahuahutle o huauzontle, (amaranto), lentejas con piña, pescado en aceite y vinagre y otros guisos más. Entre los postres destacaban los tradicionales buñuelos, confites, piñones, la ensalada de betabel con jícama, plátano macho, cacahuates, acitrones, pasas y uvas frescas.¹⁶⁶

Madame Calderón Barca, presente en una de estas celebraciones relató en sus cartas la siguiente descripción:

La ceremonia duró cuatro horas, pero el predicador se alargó mucho. Al anochecer fuimos a casa de la Marquesa de Vivanco, para pasar en ella la Nochebuena. Esta noche todos los parientes y amigos íntimos de cada familia se reúnen en la casa del "jefe del clan", una verdadera asamblea, y en el particular de esta casa, constituida por cincuenta o sesenta personas.

Esta es la última noche de las llamadas Posadas; una curiosa mezcla de devoción y esparcimiento, pero un cuadro muy tierno. Esta peregrinación de la Sagrada Familia se representa por ocho días, y parece más bien que se hace a la intención de los niños que con fines de más seriedad. Llegamos

¹⁶⁴ Guillermo Prieto, "Año Viejo, Nochebuena", en *Costumbres y tradiciones mexicanas*, Cord. José Rogelio Álvarez, México, Editorial Everest, vol. II, 2008, p. 442

¹⁶⁵ Vázquez, *Op. cit*, p. 112

¹⁶⁶ Prieto, *Op.cit*, p.p 442-443

a la casa de la Marquesa a las ocho, y cerca de las nueve empezó la ceremonia. A cada una de las señoras le fue puesta en la mano una velita encendida, y se organizó una procesión, que recorrió los corredores de la casa cuyas paredes estaban adornadas con siemprevivas y farolitos, y todos los concurrentes cantaban las Letanías. Kate hacía pareja con la Marquesa viuda. Un ejército de niños, vestidos como ángeles, se unió a la procesión. Sus vestidos eran de lana, en oro o plata, penachos de plumas blancas, profusión de diamantes finos y perlas en bandeaux, broches y collares, alas blancas de gasa y zapatos de raso blanco bordados en oro.

La procesión se detuvo por último delante de una puerta, y una lluvia de fuego de bengala cayó sobre nuestras cabezas, para figurar, me imagino, el descendimiento de los ángeles, pues aparecieron unas jóvenes vestidas de pastores como los que guardaban en la noche sus rebaños en las planicies de Belén. Unas voces, que se suponían de María y José, entonaron un cántico pidiendo posada, porque, decían, la noche era fría y oscura, el viento zumbaba con fuerza, y pedían albergue por esa noche. Cantaron los de adentro negándoles la posada. Otra vez imploraron los de afuera, y al fin hicieron saber que aquella que se encontraba en la puerta, errante en la noche, sin tener en donde reposar la cabeza, era la Reina de los Cielos. Al oír este nombre, las puertas se abrieron de par en par, y la Sagrada Familia entró cantando. En el interior se contemplaba una bellísima escena; un Nacimiento. En unas tarimas alrededor del aposento, cubiertas de heno, se habían dispuesto figuras de cera formando escenas que representan, generalmente pasajes de diversas partes del Nuevo Testamento, aun cuando algunas veces empiezan con Adán y Eva en el Paraíso. Allí estaban la Anunciación; la Visitación de María a Isabel; los Reyes Magos; los Pastores y la Huida a Egipto...¹⁶⁷

Un adorno que no faltaba en estos festejos decembrinos era la piñata, la cual era representada como la fuerza de la virtud para romper los falsos engaños y deleites del mundo. El palo que rompía la piñata simbolizaba el acto de romper la olla de los siete pecados de Satanás, el cautivador del hombre, y los regalos que se colocaban en el interior de la piñata representaban los premios a las virtudes y a la perseverancia de los hombres, como bienes caídos del cielo.¹⁶⁸

En la preparación de la misa de medianoche predominaba el protocolo de vestimenta que consistía en: la camisa blanca con listones rojos, o una prenda alusiva a ese color, como los chales de seda para las damas, y las hermosas gargantillas que debían portar los integrantes de la aristocracia.

En sus famosas cartas Madame Calderón de la Barca sigue relatando los aspectos que le parecen más interesantes de estas fiestas previas a la Navidad, describiendo el solemne acto del nacimiento del Niño Jesús, el cual revestía un gran júbilo y alegría: *Regresamos a la sala, ángeles, pastores y demás invitados y hubo baile hasta la hora de cenar. La cena fue un alarde de dulces y pasteles.*¹⁶⁹

¹⁶⁷ Madame Calderón de la Barca, *Op.cit*, p. 257

¹⁶⁸ *Ibidem*, p. 111

¹⁶⁹ *Ibidem*, p.111

Para la celebración de Año Nuevo de ese 1841, se celebraban misas desde las ocho de la mañana en la Iglesia de San Francisco, la más frecuentada por las mejores clases de la sociedad mexicana, en las cuales destacaban las señoras de alta sociedad con sus mejores atuendos, y colocadas en los primeros asientos de dicho recinto.

Dentro de la festividad del Año Nuevo había una serie de rituales dentro del hogar; unos eran herencia de los viejos tiempos y otros apuntaban hacia las nuevas modas. Dentro de los primeros estaba que el 31 de diciembre, al sonar las doce de la noche, las familias devotas se arrodillaban y rezaban treinta y tres credos en conmemoración a los treinta y tres años que vivió Jesús, a quien se le daban las gracias por los favores recibidos durante el año que concluía. Acto seguido cada miembro de la familia encendía una vela bendita que ardía por el resto de la noche. Al día siguiente se hacía la rifa de santos que consistía en que cada individuo sacaba por suerte un santo del calendario, que sería su patrono durante el año.¹⁷⁰

Para el año nuevo todos los templos de la ciudad, desde la siete de la noche, se hallaban henchidos de gente, cuyas fervorosas plegarias suben a la mansión celeste acompañadas de las majestuosas y sonoras voces del órgano envueltas en las perfumadas nubes del incienso.¹⁷¹

Algo bueno había de contarte, queridísimo lector, propio de nuestra costumbre, y por lo que refiero y aceptamos tienen los escépticos. La festividad del primer año, tanto civil como eclesiástica, es una de las más solemnes en el mundo entero. Es verdad que todos consideran un año menos en el camino de la vida; pero también es cierto que en ese día luce el sol de la esperanza y se presenta un año más a las ilusiones de esa vida que se va.

Por tal motivo, en semejante día, que es como otro cualquiera, pero no convencionalmente, el hombre ha fijado como el principio de la medida de los tiempos y todos se saludan con beneplácito. Por donde quiera que se escuchan las palabras “Feliz Año” y por todas partes se ven aparadores atestados de hermosísimos objetos, debido a la industria humana, y por las calles criados que van y vienen con lujosos regalos y hermosos ramilletes de flores. Es el día grande de las congratulaciones.¹⁷²

El primer día del año cada familia visitaba a los parientes y amigos, estrenaba ropa y algunos acostumbraban a dar regalos conocidos con el nombre de “aguinaldo”. Además, existía la creencia de que este día era determinante para el resto del año, pues si en esa ocasión había sucedido alguna desgracia, dentro de la sociedad se

¹⁷⁰ Pérez, *Op.cit*, p. 190

¹⁷¹ García, *Op. cit*, 387

¹⁷² *Ibidem*, p. 301

presagiaba un año de mala suerte; si por el contrario, habían ocurrido acontecimientos felices, así sería el resto del año.

Lo que más les ilusionaba a los jóvenes casaderos era un juego denominado “la rifa de los compadres”, que se llevaba a cabo después del día seis de enero, último día en que se encendía las velas del Nacimiento. Para la rifa se convocaba a los amigos de la familia a la reunión, y una vez presentes los convidados pasaban al comedor, y se hacían dos listas de candidatos al compadrazgo. En ocasiones se añadía el nombre de algunas personas que no habían asistido pero que eran consideradas para participar en el evento.

Una vez formadas las parejas de los compadres, cada una pasaba al centro de la sala y se abrazaban con la autorización de los padres, siendo festejadas con aplausos de los ahí presentes. Al día siguiente se reunían por separado los compadres y las comadres para organizar individualmente el *Baile de los compadres*.

Este baile tenía como finalidad motivar que los caballeros y señoritas asistentes se conocieran o se acabaran de conocer, y así comenzar a formar parejas de compadres que se consolidarían en un noviazgo posiblemente, con una rifa, a menudo amañada, que terminaba de formalizar la unión de una pareja. El compadre regalaba a la comadre “un lujoso cartucho con dulces o un magnífico bouquet de gardenias y violetas”, mientras ella regresaba la atención con “un lazo que le colocaba en la solapa de la levita y con una flor artificial”. Juntos quedaban en volverse a ver el dos de febrero, día de la Candelaria, para levantar al niño Dios del nacimiento montado en casa de alguno de ambos.

Terminado el baile y la rifa tenía lugar la partición del “pastel de reyes”, el cual dentro tenía un haba escondida, el varón que la encontrara era nombrado “el rey del haba” y tenía derecho a elegir una reina, además de la opción de ofrecer una comida, organizar un té, o una tertulia en la fecha que le resultara más cómoda, regalar dulces o, en esa misma noche ofrecer otro pastel. En otras palabras, sacar el haba del pastel era pretexto para que se hiciera una especie de fiesta en familia sin ninguna connotación religiosa. A diferencia de nuestros días en que, en lugar de

haba algunos afortunados encuentran una pequeña representación plástica, o de porcelana del niño Dios, que los obliga a ofrecer una tamalada que conmemore la presentación del Divino Infante al Templo a los cuarenta días de nacido.¹⁷³

2.9 Diversiones favoritas

Los hombres y mujeres de la élite se mezclaban con la gente común en eventos públicos como las peleas de gallos. El más famoso de estos tenía lugar en San Agustín de las Cuevas (hoy Tlalpan), en las afueras de la Ciudad de México, y duraba tres días. Para esto los aristócratas iban vestidos de gala para no ser confundidos con la gente del pueblo. Sin embargo, asistían también personas de distintas clases que se mezclaban con la élite alrededor de los ruedos de las peleas y hacían apuestas. Las mujeres de la alta sociedad se sentaban en los palcos o cajones separados del resto del público, pero podían platicar fácilmente con los hombres y verlos como apostaban a los gallos. Los jóvenes pudientes pasaban alrededor de los ruedos para lucirse y platicar con las muchachas. Según el reglamento, durante el espectáculo se prohibían los gritos y las malas palabras, pues el espectáculo debía llevarse a cabo en silencio y con decoro.¹⁷⁴

Las corridas de toros fueron muy apreciadas durante toda la época virreinal. Se tiene noticia especial de una fiesta taurina que tuvo lugar en el año de 1797, bajo la siguiente descripción: comenzaba con la entrada del toro al ruedo en medio de un grupo de jinetes, acompañados de algunas cantadoras montadas también en caballos, todos ellos acompañando al torero cuando después del “paseillo” de todos estos personajes por el ruedo, el corregidor daba la señal de inicio que se hacía pública con un toque de clarín y el torero solo en el ruedo empezaba la lidia del toro acompañado de una banda de música.¹⁷⁵

¹⁷³ López Gutiérrez, Patricia, “Pastel de reyes y baile de compadres. La epifanía del pasado”, en *Claustronomía. Revista gastronómica digital*, Universidad del Claustro de Sor Juana, México, 2015, p. (consultado el 18 agosto del 2021, disponible en: www.claustronomia.mx).

¹⁷⁴ Kicza John E, “Familias empresariales y su entorno, 1750-1850”, Cord. Pilar Gonzalbo, en *Historias de la vida cotidiana en México*, México, Fondo de Cultura Económica, Tomo IV, 2005, p. 173

¹⁷⁵ Juan Ricardo Jiménez Gómez, “Diversiones, Fiestas y espectáculos en Querétaro”, en *Historia de la vida cotidiana*, México, Universidad Nacional Autónoma de Querétaro, Fondo de Cultura, Tomo IV, 2005, p. 352

*Seis caballos rucios, con gualdrapas y cabezones encarnados, franjeados de amarillo y guarnecidos de cintas, borlas y plumas blancas, los que eran guiados de dos mozos y arrendados de otros dos con chicotes, todos vestidos a lo gitano, de los mismos colores que las mismas guarniciones de los caballos; a éstos se les ataba con sus tirantes el toro muerto y dando con él una vuelta al circo a todo correr, salían por la misma puerta donde había entrado.*¹⁷⁶

Se soltaba luego otro toro y se repetía la misma faena hasta que quedaba al último uno pequeño y aserrado para la diversión del vulgo de los muchachos. En la Pascua de 1825 hubo tres días de toros en la plaza de gallos y concluyó el año con la construcción de una plaza de toros, a un costo de seis mil pesos reunidos por accionistas que aportaron quinientos pesos y en la que se darían sesenta corridas. El estreno fue el veinticuatro de diciembre y la entrada tuvo un costo de uno y medio reales.¹⁷⁷

Antonio García Cubas en su obra el *Libro de mis recuerdos* refiere que convivió con los círculos más cercanos de la élite, y narra la particularidad de las costumbres en la Ciudad de México, así como las diversiones de la aristocracia de la siguiente manera:

*Los días domingos en esta parte de América Septentrional, pues, según se dice, nuestros escrupulosos vecinos del Norte dedican esos días a la oración. Las corridas de toros, las maromas, los paseos de la Alameda y Bucareli, el atrio de Catedral, la Pradera y la Retama, constituían las diversiones favoritas del pueblo. De las plazas de toros que existían en la buena ciudad de México se tratará separadamente del pueblo.*¹⁷⁸

En los paseos de la Pradera y Retama, el primero entre la Palma y la Soledad de Santa Cruz, en cuyo edificio ha levantándose casas, y el segundo por la parte sur de la ciudad, en la rinconada de Monserrate, ofrecían columpios, volador, subes y bajas y otros juegos de estilo, y todos llamaban la atención.

Entre lo que han sido y son en nuestra querida patria objeto de predilección, cuéntase las corridas de toros. Dos eran las plazas que existían en la capital, ambas tan espaciosas que podían contener diez mil a once mil espectadores, siendo la más antigua la llamada (Actualmente esta Plaza se encuentra en la colonia Cuauhtémoc, antes San Pablo Tecalco).

¹⁷⁶ José Xavier Argomaniz, en *Diario de Querétaro, 1806-1826*, Querétaro, Gobierno de Estado, 1979, p.354

¹⁷⁷ Jiménez, *Op.cit*, p.353

¹⁷⁸ García, *Op.cit*, p. 254



Imagen 6: Juan Mortiz Rugendas, en; *Corrida de toros en la Plaza de San Pablo, México, Óleo sobre lienzo, alto 43.7 cm - ancho 52 cm, 1831.*

La otra Plaza llamada del Paseo, estrenada el 25 de noviembre de 1851, se levantaba en el ángulo formado por la calle del Paseo, hoy de Rosales y de la Calzada conocida con el nombre de Ejido. Se ubica actualmente en la llamada Ciudad de los Deportes, junto al Estadio Azul en la Ciudad de México).



Imagen 6: *Litografía Plaza de los Toros del Paseo, actualmente Calle de Rosales en el Centro Histórico, México, en García Cubas Antonio, Libro de Mis Recuerdos, p. 270*

La Plaza del Paseo era hermosa y de gran extensión; todo lo más granado de la sociedad ocupaba las lumbreras y el tendido de la sombra. Como henchidas por el pueblo estaban las lumbreras y el tendido de sol. Todo allí era alegría y animación, avivadas por las bulliciosas sonatas que ejecutaban una excelente música militar. El aspecto de aquella plaza era, como siempre en tales momentos, grandioso é imponente, y a la vez la imagen más neta y fiel de la seducción. Las fiestas eran de gala, y como a ellas concurría S.A.S, el General Santa Anna y su esposa, la Sra. Dolores Tosta, hacia la participación ó despojo de la plaza el famoso Cuerpo de Actualmente Granaderos de la Guardia con sus casacas encarnadas y la alta gorra de pelo chililico rojo.¹⁷⁹

Los sucesivos gobiernos, tanto liberales como conservadores que se disputaban el gobierno, tuvieron actitudes oscilantes entre las prohibiciones absolutas y la permisión condicionada. Casi siempre fueron las autoridades liberales quienes se oponían a la fiesta brava porque consideraban que era un espectáculo sangriento

¹⁷⁹ García, *Op.cit*, p. 270

perjudicial a la moral pública y ofensivo a las buenas costumbres, aparte de que el pueblo se envilecía con ella. En 1827, el Congreso prohibió las corridas de toros. Dos años más tarde con el propósito de obtener dinero para el erario, el gobierno solicitó y obtuvo autorización de la Legislatura para constituirse como empresario de la fiesta de la corrida de toros. En 1874 el Congreso declaró abolido el espectáculo, pero esta prohibición no duró mucho.¹⁸⁰

Otro de los entretenimientos fueron las peleas de gallos, una distracción urbana de gran tradición a finales del siglo XVIII y a principios del siglo XIX. En la época virreinal la autoridad trató esta diversión con reservas, pues como medio de escape de emociones y tensiones daba lugar a algunos excesos, pues también era un escenario propicio para las apuestas. Las llamadas “tapadas de gallos” podían durar de tres a más días, durante los cuales se jugaban tres gallos cada día. Había mucha concurrencia de gente decente, y se apostaban grandes cantidades de dinero y propiedades.

Don Guillermo Prieto en su obra *Costumbres y Tradiciones Mexicanas*, destaca una descripción de los lugares donde se llevaban a cabo estos entretenimientos y cómo eran celebrados:

Compro mi boleto, lo doy en la puerta, recojo mi contraseña para entrar y salir libremente, y heme dando vueltas alrededor del palenque mientras comienzan las tapadas. La plaza respira frescura: en las extensas gradas pocos han tomado asiento; uno que otro tahúr que va a buscar, taciturno, solaz por sus pérdidas; uno que otro fuereño con su consorte de tápalo de burato, y su fruto amoroso de calzoneras y mangas bordadas; en los primeros palcos brilla en toda su modesta elegancia de bello sexo, plumas, gorros, trenzas sembradas de vistosas flores, chales de punto y trajes blancos como la nieve, diestras manejan sus luengos abanicos, festivas saludan, afables sonreían, y galanes embellecen el espectáculo.¹⁸¹

A la entrada del palenque está el juez con sus calzas y navajas; los petimetres, pasean galanteando a las bellas (jóvenes); los conocedores han tomado sus asientos cercanos a la plaza; desahogan sus eternas cuitas los tahúres, aprovechan el tiempo los amantes; y algunos refrescan su indiferencia en cuanto pasa en su derredor:

¹⁸⁰ Jiménez, *Op.cit*, p.354

¹⁸¹ Al igual que muchas otras costumbres de la época virreinal, las fiestas populares, especialmente la de los gallos, continuaron siendo un ejercicio lúdico para toda clase de gente en el México independiente. Y es que la fiesta de gallos tenía hondas raíces en la idiosincrasia de todas las clases sociales. Guillermo Prieto, en *Costumbres y tradiciones mexicanas*, *Op.cit*, p. 304

- ¡Ave María Purísima!

Ésta es una voz chillona y enérgica que da el “grito”, es un demócrata de nariz aguileña y ojos vivos, frente deprimida y boca de polo a polo; el sombrero le cubre únicamente la nuca; por su abierta camisa se distingue su pecho enrojecido, tabernáculo de Baco: lleva su vara en la mano como signo de mando y de castigo a los profanos que invaden el palenque.

- ¡Ave María Purísima! Aquí está el gallo.

La regocijada música de cuerda responde a su segundo grito; los sonoros bordones del bajo, el rasgado acento de los bandoneones subversivos y los suspiros voluptuosos de la flauta.

Aletean los gallos, alzan el pico y cantan, sacudiéndose como un guerrero al anuncio de la trompeta marcial.

Pregonando las apuestas, cacarean los combatientes en las manos de los jugadores, se afirman y se lían navajas, y el juez se cerciora si hay buena fe, lo que no siempre sucede.

Los padrinos del duelo ocurren, se cercioran del buen estado de las navajas, humedecen la cresta, el pico y debajo de las alas a sus ahijados, y prosiguen la lucha.

La ansiedad crece los aportadores vacilan, las plumas se desprenden leves y riegan el suelo, recogiénolas ávidos y comiéndoselas los supersticiosos galleros que creen que estos aseguran el triunfo de sus respectivos ahijados; la sangre corre de ambos rivales, un instante uno de ellos vaciló, quiso huir... y la execración pública lanzaba su anatema, cuando volvió al combate, redoblando los golpes, cruzándose las navajas... y moribundo, pero lleno de ardor, buscando al contrario, cayó anegado en su sangre uno, el otro, inmóvil observa sus movimientos, hace un ahínco el terrible moribundo, y acobardado su enemigo huye, el vencedor alegre en medio de los aplausos de su triunfo...

-Ave María Purísima.

-Se hizo la chica.

Levántese un clamor universal, suena el dinero de las apuestas y después el estrepitoso grito clama:

-No hay quien reclame. Abran la puerta.

Los galleros, digo, alternan y prorrumpen en voces no muy dignas de bellos sexos. Medran con la inocencia de los unos y no siempre es inmaculada su conducta, al amarrar y soltar a las aves guerreras.¹⁸²

¹⁸² *Ibidem*, p. 307



Imagen: Claudio Linati, "Peleas de gallos", en *Semanario Eris*, México, 1828, p.78

El mismo Guillermo Prieto, en otra parte de su obra, destaca un pasatiempo que se practicaba en las temporadas de verano, cuándo las familias ricas se trasladaban al campo y recibían numerosas visitas, a quienes después de los abundantes almuerzos, les ofrecían vistosas cabalgatas y paseos en burro por las mañanas. Después de la comida se jugaba el ajedrez todavía a la luz del sol, y por último se les ofrecía una sabrosa merienda.¹⁸³

En las ciudades, las buenas familias organizaban, de vez en cuando, fiestas y reuniones en las que había música y baile. Una dama se lucía al piano, y a lo mejor algún caballero español hacía reír a la concurrencia cantando divertidas coplas andaluzas. Si había un extranjero de visita los anfitriones se esforzaban en corroborar la buena fama de hospitalidad del mexicano, dando muestras sinceras de amable acogimiento.¹⁸⁴ Para cualquiera de estas fiestas particulares que empezará a las diez de la noche y se prolongará después de esta hora, había que pedir licencia a la autoridad urbana, y sobre todo cuidarse de no tocar timbales, trombones, bombo y platillos, ni ningún otro instrumento demasiado ruidoso que pudiera molestar al vecindario.¹⁸⁵

¹⁸³ Prieto, *Op.cit*, p.140

¹⁸⁴ S.A, "Noticias de Europa", El periódico el Fénix, México, Hemeroteca Nacional Digital, 07-diciembre-1821, p. (Consultado el 2 de mayo del 2021, disponible en <http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a283?intPagina=3&tipo=publicacion&anio=1831&mes=12&dia=07>)

¹⁸⁵ Guillermo Prieto, *Op.cit*, p. 90

Por otra parte, también hubo otro tipo de entretenimientos como los paseos fuera de la ciudad, que de la siguiente manera nos describe Prieto.

*Se confeccionaban compadrazgos y posadas, excursiones a Santa-Anita e Ixtacala, y meriendas de tamales y atole de leche. En ellos se comprometía las rifas de camisas deshiladas y rondas preciosas, en las que se ajustaba un matrimonio.*¹⁸⁶

¹⁸⁶Guillermo Prieto, *Memorias de mis Tiempos*, *Op.cit*, p. 96

Capítulo 3: El Segundo Imperio con Maximiliano y Carlota: el *Protocolo Imperial* (1864 a 1867). Y el estilo de vida de la élite decimonónica durante esta época.

La vida social en la Ciudad de México y otras ciudades importantes de nuestro país, sufrió una notable transformación en la década de los sesentas, pues con el triunfo del partido conservador varios de sus miembros más destacados como Juan Nepomuceno Almonte, José María Gutiérrez de Estrada y José Manuel Hidalgo y Eznaurrizar, y otros, logran traer al príncipe Maximiliano de Habsburgo Lorena y su esposa Carlota María Amalia de Bélgica, como emperadores de México. De manera que durante los cuatro años que dura este nuevo gobierno extranjero, la vida y las costumbres de la élite se van a modificar de acuerdo a la nueva estructura política, y un estricto protocolo que antes no se había visto en el país.

De esta manera la forma de vida y costumbres de las clases privilegiadas, se adaptan de manera rápida a una estructura donde los condes, marqueses y barones extranjeros constituían el escaño más alto en la pirámide social. Y así tenemos que no había mayor orgullo para la ex nobleza virreinal y los nuevos potentados producto del comercio, las actividades agrícolas y mineras, que pertenecer al selecto grupo de la corte imperial, dentro del cual la moda en el vestuario, las reglas de etiqueta en la comida, y el lujo en las fiestas y recepciones fueron elementos que las élites mexicanas trataron de emular en su vida personal y social.

Y así nos encontramos con una aristocracia mexicana para la que las fiestas, las recepciones, los paseos, las diversiones, e inclusive en los actos religiosos, hacían pública demostración de estatus y poder. Las actividades cívicas, religiosas, recreativas y comerciales. Los lugares de reunión de las élites fueron espacios muy exclusivos donde se llevaban a cabo las mismas diversiones que se practicaban desde la época virreinal, pero ahora con un tinte más distintivo, como las reuniones y convivencias en elegantes cafés y lonjas donde solo se accedía con membresía.¹⁸⁷

¹⁸⁷ Regina Hernández Frayuití, *Un espacio entre la religión y la diversión: el Paseo de las Cadenas (1840-1860)*, México, Instituto Dr. José Luis Mora, Instituto de Investigaciones Estéticas, No. 90, 2007, p.p 101- 102

Los espacios más representativos de convivencia y reunión de las altas clases sociales durante el imperio de Maximiliano fueron el teatro, la ópera, algunas celebraciones religiosas muy importantes como la fiesta del Jueves de Corpus, las fiestas de la Virgen de los Remedios y la Virgen de Guadalupe, la Semana Santa, la Navidad, el Año nuevo, y los propios eventos que se llevaban, a cabo en la corte imperial. Otros espacios frecuentados por la aristocracia eran el famoso Tívoli de San Cosme donde se llevaban a cabo las fiestas de matrimonio e importantes reuniones políticas, los comercios de la Calle de Plateros, a donde llegaban los productos más caros y exclusivos provenientes de Europa, y el vecino poblado de Tacubaya donde tenían casas de descanso la mayor parte de los miembros de la clase privilegiada.

En la cotidianidad de los habitantes de la ciudad pertenecientes a las clases más altas, el paseo seguía siendo uno de los entretenimientos favoritos, un lugar en especial para esto fue el llamado Paseo de la Cadenas, que colindaba con la Alameda, y por otro lado un ejemplo representativo de cómo el espacio de la Plaza Mayor y el atrio de la Catedral se convirtieron en un lugar de uso colectivo, donde se materializaron las relaciones entre los habitantes de la ciudad, y el poder civil y religioso.¹⁸⁸

Una vez terminados los oficios religiosos, en el atrio de la Catedral se reunían las personas para platicar y convivir, o comer algún antojo expuesto por los vendedores ambulantes. En las mañanas la élite se refugiaba en el Portal de los Mercaderes, todos estos espacios recreativos que les permitían a los aristócratas hacer recorridos a caballo, o en carruaje para hacer contacto con la naturaleza, los lugares conocidos como “paseos” de Bucareli, la Alameda, Revillagigedo, la Viga y más tarde el Paseo de Azanza.¹⁸⁹

¹⁸⁸ *Ibidem*, p.102

¹⁸⁹ El llamado en ese tiempo “paseo” era un espacio creado para todos los habitantes de la ciudad, donde había zonas para todas las clases sociales, desde las más humildes hasta para la aristocracia, y donde además se llevaban a cabo eventos políticos. En estos lugares destacó la modernidad del alumbrado público y la existencia de policía nocturna para la vigilancia. Estos escenarios sirvieron para la distracción, entretenimiento y ocupación del tiempo libre.

Entre 1864 y 1867 México fue escenario del efímero imperio encabezado por el archiduque austriaco Maximiliano de Habsburgo y su esposa la princesa Carlota de Bélgica. Este nuevo régimen monárquico se estableció en el país a causa de que, después de la llamada “Intervención Tripartita”.¹⁹⁰ Napoleón III, vio la oportunidad de abanderar un gobierno que hiciera contrapeso a los Estados Unidos en América y para ello, decidió secundar las peticiones de los conservadores mexicanos exiliados en Francia, los cuales anhelaban el establecimiento de una monarquía europea que salvaguardara sus intereses.

A inicios de 1862, la intervención armada estaba decidida, tanto así, que para el 6 de marzo los franceses arribaron a Veracruz y avanzaron por el territorio. El 10 de junio de 1863 entraron a la capital y el 10 de julio se integró una junta de notables que, después de un plebiscito que había solicitado Maximiliano, el cual fue alterado por dicha Junta, el archiduque cayó en el engaño y aceptó llegar en calidad de emperador al, para él, lejano México.¹⁹¹

¹⁹⁰ A causa de la suspensión del pago de la deuda externa decretada por Juárez en julio de 1861, entre finales de 1860 y principios de 1861 desembarcaron en el puerto de Veracruz, las tres expediciones de España, Francia e Inglaterra que exigían el pago de las deudas contraídas por el México independiente con estos tres países: Inglaterra exigía el pago de los 32 mil pesos que el gobierno de Guadalupe Victoria negoció con la Casa Necker y que, en 1822, y que a la fecha no se había cubierto. Francia exigía también el pago correspondiente a los daños ocasionados a una lujosa pastelería francesa la cual en los enfrentamientos entre liberales y conservadores fue seriamente dañada, y cuyos desperfectos fueron calculados en 38 mil pesos, por lo cual se provocó un primer enfrentamiento entre tropas francesas y mexicanas, conocido como Guerra de los Pasteles; adeudo que tampoco se había cubierto aún por el Gobierno Mexicano; y por último España reclamaba el costo de los daños que los enfrentamientos entre liberales y conservadores habían ocasionado a las propiedades de los ciudadanos españoles, después del decreto de expulsión en contra de estos, promulgado en 1828. El 19 de abril de 1862 se firmaron los Preliminares de La Soledad, en los que el gobierno mexicano llegó a un acuerdo con Inglaterra y España, no así con Francia que, con un afán expansionista y colonialista, decidió invadir el territorio mexicano y un grupo de conservadores encabezado por Juan Nepomuceno Almonte y Miguel Hidalgo Eznaurrezir, propuso el trono de México al emperador Napoleón III, pero éste prefirió denegarlo y enviar en su lugar al austriaco Maximiliano de Habsburgo.

¹⁹¹ Raúl Figueroa Esquer, *Contexto Mundial, Intervención Tripartita e Imperio en México (1861-1867)*, México, Instituto Tecnológico Autónomo de México, 2004, p. 106

3.1 La llegada de los emperadores a México, la creación de la corte, sus miembros y los puestos imperiales.

A su llegada por el puerto de Veracruz, Maximiliano comenzó, con ayuda de la Junta de Notables y con sus más cercanos colaboradores, por planear la conformación de su corte, (los actos imperiales, el uniforme de su guardia personal, y el *Reglamento para el Servicio y Ceremonial de la Corte*), documento que poco después fue empastado en color verde con una pequeña corona dorada en el centro, el símbolo que sería el sello distintivo de su gobierno. Dicho *Reglamento* fue redactado en el “Novara”, barco que trasportaría a Maximiliano y Carlota del castillo de Miramar al territorio mexicano, y mientras tanto ellos y otros personajes de su corte recibían por la noche lecciones de español, impartidas por el sacerdote Tomás Gómez. Por las mañanas los nuevos emperadores y el sacerdote revisaban este voluminoso documento redactado en español, con absoluto rigor.¹⁹²

En la estructura del *Protocolo Imperial* se destacaba la manera en cómo debían redactarse las misivas dirigidas por los respectivos ministerios, y cómo debían llevarse a cabo las audiencias del emperador con sus funcionarios y con sus súbditos. Este estricto documento regulaba hasta el comportamiento en los actos religiosos; por ejemplo, los domingos después de la misa, los representantes de las diversas clases sociales tenían derecho a solicitar audiencia para ser atendidos por su emperador. La Secretaría del Gabinete Imperial debía ponerse en relación con la prensa nacional y extranjera de tal modo que le fuese posible, en caso dado, favorecer la opinión pública por medio de artículos inspirados en la simpatía hacia el emperador y sus acciones, así como mantener contacto con la policía y disponer

¹⁹² Podemos definir la palabra protocolo como el conjunto de normas y disposiciones vigentes para facilitar las relaciones sociales, profesionales o diplomáticas que rigen o se siguen en la celebración de los actos oficiales y en cualquier acto o ceremonias de cualquier índole. El Protocolo, es la normativa o conjunto de reglas legisladas o establecidas por los usos y costumbres; se implanta como consecuencia de una necesidad social, sirven para normalizar las relaciones entre todas las personas, instituciones y gobiernos. Definición sacada de: Jorge J. Fernández y Vázquez, “Antecedentes históricos del protocolo y su influencia a través de la historia en los Estados, en la sociedad y en la política en España y Europa”, *Anuario Jurídico y Económico Escorialense*, Madrid, Universidad Camilo José Cela, 2012, p. 737

Al arribar al puerto de Veracruz Maximiliano y Carlota, el Protocolo quedó terminado con la ayuda de Juan Nepomuceno Almonte, quien mandó a imprimir un centenar de ejemplares para todos los miembros de la corte.

de agentes secretos para mantenerse informados sobre la opinión pública en general.¹⁹³

Estas eran misiones muy delicadas que exigían hombres que, por su origen aristocrático y su elevada educación, tuviesen el tacto necesario y una absoluta fidelidad para servir al emperador. Los hombres que habían partido con Maximiliano hacia México empezaron sus funciones como parte de la corte imperial, siendo considerados en primer lugar el conde de Bombelles y el marqués de Corio, gentiles-hombres más cercanos dentro de su servicio. Como recomendación especial por parte del rey Leopoldo I hacia su yerno, fueron designados por el propio emperador los belgas Sebastián Schertzenlechner y Félix Eloin como jefes de gabinete. Este último, quien tenía la profesión de ingeniero, ya había demostrado grandes capacidades para el trabajo administrativo.¹⁹⁴

La organización de la Secretaría, el control de la correspondencia, las funciones de la policía secreta, la estructura de la Guardia de Palacio, y otras muchas particularidades de la corte, estaban reguladas por el protocolo de la corte austriaca. No obstante, en todas sus disposiciones imperiales Maximiliano mostraba las señales de un pensamiento liberal dentro de una forma de gobierno monárquico.

Al mismo tiempo el emperador estaba persuadido de que para conservar el prestigio del imperio y el respeto hacia su persona era indispensable el cumplimiento de la etiqueta en el vestir, y el ceremonial de la corte que se acostumbraba en su país. Por eso ya a bordo del buque Novara que lo trajera a México, empezó nombrando a un maestro de ceremonias y un camarero mayor, antes de dar a conocer el protocolo que comprendía un tomo de no menos de 600 páginas, impresas, con numerosos planos y dibujos, en el cual Maximiliano se expresaba en estos términos:

195

¹⁹³ Corte Conti Caesar Egor, "Los primeros tiempos en México 1864-1867", en *Maximiliano y Carlota*, Trad. Vicente Caridad, México, Fondo de Cultura Económica, Primera reimposición, 1976, p. 276

¹⁹⁴ *Ibidem*, p. 277

El Archivo Histórico de la Secretaría de Salud (en adelante AHSS), *Diario del Imperio*, Estatuto Provisional, México, Núm. 170, Tomo 2, Legajo 73, martes 25 de julio 1865.

¹⁹⁵ *Ibidem*, p 277

Mi querido gran Mariscal, con la presente os envié el Reglamento para el Servicio y Ceremonial de mi Corte, que comenzará a regir desde luego. Espero que las personas de mi Casa y Corte darán siempre el buen ejemplo de la más puntual exactitud en el cumplimiento de sus respectivas obligaciones, pues solo así se conseguirá que haya orden y regularidad en el servicio.

Los emperadores debían desembarcar el 28 de mayo de 1864 en el puerto de Veracruz, pero siguiendo las instrucciones de Juan Nepomuceno Almonte que había insistido en que no descendieran en el territorio de este puerto, Maximiliano y su séquito permanecieron a bordo. Almonte que no esperaba a la Novara para aquel día, no había llegado aún, solo lo hizo tres días después, por lo que los emperadores y su comitiva tuvieron que esperar todo este tiempo para desembarcar. La población no les dio el recibimiento que esperaban puesto que en su mayoría eran liberales enemigos de la Intervención francesa.¹⁹⁶

Algunos cronistas de la época describen cómo fue la llegada de los monarcas a las costas de México. Actualmente Guadalupe Loeza y Verónica González en su obra, *La Mariscala*, narra este acontecimiento de la siguiente manera:

El 29 de mayo de 1864, Pepita y Cayetana, quienes pasaban unos días de vacaciones en la casa del Coliseo, leyeron el diario La Sociedad: ayer a las nueve de la mañana fondeó en Veracruz la fragata de la guerra francesa Thémis, adelantándose a la fragata de guerra austriaca Novara a cuyo a bordo venían SS.MM II Maximiliano y Carlota y anunciando su arribo para de allí a algunas horas. La noticia comunicada por el telégrafo se propagó con eléctrica rapidez en México. Al recibirlas el Sr. General Almonte aceleró su marcha a Veracruz. A las 11 de la mañana se encontraba su Excelencia en Paso del Macho.¹⁹⁷ A las 2:30 de la tarde, 101 cañonazos fueron disparados por los militares de Veracruz y salvas hechas en Úlua, y por los diversos buques anclados en Sacrificios, anunciaron el arribo del Novara. SS.MM. II debe haber desembarcado en la misma tarde. ¡Bienvenidos sean a las playas del país que cifran en ellos la última esperanza de salvación! Repiques a vuelo y salva de innumerables cohetes celebraron en México a las 4 de la tarde el arribo de los ilustres viajeros. ¡Viva al emperador! Nuestro Augusto Soberano ha llegado a las playas de Veracruz. Demos gracias a la providencia Divina, que condujo con felicidad a nuestro suelo al hombre destinado por ella para hacer la felicidad de nuestra patria infortunada.

*Cuando terminaron de leer la noticia Pepita y Cayetana se abrazaron. Pepita exclamó: “Ojalá nos inviten a uno de los bailes de bienvenida en honor a la emperatriz Carlota y el emperador Maximiliano”.*¹⁹⁸

Así que después de esperar tres días a ser recibidos por algún dignatario mexicano, llegó Juan N. Almonte y el día 31 de mayo, por la mañana temprano, la pareja

¹⁹⁶ *Loc.cit*

¹⁹⁷ Guadalupe Loeza y Verónica González Laporte, “Fin de un destino”, en *La Mariscala*, México, Editorial Planeta, 2015, p. 69

¹⁹⁸ *Loc.cit*

imperial atravesó en coche discretamente la ciudad, dirigiéndose a la estación del tren. Las calles estaban desiertas, sus representantes políticos no habían preparado ninguna festividad en honor a los soberanos; el emperador con ánimo deprimido, la emperatriz casi en lágrimas. El comienzo no era prometedor. Almonte se esforzó en aminorar en el ánimo de ellos lo negativo de estas primeras impresiones.¹⁹⁹

En el poblado de La Soledad, a unos setenta kilómetros del puerto de Veracruz, Almonte organizó una comida casi lujosa debajo de una carpa.²⁰⁰ Maximiliano como agradecimiento y habiéndose desempeñado ya como un gobernante experimentado en Miramar, nombró a Juan Nepomuceno Almonte, como una distinción especial, Gran Mariscal y ministro de la Corte Imperial.²⁰¹

En la cena la emperatriz era la más admirada entre los indígenas, quienes se acercaron para conocer al rubio emperador, admirado también tanto por hombres como por las mujeres. No podían creer quienes los rodeaban la cantidad de metros de tela y de alforjas que llevaba el vestido de Carlota. Lo nativos no le quitaban los ojos de encima, admiraban su belleza y sus finas facciones. Lo más probable es que les hubiera parecido sumamente alta, en comparación con las veracruzanas, pero sobre todo por su cintura muy estrecha. La miel de sus ojos impresionó a más de uno. Cambiaban de color según su estado de ánimo; si la emperatriz estaba contenta, brillaban como dos gotas de ámbar; si al contrario, se sentía perturbada, fruncía el ceño y su mirada se oscurecía al instante.²⁰²

El nombramiento de Almonte fue la primera señal de la legitimación del nuevo régimen político que tendría el país, aunque de momento las nulas manifestaciones de reconocimiento popular por parte de los liberales, impidieron los actos políticos en su trayecto hacia la ciudad de México. No obstante, cuanto más penetraba la pareja imperial en el interior del país y cruzaba por los pueblos del camino hacia Veracruz, cuyos habitantes pertenecían al grupo conservador, y por lo tanto la mayoría de ellos pertenecientes a la clase privilegiada de la región, tanto más caluroso era el recibimiento a los nuevos gobernantes. Por último, el 12 de junio del mismo año, los emperadores hicieron su entrada solemne en la capital del país

¹⁹⁹Conti, *Op.cit*, p. 277

AHSS, *Diario del Imperio*, *Loc.cit*,

²⁰⁰ Loeza y González, *Op.cit*, p. 95

²⁰¹Almonte pertenecía a la parte más radical del ala conservadora del partido, y Maximiliano sabía que en muchas partes del país estaba desacreditado por "ultra reaccionario", por lo cual no quería gobernar con miembros de este partido, aunque fuese el que le había llevado al trono; quería agrupar a todas las facciones políticas, y reconciliarnos manteniéndose neutral por encima de todos ellos, sin aparecer como republicano y anticlerical. Conti, *Op.cit*, p. 277

²⁰² Loeza y González, *Op.cit*, (basada en los relatos de Pepita Azcárate, la esposa mexicana del General Bazaine), p. 95

siendo recibidos con grandes muestras de aceptación por parte de los conservadores y de los ciudadanos franceses, radicados en la ciudad.²⁰³

Antonio García Cubas en su obra *El Libro de mis recuerdos*, destaca este acontecimiento que es muy importante en el momento de la entrada de los emperadores y en su obra lo refiere de la siguiente manera:

El movimiento que desde las primeras horas de la mañana del día 11 de junio se observaba en la populosa Ciudad de México, era el extraordinario que precede á las grandes solemnidades. Todo era ir y venir y agitación, como que el vecindario daba la última mano al ornato de las calles y edificios para la solemne recepción del Archiduque Maximiliano y de su esposa. Los esperantes permanecieron por mucho tiempo en tal situación hasta que apareció, precedida y escoltada por numerosos jinetes, la elegante carroza del Gobierno que conducía á los soberanos, y de la cual tiraban cuatro arrogantes frisonas (raza de caballos muy fina. Se apearon las señoras de sus carruajes y se dirigieron hacia la carroza para felicitar y ofrecer hermosos ramilletes de flores á quienes en tales momentos eran recibidos con grandes aclamaciones. El séquito con mayor número de acompañantes continuó su marcha y llegó, por la calzada de Guadalupe, al paradero del camino de tierra, donde Maximiliano y su esposa descendieron del carruaje para hacer su entrada, a pie, en la ciudad de México, en medio de un inmenso gentío. Yo me instalé, lo mejor que pude, en una gradería que se había levantado junto al río, y desde mi asiento pude observar libremente la famosa recepción hecha por las autoridades del lugar. Vi desfilar la comitiva y distinguí, sin dificultad, á favor del prominente lugar en que me hallaba, al que en tales momentos era objeto de atenta curiosidad, pues entre los numerosos acompañantes destacábase el emperador por su elevada estatura, por el color de su traje, gris claro, y por su sombrero blanco de alta copa.²⁰⁴

Con el ejercicio religioso de la hermosa basílica y las felicitaciones que le siguieron terminó la tarde de aquel día. Al siguiente el repique á vuelo de las campanas y las salvas de artillería anunciaron la llegada de Maximiliano y de su esposa al paradero de la Concepción, en donde fueron recibidos por el Ayuntamiento, que presentó en bandeja de filigrana de plata, las llaves de oro y esmalte, de la ciudad, las cuales tenían en el extremo superior el águila y la diadema imperial. Las calles del tránsito, Rejas de la Concepción, San Andrés, Vergara, tercera; de San Francisco y Plateros, así como la plaza principal, se hallaban engalanadas con cortinajes, banderas, flámulas, festones y arcos triunfales, de los cuales los llamados de la Paz, de la Emperatriz, de la Ciudad de San Luis Potosí y del Emperador, eran los más notables.

La entrada de la comitiva tuvo efecto conforme al programa conformado previamente y que enseguida transcribimos: "Dos mitades de caballería abrían la marcha y seguían por su orden, en carruajes abiertos el Ayuntamiento, el Prefecto político y municipal, damas de honor, el Ministro de Estado, el gran Mariscal de la Corte, SS.MM. II., yendo á la derecha de la carroza, de la que tiraban seis hermosos caballos, los generales Bazaine y D. Adrián Woll, y a la izquierda el general Salas. Cerrando la marcha el

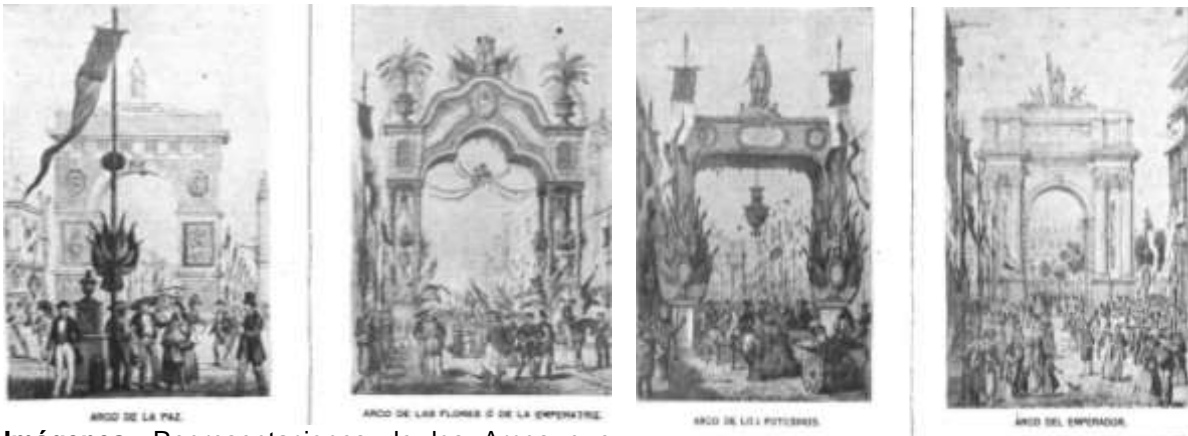
²⁰³ *Loc.cit*

²⁰⁴ Antonio García Cubas, "La entrada de Maximiliano en México", *El Libro de mis Recuerdos*, México, Imprenta Antonio García Cubas y sus sucesores, 1904, p.p 494-495

general Barón Neigré, algunos generales mexicanos y el Estado Mayor, tras del cual seguía la columna militar, engrosada sucesivamente con las tropas que formaban la valla en toda la carrera."

En la esquina de Betlemitas se alzaba el gracioso arco llamado de LAS FLORES, debido igualmente al genio del escenógrafo Serrano, el arco, tal vez más bello y airoso de los que haya ostentado la Ciudad de México en sus festividades. Había también un arco trilobulado propio de la arquitectura ojival y árabe. Cuatro columnitas, descansando respectivamente en las esquinas del pabellón que se recogían simétricamente en las columnas; sobre el lóbulo central aparecía en un medallón el busto en relieve de la Princesa Carlota, y a los lados de los lóbulos inferiores, se colocaron tableros con inscripciones y versos. Y por último, la parte superior, que seguía exactamente el contorno del arco, estaba coronada por el llamado grupo de las tres gracias. En el grabado se ven zuavos del ejército francés que formaron valla y un vítor de gente del pueblo. Frente al Teatro Nacional, que entonces se le había cambiado el nombre por el de Teatro Imperial, se levantaba un trono.

Maximiliano y su esposa fueron recibidos en el atrio de la Catedral por las autoridades y empleados, y en el templo, por los arzobispos de México y Michoacán, algunos obispos y el cabildo eclesiástico. Con las ceremonias acostumbradas, y en medio de la concurrencia, se entonó el Tedeum, concluido el cual, la comitiva se dirigió al Palacio donde tuvieron lugar las felicitaciones acostumbradas. En la tarde Maximiliano acompañado de su esposa, salió en carretela abierta a fin de recorrer algunas calles de la ciudad y visitar el Hospicio de Pobres, y en la noche hubo iluminaciones y vistosos fuegos de artificio, continuando las demostraciones en los días subsecuentes con vítores, ópera en el Gran Teatro y bailes.²⁰⁵



Imágenes: Representaciones de los Arcos que celebraban la entrada de Maximiliano en México, en *El Libro de mis Recuerdos*, México, Imprenta Antonio García Cubas y sucesores, 1904, p.p 496-497

Con el recibimiento a Maximiliano y su entrada a la capital del país se dio pie para establecer el ceremonial público que, a partir de ahí, formaría parte integral de este nuevo régimen político en el país. Desde entonces y durante los tres años del

²⁰⁵ *Ibidem*, p. 498

Segundo Imperio, el funcionamiento de la corte se rigió por un ceremonial que representaba una pieza importante dentro de la maquinaria del gobierno.²⁰⁶

El emperador comenzó enseguida la construcción de bellos edificios en la capital, asegurando con esto el nuevo orden político, de acuerdo con el plan que había concebido. Pensaba en desaparecer el odio que había entre liberales y conservadores y atraer a su gobierno a los principales líderes de cada uno de estos partidos, invitándolos a colaborar con el nuevo Estado, incluso a Benito Juárez, presidente de la República por la facción liberal.²⁰⁷

Dentro de la Corte Imperial se destacaban los siguientes cargos ocupados por distinguidos personajes, tanto europeos, como de la aristocracia mexicana (los cuales se encuentran detallados en uno de los apéndices anexos a este trabajo, página 244).

Los emperadores ya tenían a su disposición, además de los secretarios sugeridos por el rey Leopoldo I, padre de Carlota, un numeroso séquito compuesto por personajes de diversas nacionalidades europeas (croatas, italianos, belgas, franceses, austriacos, etc.) La emperatriz contaba con una escolta personal de dos mil militares belgas, además de sus damas de compañía, entre las que destacaban la condesa de Kuhachevich, la condesa Paula de Kolonitz, y una princesa de nombre Matilde de Doblieguer. Su séquito personal comprendía un centenar de personas, entre ellos el conde de Zichy, como Maestro de Ceremonia el matrimonio Kuhachevich, el conde austriaco Charlie de Bombelles, el jefe de la guardia palatina; el belga Félix Eloin, el jefe de gabinete; el conde Pacht, jefe de su escolta personal, el húngaro Poliakovitz, su secretario particular, el arqueólogo francés Boban y los chefs de cocina; Tüdos, Hount, Bouleters y Mandl.²⁰⁸

²⁰⁶ Erika Pani, "El proyecto de Estado de Maximiliano a través de la vida cortesana y del ceremonial público", en *Historia Mexicana-Rituales Cívicos*, México, Colegio de México, Vol. 5, Núm. 12, oct-dic 1995, p. 425

²⁰⁷ AHSS, *Diario del Imperio*, p.21

²⁰⁸ Pani, *Op.cit*, p. 23



Imagen: S.A, "Miembros de la corte de los emperadores Maximiliano y Carlota", *Alamy*, México, 2013, p. (consultado el 20 de junio del 2021, disponible en <https://www.alamy.es/el-componente-de-personas-que-componen-el-archiduque-maximiliano-y-archiduquesa-charlottes>).²⁰⁹

Finalmente, el 12 de junio de 1864 los emperadores hicieron su entrada triunfal a la Ciudad de México. Muy temprano, esa mañana, se habían detenido en la Basílica de Guadalupe en el Monte del Tepeyac, para recibir la bendición de la Virgen Morena. En ese lugar tan simbólico para los mexicanos, el conde de Zichy, gran maestro de ceremonias de la corte de Maximiliano, hizo la presentación de sus majestades dentro del templo al arzobispo don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, y a los representantes más destacados de la aristocracia mexicana presentes en el lugar. En primer orden al general en jefe del cuerpo expedicionario, Francois Achille Bazaine, enseguida al conde de Motholon, ministro plenipotenciario de Francia, así como al prefecto de la ciudad, don Miguel María Azcárate Vera Villavicencio.²¹⁰

²⁰⁹ S.A, "Acompañantes de los emperadores Maximiliano y Carlota", *Alamy*, México, 2013, p. (consultado el 20 de junio del 2021, disponible en <https://www.alamy.es/el-componente-de-personas-que-componen-el-archiduque-maximiliano-y-archiduquesa-charlottes>)

²¹⁰ Pani, *Op.cit*, p. 23

Una de las acompañantes de la emperatriz Carlota; fue la condesa Hélène de Reinach Foussemagne, quien describe este solemne acontecimiento en sus memorias dentro de la obra *Carlota de Bélgica-Emperatriz de México*, bajo los siguientes términos:

Al aproximarse a una hora a México, los soberanos, que se habían detenido en el santuario de la Virgen de Guadalupe, vieron venir a su encuentro “más de doscientos vehículos repletos de damas mexicanas, en atavíos de lujo y atrás un asombroso cortejo de unos quinientos jinetes en traje negro con guantes blancos y millares de indígenas agitando sus ramos verdes. La emperatriz olvidó por completo los inicios y decepciones de su viaje.”²¹¹

Tras una ceremonia en la basílica, de la cual una muchedumbre entornó el Domine salum fac imperatorem Maximilianum, los soberanos recibían en la Casa del Cabildo a los generales Bazaine y Neigre,; el marqués de Montholon como ministro de Francia, al Monseñor de Labastida, arzobispo de México, miembros distinguidos del clero y representantes del Ayuntamiento.

Al frente del cortejo marchaba un regimiento de lanceros mexicanos, comandados por el coronel Miguel López. Frente al carruaje de sus majestades desfilaban escuadrones franceses de húsares y de cazadores de África. Justo atrás venía la carroza que traía sonrientes y felices, al emperador y la emperatriz. En la portezuela se encontraban imponentes, con las espadas desenvainadas, a la derecha el general Bazaine y a la izquierda el general Neigre. Atrás se encontraba el pabellón tricolor del comandante en jefe de la armada francesa, de servicio del cuerpo expedicionario. Según la descripción del general Blanchelot Charles (ayudante de cámara del general Bazaine) descrita en la obra *Carlota de Bélgica-Emperatriz de México*:

En una larga doble fila, una cincuentena de vehículos portando, según una orden protocolaria ya severa, a la corte y a los dignatarios del imperio, los altos funcionarios, ministros y otros grandes personajes, la mayoría en los coloridos trajes que no se podían haber supuesto. La columna se cerraba con un regimiento de caballería mexicana. Este cortejo, ciertamente imponente y poco ordinario en el país, se disipó a paso lento hacia la Plaza de Armas, brillantemente decorada con arcos de triunfo y oriflamas. Banderas flotaban en todas las ventanas ordenadas con ricas colgaduras y adornadas con mujeres en grandes vestidos. Las tropas se reunieron en el terraplén para rendir los honores. Frente al atrio de la catedral, sus majestades pusieron un pie en tierra y seguidos por el general en jefe, la corte y los personajes del séquito, avanzaron hacia al arzobispo, que les esperaba en el gigantesco pórtico y les condujo al pie del altar. La ceremonia fue grandiosa, solemne, y terminó con un brillante Domine salum. Después el cortejo volvió a formarse y partió a pie hacia el Palacio Imperial.²¹²

²¹¹ Hélène de Reinach Foussemagne, “De México a Miramar”, *Carlota de Bélgica-Emperatriz de México*, Trad. Martha Zamora, Centro Urbano de San Fernando, 2017, p.176

²¹² *Ibidem*, p.p 176-177

El relato del coronel Blanchelot se encuentra sembrado de anécdotas curiosas, como la sorpresa que esperaba en sus habitaciones a los huéspedes del Palacio Imperial y que consistía en que los cuartos estaban invadidos por una legión de pequeños insectos que no esperaban encontrar en una altitud como ésta, y el contratiempo que le tocó a la emperatriz en el momento de la presentación de las damas de la alta sociedad de México.

*Estas grandes damas no estaban habituadas a las sutilezas de la etiqueta; se comportaban con tanta espontaneidad en sus saluciones (palabra o expresión de saludo) y se acercaban a la emperatriz para testimoniarle sus sentimientos de cariño y devoción mediante un abrazo, la más elocuente manifestación de ternura y estimación que se usaba en el país. Cuando la orgullosa Carlota se vio prendida entre los brazos por los hombros y recibió en la espalda algunos golpecitos dados por las manos de quienes las abrazaban se creyó ultrajada y se alejó de esas grandes damas demasiado familiares. Ellas se sintieron profundamente mortificadas al ser rechazadas así, y orgullosas también, llenaron sus ojos de lágrimas de vergüenza al verse tratadas de esa manera ellas, las hijas de los grandes de España...Se necesitó de la hábil y delicada intervención de la señora Almonte, la Gran Dama de Ceremonias, para disipar de las aristocráticas damas las susceptibilidades, y para calmar los recíprocos enfrentamientos.*²¹³

Entre los distinguidos miembros de la élite mexicana, quienes fueron designados tanto damas de palacio de la emperatriz como chambelanes y caballeros del emperador, tenemos un buen número de nombres herederos de la nobleza virreinal: los Suárez Peredo, condes del Valle de Orizaba; los Morán marqueses de Vivanco, los Rincón Gallardo marqueses de Guadalupe; los Sánchez Navarro; los Sánchez de Tagle; los Cervantes; los Raigosa; los Lizardi, y los Del Valle, entre otros. El Marqués de San Juan de Rayas, había escrito a Maximiliano diciendo que "*había dispuesto caminar hasta el puerto de Veracruz, con el solo objeto de tributar a Vuestra Majestad el homenaje de mi fidelidad y respeto*".²¹⁴

A su llegada, como parte femenina de la comitiva de Maximiliano y Carlota, la condesa austriaca Paula de Kolonitz en sus memorias de *Un viaje a México en 1864*, describe una función de teatro que en honor a los emperadores ofrecieron los notables del gobierno conservador en la Ciudad de México, destacando en dicha función los siguientes detalles:

La serie de festejos debía comenzar con una función de gala, en el teatro. Dicha función estaba fijada para las ocho, pero los mexicanos no saben lo que es la puntualidad. La pareja imperial, que había traído consigo desde el otro lado del mar la más escrupulosa exactitud, propia de la corte de Viena,

²¹³ *Ibidem*, p. 186

²¹⁴ Pani, *Op.cit.*, p. 427

*llegó al teatro al sonar las ocho y la mitad de los asientos estaba vacía. Para nosotros las cosas tenían algo de cómico. Sus majestades parecían no darse cuenta, pero los mexicanos estaban fuera de sí del asombro, y la verdad es que no hicimos ni lo más mínimo por calmar su agitación. Los emperadores no estaban acostumbrados a no estar en pie a las diez de la noche, porque al nacer el sol ya se encontraban trabajando. Pocos días después hubo un baile en el Teatro Principal, para lo cual muchos se presentaron en las bellas salas, que estaban exquisitamente arregladas y decoradas.*²¹⁵

Por otra parte, en la conformación de las damas de la corte de Carlota, muchas mujeres pertenecientes a la antigua nobleza novohispana, considerando un gran honor formar parte de este selecto grupo, no vacilaron en acercarse a la emperatriz y ofrecerle sus servicios, pues algunas de ellas pensaban que formar parte de Palacio, les aseguraba un salario. Tal fue el caso de la señorita Concepción Adalid, hija del Marqués de San Miguel Aguayo, título nobiliario ya venido a menos después de la independencia, quien pidió a la emperatriz ocupar un sitio entre las damas de su corte. La soberana se rehusó diciéndole a Concepción que *por lo mismo que eran sus antecedentes tan distinguidos, no podía nombrarla dama de honor con sueldo, pues esto sería abatir su dignidad.*

Según las referencias y descripciones que diversos autores hacen acerca de la integración de la corte imperial, se puede deducir que los emperadores quisieron dar un lugar dentro de la corte a una parte de la antigua nobleza virreinal que todavía conservara un alto prestigio económico y social; y aunque fueron muy pocos los casos, también incluyeron cerca de ellos algunas representantes de la antigua nobleza indígena como Josefa Varela, *una auténtica india de color café oscuro, descendiente de Moctezuma*, según refiere Erika Pani.²¹⁶

Por otro lado, entre los cortesanos se encontraban también intervencionistas destacados como: Juan Nepomuceno Almonte, miembro de la Regencia, quien fue nombrado por el emperador gran canciller y gran mariscal.²¹⁷ Su esposa, Dolores Quezada, quien fue distinguida con el título de dama principal de palacio, Manuela

²¹⁵ Paula de Kolonitz, *Un viaje a México 1864*, México, SepSetentas, Primera Edición, 1976, p. 132

²¹⁶ Pani, *Op.cit*, p. 428

²¹⁷ Los cargos palaciegos representaban un honor, pero en el caso de Almonte era una forma de neutralizarlo y mantenerlo alejado de la escena política con un cargo meramente representativo. Además, Almonte no podía hablar con el emperador de ningún asunto extraño al servicio, sólo podía verlo cuando fuese llamado o hubiera pedido una audiencia por escrito. AHSS, *Diario del Imperio*, Estatuto Provisional, La Orden de San Carlos, México, Núm. 7, Tomo 1, Legajo 92, martes 10 de enero de 1865.

Gutiérrez Estrada de Barrio, hija del más eminente monarquista mexicano y Mercedes Esnáurrizar de Hidalgo, madre de José Hidalgo y Ernáurrizar, un personaje clave por su cercanía con Eugenia de Montijo en las negociaciones de los intervencionistas mexicanos con Napoleón III. Fueron incorporadas también las señoras Ramírez, Escudero y Lares, esposas de algunos de los ministros de Maximiliano, y las esposas de los generales Leonardo Márquez y Mariano Salas.²¹⁸

Cabe mencionar que en un gran acto de reparación y como órgano de reconocimiento y de justicia de la historia, - Según se menciona en el Diario del Imperio - Maximiliano otorgó a la hija y a los nietos de Agustín de Iturbide el título de Príncipes de Iturbide, quienes deberían recibir tratamiento de "alteza".²¹⁹

Había en el palacio imperial, según las fuentes consultadas, cuarenta y una damas, de las cuales siete pertenecían a la nobleza europea y llegaron con la emperatriz en el Novara; mientras que, de los treinta y siete chambelanes, tres eran de la nobleza austriaca y muy cercanos al emperador. De las damas mexicanas se puede decir que todas eran esposas de altos funcionarios y aristócratas, miembros de la antes llamada nobleza mexicana.

Las damas mexicanas al servicio de la emperatriz, cubrían una asistencia que comprendía estar a sus servicios en la Corte, únicamente como promedio dos semanas al año en fechas alternas ya que Carlota prefería a sus damas extranjeras, y solo excepcionalmente a algunas damas mexicanas.

Por su parte, el emperador nombró como tesorero a su amigo más cercano Jakobo von Kuhacsevich, un hombre fiel a Maximiliano, que venía con él de Miramar y por cuyas manos pasaban todas las cuentas de los gastos de la reconstrucción del Palacio de Chapultepec.²²⁰

²¹⁸ AHSS, *Diario del Imperio*, México, Núm. 144, Tomo 1, Legajo 91, sábado 24 de junio de 1865.

²¹⁹ *Loc.cit.*, Legajo 91.

²²⁰ Conti, *Op.cit.*, p. 289

Los nombramientos de los miembros nacionales dentro de la Corte de Maximiliano fueron otorgados en razón de la importancia política y económica que cada uno de ellos tuviera dentro del esquema de la estamentaría sociedad mexicana.²²¹

3.2 Los símbolos de la Corte

Con el fin de estabilizar el imperio de Maximiliano en México, fue importante el diseño de los símbolos que identificaran y afianzaran su imagen y su importancia dentro de la nación que iba a gobernar a fin de empezar a forjar una nueva identidad nacional. Esto fue particularmente importante ya que, dentro del contexto de la época, - segunda mitad del siglo XIX- los ceremoniales y los protocolos reales formaban parte esencial de la política europea, donde predominaban aún las formas de gobierno monárquico.²²²

En este sentido, la llegada del emperador a nuestro país trajo consigo toda una serie de disposiciones gubernamentales distintas al sistema republicano, entre ellas el establecimiento de una estructura dentro de la cual los símbolos como elementos de identidad nacional tuvieron un papel importante. Aquí nos concentramos tan sólo en el nuevo escudo nacional, y las condecoraciones y reconocimientos que el emperador utilizaba como medio para atraer seguidores y lealtades.²²³

²²¹ Pani, *Op.cit.*, p. 278

²²² Carlos de Jesús Becerril Hernández, "Símbolos, ceremoniales y fiestas de palacio durante el segundo imperio mexicano", en *Revista BiCentenario*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Vol. 5, Núm. 20, 2013, p. 23

²²³ AHSS, *Diario del Imperio, Legajo. 92, p.37*

Es conveniente destacar que el Tercer Consejo de la Regencia estaba integrada por personajes conservadores como:



Imagen: S.A, *Escudo de armas del Segundo Imperio Mexicano*, México, Óleo sobre tela, Medidas 54x41 cm, Colección Museo de Historia Mexicana, siglo XIX.

Juan Nepomuceno Almonte, José Mariano Salas, el arzobispo Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos y José Ignacio Pavón, quienes estuvieron a cargo del gobierno mientras llegaban los nuevos monarcas. Se juzgó indispensable la elaboración de un nuevo escudo de armas que, conservando los atributos tradicionales del águila sobre el nopal, reuniera además los emblemas de las tres distintas etapas de la historia de México: La de los mexicas, y la que representaba el nuevo sistema de gobierno monárquico. Era evidente que Maximiliano buscaba distanciarse del gobierno republicano que lo había precedido.²²⁴

Por otra parte, era fundamental considerar dentro del gobierno del Segundo Imperio, la colección de leyes, decretos y reglamentos que internamente conformaban el

²²⁴ *Ibidem*, p.24

El nuevo escudo, diseñado en forma oval, debía contener las armas del imperio sobre campo azul, llevando en el centro el águila de Anáhuac de frente desgarrando a una serpiente sostenida por un nopal, el cual estaba soportado por una roca inundada de agua. La bordadura era hecha con hilos de oro y circundada con los ramos de encina y laurel. Todo esto rematado con la corona imperial y sostenido: por soportes tiene los dos grifos de las armas de nuestros mayores, mitad, la parte superior negra y la inferior de oro; y por detrás un sotuer al cetro y la espada: está rodeada del collar de la Orden del Águila Mexicana, y por divisa: "Equidad en la Justicia".

sistema político, administrativo y judicial. El imperio retomó la Orden Imperial de Guadalupe y las medallas a los méritos civil y militar que habían sido instauradas por Iturbide. Además, estableció la Orden de San Carlos, para mujeres y por encima de todas, la Orden del Águila Mexicana, para *consagrar por la creación de una nueva condecoración el recuerdo de la reconstitución de nuestra patria; dar una prueba de amistad fraternal a los Soberanos.*²²⁵



Imágenes: S.A, Condecoración Cruz de la Orden Imperial de Guadalupe (Cruz de Malta) y Medalla de la Orden del Águila, México, Colección Museo de Historia Mexicana, 1863.

Al otorgar una condecoración el emperador, no sólo premiaba a un súbdito que se hubiese distinguido por su lealtad, sino que establecía una relación directa con él. Y al contrario de lo que sucedía con los nombramientos de la Corte, las condecoraciones servían para relacionar a Maximiliano con gente de un espectro social mucho más amplio, pues cabe recordar que quienes ingresaron a la Corte representaban una parte mínima de la población. Porque si bien es cierto que las condecoraciones se otorgaban a menudo a príncipes extranjeros, a miembros de la corte y a oficiales del ejército las recibieron también prefectos políticos, caciques indígenas, abogados, médicos, pintores, relojeros, ingenieros de caminos, soldados rasos, y hasta barqueros, coheteros, sastres, zapateros y carpinteros.

Las condecoraciones que fueron usuales dentro de la Corte Imperial, otorgadas por Carlota fueron: la Cruz de San Carlos, (Cruz Latina de esmalte verde) que tenía como inscripción el lema del santo patrono de la emperatriz: San Carlos, y concedía, tanto a princesas extranjeras como a las damas mexicanas que correspondían al ideal femenino decimonónico de práctica de la caridad, abnegación y

²²⁵ Pani, *Op.cit*, p. 432

desprendimiento, tales como las hermanas de la caridad, benefactoras, y preceptoras, o profesoras de primeras letras. Maximiliano se proponía crear, alrededor de la institución monárquica, una especie de "meritocracia" fuertemente identificada con su persona.²²⁶

3.3 Las celebraciones imperiales

La Ciudad de México, capital del Nuevo Imperio, tenía una población que oscilaba entre los 200,000 o 220,000 habitantes, si tomamos en cuenta los suburbios que estaban ya conectados a la capital.²²⁷ La mayoría de los ricos aristócratas vivían en el centro de la ciudad, en las calles más cercanas al Zócalo como la de Plateros y San Francisco (hoy Av. Madero), Alcaicería (hoy calle de Palma), La Cadena y Capuchinas (hoy Venustiano Carranza), Chavarría (hoy Donceles y Justo Sierra), Tacuba (que conserva el mismo nombre), o incluso a las calles aledañas a la Alameda Central, como las del Calvario (Av. Juárez) o la Santa Veracruz (actualmente Av. Hidalgo). Las mansiones por tanto estaban dispersas, no había como tal un barrio para gente rica, pero sí zonas de prestigio. Las plazas más importantes fueron: el Zócalo, la Alameda Central y la plaza de la Merced, entre otras. Entre los conventos más destacados de la ciudad se encontraban el de San Francisco, el de las Capuchinas, el de Jesús María, y otros más.

El gobierno de Maximiliano intentó modernizar la Ciudad de México a través de su alcalde, Ignacio Trigueros, quien mandó poner alumbrado en las calles, impuso el servicio de limpia, y veló por la seguridad de los habitantes al imponer la vigilancia nocturna. Al mismo tiempo hubo mejoras en hospitales, escuelas, calles y edificios públicos. Pero en contraste, para el último tercio del siglo, en el oriente de la ciudad predominaban la pobreza, la falta de luz y carencia de drenaje, mientras en el centro, las calles como Plateros (hoy calle Madero) eran amplias y contaban con un

²²⁶ ASS. *Op.cit*, p. 433

²²⁷ Arturo Aguilar Ochoa, "La vida elegante en la capital imperial 1864-1867", en *La intervención francesa INTERIORES*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2012, p. 110

buen empedrado, servicio de atarjeas y alumbrado público. Estas mejoras propiciaron el auge de las diversiones públicas como el teatro, la ópera y el circo.²²⁸

Asimismo, la rehabilitación de los paseos de La Viga, Bucareli y la Alameda, posibilitaron que un mayor número de personas, buscara distracciones entrada la noche.²²⁹

Una de las damas de honor de la emperatriz, la condesa Paula de Kolonitz en su obra *Un viaje a México en 1864*, describió el paseo de la Alameda, uno de los lugares más atractivos de la ciudad, y el vestuario de las damas y caballeros aristócratas, de la siguiente manera:

El paseo más bello de la ciudad es la Alameda, un jardín umbroso no grande, poco cuidado, con fuentes y bancos. Aquí vienen a pie las damas mexicanas cuando por la mañana salen de la iglesia. Vestidas de negro, envueltas en la mantilla, pasean aquí y allá conversando; aquí y allá sentándose en los bancos de piedra. Una banda militar toca varias veces a la semana de las ocho a las diez de la mañana y aunque sus ejecuciones no son muy apreciadas vienen gran cantidad de gente de todas clases.

Los franceses y los mexicanos aquí vuelven a encontrarse cuando regresan de sus ejercicios hípicos; los caminos internos de la Alameda son reservados a los peatones, pero los jinetes la circundan en largas filas. Las damas que son amazonas apasionadas y valientes, se asocian con muchísima frecuencia a estas cabalgatas matinales. La calle principal de la ciudad, la calle de Plateros, que alargándose toma el nombre de calle de San Francisco, conduce a la Alameda y de allá se llega al Paseo de Bucareli, que es la meta de los paseos en carroza de los mexicanos. Aquí se levanta una bella estatua ecuestre de Carlos IV, obra del profesor Tolsá. Originariamente fue erigida en la Plaza Mayor, pero de allí fue trasladada porque se quería poner un monumento que recordase la independencia mexicana, lo cual hasta ahora ha quedado en un proyecto.

...Rodeado de bellísimos árboles allá se encuentra el antiguo convento de la Piedad. Apoyada a la colina se encuentra la pequeña ciudad de Tacubaya, con las lindas villas de los mexicanos ricos. Junto a ella se ve Chapultepec que tiene bajo su cima los celebradísimos árboles que ya se alzaban como gigantes hasta el cielo en los tiempos de Moctezuma, y a la sombra de los cuales él solía pasear. A las seis de la tarde, en largas filas de carrozas, los mexicanos van al paseo. Aquí vienen las damas con grandes atavíos vespertinos, engalanadas de flores. Las más de las veces las carrozas van tiradas por dos mulos desiguales, en otras ocasiones por un gran mulo y un pequeño caballo y muy raramente por dos caballos. Los caballos no se usan para tiro, porque para esto son renuentes y no tiene la fuerza suficiente para hacerlo, mientras que, como caballos de silla, no tenían igual por su inteligencia y resistencia.

Los hombres, las más de las veces, vienen a caballo y vistiendo siempre el traje nacional, pero cuando van a pie o dentro de sus casas, usan traje francés. Aquel gran sombrero de color claro y largas cintas, las que se extiende sobre la espalda. Adornada de cordones de oro, aquella chaqueta oscura con pequeños botones de plata, los zapatos que generosamente van recamados de oro y plata caen sobre los pantalones, abajo no pasando de la rodilla, arriba sujetos con una correa a la cintura, todo es gracioso y les da una bella figura. Y así como elegante es el jinete también lo es

²²⁸ AHSS, *Diario del Imperio, Legajo. 73, p.37*

²²⁹ Cristina Mendoza, "Los bailes en el Segundo Imperio: Una estrategia de convivencia y sujeción", *Repositorio de Bellas Artes*, México, 2018, p.17

*su pequeño y gallardo caballo que va elegantemente enjaezado. La silla está suntuosamente recamada en oro y plata; la cabeza y el apoyo guarnecido de plata, las bridas son cordones de seda, los estribos de plata. Con mucha frecuencia las mexicanas con la rica cabellera suelta que, a manera de manto, casi les llega hasta los pies, pasean por la terraza de su casa para enjuagarla...*²³⁰

La condesa Kolonitz, a medida que va conociendo la Ciudad de México, describe también las residencias de campo de dos de las familias más importantes dentro de la élite:

*Entre las hermosas casas de Tacubaya están las familias Barón y Escandón, unidas entre sí en parentela, cuyos jardines son vecinos uno del otro. Nosotros habíamos pedido a la familia Escandón permiso para visitar sus posesiones y allí los encontramos para recibirnos. Acogidos con la más exquisita cordialidad nos condujeron primero por toda la Villa del Barón, cuyo propietario, al que llaman en México don Eustaquio y que nada sabía de nuestra visita, a las prisas dejó México para alcanzarnos. Los Barón son de origen inglés y el padre de don Eustaquio, siendo ya un rico banquero, vino a vivir a México, donde se casó con una española.*²³¹

El día comenzaba, para cada mexicano, con las obligaciones religiosas como asistir a la Iglesia desde las seis o siete de la mañana. Las Iglesias que frecuentaba la aristocracia eran las más elegantes y lujosas, como la de San Francisco, el Sagrario Metropolitano, la Profesa, y otras. Igualmente, algunos señores se levantaban temprano y tomaban un ligero desayuno, con pan, café o chocolate mientras leían los periódicos nacionales como *El Siglo Diez y Nueve*, *El Diario del Imperio*, *La Sociedad* o *La Orquesta*, o los franceses como *La Estafette*, y *La Ere Nouvelle*. Otros, regularmente los más jóvenes, empezaban el día con largas cabalgatas a caballo para hacer ejercicio y ver el paso de las damas que salían de los templos. Después cada quien realizaba diferentes actividades, ya fuera que asistieran a la Alameda Central, en donde una banda de música compuesta de soldados franceses tocaba de las ocho a las diez de la mañana en ciertos días, o paseos en carreta por el Zócalo y sus alrededores, o por el famoso paseo de Bucareli.²³²

²³⁰ Kolonitz, *Op.cit.*, p.102

²³¹ *Ibidem*, p. 128- 129

La condesa de Paula Kolonitz describe al jefe de la familia Barón, Don Eustaquio, como uno de los hombres más ricos de México debido a que era jefe de la casa bancaria Forbes y Cía y dueño de las acciones de English Mining Company de Pachuca. Poseía además valiosas minas de oro en California y diversas compañías de transporte público en San Francisco (Estados Unidos), donde introdujo la navegación a vapor sobre el río Amur. La Villa del Barón estaba construida a la inglesa, en la que el jardín se encontraba en la planta alta y desde el cual podía admirar una hermosa vista del Castillo de Chapultepec.

²³² Aguilar, *Op.cit.*, p. 116

Desde la llegada de los franceses en el año de 1862, en México habían proliferado las panaderías y pastelerías francesas compitiendo con las españolas, de arraigo tradicional. En las casas de la clase alta se habían sustituido los bolillos y las teleras (característicos de las panaderías españolas) por las baguettes francesas.

En palabras del príncipe Carl Khevenhüller, miembro distinguido de la comitiva del emperador, en su obra: *Con Maximiliano en México*, describe a la élite mexicana con las siguientes palabras:

Por lo demás, rara vez veía a los señores mexicanos de las clases educadas. Nunca invitan a su casa, aunque constantemente se traen en la boca la frase: “Mi casa está a su disposición”. Las mujeres, también son muy reservadas y por lo tanto, su conversación es nula.²³³

A la llegada de los emperadores en el año de 1864, se habían organizado una serie de festejos, como el llevado a cabo en el Palacio de Buenavista con motivo del matrimonio del general Bazaine con la señorita Pepita de la Peña, suceso que ha sido relatado por las escritoras contemporáneas Guadalupe Loeza y Verónica González en la obra *La Mariscal*, de la siguiente manera:

El general Archille Bazaine y Pepita de la Peña se conocieron en una de las espléndidas fiestas que solía ofrecer el cuartel general de los franceses, es decir, en el Palacio de Buenavista. En aquella ocasión, se invitó a toda la corte imperial, a los oficiales de alto rango y a la high society, expresión que ya se empleaba en las crónicas sociales de la época. Era una recepción de bienvenida para sus majestades, Maximiliano y Carlota. Esa noche la emperatriz ostentaba sus mejores joyas. En su pecho llevaba la insignia de la orden de San Carlos, sobre la cual había prendido un importante broche de brillantes. Estrenaba, además, un aderezo de rubíes, esmeraldas y diamantes con los colores de la bandera mexicana, varias pulseras de oro y una importante diadema de amatista. “Su majestad está bellísima” murmuraban todos a su paso.²³⁴

A través de las fiestas y eventos sociales que los monarcas organizaban a los cuales asistían, podían conocer a la élite de la sociedad mexicana, incluyendo a la del bando político contrario, como en el caso de Mariano Riva Palacio que, a pesar de pertenecer al bando liberal republicano, tenía la libertad de asistir a los bailes y

Para esa época, las tiendas de ultramarinos vendían cada vez más productos franceses, además de los ya tradicionales como la canela, las aceitunas, las almendras, las alcaparras, el aceite de oliva, el bacalao, el membrillo y la jalea. La tienda Gustave Dusseaux, anunciaba un inmenso surtido de vinos y licores de las más exclusivas marcas, conservas alimenticias, juguetes finos y chocolate de calidad superior, pasteles y dulces nuevos, frutas secas y en almíbar, vinagre y quesos. Otro lugar frecuente para la aristocracia era la dulcería De Verdún en donde se adquirían los dulces franceses más finos, y la mantequilla que los mexicanos ya elaboraban, se conseguía únicamente en el número cinco de la calle del Seminario, a donde llegaba fresca los martes y jueves de la famosa Hacienda de Buenavista.

²³³ Brigitte Hamann, “Tres años en México segunda parte”, *Maximiliano en México. El Diario del príncipe Carl Khevenhüller*, 1864-1867, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 122

²³⁴ Kolonitz, *Op.cit.*, p. 110

tertulias de la élite conservadora. La asistencia de personajes de todos los partidos políticos en ese tiempo a las reuniones de los emperadores fue uno de los elementos de la vida cortesana donde las fiestas ofrecieron un espacio neutro que hiciera posible una reconciliación entre liberales y conservadores.²³⁵

Según el *Reglamento para el Servicio y Ceremonial de la Corte*, destacan las numerosas festividades que tuvieron lugar durante los años que duró el Imperio de Maximiliano:

Días de fiesta Nacional y de Corte:

- I. *El aniversario de la Independencia de México (16 de Setiembre).*
- II. *El día del cumpleaños del Emperador (6 de Julio).*
- III. *El día de Nuestra Señora de Guadalupe (12 de diciembre).*
- IV. *El día de Corpus.*

Fiestas de la Corte:

- I. *El día del cumpleaños de la Emperatriz (7 de junio).*
- II. *Los grandes bailes de Corte.*
- III. *Los grandes conciertos.*

Una de las características del imperio mexicano eran sus festejos a los que asistían los representantes de las legaciones y países extranjeros, así como la aristocracia y la alta burguesía. Se organizaban bajo cualquier pretexto, desde el más familiar hasta el más elaborado. Los más lúcidos eran los que efectuaban la llamada “gente decente” (es decir, los miembros de las más altas clases sociales). Las fiestas que Maximiliano y Carlota brindaron a estos sectores de la sociedad mexicana les dieron la oportunidad de hacer alarde de su posición social y económica, pues constituían la ocasión perfecta para lucir sus mansiones, sus joyas, sus atuendos y vestuarios, y sus vajillas, pero, sobre todo, para demostrar su estatus y su refinamiento. La instauración del Imperio permitió además que hubiese un abastecimiento permanente de telas, listones, pelucas, crinolinas, y toda clase de aditamentos de lujo en el vestuario femenino, objetos que constituían el deleite de las invitadas.

²³⁵Pani, *Op.cit*, p. 278

Igualmente se instalaron en la Ciudad de México, provenientes de París, peluqueros, modistas, sastres, zapateros, perfumistas y joyeros.²³⁶

Las tertulias que aún eran un elemento muy importante de socialización entre la élite mexicana se realizaban en casas particulares, a donde eran invitados los conocidos de la familia, que a su vez podían invitar a algún otro amigo. Se acostumbraba a recibir en los salones, bellamente iluminados, un día a la semana a los distinguidos invitados, donde las señoras actuaban como anfitrionas de la reunión.



Imagen: Cristina Mendoza, "Séquito de la emperatriz Carlota. La historia de Pepila Aguilar, una Dama de Palacio", en *Damas mexicanas de la corte imperial*, México, Facultad de Filosofía y Letras, 2013, p. 29

Otra de las festividades más importantes como carácter nacional, y que se extendió a la Corte Imperial fue la fiesta religiosa del **Corpus Christi**, cuyos antecedentes datan del siglo XVII, y la cual fue celebrada en los años de 1865 y 1866 de la siguiente manera, según la descripción de Antonio García Cubas en su obra *El libro de mis recuerdos*:

La de 1865 fue celebrada en la ciudad de Puebla, la cual se vistió de gala, destacando de manera especial la Catedral que se ostentó con ricos adornos en sus paramentos (paredes). A las ocho de la mañana el obispo, revestido y acompañado del Cabildo Eclesiástico y de los funcionarios públicos recibía en la puerta a la comitiva imperial que acababa de salir conforme al ceremonial establecido, es decir, del edificio del Obispado que hospedaba entonces a los emperadores. Un

²³⁶ La señora Dolores Pimentel de Galindo, recibía, por ejemplo, los sábados cada quince días; la señora Concepción Cuevas de Martínez de la Torre los martes, igual cada quince días; otras damas acostumbraban a recibir cada semana como la señora Dolores Quesada de Almonte, dama de la emperatriz, a la cual frecuentaban sobre todo políticos conservadores y oficiales franceses, lo mismo que el salón de la mariscal Bazaine. Loeza, González, *Op.cit*, p.24

inmenso gentío cubría el atrio del templo dejando apenas libre el trayecto central cubierto con una rica alfombra.

Conducida la comitiva al interior de la Catedral, los soberanos se arrodillaron en las gradas (escalones) del presbítero para hacer una corta oración, dirigiéndose enseguida al trono que se les tenía preparado. Sus majestades fueron acompañados de los siguientes dignatarios: gran mariscal de la Corte, gran chambelán de la emperatriz, el jefe de los chambelanes, el secretario, y el maestro de ceremonias, mientras las damas permanecían en las gradas del presbítero. A uno y otro lado de la crujía se colocó la guardia palatina con sus alabardas, en tanto que los demás asistentes fueron distribuidos en los lugares que el mismo ceremonial les señalaba.

Concluida la misa se organizó la procesión, la que saliendo por la puerta de la Catedral que mira al norte debía seguir por las calles siguientes: el Portal del Palacio, la primera y segunda calle de Mercaderes, San Martín, Guevara, y Portal de Borja, para entrar por la puerta principal del Palacio Virreinal.²³⁷

En el año de 1866, para la fiesta de Corpus, Maximiliano dispuso que la misa fuera celebrada con toda pompa en la capilla de Palacio, y que la procesión con las velas tuviese efecto en los corredores altos del mismo edificio, los que fueron adornados con grandes cuadros, macetas de hermosas plantas, arcos, festones y coronas de olorosos clavos y de hermosas flores. Tanto por esta causa como por la ausencia de arzobispo, que se hallaba en Toluca, la solemnidad pública no fue tan pomposa como en el año anterior.²³⁸

De la vida cotidiana de la Corte de Maximiliano se rescata el testimonio de una de las damas de la emperatriz, llamada Josefa Aguirre de Aguilar y Marocho,

²³⁷ Quienes integraban la numerosa participación en los actos religiosos y oficiales que se organizaban por parte del gobierno imperial eran: Primero un destacamento de infantería y una banda de música; a los cuales seguían los representantes de los barrios, los miembros de las parroquias cercanas al centro de la ciudad como: San José, San Sebastián y La Santa Vera Cruz; entre otras; los colegiales de manto y beca de los colegios jesuitas; el Ayuntamiento con sus masas, los tribunales, el prefecto político, los condecorados de la Orden de Guadalupe, los oficiales del ejército, el tesorero y el secretario de la intendencia, el médico del emperador, los oficiales de órdenes militares, los chambelanes, los ayudantes de campo, los generales con mando, los ministros, el intendente general de la lista civil, el gran Mariscal de la Corte, el Cabildo eclesiástico, el Santísimo Sacramento conducido por el obispo, el emperador con uniforme de general mexicano y pendientes del cuello los tres collares honoríficos: Toison de Oro, Águila Mexicana y la Orden de Guadalupe, el capitán de la Guardia Palatina, el gran maestro de ceremonias, el chambelán de servicio, el gran chambelán de la emperatriz, quien vestía de un rico traje de moiré blanco bordado en oro, adornado con encajes de Bruselas, manto carmesí cuya larga cauda la recogía en sus brazos una dama de honor; la banda de la Cruz de San Carlos terciada sobre el pecho sartas de perlas y de brillantes en el cuello y el pecho y diadema de diamantes de la cual se desprendía hacia atrás un penacho de plumas carmesí, cuya larga cauda recogía en sus brazos una dama de honor; la banda de la Cruz de San Carlos. A todo este numeroso acompañamiento le seguían las damas de palacio, todas con vestido escotado; según la moda de la época; una banda de música y la columna de honor formada por cuerpos de las legiones extranjeras: la austriaca, la belga, la de ulanos y la de los húngaros. García Cubas, *Op.cit*, 497

²³⁸ *Ibidem*, p. 498

Esta fue la última procesión con que se celebró en México la solemne festividad del Corpus, pues en el año siguiente, 1867, coincidió con el último día del asedio de la capital, llevado a cabo por el ejército que mandaba el general Díaz, sitio que comenzó el dieciséis de abril y terminó con la rendición de la plaza el viernes veintiuno de junio. Maximiliano de Habsburgo, "Mes de junio y julio", *Almanaque Imperial*, México, Universidad Nacional Autónoma de Nuevo León, 1866, núm.4, p.8

mencionada en la obra *La historia de Pepita Aguilar*, en la cual reúne diversos testimonios del ceremonial y el protocolo, como lo siguiente:

*He recibido, señor ministro, el nombramiento de Dama de Palacio con que su majestad la emperatriz Carlota, se ha dignado en distinguirme. Mi corazón abunda de tal manera en los sentimientos de amor y gratitud que experimento por la honrosa distinción de que en lo personal he sido objeto en esta misma mañana. Me despido de usted desde el retiro y oscuridad de que jamás habría salido si Su Majestad la Emperatriz no me hubiese tendido su mano protectora.*²³⁹

Para las señoras de la aristocracia era muy atractivo ser consideradas como damas de la emperatriz, ya fuese por ser parte de las fiestas, tertulias y bailes que se celebraban dentro de la Corte, como por el estatus que representaba para ellas y sus esposos la cercanía con tan ilustres personajes. Los requisitos para formar parte de este círculo privilegiado eran:

- Ser esposas de los generales y funcionarios públicos de la Asamblea de Notables, que le ofrecieron el cargo de emperador a Maximiliano, como el caso de doña Josefa Aguirre de Aguilar y Marocho.
- Ser de la antigua nobleza novohispana, pero con la suficiente solvencia económica para mantener los gastos personales de ser una dama de palacio.
- Ser descendiente directa de la más alta nobleza indígena.

Un ejemplo de todo lo anterior lo representó en su momento doña Josefa Aguirre de Aguilar y Marocho, quien para ser elegida como dama de la emperatriz debió cubrir los siguientes requisitos:

*... El hecho de que yo fuese esposa del jurisconsulto Ignacio Aguilar y Marocho miembro de la comisión de los conservadores que fue a Miramar a ofrecer el trono de México al archiduque Maximiliano Habsburgo, facilitó que la emperatriz Carlota me eligiera como Dama de Palacio, nombramiento honorífico, pero no remunerado, ya que las mexicanas que entramos a la comitiva real lo debían a sus orígenes o a relaciones consanguíneas o maritales. Ahora bien, ser Dama de Palacio no era algo sencillo ya que esa posición implicaba cercanía con los soberanos y éstos debían ponderar y decidir a quiénes se les otorgaba este nombramiento. Las mujeres que fueron llamadas a ser parte del séquito imperial tuvieron que hacer conciencia de que, en adelante, gran parte de su vida iba a transcurrir al servicio de aquéllos y que estarían regidas por el ceremonial palaciego. Debían estar dispuestas a aceptar casi todo, pero también a considerarse únicas por haber sido distinguidas entre el gran número de candidatas.*²⁴⁰

²³⁹ Cecilia Alfaro Gómez, "La historia de Pepita Aguilar", en *Damas mexicanas de la corte imperial*, México, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras, 2013, p. 23

²⁴⁰ *Ibidem*, p. 24

Las más de 70 mujeres que compusieron el séquito de Carlota de Bélgica procedían de las familias más notables del país, ya fuera económica o políticamente. Josefa Aguirre de Aguilar y Morocho respondía al segundo tipo: su familia no tenía origen noble o un gran poder adquisitivo, pero la avalaba el prestigio público de su marido.

El aceptar el nombramiento significaba codearse con un gran número de mujeres de la misma condición, siendo el cargo además de una duración limitada. Cinco damas entraban al servicio cada ocho días y se relevaban durante la misa dominical. A diferencia de la Dama Mayor María Dolores Quesada de Almonte, que era cercana a Carlota, todas ellas contaban con una habitación en el Castillo de Chapultepec para los días que les tocaba acompañar a la monarca en sus salidas diarias. Tenían asimismo la obligación de asistir a las fiestas en las que la soberana estuviera presente y de acompañarla en todos los viajes. Todos los gastos que esto implicaba corrían casi siempre por cuenta de cada una de dichas damas, lo cual mermaba la economía de aquellas familias que no gozaban de una situación realmente acomodada.²⁴¹

Por otra parte, las tareas de la Dama Mayor, tenía los siguientes beneficios y obligaciones, los cuales se hallaban descritos en el *Reglamento Imperial de la Corte*:

La Dama Mayor de la Emperatriz tiene a su cargo todas las presentaciones de las damas mexicanas, según las reglas siguientes: PRIMERA. Las señoras que por la ley de precedencias pueden ser presentadas a la Emperatriz, lo serán en virtud de una petición que harán al efecto, la que también se necesita para obtener audiencias particulares. La petición debe hacerse por escrito a la Dama Mayor, quien la someterá a la aprobación de la Emperatriz y le pedirá anuencia. Si en consecuencia de dichas órdenes la Dama Mayor presenta a la Señora, ésta se quedará en la Cámara Imperial; pero si quien la introduce es la Dama de Palacio o la Dama de Honor de Servicio, dicha dama se quedará en la pieza contigua hasta que salga la Señora. Las damas de palacio acompañaban a la emperatriz en sus paseos y en las visitas que hacía a las instituciones públicas.

SEGUNDA. Las señoras que no estén comprendidas en la ley de precedencia, podrán ser admitidas eventualmente en audiencia por la emperatriz, para lo cual se inscribirán sus nombres en el registro del Gran Mariscal de la Corte y ministro de la Casa Imperial, de cuya inscripción se pasará una copia a la Dama Mayor, a fin de que, en caso de que alguna de esas señoras solicite una audiencia, pueda la Dama Mayor informar de ello a la emperatriz, y recibir las órdenes que tenga a bien darle.

TERCERA. Las señoras que no estén comprendidas en la ley de precedencia ni inscritas en el registro mencionado, necesitarán, además del beneplácito del Gran Mariscal de la

²⁴¹ *Ibidem*, p. 26

Corte y ministro de la Casa Imperial, de una recomendación escrita de una Dama de Palacio y de un permiso especial de la emperatriz para ser recibidas.

Las extranjeras serán presentadas en las funciones de la Corte por la esposa de su ministro respectivo, y en defecto de ésta solamente y por solicitud del expresado ministro, las presentará la Dama Mayor. Sin embargo, no podrán tener entrada en la Corte ni obtener audiencias particulares de la emperatriz sino por conducto de su legación, la que hará la solicitud respectiva y dará los informes conducentes.

La Dama Mayor dará un apunte al Gran Chambelán de la emperatriz de los nombres de las señoras presentadas para que los inscriba en un registro, que llevará al efecto, anotando en él las observaciones convenientes.

La Dama Mayor desempeñará las funciones que le señala el ceremonial en las audiencias de solemnidad, en los recibimientos de príncipes, diplomáticos y embajadores, y en todas las grandes ceremonias.

La Dama Mayor se hará anunciar a la emperatriz por las criadas si está en su tocador, o por el ujier de servicio si está en el salón. También puede comunicarse por escrito con la emperatriz cuando el asunto no exija que se trate de palabra. Sin embargo, cuando la Corte resida en la capital, se informará de los días y de las horas en que deba pedir sus órdenes a la emperatriz.

La Dama Mayor no vivirá en Palacio, ni comerá en él sino cuando la conviden. Siempre que la emperatriz le señale una hora para el servicio, irán a buscarla en un coche de la Corte y la llevarán a su casa del mismo modo.²⁴²

Se sucederán las damas en el servicio por semanas, una cada vez, comenzando los domingos. La que esté de servicio no deberá salir de Palacio sin previa licencia de la emperatriz. La Dama Mayor estará siempre a disposición de la emperatriz para acompañarla a caballo, en coche y oír misa para leerle cuando desee. Acompañará a la emperatriz a pasear a caballo siempre con dos lacayos que se mantendrán atrás de ella.²⁴³

Los salones que buscaba mayormente la aristocracia eran los de los diplomáticos extranjeros, como el del embajador inglés y su hija, que recibían los miércoles en la

²⁴² Maximiliano de Habsburgo Lorena, "Capítulo 1 Servicio de Honor de la Emperatriz", *Op.cit.*, p. (consultado el 4 de julio del 2021, disponible en https://scholarship.rice.edu/jsp/xml/1911/26931/1/aa00034.tei.html?fbclid=IwAROLIG-qyyKDb0sQ-D5yS338k_Zzm0cHIKljt7ld-tswu-zm-5y3lznUFFo).

El orden de precedencia es la que asigna el protocolo a las autoridades, organismos o instituciones en actos oficiales, bajo la idea de precedencia, es decir, qué persona u organismo es prioritario sobre otro. Este orden está regulado por leyes o reglamentos de forma estricta, de manera que no haya lugar a discusión o conflicto. A nivel diplomático la procedencia de los embajadores generalmente está determinada por la antigüedad que tienen en ese país, es decir, por el orden cronológico de presentación de las cartas credenciales. En las fuerzas armadas existe también un orden de precedencia, basado en el escalafón militar. Así existe también en la iglesia, en la nobleza y en otras organizaciones jerarquizadas. Sacado del *Diccionario de la Real Academia Española*, Madrid-España, 1840, p.23

²⁴³ *Reglamento Imperial, Op.cit.*, p. (https://scholarship.rice.edu/jsp/xml/1911/26931/1/aa00034.tei.html?fbclid=IwAROLIG-qyyKDb0sQ-D5yS338k_Zzm0cHIKljt7ld-tswu-zm-5y3lznUFFo).

calle de la Cadena número 19 (hoy Venustiano Carranza), o la familia del marqués de Montholon, embajador de Francia, que recibían los jueves. Regularmente en estas reuniones, mientras se ofrecían pasteles, café, chocolate y licores, alguna señora tocaba el piano y cantaba alguna pieza de moda, pues era común que la buena educación implicara en las damas saber tocar el piano; se jugaba a las cartas, se charlaba de asuntos de moda, y algunos jóvenes improvisaban un baile.²⁴⁴

Entre las damas, los bailes y fiestas les daban la oportunidad única para el coqueteo y la galantería. Uno de los mayores deseos de ellas y sus progenitores era tener un marido de origen francés, según lo describe la obra *La Mariscala*. Lo único que les interesaba a estas señoras eran los chismes, los bailes, las tertulias, las reuniones de costura y bordados, los paseos, y cumplir con sus labores virtuosas y morales.

*No seas tonta, no hay nada mejor que un marido francés. Todo lo francés tiene que ser bueno; desde el tapete importado desde París hasta los señores. Francia es la cuna de la cultura, de la comida, la música, de la pintura y la inteligencia.*²⁴⁵

Por otra parte, es importante destacar las opiniones que algunas aristócratas extranjeras, como la condesa austriaca Paula Kolonitz, expresaban acerca de las costumbres que las damas mexicanas tenían respecto a la educación de sus hijos, y en relación el texto que dejó en su obra *Un viaje a México 1864*:

*Cuando estas pequeñas criaturas llegan a los ocho o nueve años se les condena a ocupar un puesto en el teatro donde, cubiertas de flores artificiales, luchan contra el sueño y están hasta la medianoche. Muchos de ellos mueren precozmente y especialmente las mujeres llevan una vida que puede compararse con las plantas de los invernaderos. Entre el mediodía y el toque de la oración se hace una comida, la cual está compuesta por alimentos del país. Tanto el pobre como el rico tienen una gran predilección por las tortillas y los frijoles. La grasa de cerdo se ve en todos los alimentos y se pone en gran cantidad en las viandas dulces. El café, que aquí se da de la mejor calidad, pero lo preparan tan mal que casi no se puede probar. Pero se toma mucho chocolate, el cual, mezclado con canela, es exquisito. Las horas después del mediodía suelen dedicarse a recibir y hacer visitas. A las damas mexicanas jamás les vi un libro en las manos, como no fuera el libro de las oraciones, ni las vi ocupadas en algún trabajo. Si escriben, su letra muestra claramente que están poco acostumbradas a hacerlo; su ignorancia es completa y no tienen idea de lo que es la historia y la geografía. Para ellas Europa es España, de donde viene su origen; Roma, donde reina el papa, y París, de donde les llegan los vestidos. De otros países, de otras naciones no saben ni jota, y no podían imaginar que el francés no fuese nuestra lengua materna. Hay casas donde se acostumbra mucho a cenar una taza de chocolate y una vianda cualquiera.*²⁴⁶

²⁴⁴ Aguilar, *Op.cit*, p. 123

²⁴⁵ Loaeza y González, *Op.cit*, p. 153

²⁴⁶ Kolonitz, *Op.cit*, p.p 106-107

Durante el Imperio todavía era común que, en los salones de la Lonja, localizados debajo de las oficinas del Ayuntamiento, se organizaban bailes para sus miembros, lo mismo que en el Casino Español y el Teatro Nacional, donde se quitaban las butacas del patio y éste fungía como salón de baile. En estos eventos se gastaba mucho dinero pues, además de las bebidas, se ofrecía una cena a todos los asistentes, y las damas aprovechaban para lucir sus costosos vestidos y joyas, anotando en su carnet de baile el nombre de los caballeros que habían solicitado el honor de bailar alguna pieza con ellas.²⁴⁷ Los bailes durante este segundo periodo monárquico en México comenzaban a las siete de la noche con las llamadas “Cuadrillas”, las cuáles iniciaban los emperadores, seguidos de los chambelanes y las damas de Palacio. Posteriormente, entraban los oficiales del ejército, los ministros mexicanos y extranjeros, y finalmente el resto de los asistentes.²⁴⁸

Una legión de ujieres recibía a la entrada a los caballeros y los conducía al guardarropa. Los emperadores se presentaban a las ocho de la noche en punto en el Salón Iturbide, contiguo al de embajadores, donde ya esperaban los ministros, funcionarios, altos jefes del ejército e invitados extranjeros para ser presentados a los soberanos. Terminada esta parte del protocolo, sus majestades pasaban al gran salón de embajadores, donde ya para entonces, las damas y los caballeros formaban valla a lo largo del lugar, las damas en primera fila y los caballeros detrás.

La emperatriz organizaba un baile cada semana, el cual, según Wells, Wm. V. en su obra *A Court Ball en el Palacio de México*, describe de la siguiente manera:

*Las invitaciones, redactadas en francés y a nombre de la emperatriz, tenían el escudo nacional, se hacían llegar a los convidados por medio del jefe del gabinete, el señor Eloín. El maestro de ceremonias, el señor Negrete, se encargaba de la organización de forma cuidadosa y apegada al protocolo el cual exigía puntualidad, ya que a la hora en la que los emperadores aparecían en el salón nadie más podía entrar o salir del evento que se llevaba a cabo en la parte frontal del Palacio Nacional, en cuya puerta se apostaba una gigantesca armadura medieval. En el piso de arriba había una serie de habitaciones que se comunicaban. El interior estaba decorado con muebles traídos de Europa, escogidos por los emperadores, y la iluminación no era de gas, pues gran cantidad de velas de cera daban a los rostros con vivacidad.*²⁴⁹

²⁴⁷ Loeza y González, *Op.cit.* p. 153

²⁴⁸ Aguilar, *Op.cit.*, p. 124

²⁴⁹ Wells, Wm. V, “A court ball at the Palace of Mexico”, *Overland Monthly*, Vol. 1, Núm. 2, August 1868, p. (consultado el 20 de agosto del 2021, disponible en: <https://quod.lib.umich.edu/m/moajrnl/ahj1472.1-01.002/>)

A la hora convenida, los invitados, separados por sexo, ocupaban sus sitios, ellas pegadas a la pared y ellos cerca de las ventanas formando una larga línea. Entonces se abrían las puertas y salía la emperatriz Carlota, acompañada de sus damas, por lo general más cortas de estatura, lo que hacía que ella se distinguiera aún más. Maximiliano, estaba ausente, a veces excusando algún malestar. Una vez que entrara al salón, Carlota, que era conducida por su Maestro de Ceremonias, recorría la habitación, departiendo en varios idiomas con sus invitados. Muchas damas se sentían incómodas o tímidas ante la soberana, al no manejar el protocolo imperial, pero Carlota disimulaba estos encuentros fallidos, sin hacer sentir mal a sus invitadas. Enseguida, daba la bienvenida a los caballeros, quienes se referían a ella como Madame, y nunca como Su Majestad, expresión reservada a su marido. Por aquel entonces, ella contaba con apenas veinticuatro años, una joven ilustrada y cuidadosamente educada para cumplir con el cometido reservado a la nobleza europea. Se quejaba a menudo de sentirse sola, por la falta de instrucción de las mexicanas con las que no podía platicar, ya que se acostumbraba en ese tiempo ofrecerles sólo educación religiosa. Su cabello era abundante, arreglado con gusto y adornado para la ocasión del baile con una sola rosa. Su vestido era de brocado azul, de su cuello pendía un collar con grandes diamantes, al igual que los brazaletes que adornaban sus manos. Todo en ella relucía su nobleza de sangre, al ser prima de la Reina Victoria de Inglaterra, nieta de Luis Felipe e hija del rey de Bélgica. Sus movimientos, su voz, eran perfectos, sin afectación alguna.

Después de haber dado la bienvenida a los convocados, el Maestro de Ceremonias se preparaba para inaugurar el baile. En el lado este del salón se había dispuesto un trono, donde Carlota se sentó, ayudada por sus damas. La Emperatriz tenía el privilegio de escoger a su pareja para iniciar el baile. En la ocasión descrita, pidió que Ramírez, su ministro de Estado, antiguo liberal le acompañara. El ministro, al no saber los movimientos intrincados de la danza, tuvo que ser desplazado con la ayuda del Maestro de Ceremonias, quien controló la confusión. Este incidente no molestó a Carlota, quien lucía una sonrisa animada y nadie se atrevió a externar alguna burla. La buena disposición de los liberales con los Emperadores era fundamental para que el régimen se sostuviera. Después de la primera danza, Carlota se involucró en nuevas conversaciones con sus invitados, hasta que ofreció su mano a un attaché (adjunto) de la delegación británica para bailar un Cotillón. Ambos lucieron en esta ocasión una danza impecable. Enseguida, una vez más sentada en el trono, la formalidad de las primeras danzas se rompió con el round dances, los valeses y schottishes de compositores como Strauss, Lenner y Labitsky.²⁵⁰

A las once de la noche se servía la cena en la vajilla, con el monograma imperial y exquisitas viandas rociadas con vinos importados especiales de champaña rosa, carísimo y muy de moda entonces. A la una de la mañana, el maestro de ceremonias anunciaba que sus majestades se retiraban a descansar, lo cual en otras palabras quería decir que el baile había terminado. Los soberanos atravesaban nuevamente del brazo a lo largo del salón, repartiendo sonrisas o inclinaciones de cabeza.²⁵¹

Otros detalles de las celebraciones en la Corte, se pueden leer en las memorias del secretario, José Luis Blasio, en su obra *Maximiliano Íntimo. El emperador y su Corte:*

El augusto soberano austriaco era un refinadísimo gastrónomo y sus cocineros se esmeraban para no disgustarlo. Los platillos estaban preparados según la cocina francesa, pero con alguna modificación del arte culinario vienés, los vinos en la mesa eran exquisitos y durante el almuerzo imperial se servía: el jerez, el burdeos, borgoña, y vino de Hungría, el Rhin y la champaña, además

²⁵⁰ AHSS, *Diario del Imperio*, México, Núm. 132, Tomo 1, Legajo 91, viernes 9 de junio de 1865.

²⁵¹ *Loc.cit*

*de los mencionados, gustaba mucho S.M de oír durante la comida anécdotas, cuentos picantes y aventuras, sobre todo si se relacionaban con algunos de los comensales; a todos ellos se les dirigía la palabra, el soberano reía de una buena gana y no dejaba hacer observaciones muy ingeniosas y burlonas. Después del café, se levantaban inmediatamente de la mesa, se despedían de sus comensales, y pasaban a sus habitaciones con algunos de sus ministros o su secretario, y se ponían a trabajar. Lo mismo durante el almuerzo que durante la comida, una orquesta ejecutaba escogidas piezas, recibiendo remuneración muy amplia por su trabajo.*²⁵²

El general Bazaine ofreció también en su Palacio de San Cosme algunos de estos bailes a la sociedad mexicana. Las señoritas siempre iban acompañadas bajo la atenta mirada de sus madres, hermanos, tías, o algún otro pariente. Pero si no se asistía a una tertulia o un gran baile, las élites siempre tenían la opción de concurrir a algunos de los teatros que se encontraban en la ciudad, ya sea el viejo Teatro Principal, el de Iturbide, (que ahora es sede de la Asamblea de Representantes del Distrito Federal), o el elegante Teatro Nacional, ahora bautizado como Teatro Imperial, situado en la calle de Vergara, (hoy Bolívar), y donde se podía apreciar una comedia de enredos, un drama de algún conocido artista español, como “Bretón de los Herreros”, o incluso asistir a las temporadas de ópera que se daban frecuentemente, en este caso por la soprano mexicana Ángela Peralta, quien llegó a México, procedente de Europa, en esos años. Desde luego los palcos de platea (plata baja), los primeros y los segundos, eran donde lucían las señoras más elegantes, pues estos palcos eran alquilados anualmente y se pagaba la renta, aunque no se asistiera.²⁵³

En la obra *La Mariscala* de Guadalupe Loaeza y Verónica González se describe, poniendo en primera persona a la aristócrata Josefa Peña Azcárate, quien sería la esposa del general Aquiles Bazaine, uno de estos eventos ocurrido en el Palacio de Buenavista, posterior residencia de la famosa pareja.

Fue mi primer baile formal. Nos invitó con mi tío Miguel, porque como es un perfecto político del Valle de México le llegan muchas invitaciones del Mariscal. Por eso vinieron con nosotros mi tía Juliana y mi prima Trinidad. Cayetana, ¡no sabe que preciosidad de fiesta! ¡No sabe que fastuosidad! Era lo más granado (se considera lo mejor o más escogido) de la sociedad. Fue en

²⁵² José Luis Blasio, “Capítulo II”, *Maximiliano íntimo. El emperador y su corte*, México, París, ed. La Librería de Bouret, 1865, p. 18.

²⁵³ *Ibidem*, p. 125

La condesa Kolonitz describe este baile organizado por el general Bazaine y llevado a cabo en el patio del palacio de Buenavista adornado con flores, vasos, banderas y miles de trofeos. En el jardín, adornado con una espléndida iluminación, fueron lanzados fuegos artificiales. En las invitaciones que se habían hecho llegar a los presentes, se especificaba el código de vestimenta para las damas, y la hora de entrada, que sería a las nueve en punto. Kolonitz, *Op.cit.*, p. 133.

la residencia del Mariscal Bazaine, en el Palacio de Buenavista, en San Cosme. Fue un honor recibir a sus majestades, el emperador y la emperatriz. Se les mandó a instalar un estrado donde fueron colocadas dos sillas de respaldo alto, un dosel de terciopelo granate con el águila imperial bordada en hilos de oro. Los señores iban vestidos de frac negro con una corbata blanca, las señoras en traje claro y un escote, y los militares con riguroso uniforme. Éramos tantos que no podíamos ni bailar. En el patio principal mostraron un hermoso salón circular sobre el cual tendieron un cielo artificial pintado con nubes y con el águila mexicana en el centro. En la galería del primer piso instalaron un jardín suspendido, con muchas macetas colgantes. Las columnas de palacio estaban todas forradas de caprichosas masas de follaje y en todo el derredor alternaban pabellones con los colores nacionales de Francia y México. Había trofeos militares por todos lados, hasta tres cañones saliendo de macizos frondosos, arcos contruidos con espadas y en todos los salones se advertían escudos con las iniciales de Napoleón III, Eugenia, Maximiliano y Carlota.²⁵⁴

Para conocer un poco más de la vida cotidiana de los emperadores y de las clases privilegiadas, tanto en la ciudad como en el campo, describiremos a continuación algunas de las actividades de Maximiliano y Carlota en su interés por conocer el territorio que iban a gobernar conociendo a sus súbditos, y una de sus primeras actividades fue visitar un buen número de grandes haciendas cuyos propietarios vivían en la Ciudad de México, o en cualquier otra ciudad desde donde mandaban a cobrar sus rentas con los administradores. Muchos incluso radicaban en Europa y ni siquiera conocían bien sus propiedades, como fue el caso del español Juan Prim Prats,²⁵⁵ dueño de una hacienda en el Estado de México llamada San Nicolás, por su matrimonio con la mexicana Francisca Agüero Echeverría, quien le había heredado la propiedad.²⁵⁶

Las haciendas durante el imperio se distinguían por ser grandes casas con una infinidad de habitaciones de altos techos que se comunican entre sí, y en los cuáles había el menor número posible de muebles costosos. El mismo Maximiliano viajando solo, no era muy afecto a los lujos cuando se hospedaba en las haciendas,

²⁵⁴ Descripción tomada por las autoras de la cita que al respecto hace Manuel Rivera Cambas en su obra, *La intervención francesa y el Segundo Imperio*, vol. III, p. 345. Loaeza y González, *Op.cit*, p. 128

²⁵⁵ Distinguido militar español, quien bajo el gobierno de la reina Isabel II fue enviado por ésta para negociar con el gobierno de Don Benito Juárez el pago de la deuda que México tenía con España por el daño que había provocado el decreto de expulsión de españoles, promulgado por el gobierno liberal de Guadalupe Victoria. El general Juan Prim fue el único que dentro de la llamada intervención tripartita (España, Francia e Inglaterra), retiró sus tropas concediéndole a México una prórroga para liquidar la deuda con España.

²⁵⁶ José Arturo Aguilar Ochoa, "La vida cotidiana en las haciendas mexicanas en tiempos Maximiliano, 1863-1867 entre la ficción y la realidad", *La vida cotidiana en las haciendas mexicanas*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2012, p. 126

su mobiliario se distinguía por algunas sillas de bejuco, un tocador, un lavamanos y un angosto catre de hierro.²⁵⁷

La falta de interés de las élites por habitar sus haciendas era por la predilección de vivir en un centro urbano con los avances de la modernidad, esto a su vez conllevaba a no adornar ni amueblar lujosamente las habitaciones. Otro de los factores era que también se debía a las constantes guerras o luchas internas, entre liberales y conservadores durante el periodo comprendido entre 1820 y 1860 por los saqueos y la acción de los bandidos. De vez en cuando los propietarios las habitaban por breves temporadas para vigilar la producción, por lo que la llegada de los hacendados y su familia representaba un acontecimiento importante para la comunidad, y mucho más cuando eran acompañados por amigos, o recibían visitas importantes a las cuales agasajaban, como fue el caso del emperador Maximiliano en sus viajes por el país.



Imagen: Lydia Lavín, “Visita del dueño a la hacienda”, en *Museo del traje mexicano*, CLÍO-SEAR, Vol. 5, 2002, p. 325. En la imagen se aprecia claramente la vestimenta de quienes vivían en el campo, con camisetas, chaparreras, pantalones, y llamadas “capas dragonas” en los hombres. La dama en cambio luce una saya parda de castor, blusa de algodón y mitones de encaje.

Para los hacendados, su familia e invitados, la jornada solía empezar desde muy temprano, quizá desde las seis o siete de la mañana, cuando el canto del gallo anunciaba el día y se desayunaba una taza de chocolate con pan dulce, y si era domingo la asistencia a la capilla era de rigor oficiando misa el cura de la hacienda cuando ésta lo tenía, o bien algún sacerdote del pueblo más cercano. El amanecer era el mejor momento para que el hacendado o los administradores observaban el trabajo de los peones, tanto los permanentes como los eventuales. En la hacienda de Manuel Campero en el estado de México, el emperador escuchó en menos de

²⁵⁷ *Ibidem*, p. 127

quince minutos una misa, ya que tenía un gran interés en ver la elaboración del pulque, bebida que le causaba gran curiosidad.²⁵⁸

Aunque no había un plan preconcebido, regularmente después de la misa seguía el almuerzo constituido por: atole, tamales, y quesos del lugar, entre otros productos. Algunos preferían carne asada acompañada de diferentes salsas o chiles y las imprescindibles tortillas de maíz con frijoles negros. En la hacienda de los Adalid se le ofreció al emperador, en un gran frasco de cristal, un pulque elaborado cuidadosamente, lo que hizo decir a Maximiliano que "*si así pudiera obtenerse en la capital, podría servirse en cualquier mesa elegante*". Desde luego estos usos y costumbres variaban según la región, así, por ejemplo, el café en las haciendas de las regiones tropicales sustituía al atole. Igualmente, era común que en estas haciendas para el almuerzo se ofrecieran mariscos frescos del puerto de Veracruz, pescados, y camarones preparados de diversas maneras.

Las haciendas ubicadas en las zonas tropicales eran muy atractivas y productivas por los plataneros y los campos sembrados de árboles de mango, limón, naranja y magueyes para la elaboración del pulque. Otras actividades importantes eran la cría de ganado y los ingenios azucareros donde además se producía el alcohol de caña, el secado de los granos de café o las hojas de tabaco. Los visitantes además podían ir de cacería o contemplar los bellos paisajes de los alrededores, que no faltaban en cualquier lugar.²⁵⁹

El emperador después de largos recorridos por las haciendas, terminaba la jornada en casa con alguna elegante tertulia o una cena, como la que le ofrecieron los Adalid en su hacienda de "Los Reyes", en el mes de agosto de 1865, en donde según Maximiliano, la señora de la casa estuvo más amable e ingeniosa que nunca y toda la familia muy acogedora. Hubo una buena cena, un recital de poemas y era común que la señora de la casa, sus hijas o alguna invitada tocara el piano, bailaran un tipo de danza habanera de moda, o incluso cantaran una ópera italiana famosa, cualidades por lo demás características de la buena educación de las damas

²⁵⁸ Aguilar, *Op.cit*, p. 127

²⁵⁹ *Ibidem*, p. 128

mexicanas.²⁶⁰

Para corresponder a estas atenciones, el propio Maximiliano ofreció un baile en toda forma y con el mayor lujo en la hacienda de Jalapilla, cercana a la Ciudad de Orizaba, el 10 de mayo de 1865. Él mismo relata este acontecimiento en una carta que le dirige a Carlota:

Te escribo tras haber sobrevivido a la tertulia, o mejor dicho al sarao, que resultó perfecto. La casa, que es en la que estuvimos, estaba arreglada de un modo encantador con muchas flores y lámparas, la música perfecta y la concurrencia muy numerosa y más elegante que el año pasado. Había también muchos extranjeros, franceses sobre todo ingleses del ferrocarril con sus esposas. La concurrencia estuvo muy alegre y se bailó hasta la mañana, al principio en los salones y después, por consejo mío, en el patio que se veía encantador. Yo bailé la cuadrilla con la esposa de Herrera, el prefecto municipal, que está en el último mes de embarazo... esperaba el nacimiento en cualquier momento durante el baile.²⁶¹



Imagen: John Kikza, “Imagen de una joven tocando el piano”. En *Vida cotidiana de México*, México, Fondo de Cultura Económica, Tomo IV, 2008, p. 184

La vida cotidiana en las haciendas tuvo ciertos problemas con la ocupación del ejército francés, que impuso a la población civil la obligación de proporcionar alojamiento a los soldados y poner a disposición de cada teniente o subalterno un cuarto. Los alojamientos iban por cuenta de los propietarios. El problema mayor que enfrentaba el campo eran las constantes partidas de ladrones formadas a veces por cien, doscientos, o más forajidos que infestaban todos los caminos del país, y que eran una herencia del desorden imperante por la anarquía en los gobiernos.²⁶²

²⁶⁰ *Ibidem*, p. 130

²⁶¹ Konrad Ratz, “M.A.C Hacienda de Jalapilla- 10 de mayo de 1865”, *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota*, Trad. Elsa Cecilia Frost, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 193

²⁶² Aguilar, *Op.cit*, p.134

Bertita Harding en su obra *Phantom Crown: The Story of Maximilian and Carlota of Mexico*, refiere que, si bien era conocido que Maximiliano vivía tranquilo en Chapultepec, y que no gustaba de los deleites de la sociedad europea, él y su primer ministro determinaron la organización de recepciones de gala para que el emperador ganara popularidad. Una de las primeras fiestas de gala se llevó a cabo en enero de 1865, mes en el que había surgido un desacuerdo con el nuncio papal.²⁶³ En ese momento se notificó que se condecoraría a las personas que apoyaban el imperio con la medalla de la Orden del Águila Mexicana, la máxima insignia que otorgaba el gobierno mexicano por méritos y servicios a la nación y que muchos creían merecerla.

Carlota por su parte instituyó la Orden Imperial de San Carlos, su santo patrón. Los banquetes eran espléndidos, y según describe Harding: *Empezaban a las tres y treinta de la tarde y duraban no menos de tres horas; generalmente una hora o dos se dedicaba a la conversación. Las invitaciones se mandaban por separado rotuladas por los soberanos.*²⁶⁴

Los menús, en francés, eran imponentes por su abundancia. El 29 de marzo de 1865 se le ofreció a Bazaine una cena de Estado por su nombramiento del cargo de Gran Mariscal. Se sirvieron entradas, sopas, carnes y pescados, ensaladas y postres, además de bebidas europeas.²⁶⁵

Para las ocasiones menos formales, los menús se presentaban en español, sirviendo como ejemplo el del 25 de abril del mismo año, que constó de los siguientes platillos:

²⁶³ Mendoza, *Op.cit*, p.17

²⁶⁴ Konrad, *Op.cit*, p.101

²⁶⁵ Bertita Harding, *Phantom Crown: The Story of Maximilian and Carlota of Mexico*, Alemania, Editorial Nueva York, 1934, p. 233

Entradas y sopas

- Sopa al estilo Sévigne (sopa de pollo).
- Croquetas a la Mazarin
- Arroz con ostiones

Carnes y pescados

- Lomos a la parisienne
- Truchas a la genovesa
- Costillas a la jardinera
- Patés con aceitunas
- Filetes de gallina a la Tolosa
- Pasteles de Strasburgo
- Coliflores a la francesa

Asados

- Pollos con trufas
- Codornices con trufas
- Ensaladas

Postres

- Pudín de sago (tapioca).
- Croquetas de arroz
- Crema de todas las frutas
- Conserva de peras
- Queso y mantequilla
- Helados de fresa y leche
- Pasteles y frutas

Ninguna tertulia de algún distinguido personaje de la sociedad mexicana podría rivalizar con las que ahora daba la emperatriz Carlota los lunes, conocidos precisamente como “los lunes de la emperatriz”, en Palacio Nacional. Para asistir a estas reuniones se repartían anticipadamente invitaciones, que se entregaban de manera alternada a diferentes familias de la clase privilegiada, lo que daba oportunidad de que no se quedarán fuera ninguna de los representantes de la clase social más elevada. A las siete de la noche comenzaban a dar paso en Palacio a

los carruajes de los invitados, los cuales entraban por la puerta del ala sur del Palacio de Gobierno, y se detenían frente a la escalera de honor, magníficamente iluminada y alfombrada. Allí los chambelanes de la Corte, formada por caballeros de la más alta alcurnia, como don Antonio Morán, marqués de Vivanco, Pedro Elguero, Felipe Raigosa, Manuel de Mier y Celis, o el mismo conde del Valle de Orizaba, don Antonio Suárez de Peredo, recibían a las damas y las conducían al guardarropa, donde depositaban sus costosos abrigos para después llevarlas al gran salón de embajadores.²⁶⁶

Rivera Cambas en su obra *Historia de la Intervenciones europea y norteamericana y del Imperio de Maximiliano*, hace mención de las famosas tertulias del palacio de los emperadores, de la siguiente manera:

Continuaron las tertulias en el Palacio y se guardaban las etiquetas como si se estuviese en la Corte europea. En el momento oportuno, al salir los Emperadores de sus aposentos, se formaba la concurrencia en dos hileras, una de señoras y la otra de los caballeros, pasando entre ambas los emperadores precedidos de los altos empleados de la Corte y seguidos de las damas de Palacio.

Después de recorrer los dos salones que llenaban los concurrentes, ocupaban los dos sillones en el estrado preparado para ellos y comenzaban la música a tocar la cuadrilla de honor, que bailaba el emperador con la Mariscala de Bazaine y la emperatriz con el ministro del Interior, los chambelanes y generales franceses y alguna marquesa o condesa, o la esposa de algún ministro. El traje de la Emperatriz, constituía uno de los más atractivos de aquellas fiestas de Palacio: adornada con la banda de San Carlos prendida con hileras de brillantes, y del lado izquierdo llevaba la Cruz de la Estrella, enlazada con los broches de las mismas preciosas piedras... eran objeto de admiración sus aderezos de esmeraldas y diamantes, las ricas pulseras, el peinado a veces formado de azahares salpicados de brillantes y cayéndole sobre las espaldas. El salón, donde se bailaba la cuadrilla de honor estaba adornado con retratos de tamaño natural, en el lugar principal se veía el de Maximiliano con el manto imperial y el cetro, a su derecha los de la emperatriz Eugenia y Napoleón III, y a la izquierda el de Iturbide y la emperatriz Ana Duarte; en otro lienzo de la pared estaba el del Cura Miguel Hidalgo y enfrente el de Pío IX, y los de los emperadores Francisco José y Elisabeth de Austria y Hungría. Las tertulias solían prolongarse hasta la una de la madrugada, a cuya hora se retiraban los emperadores y terminaba la reunión.²⁶⁷

²⁶⁶ Actualmente todos estos espacios forman parte del llamado Museo de Historia de México en Chapultepec. Como podemos ver en la Corte de Maximiliano se volvieron a utilizar de manera pública los títulos de nobleza que aún conservaban numerosas familias de la más alta posición social y económica de la sociedad mexicana. Loaeza y González, *Op.cit*, p. 128

²⁶⁷ Manuel Rivera Cambas, "Continúa la política incierta de Maximiliano", *Historia de la Intervención europea y norteamericana y del Imperio de Maximiliano*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Tomo III, 1895, p.53

El primer cumpleaños de la emperatriz en tierras mexicanas ocurrió el 7 de junio de 1865 en la ciudad de Puebla, después de su arribo a Veracruz el 28 de mayo de 1864, donde tuvieron un frío recibimiento por parte de la población.²⁶⁸

En la mañana de ese día, en la catedral de Puebla, el obispo ofreció una misa de acción de gracias a la pareja imperial, con la asistencia de autoridades, funcionarios y cuerpos militares de la ciudad. Posteriormente, en la residencia temporal de la pareja, dentro del Palacio Episcopal, Carlota recibió las felicitaciones del ejército francés, de los empleados, autoridades, y funcionarios del Departamento de Puebla. Asimismo, se halagó a la soberana con tres regalos: un ramillete de flores en una lujosa *porta bouquet*, un jorongo de San Miguel de Allende que tenía grabado el pabellón nacional con el águila imperial, y el anuncio de que el Antiguo Paseo de San Francisco cambiaba su nombre por el de “Recreo de la Emperatriz”.²⁶⁹

Al medio día, Carlota y Maximiliano, desde el balcón del Palacio Episcopal, recibieron los honores del ejército y en ese mismo lugar, a las siete de la noche, hubo un banquete con más de setecientos cubiertos. A las diez de la noche la pareja imperial se dirigió a la antigua alhóndiga, dónde se efectuó un baile dedicado a la emperatriz, en el que se dieron cita más de cien señoras de la más notable población, finalizando la fiesta alrededor de la medianoche.²⁷⁰

Esa misma noche se dio un festejo paralelo en la Ciudad de México. El periódico *La Sociedad*, en su publicación del mismo siete de junio, convocó a las damas de la más alta aristocracia a asistir al portal de Santo Domingo a las ocho de la noche para encabezar un vitor²⁷¹ en honor de la emperatriz. Los hombres de las principales familias de la capital se dirigieron al Palacio Imperial, donde se

²⁶⁸ María Elena Crespo Orozco, “Afirmación de un destino. Festividades por el cumpleaños de la emperatriz”, *Boletín Históricas*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Autónoma de México, Núm. 98, septiembre-diciembre 2013, p. 4

²⁶⁹ AHSS, *Diario del Imperio*, Legajo 92, p.56

²⁷⁰ *Loc.cit*

El Archivo Histórico de la Secretaría de Salud (en adelante AHSS), *Diario del Imperio*, México, Cumpleaños del emperador, Núm. 132, Tomo 2, Legajo 154, jueves 6 de julio de 1865.

²⁷¹ Aclamación de alegría, con que se aplaude a una persona o un suceso.

encontraban varios miembros de la Corte. En el trayecto el grupo se detuvo y entre música comenzaron los vítores de: “viva a la emperatriz”. Después llegaron al Palacio Arzobispal, donde don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, salió al balcón y pronunció un discurso al que aludía, entre otras cosas, a que gracias “*al genio inmortal del ilustre emperador de los franceses debemos esta situación de verdadera libertad*”, además de celebrar otro año de vida de su majestad la emperatriz Carlota.²⁷²

Después del siete de junio, los emperadores participaron en diversas celebraciones, entre las que destacó la solemne Fiesta del Corpus, lo cual indica la adhesión y el entusiasmo de la sociedad poblana por el Segundo Imperio. Las celebraciones por el cumpleaños de la emperatriz fueron bastante similares a las del año anterior: misa por la mañana en la catedral y felicitaciones a Carlota en el Palacio Episcopal. Por la tarde, en la plaza principal, hubo un espectáculo de acróbatas con el objeto de que el pueblo gozará de esta diversión, y en la noche, la pareja se deleitó con el baile que le obsequiaron a la emperatriz en la antigua alhóndiga.²⁷³

Ese día, Carlota, buscando crear nuevos lazos entre la sociedad poblana y el Imperio, nombró como damas de honor a doña Paz Marrón de Haro, doña Rosario Pontón de Calderón y doña Adelaida M. de Pérez. A sor Luisa, hermana de la Caridad que tenía a su cargo la Casa de Cuna en Puebla, le concedió la Cruz de San Carlos. De igual forma, de su bolsillo particular, expidió mil pesos para la Casa de Niños Expósitos y para el Hospital de San Pedro, quinientos a las hermanas de San Vicente de Paul, cien al convento de las Capuchinas, y trescientos para los pobres de la ciudad. Además, ese día Maximiliano expidió un decreto para la creación de una casa de maternidad en la capital del Imperio, la cual estaría bajo la protección de “*Nuestra Augusta Esposa*”, es decir, de Carlota.²⁷⁴

Los festejos por el cumpleaños de la soberana, en Toluca y Querétaro, ocurrieron en ambos lugares en la madrugada, mediodía y en la tarde con tres salvas de

²⁷² *Ibidem*, p. 5

²⁷³ Crespo, *Op.cit.*, p. 6

²⁷⁴ *Ibidem*, p. 7

artillería. En la mañana el prefecto político y demás empleados se dirigieron a la catedral para asistir a misa. Después el prefecto político recibió a nombre de la emperatriz, las felicitaciones de los diversos cuerpos políticos, eclesiásticos y militares, destacando dentro de estos festejos los adornos y la iluminación en los principales edificios. En las plazas públicas hubo música hasta entrada la noche.

No obstante, y contrastando con los relatos anteriores, el príncipe Carl von Khevenhüller, jefe de los húsares en la corte de Maximiliano, describe en su obra los siguientes detalles de algunas de las actividades y paseos matutinos que realizaban hombres y mujeres de la élite mexicana en esos años:

24 de mayo de 1866 México. La corte ha reducido muchísimos los gastos. La pareja imperial nunca va al teatro, ni de paseo, solo a Chapultepec. Opino que esas medidas son erróneas. El soberano debe ser visto por qué si no se le olvida. Un industrial vienés vino representando a varias casas vienesas a inaugurar una exposición de arte austriaco, pero no es posible imaginarse las trabas que le pusieron los franceses, desde el desembarque, de su mercancía, ante todo el mariscal. En el caso de este último era comprensible, dado que él mismo era su competidor; se llegó incluso al extremo de querer prohibir que desembarcaran sus cosas.

Tres veces a la semana una banda de música militar francesa toca en la Alameda, bastante mal, por cierto. Pese a la temprana hora, de 9 a 10 de la mañana, todas las mujeres elegantes se reúnen allí. La música de nuestro cuerpo, que también está aquí, tiene asimismo su hora tres veces a la semana, así como a las 8 de la noche en la plaza principal delante del palacio. Sin embargo, por estas fechas suele llover, al menos a esa hora, de modo que la música y la población tienen que emprender la retirada a toda prisa.

México 9 de junio de 1866. Ayer se inauguró una estación de ferrocarril. Es el tramo de Tacubaya a San Ángel. Todo eso está a 2 ½ millas de México en el camino a Cuernavaca. La vía de Puebla debe inaugurarse dentro de uno o dos meses. Sería de incalculable ventaja para la pacificación del país. El 8 de junio hubo, por ser el aniversario del desembarco del emperador, una hermosa iluminación y fuegos artificiales. Los indios al igual que los vieneses, se entusiasman mucho con todo tipo de festejos.²⁷⁵



Enciclopedia de Humanidades, Imperio de Maximiliano, México, disponible en: <https://humanidades.com/imperio-de-maximiliano>

²⁷⁵ Khevenhüller, *Op.cit*, p. 166

3.4 La moda del imperio

La indumentaria europea para los caballeros de la clase privilegiada en la década de los sesenta, consistía en el uso del traje de gala, sombrero de copa y levita para los grandes eventos. Maximiliano decidió usar un atuendo que combinaba la elegancia europea con la indumentaria mexicana propia del campo, y así se presentó con el vestuario más elegante para demostrar su poder como emperador. Un ejemplo de la fusión de su atuendo europeo con el mexicano fue la combinación de la levita austriaca con el traje típico de chinaco y la medalla del servicio naval, como se puede apreciar en esta foto tomada en 1867 con el híbrido uso del bastón europeo y el sombrero de charro.²⁷⁶



Imagen: S.A, “Maximiliano (charro)”, en Albúmina carte-de-visite, 2.5 x 4 in. Museo Nacional de Historia, Ciudad de México, 1867.

El emperador se vestía de diferente manera, dependiendo si los eventos a los que acudía eran por la mañana, por la tarde, o por la noche; no faltando en cada uno de ellos el traje y la levita negra con la condecoración de la Orden de la Virgen de Guadalupe con el fin de congraciarse con el pueblo que era tan devoto de esta advocación de María.

Cuando asistía a lugares cálidos utilizaba ropa blanca complementada con un cordón de oro alrededor de su sombrero tejido de palma. El traje del emperador trataba de conservar la etiqueta de la Corte Imperial a fin de fortalecer su legitimidad, pero diferenciaba sus atuendos dependiendo de la hora y momento, buscando siempre combinar con las tradiciones de México la ceremonia y la etiqueta de su

²⁷⁶ Laughlin Eleonor, “The New Clothes of Emperor Maximilian of Habsburg and the visual culture of dress during the Second Empire”, en *Hipanie Reserch Journal*, Estados Unidos, Universidad de Florida, Vol. 18, núm. 5, 2017, p. 392

corte natal, Austria, con el objeto de definir una identidad nacional del país que gobernaba. Por otra parte, Maximiliano trató de identificarse estrechamente con las clases bajas y rurales de la sociedad con el uso de la vestimenta de los chinacos.

La repercusión de los atuendos de los emperadores no se hizo esperar en México, sobre todo en las clases altas de la sociedad, y así las señoras mexicanas trataron de emular los vestuarios europeos que traían las damas extranjeras de la corte de la emperatriz Carlota, dentro de los que destacaba el uso de las enaguas debajo de los vestidos, como se usaban en Francia en la década de los cincuentas, pero era tal el peso de dichas enaguas que muchas veces se volvía insoportable para las damas el usarlas en las recepciones de palacio, por lo que empezó a utilizarse la llamada: “jaula crinolina”, inventada por *Hooped Petticoat* y que consistía en una amplía falda sostenida por varios aros de acero, y en la parte superior del traje el escote bajaba hasta los hombros, a la manera de la corte francesa de la emperatriz Eugenia de Montijo.²⁷⁷

²⁷⁷ Laughlin, *Op.cit*, p.393

Laver James, “1850 a 1900”, *Breve Historia y traje de la moda*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2006, p. 180



Imagen: Laver James, "Modas en París para 1860", en *Breve Historia y traje de la moda*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2006, p. 182

La moda francesa se introdujo en México para otros ámbitos sociales, como el uso de la mantilla que había vuelto a llevarse con más frecuencia. Si en los hombres de las clases altas el uso del traje de charro era un símbolo de nacionalismo y de identidad, en las mujeres será este atuendo, propio de la mañana, la que las remite a su origen hispánico, y por ello la misma emperatriz Carlota no desdeñaba en usar.

Hubo durante esos años una intensa vida social; funciones religiosas, espectáculos de teatro y ópera, bailes en casas particulares, en las delegaciones extranjeras y en el Castillo de Chapultepec. Los vestidos que requerían las señoras para asistir a esas funciones eran elaborados en talleres por extranjeros establecidos en la Ciudad de México.²⁷⁸

²⁷⁸ Virginia Armella de Aspe, Teresa Castelo de Yturbide, Ignacio Borja Martínez, "Traje Civil", en *La Historia de México a través de su indumentaria*, México, Editorial Inbursa, 2016, p. 112



Imágenes: Albert Gräffe, *Retrato oficial como emperadores de México- Maximiliano de Habsburgo Lorena y la emperatriz Carlota Coburgo Gotha de Orleans*, óleo sobre tela, Museo Nacional de Historia, 1864-1865.²⁷⁹

*Cuando el emperador entró a la Ciudad de México su vestimenta se componía de una levita negra y llevaba sobre el pecho un collar con el Toisón de oro (la condecoración más alta para un Jefe de Estado), pendiente de una ancha cinta y un sombrero de copa alta color gris. Mientras la emperatriz se presentó con un hermoso vestido color lila, cubriendo sus hombros con una manteleta de seda y un sombrero, ambos de color negro. Esa moda agradó la vista de la élite mexicana que imitó más adelante la vestimenta de los emperadores. Maximiliano también disfrutaba de vestir con otros atuendos, como la levita azul marina y blanca con botonadura de oro, pantalón del mismo color y bota fuerte para poder montar en las mañanas.*²⁸⁰

Para el día, la Corte de Carlota se vestía con telas ligeras, sombreros de paja adornados con flores llamados “jardineras” para pasear en los parques. Los vestidos de paño con sombrero eran la mejor opción para las damas de la aristocracia, quienes dejaban para la noche los atuendos más elegantes como para un baile ofrecido por los emperadores. Estos eran los grandes vestidos, hechos de raso con listados de terciopelo y tafetas, o combinaciones de varios de estos materiales.

²⁷⁹ Los dos grandes lienzos que servirían para sacar fotografías y grabados de sus imágenes y ser mandadas a México como augustos príncipes imperiales. El emperador, con los atributos del poder que él había consignado, en la parte media de la capa de armiño se observa el collar del águila mexicana; que sería una condecoración que él mandó hacer expresamente para el imperio mexicano y los símbolos del poder sobre un cojín con la corona y el cetro, símbolos de poder del imperio. La emperatriz vestía zapatillas de raso, corpiño de algodón, blusa de encaje y los vestidos más voluminosos y elegantes. En esta imagen Carota viste un gran tul con transparencia y la condecoración de la Cruz de San Carlos. En la mano izquierda tiene una serie de pulseras donde se aprecian los colores verde, blanco y rojo. Ambos personajes se ubican dentro de un paisaje imaginario que tiene como fondo un cortinaje rojo y las columnas que sostienen al imperio. S.A, en *Documental. Maximiliano y Carlota, capítulo 1. El sueño imperial*, México, Televisa en colaboración con la editorial Clío, 2018, p. (consultado el 14 de julio del 2021, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=gpRthCsr9C8>)

²⁸⁰ Blasio, *Op.cit*, p. 7

En cuanto a la moda femenina por ese tiempo, la emperatriz Eugenia de Montijo había puesto de moda entre la alta sociedad de Europa y México los hombros descubiertos y los escotes en los trajes de noche. El peinado consistía en complicados rulos y bucles, con flores, plumas, listones y broches a los lados, y sobre la nuca. Eran muy usados también los mantos, tápalos²⁸¹. mantillas y se volvieron a usar los mantones chinos esquinados sobre los hombros de sus dueñas.

El uso del maquillaje se empezó a relacionar como parte del concepto de belleza, juventud y salud. A lo largo de este período predominaron entre las élites el ideal europeo del cutis blanco y las mejillas sonrojadas. En el siglo XIX, de acuerdo con los nuevos criterios de salud y naturalidad, se comenzaron a promover las virtudes del cutis perfecto.

Para lograrlo se recurría a los polvos de arroz que se vendían en botellitas importadas de Francia, o se preparaban en casa (con talco y vinagre destilado); incluso ciertas mujeres trataban de blanquear su cutis con jaboncillos, Leche de rosa o Licor de Venus.²⁸²

Llegaron entonces al mercado productos para hacer crecer el cabello, o se utilizaban recetas caseras (huevo de gallina, ranas y lagartijas verdes)²⁸³, y se elaboraban tintas de madera de ébano, según el método inglés para pintar el cabello. La cosmética también llegó a la dentadura; se desarrollaron productos para que los dientes lucieran blancos con encías encarnadas. En México, el excesivo gusto por los dulces, así como la falta de higiene y cuidados, provocaron el deterioro temprano, de manera que algunas mujeres aún jóvenes usaban tintura para blanquear la dentadura. Los perfumes corporales y ambientales desempeñaban una función destacada en el placer y la seducción. A principios del siglo XIX se usaba el agua de lavanda, el agua de colonia, y el agua de rosas de aromas fuertes como el almizcle o las esencias frescas de la naturaleza.²⁸⁴

²⁸¹ Especie de chal con el que las damas se cubrían la cabeza y el cuello.

²⁸² Julieta Pérez Monroy, "Modernidad y modas en la Ciudad de México: de la basquiña al túnico, del calzón al pantalón", *Historia de México*, vol. IV, México, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 69

²⁸³ *Semanario Económico de México*, 19 de enero de 1865. Hemeroteca Nacional Digital de México, consultado el 9 de junio del 2022, disponible en: <https://hndm.iib.unam.mx/consulta/busqueda/buscarPorLetra?letra=Todos>

²⁸⁴ *Loc.cit*



Imágenes: Vestido de moiré gris perla con encaje de Flandes, pertenecía a Doña Concepción de Lizardi del Valle, dama de honor de la emperatriz Carlota. Muestra los hombros descubiertos característicos de la Casa de Modas Rue Paix de París, México, Colección particular, 1866. La imagen derecha muestra un vestido de baile, con crinolina de gasa blanca y raso lila, original de la Casa de Diseño Worth de París. Ubicado en México, colección particular, 1866.

Para asistir a los actos de Semana Santa era costumbre que las señoras usaran los vestidos confeccionados con seda negra, y la mantilla negra cubriéndose la cabeza. La emperatriz también se esforzó por adaptarse a las costumbres del país que ella y su esposo gobernaban, y como ejemplo tenemos el retrato de medio cuerpo, que le pintó Fernando Díaz de la Riva donde Carlota se encuentra vestida de luto con traje de seda negra y mantilla del mismo color. En comparación a otros atuendos éste resulta sencillo y acorde al duelo que guardaba por la muerte de su padre el rey Leopoldo I. En cuanto a las alhajas, éstas se reducían a un crucifijo sobre el pecho y un par de pendientes.

Por otro lado, las mujeres de la aristocracia en la segunda mitad del siglo XIX, se vestían regularmente con trajes de colores claros y con una mantilla negra de encaje sobre la cabeza y los hombros. Estas mantillas que cubrían a su dueña se adornaban con bellos diseños elaborados sobre encajes caros y trabajados a mano.²⁸⁵

²⁸⁵ Lydya Lavín y Gisela Balassa, “Austeridad republicana”, en *Museo del Traje Mexicano*, México, Editorial Clío, Vol. 5, 2008, p. 358

Imágenes: Fernando Díaz de la Riva, en *Carlota de luto*, Óleo sobre lienzo, 1865, México, Castillo de Chapultepec. En la segunda imagen se presenta la fotografía de autor desconocido, sacada en el año de 1865, en la tertulia que la emperatriz ofreció en el Palacio de Gobierno.(Actualmente se encuentra en la Colección del Castillo de Chapultepec).



Cabe mencionar que no todas las damas de la clase privilegiada se vestían igual, las esposas de los políticos y militares del grupo liberal radical se caracterizaban por la austeridad en sus atuendos, y si bien utilizaban también el color negro y los claros, no se adornaban con joyas ostentosas, y se mantenían al margen de las grandes celebraciones que llevaban a cabo los miembros del grupo conservador.



Imágenes: S.A, *Doña Margarita Maza de Juárez*, México, Óleo sobre lienzo,1868.



S.A, "Austeridad republicana", en *Museo del Traje Mexicano*, México, Editorial Clío, 2008, p. 359. A la derecha una dama del partido liberal luciendo el peinado a raya en medio de la época y con un atuendo en el que no se presentan los hombros descubiertos ni las telas extranjeras como tafetán o la seda y con un vestido en un color claro, (crema, gris o rosa pálido), sin maquillaje y sin joyas llamativas. En la obra *Museo del Traje* de Lydya Lavín y Gisela Balassa.²⁸⁶



Imágenes: Palegrín Clavé, *Retrato de Benito Juárez*, óleo sobre tela, 74 x 60 cm, Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, 1861-1862. En el lado derecho se encuentra el traje de uso cotidiano utilizado por Juárez, compuesto por saco, chaleco, camisa y pantalón, prendas elaboradas en fieltro de lana y algodón y con las iniciales de su nombre "BJ" bordadas, México, 1860. Mostrado en *Exposición Hilos de la Historia*, México, 2016. Para mayor consulta página disponible en <https://mediateca.inah.gob.mx/webapps/visitas-virtuales/exposicion-hilos/>.

Para los hombres desde el año de 1850 fue muy importante el uso de la levita negra que adoptó Benito Juárez como atuendo oficial, pero para el diario portaba: pantalón negro ajustado chaqueta azul, corbata blanca o moño negro. Sin ningún distintivo o adorno que llamara la atención como sombreros de paja, medallas o condecoraciones, y un bastón con sombrero sencillo.²⁸⁷

²⁸⁶ *Ibidem*, p. 360

²⁸⁷ *Loc.cit*

Capítulo 4: La restauración de la República y el Porfiriato. Los cambios en la vida cotidiana entre 1867 y 1910.

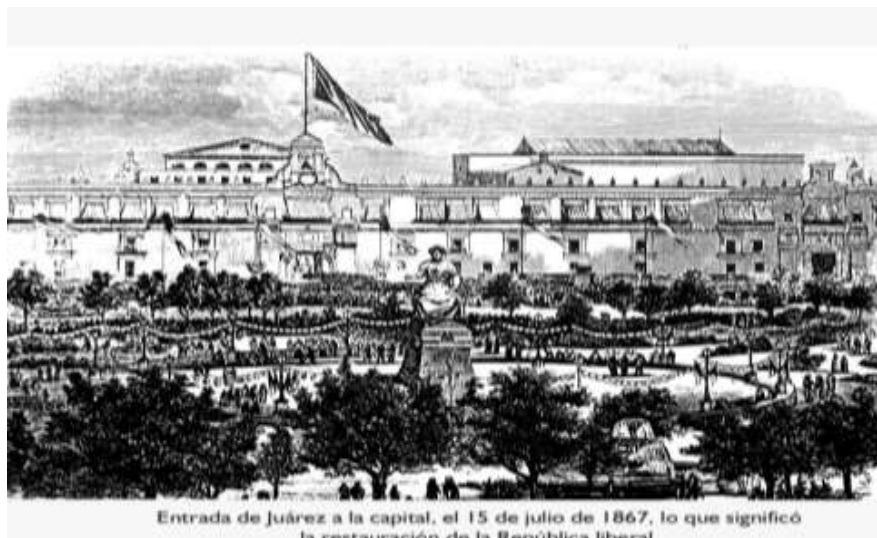


Imagen: Archivo de la Ciudad de México (AHCM), *Ayuntamiento, Festividades*, 5 de mayo de 1867, vol. 1062, foja 1.

El 5 de mayo de 1867 la población pudo percibir el olor a pólvora y se escuchaban las armas de fuego y los cañonazos en la Ciudad de México. El Ayuntamiento había ordenado que se dispararan balas de salva para honrar a la bandera nacional al momento de izarse en los edificios públicos y en la Plaza de Armas en el Centro de la Ciudad.²⁸⁸ Se celebraba de esta manera el triunfo de la Segunda República, cerca de cuatro años después de que el presidente Benito Juárez fue obligado al exilio y a mantener una propuesta errante sobre la nación republicana hasta el 15 de junio de 1867, con la caída del régimen imperialista, y el retorno del régimen republicano en todo el territorio mexicano.²⁸⁹

En el verano de 1867, los soldados republicanos lograron el triunfo definitivo contra las fuerzas imperiales de Maximiliano de Habsburgo. Después de su captura y célebre proceso, Maximiliano y sus dos fieles generales mexicanos, Miguel Miramón

²⁸⁸ Archivo de la Ciudad de México (AHCM), *Ayuntamiento, Festividades*, 5 de mayo de 1867, vol. 1062, foja 1.

²⁸⁹ Miguel Orduña Carson, "Amanece en la Ciudad de México en el siglo XIX", *5 de mayo de 1868: Vida cotidiana y cultural política en el México Decimonónico*, México, Tesis Doctoral, Fac. Fil. y Letras, UNAM, 2005, p. 27

y Tomás Mejía, fueron ejecutados el 19 de junio de ese año en el Cerro de las Campanas, cerca de la Ciudad de Querétaro. Días después la capital cayó en manos del general republicano Porfirio Díaz. La entrada de las tropas liberales a la Ciudad de México se llevó a cabo al amanecer del 21 de julio de ese año; la de Benito Juárez, presidente de la República, tres semanas después. Estos hechos dan principio a la etapa de la historia de México conocida como la República Restaurada.²⁹⁰

Después de casi una década de guerras civiles, la llegada de Benito Juárez a la capital marcó el inicio de una absoluta hegemonía política del partido liberal y sus destacadas personalidades como: Sebastián Lerdo de Tejada y el general Porfirio Díaz, quien compartió con Juárez el triunfo político y militar. Junto con la apropiación del poder político se instaura en México el inquebrantable predominio de un conjunto de ideas liberales y prácticas que se articularon en el modo de la nueva hegemonía política instaurada bajo las normas de la Constitución de 1857.²⁹¹ Mucho había que hacer y reorganizar en el país. La tarea del partido liberal era extraordinaria. Existían una multitud de problemas, a saber: la tesorería en bancarrota, una exorbitante deuda pública, la carencia general de vías de comunicación, la población indígena al margen del proceso social, el desempleo como problema nacional, el aumento del bandolerismo, las rebeliones campesinas, el caudillismo y el regionalismo en todo el territorio, Juárez y el partido liberal se abocaron de inmediato a la tarea de reconstruir el país, conscientes de que la sociedad había tenido la desgracia de pasar por largos años de revueltas intestinas.²⁹²

Un año después de la llegada de Benito Juárez a la capital el 5 de mayo se había llevado a cabo una gran celebración por el triunfo del régimen liberal, era la primera vez que el Ayuntamiento celebraba la batalla de Puebla con salvas y tiros de artillería que avisaran a la población por los festejos. Esa mañana del 5 de mayo de 1868, las salvas que saludaron a la bandera nacional desencadenaron una

²⁹⁰ David R. Marciel, en *Cultura, ideología y política, Estados Unidos*, Universidad de Nuevo México, 2010, p.96

²⁹¹ Orduña, *Op.cit*, p. 28

²⁹² Marciel, *Op.cit*, p. 97

andanada de recuerdos en la población de la ciudad. La insistencia liberal de conmemorar el principio del discurso hegemónico hizo que la memoria de la Batalla de Puebla se convirtiera en una segunda independencia en contra de los franceses y una celebración nacional que tenía como objetivo consolidar a la nación mexicana.²⁹³

Al consumarse el triunfo contra la intervención francesa las circunstancias políticas cambiaron dramáticamente. No sólo se había concluido una larga y costosa guerra contra un invasor extranjero, sino que internamente la prolongada riña entre liberales y conservadores desapareció. La victoria de la República significó la imposición de un sistema de gobierno sobre otro sistema rival y a la vez la derrota definitiva del monarquismo por el grupo liberal republicano. La República en sí no había dejado de existir, pero como gran parte del país estuvo bajo el régimen monárquico durante algunos años, había que restaurar toda la estructura política tanto estatal como nacional. La nueva república proporcionaría la primera ocasión en el México independiente que un grupo político, en este caso el liberal, tendría la oportunidad de poner en práctica su programa sin la amenaza de una tendencia contraria.²⁹⁴

²⁹³ El cinco de mayo se convirtió en un símbolo que articulaba diversos significados. La feria y la celebración del día que llevaba a cabo el Ayuntamiento con ferias y juegos artificiales.

²⁹⁴ Marciel, *Op.cit*, p. 28

4.1 El arte y el cambio de mentalidad de las élites mexicanas. Después del triunfo de la República.

El 5 de mayo de 1868 los miembros del Ayuntamiento de la Ciudad de México cumplían otra vez con una de las más importantes actividades que le venían de una antigua costumbre. A las diez de la mañana se dirigieron al Palacio Nacional y al Teatro Nacional, en cuyo escenario tendría lugar la lectura de la carta que escribió el general Ignacio Zaragoza al propio Benito Juárez en aquel 5 de mayo de 1862.²⁹⁵

Minutos antes de las diez los regidores del Ayuntamiento habían ido llegando a la Sala de Cabildos en el edificio del Gobierno de la Ciudad de México, situado en el costado suroeste de la Plaza Mayor. Ya reunidos, la corporación encaminó sus pasos hacia el Palacio Nacional, por el costado occidental de la plaza. Una vez dentro del Palacio aguardaban en el Salón de los Embajadores a que llegara el presidente. Entretenidos por los cordiales saludos propios de la ocasión, el Ayuntamiento tardó todavía un rato en salir con el mandatario de la República y lo acompañaron por el paseo que llevaba de la Catedral del Teatro Nacional, donde tendría lugar la inauguración formal de la flamante calle del 5 de mayo.

Recorrido del Presidente y el Ayuntamiento el 5 de mayo de 1868



²⁹⁵ Orduña, *Op.cit*, p. 66

Para llegar al Teatro, el presidente y el Ayuntamiento recorrieron a pie la Plaza de las Armas hasta la esquina del noroeste, donde a la altura de la calle del empedrado, a un costado de la Catedral, dieron vuelta sobre la antigua calle del Arquillo, (y que a partir de entonces se conocerá como avenida de 5 de mayo). Desde el atrio de la Catedral se observaba, cuatro cuabras adelante, el portal del Teatro Nacional en la calle Vergara. Todas estas calles estaban adornadas, y la que desembocaba a la de Vergara quedaría libre para el tránsito público. Decía el programa agregado a la celebración que el Ayuntamiento había hecho un esfuerzo para la conclusión de esa calle como un obsequio a los habitantes de la ciudad.²⁹⁶

En el pórtico del teatro se había habilitado un salón para escuchar los emotivos discursos cívicos que engalanaron la ceremonia. Poco más de veinticinco años después de ser inaugurado el Teatro Nacional (originalmente llamado Teatro Santa Anna, pues se construyó en los tiempos en que este personaje ocupaba la presidencia de la República), recibía en sus puertas al presidente Benito Juárez y a su gran comitiva. La teatralidad ritual de los festejos no se limitaba únicamente al Ayuntamiento y a las figuras políticas destacadas, sino que contaba con la presencia del máximo jefe del Ejecutivo, así que casi todos los funcionarios públicos acudieron a la fiesta.²⁹⁷



OBRA ANÓNIMA, JUÁREZ Y DÍAZ IZAN LA BANDERA EN LA PLAZA MAYOR DE LA CIUDAD DE MEXICO EL 15 DE JULIO DE 1867. SIGLO XIX, ACUARELA SOBRE PAPEL MUSEO CASA JUÁREZ DE OAXACA, SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.MX

²⁹⁶ *Ibidem*, p. 68

²⁹⁷ Marciel, *Op.cit*, p. 98

A partir de entonces la celebración del 5 de mayo se convirtió en un estilo teatral para exaltar el patriotismo entre la población. La nueva política liberal se implementaría por medio de la manipulación electoral, la legislación, la habilidad política de Juárez y sus colaboradores, y el uso de las armas contra el caudillismo regional, la educación, y la cultura.

A diferencia de otros regímenes, los gobiernos de la República Restaurada emplearían la cultura como parte íntegra de su plan político. Se fomentó un movimiento cultural que abarcaría toda la producción en las letras, el arte, la música, la historia y los textos educativos. Este movimiento manifestaría un agudo nacionalismo y una preocupación colectiva por la exaltación de la mexicanidad. Antes de 1867 las letras, la historia nacional y el periodismo se habían empleado para defender una ideología o para atacar a otra. El fin de las pugnas políticas entre liberales y conservadores significó que por primera vez en el proceso cultural del México independiente las obras culturales dejarían de usarse con fines políticos. Ahora, el albor cultural se utilizaría primordialmente para lograr la homogeneidad ideológica.

La cultura social se manifestó durante la década de la República Restaurada principalmente en la literatura, el arte y la historiografía. Los intelectuales impulsarían un movimiento cultural nacionalista con fines plenamente didácticos y políticos.

Los intelectuales del país provocaron que renacieran las veladas literarias al modelo de las antiguas academias y ateneos. Así fue que, aprovechando el regreso a México del periodista y poeta Guillermo Prieto, el gran intelectual Ignacio Manuel Altamirano, ofreció una velada en su casa el 4 de diciembre inaugurando así dichas veladas formalmente. Fue ésta la primera de una serie de doce reuniones que se llevaron a cabo con gran entusiasmo. El objeto principal era buscar los medios adecuados para el avance de las letras mexicanas y para estimular la difusión de obras mexicanas, especialmente entre los jóvenes.

Dichas reuniones se efectuaron desde noviembre de 1867 hasta fines de 1868, y participaron intelectuales de todas tendencias políticas, incluyendo desde los más liberales como Ignacio Ramírez, hasta los más conservadores como Francisco Pimentel. Se invitaron a escritores de prestigio y a estudiantes destacados. La voz más influyente entre los que concurrieron fue la de Altamirano, su principal promotor. Connotados escritores que se distinguieron en estas veladas fueron: Guillermo Prieto, José Tomás de Cuéllar, y Vicente Riva Palacio, entre otros. Diversos jóvenes dieron a conocer sus obras en estas reuniones y todos los géneros literarios fueron cultivados y discutidos con gran entusiasmo. Estas tertulias indicaron el comienzo de una nueva etapa en el desarrollo de la literatura mexicana.²⁹⁸

El Positivismo llegó a México durante la República Restaurada gracias al Dr. Gabino Barreda. En esos años sirvió como una filosofía que serviría para organizar al país. También se aplicó al sistema educativo, y después sirvió para legitimar al Porfiriato. El Positivismo se volvió mexicano al llegar a nuestro país; esto fue porque había puntos comunes entre dicha doctrina filosófica y la situación mexicana en la segunda mitad del siglo XIX. Sobre esto Leopoldo Zea afirmó: *“El Positivismo será una doctrina con pretensión universal, pero la forma en que ha sido interpretada y utilizada por los mexicanos, es mexicana”*.²⁹⁹

²⁹⁸ *Ibidem*, p.105

²⁹⁹ Los reformistas se opusieron a los conservadores por medio de la lucha. Al triunfar, no convenía que otros grupos exigieran con las armas lo que ellos habían reclamado a los conservadores. Para afianzar el poder fue necesario buscar una filosofía que permitiera la orden conocida como El Positivismo. Positivismo: Es una filosofía revolucionaria que implantó el orden sin caer en los excesos del antiguo régimen. Augusto Comte creador de esta doctrina filosófica, trató de demostrar que “no hay orden sin progreso, ni progreso sin orden”, para justificar los intereses de su clase burguesa, y para manifestar que aún en un gobierno de origen revolucionario podía existir el orden. Con el apoyo de las ciencias positivas, Comte estableció el ideal de un nuevo orden social en el que los intereses de su clase estuvieran justificados. La solución fue sustituir a la Iglesia católica por una nueva Iglesia: la religión de la humanidad, de lo positivo. Enfrentó a la libertad revolucionaria desordenada contra la libertad ordenada; la igualdad fue opacada por la jerarquía social, los seres humanos no son iguales, cada uno tiene un determinado nivel social. Este nivel, no está dado, como se decía en el antiguo régimen, por Dios, sino por el trabajo. Guadalupe Álvarez Lloveras, “El positivismo en México”, en *Trabajadores, revista de análisis y debate de la clase trabajadora*, México, Instituto Politécnico Nacional, no. 60, julio-agosto 2007, p. 29. Álvarez, *Op.cit*, p.30

4.2 Los primeros años de la presidencia del general Porfirio Díaz, y los grandes cambios en la política, la economía y la cultura en México.

Bajo la presidencia del general Díaz se dio por primera vez, dentro de la sociedad mexicana, la subordinación de todos los estratos sociales a un poder central fuerte, y se introdujeron grandes cambios, no sólo políticos sino además sociales y económicos que beneficiaron al país. Se centralizó el poder político en el ejecutivo, se elevaron las exportaciones de las materias primas, y se incrementó la inversión extranjera. Se integró el mercado nacional a través de una importante red de comunicaciones y transportes. Creció la industria nacional y se introdujeron cambios tecnológicos importantes en la minería, fuente histórica de ingreso de divisas en el país.

Hubo además un notable desarrollo de las instituciones financieras y bancarias, un incremento de la urbanización en varias ciudades del interior, y un crecimiento demográfico considerable, y aunque la desigualdad social persistió, fueron décadas de una importante modernización en nuestro país.³⁰⁰

La nueva realidad nacional exigió la conformación de nuevas mentalidades y actitudes acordes con un futuro de orden y progreso que se pretendía, y la educación fue el medio ideal para la imposición de la filosofía positivista que a la postre otorgaba privilegios a una clase por y sobre las demás. Como parte de los requerimientos para la difusión de la ideología, el positivismo consideró que las mujeres tenían el deber de inspirar al hombre las acciones más elevadas y morales, y la familia se convirtió en el órgano más importante para la reproducción de las ideas positivistas.

El pensamiento positivista, importado de Europa, se impuso dentro de la educación y de la clase intelectual directamente a través de los discursos oficiales del Estado

³⁰⁰ Marcela González Escobar, *De viandas, lujos y sabores. La burguesía mexicana y sus delicias culinarias a finales del siglo XIX*, México, Universidad Autónoma Metropolitana de México, Toulouse-Canavelle, N° 78, 1998, p. 37

en la construcción de las identidades femeninas y masculinas, y del rol de cada una de ellas dentro de la familia y la sociedad. A las madres se les asignó el papel de esposas y educadoras dentro del hogar. Se pretendía que cada clase social llevara la educación de los hijos de acuerdo a su status, y para esto las mujeres de la élite tenían un gran interés en la lectura de una revista semanal de la época llamada *semanario femenino* en la que se trataban asuntos relacionados con las labores propias de su sexo, como: la gastronomía, la costura, la moda, novelas románticas, y el cuidado de los hijos en general; tal como lo externaba en una de sus páginas esta revista tan importante para las mujeres de las clases privilegiadas:

*... La mujer mexicana es más madre que la francesa... el mejor colegio es el hogar, el mejor maestro, una buena madre.*³⁰¹

El discurso oficial positivista se dirigió hacia las mujeres de todas las clases sociales, pero las de las familias acomodadas fueron las únicas que, sin apremios económicos, asumieron plenamente la intención de este discurso político.

La clase alta mexicana se diferenciaba de sus contemporáneas europeas y norteamericanas, puesto que aquellas, consideraban la educación y la cultura como signos importantes de estatus. La inteligencia, las buenas costumbres, la educación y los hábitos, distinguían a la gente bien, y la familia se constituyó en el pilar de la educación. Se requería entonces de mujeres que permanecieran en el hogar, vigilarán la institución familiar y reprodujeran los valores familiares y sociales. Se estableció que la misión de la mujer se encontraba dentro del hogar, en la recreación de un espacio cálido, remanso para el hombre y ejemplo de orden para los hijos, en donde con disciplina se formarían buenos mexicanos. Pues era común pensar que el mundo femenino era un espacio fundamentalmente de afectividad y de actitudes positivas. A las mujeres de la clase alta porfiriana se las educó para saber organizar un hogar, y para que mostraran una conducta limpia, recta y ordenada que sirviera de modelo y ejemplo a sus hijos y a la sociedad en general, orientando hacia esa meta su instrucción.³⁰²

³⁰¹ *El Periódico de las Señoras, Semanario escrito por Señoras y Señoritas expresamente para el sexo femenino*, T.I, Hemeroteca del INAH, Núm. 3, México, 22 de mayo de 1896.

³⁰² Leopoldo Zea, *El positivismo y la circunstancia mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 98

Las mujeres recibían la instrucción básica, pero eso sí, aprendían a tocar algún instrumento musical, de preferencia el piano, como un adorno social adicional. Estas mujeres tenían que ser buenas madres y administradoras hábiles, tanto de la economía del hogar como del personal de servicio, por lo que era de gran importancia para muchas de ellas la presencia de una institutriz que enseñara a sus hijas mujeres buenos modales, desde la manera correcta de tomar un baño, hasta en el uso de los cubiertos en la mesa, y la manera de comer y beber ante los invitados.

De acuerdo al llamado “Manual de Carreño” cuyas normas sociales eran muy estrictas, las damas no podían ingerir bebidas fuertes y tenían que ser las primeras en el recato y discreción en la mesa. Bajo su responsabilidad se encontraba, desde el cuidado de la blancura de los manteles de lino, hasta la correcta disposición de los ocho platillos que se servían diariamente al mediodía.³⁰³

4.3 Los lugares predilectos de la élite porfiriana para socializar.

4.3.1 La Alameda.

Durante el siglo XIX la Alameda se consagró como un espacio público de gran trascendencia para la sociedad mexicana. Dejando atrás su papel de paseo para las élites y la burocracia este lugar se convirtió en un espacio geográfico y simbólico nacionalista, donde se llevaban a cabo las celebraciones cívicas de la Independencia y otras relacionadas con la exaltación del nacionalismo, y donde se respiraban los aires de libertad que pregonaban los nuevos gobiernos federalistas. No en vano observaron, desde la Alameda, los pobladores de la Ciudad de México el desfile del Ejército Trigarante el 27 de septiembre de 1821, ni en balde

³⁰³El Manual de Carreño fue muy popular en esa época, porque era un instructivo de buenas maneras y de lectura obligatoria especialmente para las clases privilegiadas. Un venezolano, fue quien, en 1853, definía todo lo que eran las buenas maneras y el modelo adecuado de educación que debía seguir la sociedad. Esta obra contiene lecciones y consejos sobre cómo deben comportarse las personas en lugares públicos y privados, tales como el hogar, la familia, la escuela y el trabajo, y continuó vigente hasta bien entrado el siglo XX.

comenzaron a celebrarse ahí, a partir del 27 de septiembre de 1825, las fiestas cívicas independentistas. Tampoco deja de ser significativo el hecho de que, en 1846, Antonio López de Santa-Anna ocupará ese lugar para solemnizar su retorno a la presidencia, ostentando el título de Salvador de la Patria; o que el ejército estadounidense instalará ahí su cuartel, destruyendo los jardines, bancas y enlosado durante su ocupación de la Ciudad de México entre 1840.³⁰⁴



Imagen: *Litografía La Alameda de México*, Archivo General de la Nación, 1870.

A partir de 1864 volvieron a proyectarse diversos trabajos de rescate y remodelación para este espacio. El primero lo dispuso la emperatriz Carlota, quien mandó cortar la maleza y los arbustos, retirar la basura y apisonar el suelo para tender pasto inglés en alfombra y sembrar macizos de arbustos con rosas y otras flores perfumadas, siguiendo el modelo del jardín clásico francés. Seguramente también tenía pensado recuperar los puentes de entrada, las paredes de la acequia y las bancas, entre otras cosas, pero los graves problemas financieros y lo efímero de su mandato, al haber sido derrotado Maximiliano de Habsburgo por las armas republicanas, impidieron consolidar tales planes.³⁰⁵

El siguiente proyecto de remodelación correspondió a don Benito Juárez, quien tras el triunfo de la república en 1867 mandó, a través del Ayuntamiento, que se tapara la acequia que cruzaba la Alameda, que fuera derribado el muro y se retiraran las

³⁰⁴ Ramona I. Pérez Bertruy, “La Alameda durante el siglo XIX”, *Planos de la Alameda de la Ciudad de México. Siglos XVIII-XIX. Planes y proyectos en el Acervo del Archivo Histórico de la Ciudad de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2019, p. 16

³⁰⁵ *Ibidem*, p.19

rejas coloniales, lo cual contribuiría a mejorar la salubridad pública y a consolidar el espacio como verdaderamente accesible para todo el pueblo.

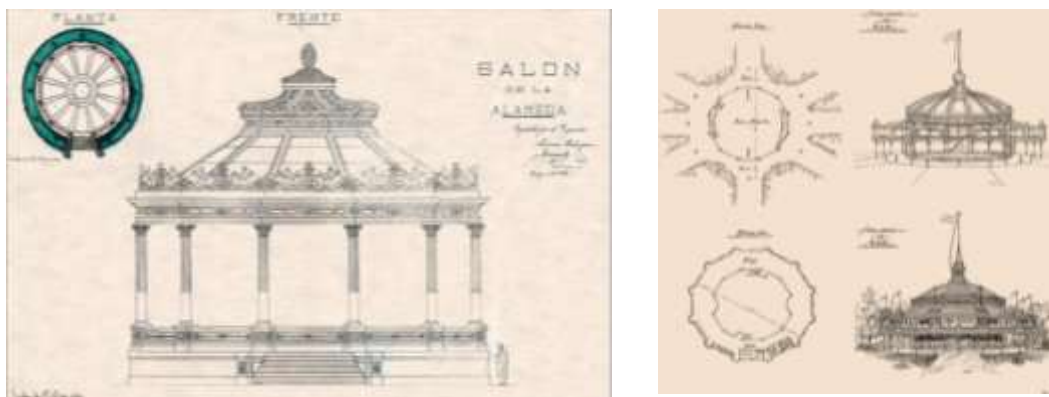
No fue sino hasta los tiempos del gobierno del general Díaz cuando se consolidaron varios de los proyectos de mejoramiento. Contribuyeron a esto los afanes de modernización y progreso, y una leve mejoría de las arcas federales y municipales. Así, fueron actualizados los sistemas de riego mediante depósitos de agua, tuberías metálicas y bombas. Se contrató el servicio de profesionales extranjeros, expertos en botánica y en el arte de los jardines, para que asesoraran las labores de rescate y la instalación de un invernadero de plantas delicadas y exóticas.

Se pavimentaron las banquetas y las glorietas con pisos modernizados al estilo de las plazas y calles parisinas; se instalaron esculturas vanguardistas francesas como el llamado “Desésespoir”,(Desesperación”), copia de la obra de Augusto Rodin del mismo título, por Agustín L. Ocampo, y “el Malgré (“A pesar de todo”), de Jesús Contreras, al igual que el estilo neogótico, en el cual destacan los quioscos, relojes públicos y bancas de hierro fundido entre otros. Se estableció ahí el Pabellón Morisco³⁰⁶ con su base de cantera y recubierto con mosaicos, rejas y columnas de hierro forjado, cúpula de metal, madera y cristal, que se destinó para la venta de boletos de la Lotería Nacional hasta ser sustituido por el Hemiciclo a Juárez, inaugurado en 1910 como parte de los festejos del Centenario de la Independencia.

Cabe referir que muchas de las obras de arte adquiridas durante este periodo y en la primera mitad del siglo XIX, transformaron a la Alameda en un corredor artístico de gran trascendencia. La exposición de obras escultóricas de bronce, mármol y hierro fundido ha estado presente, desde entonces, en las glorietas de la ciudad de México en forma de monumentos, bustos, fuentes, ninfas, maceteros y pedestales

³⁰⁶ Fue diseñado por el ingeniero José Ramón Ibarrola para servir de Pabellón de México en la Exposición Universal de 1884-1885, siendo probable que fuera fundado en Pittsburgh, Pensilvania, en los hornos de Andrew Carnegie, amigo de Ibarrola. Tras la exposición, fue traído a México a principios del siglo XX instalándose en el costado sur de la Alameda Central, enfrente del Ex Templo de Corpus Christi, siendo sede de los sorteos de la Lotería Nacional. Durante el Centenario de la Independencia Mexicana el presidente Porfirio Díaz mandó levantar el Hemiciclo a Juárez en la ubicación del kiosco, siendo éste trasladado a su ubicación actual, por la petición de los colonos de Santa María La Ribera.

elaboradas con un estilo neoclásico o con tendencia vanguardista o academicista, se convirtieron en la representación de un patrimonio nacional.³⁰⁷



Imágenes: Archivo General de la Nación. Litografía izquierda, *Salón de la Alameda proyectado por el ingeniero Ramón Rodríguez y Arangoitia*, Archivo General de la Nación, fechado el 4 de marzo de 1874. La litografía derecha corresponde al *Proyecto de un quiosco de cristal para la glorieta central de la Alameda de México*, por el arquitecto Tomás Upton, en 1883.

4.3.2 Los Tívolis y los restaurantes

En la segunda mitad del siglo XIX existieron espacios adecuados para que las familias acomodadas fueran a comer los fines de semana, como los llamados “tívolis”, el más antiguo de los cuáles fue construido en el año de 1870, y fue el Tívoli del Eliseo, cuyo propietario era Agustín Delabelle y estaba ubicado cerca de la calle del Puente de Alvarado. Dentro de este espacio el restaurante era una mansión con un gran jardín, decorado a la manera de los jardines parisinos. El éxito que tuvo este tívoli propició que surgieran otros, como el Tívoli de San Cosme, de Maurice Porraz, que fue inaugurado en 1872. Estaba situado cerca de la Iglesia del mismo nombre y dentro de este espacio se encontraba el llamado "salón verde", que era destinado para grandes banquetes.³⁰⁸

³⁰⁷ Niceto de Zamacois, “Interior de la Alameda”, en *México y sus alrededores*, Prólogo de Ricardo Pérez Escamilla, Instrucción de Carlos Aguirre Anaya, México, CONACULTA, 2000, p. 105

³⁰⁸ Raquel Ofelia Barceló Quintal, “Los cocineros y pasteleros franceses en la Ciudad de México: la modernidad en la mesa durante el Porfiriato”, en *Restauran*, México, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, Vol.35, Número 2, marzo-abril 2012, p. 47

Este salón no era lujoso, pero sí un lugar agradable y con cierta distinción. En la misma zona se instaló el Tívoli del Ferrocarril, de Félix Diesder, también ubicado sobre la calle del Puente de Alvarado.

Estos tres tívolis propiciaron que sábados y domingos hubiera movimiento de carruajes y caballos en el ancho camino adornado por los arcos del acueducto que partía de Puente de Alvarado y terminaba en la fuente de la Tlaxpana. Más tarde, surgieron otros tívolis como el Petit Versailles, de Amado Gillow,³⁰⁹ ubicado en La calzada de la Piedad (hoy avenida Cuauhtémoc), el Tívoli de Bucareli, en el que fuera el antiguo paseo del mismo nombre; el Tívoli de Romita, en el barrio de Atzacalco, más conocido como “Romita”; el Tívoli de Ceballos, en el Paseo de la Reforma; el Tívoli de la Cervecería Toluca, conocido también como el Tívoli de la Cervecería Alemana; y el Tívoli del Antiguo Caballito (sobre la actual calle de Balderas).³¹⁰

Los más célebres fueron el Elíseo, donde tuvo lugar el festejo del centenario de la Independencia mexicana que ofreció la colonia francesa; el Petit Versailles; el del Ferrocarril y el de San Cosme, siendo este último el más frecuentado, por ser el más romántico, el preferido para las señoritas, quienes acudían ahí con la ilusión de encontrar un novio que las desposara.³¹¹

³⁰⁹ Amado Gillow descendiente de Tomas Gillow esposo de la marquesa de Selva Nevada, destacada representante de la nobleza novohispana en el siglo XVIII.

³¹⁰ *Ibidem*, p. 49

³¹¹ Jazmín Martínez, “El Tívoli de San Cosme, el it place de la sociedad porfiriana”, *Gourmet de México*, México, 20 de marzo del 2020, p. (consultado el 29 de agosto del 2021, disponible en <https://gourmetdemexico.com.mx/comida-y-cultura/el-tivoli-de-san-cosme-el-it-place-de-la-sociedad-porfiriana/>).



Imágenes: S.A, *Porfirio Díaz llegando al Tivolí del Eliseo, acompañado de diplomáticos distinguidos*, México, Mxcity-Mediateca del INAH, 1887-1902, disponible en: <https://mxcity.mx/2019/09/tivoli-del-eliseo/> y <https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A53536>.

El Tívoli del Elíseo fue uno de los lugares de esparcimiento y diversión más importantes durante la época del Porfiriato, pues no sólo se realizaban en estos sitios convenciones políticas, sino también se llevaban a cabo reuniones y fiestas familiares y/o sociales. Ahí nació la tradición de realizar en los jardines conciertos vespertinos, juegos de villar, de bolos, y otras diversiones que ofrecían a la sociedad lugareña agradables espectáculos. En la actual esquina de Puente de Alvarado e Insurgentes, solían reunirse personajes distinguidos e influyentes en grandes casonas, con espacios de recreación donde tenían lugar rumbosas fiestas para las clases más altas.³¹² El Tívoli del Eliseo estuvo ubicado en la calle de Puente de Alvarado núm. 33, entre las actuales de Emparan, y Rosales. Servía además como "restaurante de alta cocina", y se alquilaba para grandes fiestas". El Tívoli de San Cosme se ubicaba entre las calles de Industria, calle Serapio Rendón, y la Ribera San Cosme.³¹³

De ahí surge la tradición de las bodas en jardines o salones al aire libre, pues los famosos Tívolis contaban en su interior con cascadas, quioscos de diferentes tamaños, pistas para boliche y pistas para patinar. En el restaurante se servían usualmente los vinos de jerez y de madeira y el champagne entre otros muchos licores nacionales e importados. La comida y bebida francesa no podían faltar, como

³¹² Alan Roque, "Tívoli del Eliseo, el jardín para la alta alcurnia durante el Porfiriato", en *MxCity Guía Insider*, Arte y Cultura, México, 2019, p. (consultado el 29 de agosto del 2021, disponible en: <https://mxcity.mx/2019/09/tivoli-del-eliseo/>).

³¹³ *Ibidem*, p. (<https://mxcity.mx/2019/09/tivoli-del-eliseo/>).

los vinos de Saurtene y los Mignos en Surprise. Los platos fuertes eran el pavo y el roast beef acompañados con salsa de caviar y otros exóticos aderezos. El menú, se encontraba impreso en pequeñas tarjetas y escrito en francés.³¹⁴

Era un lugar muy conocido y apreciado entre las élites durante la segunda mitad del siglo XIX. Fue un lugar donde las bodas de los pudientes eran celebradas, donde se come y se bebe en los cumpleaños y las fiestas cívicas; donde se reúnen los partidarios de determinadas candidaturas para estrechar los lazos que los unen, y de los que toman posesión del bienestar en cualquiera de sus múltiples formas, reúnen a sus amigos alrededor de la mesa y gozan oyendo el chocar de las copas y de las gratas palabras que inspiran los estómagos de los agradecidos y satisfechos; allí estaban los sentimientos de amor, amistad y gratitud. Es el Tívoli un lugar bellissimo, con dos parques sombreados por altos, copados, y frondosos árboles, con cascadas, fuentes bullidoras, y callecitas de sombreados adornadas con estatuas a los lados. Uno de los parques es reservado y otro para el público; tienen un salón alto para trescientos convidados y desde allí se disfruta del bellissimo panorama que dibujan las pequeñas alturas cubiertas de verde musgo.

Las comidas de aquel célebre sitio, donde los banquetes nupciales son servidos para los nuevos esposos bajo la fresca sombra de uno de los árboles son muy suculentas. Las señoras van ocupando sus respectivos asientos fijos, y son recibidas por los meseros con unas copas para abrir el apetito.

Y una vez servidos los postres se levantan las copas de espumoso vino para el brindis. El Tívoli era tan elegante como la casa de recreo Manuel Tolsá, donde también asistía la élite. Y era además un lugar de paseo, y a veces de comida para los paseantes. Se volvió de moda pasear en el Tívoli por sus llamativas recepciones. Fueron varios los Tívolis que hubo en la ciudad, pues además del de San Cosme también existían el del Ferrocarril, el del Eliseo y el Petit Versailles. "Las colonias extranjeras habían hecho de este sitio el lugar favorito para sus fiestas o "jamaicas", aprovechando los amplios jardines y la sombra de los frondosos árboles de estos exclusivos lugares." ³¹⁵

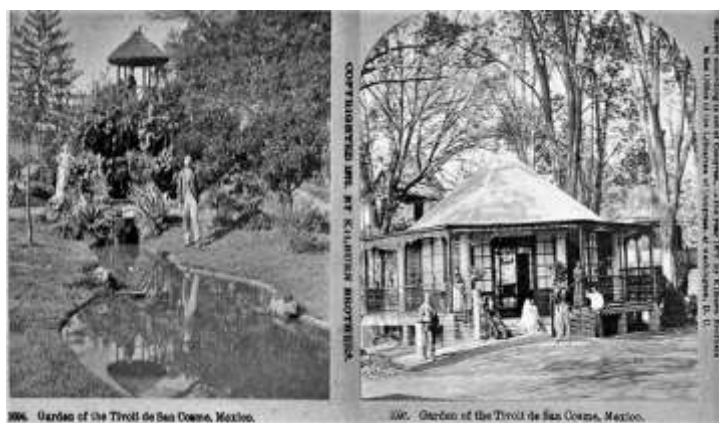


Imagen: S.A, *Garden of the Tivoli the San Cosme*, México, 1887, p. (disponible en <https://mxcity.mx/2019/09/tivoli-del-eliseo/>)

³¹⁴ *Ibidem*, p. (<https://gourmetdemexico.com.mx/comida-y-cultura/el-tivoli-de-san-cosme-el-it-place-de-la-sociedad-porfiriana/>)

³¹⁵ Arturo Sotomayor, "Tivoli de San Cosme", *México pintoresco, artístico y monumental de Manuel Rivera Cambas*, México, Colección popular de la Ciudad de México, 1974, pp. 103-104

Las técnicas y conceptos de la cocina como arte durante el Porfiriato, fue tal que en los últimos años del gobierno de Díaz los *chefs de cuisine* eran demandados en los principales restaurantes de México. De París llegaron varios especialistas para dirigir las cocinas de los restaurantes, la mayoría de ellos formaban parte de los hoteles, cuya clientela compuesta en su mayoría por viajeros extranjeros, preferían un platillo francés a uno mexicano. Todo esto aunado al estilo de vida de las élites que requerían de experiencias y costumbres venidas del extranjero.³¹⁶

Por su parte, la burguesía como clase dominante, utilizó como auspiciador de la cultura, la codificación del arte culinario. Los valores entraron dentro del vasto y diverso universo del comportamiento selectivo que, desde el punto de vista económico, todo lo que viniera de Francia tenía una posición de preferencia por la distinción que les otorgaba. Este estilo podría observarse en particular por los habitantes de la parte más moderna de la ciudad: las colonias de Santa María de la Rivera, San Cosme, San Rafael, Juárez, Condesa, Roma, y los alrededores del paseo de la Reforma y de la Avenida Bucareli.³¹⁷

En las últimas décadas del Porfiriato, la cocina francesa tomó carta de ciudadanía en México debido a que los restaurantes eran atendidos por auténticos chefs de “cuisine”. Contaban con decorados al estilo galo y menús en lengua francesa. Los más conocidos eran: la Maison Dorée, situado en la aristocrática calle de Plateros, (actualmente calle de Madero), donde la élite Intelectual solía tomar café con brioches; el restaurante París ubicado en la calle de Coliseo Viejo (hoy Bolívar); el de la Bella Unión, en la calle de Palma; la Casa de Paisant, que abrió sus puertas en la segunda calle de Plateros. Las familias de la élite comían los domingos o cenaban en el restaurante Sylvain, instalado en la calle de San Francisco, núm. 20 (hoy calle de Tacuba), que más tarde cambió su domicilio a la calle 16 de septiembre núm. 51, y el restaurante Chapultepec, ubicado en el bosque de Chapultepec, donde sus cocineros eran franceses.³¹⁸

³¹⁶ Barceló, *Op.cit*, p. 48

³¹⁷ *Ibidem*, p. 49

³¹⁸ Sotomayor, *Op. Cit*, p. 33



Imagen: Raquel Ofelia Barceló Quintal, “interior del restaurante Sylvain cuyo dueño fue el chef Sylvain Daumont”, en *Restauran*, México, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, Vol.35, Número 2, marzo-abril 2012, p. 47

Las mejores fondas y restaurantes se encontraban en manos de residentes franceses, y así, lujosos cafés como el de La Concordia, o restaurantes célebres como La Bella Unión, La Maison Dorée, el Recamier o el Fulcheri, ofrecían elegantes y complicados platillos, cada uno de los cuales llegaba a costar el salario que por un día recibía un obrero. También los vecinos franceses abrieron atractivas confiterías y olorosas pastelerías, como el Globo y la Flor de México, que han mantenido más de cien años sus deliciosas ofertas.³¹⁹

Sin embargo, al lado de la admiración y respeto que la élite porfiriana sentía y expresaba por lo extranjero, y que se manifestaba también en los deseos de esta clase por degustar alimentos importados y platillos elaborados con recetas de allende el mar. Los miembros de este grupo no dejaban de disfrutar también las bondades de las delicias culinarias mexicanas. Así algunos de los recetarios para

Las clases pudientes acudían a estos restaurantes a degustar variados, abundantes y complicados platillos. Al inicio del porfiriato, en 1877, la Ciudad de México contaba con cinco mercados, el Principal, el Iturbide, Santa Catarina, el de Jesús y La Merced, a los que después se agregaron en 1888 el de San Cosme y el de Loreto, y en 1895 el de Martínez de la Torre; en ellos, y en multitud de tiendas de abarrotes la mayoría de ellas propiedad de españoles podían encontrarse infinidad de productos alimenticios que satisfacían al paladar más exigente. S.A, “Novedades por la elegancia-A la sorpresa”, *La voz de México, Hemeroteca Nacional Digital*, Universidad Nacional Autónoma de México, 01 de agosto 1876, p.(consultado el 18 de septiembre 2021, disponible en <http://www.hndm.unam.mx/consulta/resultados/visualizar/558a36f17d1ed64f16d0965b?resultado=12&tipo=pagina&intPagina=4&palabras=anuario+de+se%C3%B1oritas>)

³¹⁹ *Ibidem*, p. 44

las señoras pudientes no tenían empacho en sugerir un “Consomé al Infante”, o recetas más comunes como:

- Pato en pipián
- Conserva de xoconoxtles
- Cacaloxóchitl o flor del cuervo
- Lomo frío con pulque
- Bizcochos de frutas
- Consomé
- Pan Roberto
- Sopa de macarrones con almendra
- Huevos en mantequilla sobre tostadas de pan
- Ostiones en vino blanco
- Filetes de res con coles de Bruselas
- Espinacas a la antigua
- Huevos en nido
- Arroz blanco servido simultáneamente con huevos
- Cangrejos de agua dulce
- Espaguetti
- Ganso a la inglesa
- Ensalada Camerata
- Chiles rellenos
- Tamales de maíz cacahuazintle
- Helado
- Postre de leche
- Café

La mayoría de los cocineros eran franceses inmigrantes que encontraron trabajo en los restaurantes de los hoteles que en esa época proliferaron en el centro de la ciudad, como el Recamier, cuyo nombre correspondía al apellido de su propietario. Y que estaba ubicado en los bajos del Hotel Iturbide, 1ra calle de San Francisco núm. 12. Anteriormente estuvo en el mismo lugar el Gran Café, que por su cercanía al Teatro Principal sus asistentes solían cenar ahí con frecuencia; el Georg's dentro del Hotel Nacional; El Gran Turco, en la calle del Coliseo Viejo; su restaurante estaba a cargo de Federico Osteroth, quien fuera dueño de la fonda The Diligencios, que antaño estuvo en el Hotel Iturbide; el hotel Londres, ubicado en la calle de Arco de San Agustín, núm.7, cuyo propietario era Louis Egote; el Gillow, en la calle de San Francisco; el de San Agustín, en la calle de ese nombre; el de la Gran Sociedad,

ubicado en la calle del Espíritu Santo, llevaba el mismo nombre del hotel y ofrecía un menú afrancesado; y por último el Grand Hotel, en la calle de la Profesa, núm. 1, del francés Cazessus, que si bien no tenía restaurante contaba con un bar donde se podía beber buen vino francés.³²⁰



La gastronomía francesa, parte fundamental del buen vivir. Chocolates Deverdun, en estuches de seda decorados. **Fuente:** *El Mundo Ilustrado*, 19 de octubre de 1902.

A las principales casas importadoras establecidas desde el siglo XIX, como La Perla de La Paz, Hidalgo la Compañía, y La Torre Eiffel, se sumaron otras, como La Tienda Nueva de Miguel V. Fontan, y La Parisiense, de Emilio Garnot. En todas ellas, pero en particular en las tres primeras, se vendía una diversidad de mercancías nacionales y extranjeras, desde abarrotes, licores, vinos, cervezas y puros, hasta telas de diferentes tipos, mercería fina y corriente, artículos de fantasía y cristal, lámparas, artefactos de tocador, vajillas esmaltadas, madera de todas clases, muebles y alfombras.³²¹

En la década de 1890, algunos cafés ofrecían variedades, naciendo así otra modalidad importada de Francia: el café cantante, donde se presentaban cómicos, magos, cantantes y conciertos. Estos cafés contrataban a artistas franceses para

³²⁰ Barceló, *Op.cit.*, p. 50

³²¹ Edith González Cruz, en *Modos de vida entre las élites porfirianas en la ciudad de La Paz*, México, Universidad Autónoma de Baja California Sur, volumen 1, número 1, enero-junio de 2017, p. 12

atraer a la clientela gala y mexicana, como el cómico llamado monsieur Lapauvre, quien entonaba canciones galas del género bufo.

Al finalizar el siglo XIX se inauguró el restaurante Chapultepec, situado al pie del Castillo, convirtiéndose en el sitio para comidas íntimas y familiares. Era un pabellón metálico con amplios vidrios a manera de paredes, contaba con una amplia terraza, donde se podía contemplar la frondosidad de los ahuehuetes y escuchar, los jueves y domingos, el quinteto Jordá que deleitaba con su música a los comensales. Su chef, el francés Mascime, era famoso por ser el cocinero preferido de los políticos que organizaban sus banquetes ahí. Durante las Fiestas del Centenario este chef preparó el menú para el banquete que Enrique Creel, Secretario de Relaciones Exteriores, organizó el día 17 de septiembre para los cuerpos diplomáticos.³²²



Imagen: Raquel Ofelia Barcelo Quintal, “Restaurante Chapultepec”, ubicado en el Bosque de Chapultepec. En *Restauran*, México, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, Vol.35, Número 2, marzo-abril 2012, p. 47

Una de las pastelerías más prestigiosas durante el Porfiriato fue la Dulcería Francesa, cuyo propietario era Henri Nicolás Deverdun, originario de Bordeaux, llegó a México como soldado francés en la Guerra de Intervención y se quedó cuando las tropas retornaron a su país en 1867. Antes de ser pastelero, abrió en la ciudad de México una tienda de vinos, la cual no prosperó, cerró el negocio y buscó trabajo con un compatriota suyo, Thomas Devers, anterior dueño de la Dulcería Francesa, ubicada en la calle del Espíritu Santo núm. 2, hoy Isabel La Católica.³²³

³²² Barceló, *Op.cit*, p. 52

³²³ S.A, “Dulcería y pastelería”, *La voz de México, Hemeroteca Nacional Digital*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1876, p.(consultado el 18 de septiembre 2021, disponible en

Las pastelerías afrancesadas eran lugares de moda, como El Globo, propiedad de Celestino Tenconi de nacionalidad italiana, ubicada en la calle de San Francisco y Coliseo Viejo, hoy Madero e Isabel La Católica, el cual abrió sus puertas desde 1884. Fue una pastelería muy solicitada por la sociedad porfiriana, y a petición de burócratas y oficinistas que trabajaban en el centro, sus dueños instalaron un pequeño salón de té atendido por la señora Tenconi, donde acudían éstos a tomar té con rebanadas de pastel, panes o bocadillos. Fue conocido como “Salón Tenconi”, y contaba con bellas decoraciones estilo *art nouveau*.

Al inicio del siglo, cuando el señor Tenconi tenía quince años, empezó a vender caramelos cuyas envolturas fueron muy originales pues en fondo blanco unas tenían el calendario azteca y otros diversos retratos de héroes, gobernantes y personajes prominentes de la República. Para la atención de la clientela contrató a varios meseros, que atendían vestidos con frac y corbata blanca, como los del restaurante “Pré-catalán” del parisino Bosque de Bolonia.

La presencia del tranvía y trenes locales en la Ciudad de México significó mayor movilidad y produjo cambios en la vida y hábitos de los ciudadanos; y el reposo y los beneficios de la naturaleza se incluyeron en las prácticas del ocio. La organización de los viajes como esparcimiento y meriendas campestres fueron importantes para la convivencia familiar. La clase acomodada se iba a pasear los fines de semana a Tacubaya, San Ángel, Tlalpan, Coyoacán, y Xochimilco. Jeanne Roux, dueña de la hostería Ville de Roses, en Tlacopac, poblado donde abundaban los árboles frutales, enredaderas multicolores, rosales y tulipanes; trasladó su negocio a San Ángel, en el año de 1910, en una casa de ambiente colonial que convirtió en hotel y restaurante, sitio al cual denominó San Ángel.

Madame Roux ofrecía banquetes y alquilaba los jardines de su restaurante para bodas que, a pesar de su lejanía de la capital, eran frecuentemente utilizados por las familias que solían pasar ahí los fines de semana para descansar, y tomar en la

<http://www.hndm.unam.mx/consulta/resultados/visualizar/558a36f17d1ed64f16d0972d?resultado=18&tipo=pagina&intPagina=4&palabras=anuario+de+se%C3%B1oritas>

terrazza del hotel un desayuno a base de frutas, café y mermeladas; o solían disfrutar una rica cena entre flores de heliotropos que perfumaban el ambiente, con música y baile. Durante las fiestas del Centenario de la independencia, los representantes de Perú y el de Colombia eligieron el San Ángel por su ambiente natural para obsequiar al ministro de Relaciones Exteriores de México, Enrique Creel Cuitly, en un banquete que se celebró el 2 de octubre de 1910.³²⁴



Imagen: Raquel Ofelia Barceló Quintal, “Restaurante de Chapultepec”, en *Restauran, México*, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, Vol.35, Número 2, marzo-abril 2012, p. 52

4.3.3 El modelo de la casa porfiriana

En cuanto al menaje de la casa, éste también cambió. Atrás quedaron los muebles hechos con troncos de madera y cueros de res, así como aquellos utensilios toscos elaborados de madera, cuero, barro, palma y fibras obtenidas de los cactus. El referente para el nuevo ajuar fueron algunas ciudades de Europa donde el diseño de los muebles correspondía con la estructura interna de la casa, además de responder a las necesidades de confort, elegancia y privacidad.³²⁵

³²⁴ *Ibidem*, p.55

³²⁵ González, *Op.cit*, p. 13



Imagen: Interior de una casa porfiriana, finales del siglo XIX. Fuente: Genaro García, Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la Independencia de México.

De moda se pusieron las sillas, sillones, sofás, y confidentes austriacos, poltronas, canapés y rinconeras,³²⁶ muebles que no faltaron en los vestíbulos, salas y comedores de las casas de los principales comerciantes y empresarios acaudalados, los cuales se vieron complementados con objetos de decoración: espejos biselados, estatuas de bronce, mármol y porcelana, cuadros, pinturas, jarrones de porcelana, floreros de loza japonesa, alfombras, cortinas y lámparas, sin faltar el piano. En las recámaras, algunas con alfombra, además de camas de madera, hierro y latón, había roperos con espejos, burós, tocadores, portavestidos, poltronas, perchas, y cuadros con imágenes sacras.

³²⁶ Confidente: Una banca o sillón de asientos dobles, pintados de blanco o forrados en seda cuyo diseño hace que quienes se sienten en ellas queden frente a frente.

Poltrona: Sillones muy cómodos, generalmente más bajos que los normales.

Canapé: Un canapé es un mueble similar a un sofá. Se caracteriza por la presencia de brazos y por ser acolchado en el asiento y en el respaldo. Este mueble surgió durante el reinado de Luis XIV en Francia en el siglo XVII.

Rinconera: Estantes o mesas altas de forma triangular que se colocaban en las esquinas de una habitación como bases para colocar adornos.



Imagen: Casa de la Sra. Braniff, finales del siglo XIX. Los jardines aislaban a las casas de la calle. Fuente: Genaro García, *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la Independencia de México*.

La cocina contaba con estufa, trastero de caoba, nogal o cedro, mesas, molino para café y nixtamal, cristalería y loza. El baño, que había entrado a la casa, se integraba de un excusado inglés, lavabos de mármol, tina con llave, y aparador con espejo. Un elemento más que lucía en esas construcciones era el jardín, aderezado con diversas plantas dispuestas en macetas y maceteros con columnas, así como palmeras y árboles frutales, como parras, naranjos e higueras.³²⁷ Buena parte del menaje y adornos era importado; otra era traída del interior del país, y alguna se elaboraba en la propia ciudad, entre ellos muebles de madera y objetos de hierro, según se infiere de los anuncios que aparecían en la prensa, así como del incremento en el número de carpinteros y herreros encargados de la elaboración de todos estos muebles, tendencia que se registró entre 1869 y 1910.



Imagen: Raquel Barceló, *Historia de la Vida cotidiana*, México, Facultad de Estudios Superior, 2005, p. 222

³²⁷ *Ibidem*, p. 19

Además del confort y el lujo en las mansiones, la mujer vio aligeradas sus tareas en el hogar con el uso de la estufa (de petróleo), el molino para café, y otros objetos, como las neveras, únicamente para las clases privilegiadas, que evitó la distracción en las compras diarias para la comida. Empezó también el uso del retrete inglés, aunque con desagüe a una letrina por falta de drenaje, lo que implicó una mayor higiene en la casa. Entonces el ama de casa pudo entretenerse en la repostería y la costura, pues entre los utensilios de la casa había moldes para hacer “kekis y pan” y máquinas de coser de la marca Singer (que se introdujo en el año de 1880) y que se promovía para su venta en la prensa local . Asimismo, la señora de la casa tuvo tiempo para distraerse en la música, en labores de beneficencia, y organización de eventos sociales.³²⁸

Otro tipo de vivienda fue la de los sectores medios: pequeños y medianos comerciantes y empresarios, profesionistas, funcionarios y empleados, que también se hicieron eco de la modernidad, acorde con sus propias circunstancias económicas, pues su heterogeneidad se expresó en sus ingresos. Se sabe que el capital en giro de los comerciantes y empresarios oscilaba entre los 3.000 y 4.000 pesos, mientras que el salario diario de los funcionarios iba de 3.29 a 10.96 pesos. De ahí que su viaje a la modernidad fuera tan parsimonioso y sin gran fastuosidad en algunos de esos sectores; quizá en los más pudientes, el ansia de consumo para emular a la élite fue mayor. Lo que evidencian algunas fotografías y documentos de la época es que las casas, en su mayoría, fueron de una sola planta, aunque hubo algunas de dos. Fueron construidas de ladrillo, y sin mucha ornamentación exterior; quizá tampoco gran ostentación en el menaje y decorado, pero incorporando los principios de intimidad y confort.

La mayoría de esas mansiones estaban decoradas con sedas italianas, damascos, cretonas inglesas, *moirées* y satines de Francia; sus salas mostraban muebles de Aubusson con alegorías de la mitología romana. Tenían cómodas de *bouille* y marqueterías inglesas, en sus paredes colgaban cuadros a la moda inglesa y francesa con escenas de caza y paisajes montañosos. O bien mostraban retratos

³²⁸ *Ibidem*, p. 20

que seguían a pie juntillas los dictados de las escuelas Reynolds, Lawrence o Nattier, o de la escuela francesa de Boucher y Langriellet. Las escenas bucólicas corrían por cuenta de pintores que seguían los pasos de Greuze o de Chardin. Solo por excepción en algunas de estas mansiones se hacía presente el arte del Virreinato.

En el primer gobierno de Porfirio Díaz se prohibieron las corridas de toros en el Distrito Federal y otros estados importantes, incluso Zacatecas y Veracruz. Esta restricción duró hasta 1888, año en que se permitieron otra vez en la capital, los estados mencionados y el resto del país. Dos causas pueden explicar esa prohibición; una de ellas probablemente haya sido la ambición política y nacionalista de Díaz, pues quería éste el reconocimiento diplomático y político de Estados Unidos y Gran Bretaña, países que criticaban duramente el atraso de la sociedad mexicana, y describían al país como una tierra de bandidos que tenía un gobierno inestable, que no pagaba sus deudas, y que además se complacía en la crueldad con los animales, refiriéndose a las corridas de toros como simple hostigamiento al animal, puesto que en ellas se les atormentaba a los toros para distracción del público, y se les mataba sólo cuando la multitud caía en el aburrimiento. Al prohibir las corridas en la capital, en un puerto tan grande como Veracruz, y en Zacatecas, la principal zona minera, pocos extranjeros verían el espectáculo, con lo que el dictador afianzaría su imagen de reformador que sacaba a México de la barbarie para colocarlo en la comunidad de las naciones occidentales.³²⁹

A pesar de que muchas de las haciendas tenían capillas con esculturas estofadas o poseían figuras religiosas de marfil tallado en Filipinas o Goa, el arte prehispánico por supuesto que estaba descartado de antemano pues ninguno de los porfiristas se atrevía a romper con los cánones estéticos previamente establecidos. A pesar de las largas temporadas que pasaban en las capitales europeas, sobre todo en París, no quisieron traer a México las obras de Monet, Manet, Renoir o Toulouse-

³²⁹ *Ibidem*, p. 276

Lautrec, que aún se compraban por nada, ellos se conformaban con repetir el gusto palaciego del siglo XVIII.³³⁰

En esas mansiones había grandes salones, en donde los invitados se reunían para conversar y escuchar música en los primeros fonógrafos o en las pianolas, siempre que alguien de la familia no tocara el piano en algunas de las casas Erard, Steinway o Brodwood. Por supuesto que los varios miembros de la familia tocaban instrumentos de cuerda y también se formaban grupos de cámara. En los patios posteriores de las residencias estaban los baños, la lavandería, los cuartos de criados y las cocheras.

Además de las lujosas mansiones los porfiristas adinerados tenían a su disposición casinos, restaurantes e hipódromos, teatros, casas de campo y coches. Uno de los centros sociales de mayor importancia en la capital era el Jockey Club, el cual fue fundado por Manuel Romero Rubio, el suegro del general Díaz. Se ubicaba en el llamado “Palacio de los Azulejos” donde los principales hacendados; comerciantes y banqueros se reunían para jugar *bridge* y emular a los socios de los clubes ingleses y franceses.³³¹

Todas las residencias daban un nuevo tono al paisaje urbano de la capital mexicana por la circulación de esos Peugeot, Fiat, Panhard, o Benz, que llegaban al país y empezaban a reemplazar a las berlinas y sedanes jaladas por caballos. En tanto en la ciudad de México al igual que en las de toda la República, se había ido sustituyendo las viejas construcciones, o cuando menos se habían remodelado las fachadas de las antiguas para darles un toque francés. Quizá uno de los cambios más significativos en la decoración de las mansiones de las clases altas fue la adopción del *Art Nouveau*, desde la ciudad de México hasta la lejana Chihuahua, donde existen ejemplos notables de esta escuela francesa: la “Casa Requena” y la “Quinta Gameros”.³³²

³³⁰ Rafael Tovar y de Teresa, “Lugar donde pasar las fiestas”, *El último brindis de Don Porfirio*, México, Taurus Historia, 1° edición, 2010, p. 128

³³¹ *Ibidem*, p. 129

³³² *Ibidem*, p. 130

4.3.4 Casa de juego

La influencia extranjera en los juegos de azar se fortaleció hacia el año de 1890, en que varios grupos de la élite establecieron en los clubes y casinos sus centros de actividades. La sensación de compartir los estilos extranjeros llevó a los mexicanos pudientes y de clase media alta a dejarse persuadir por las maneras y diversiones de otras naciones avanzadas de occidente, tal es el caso que impulsó las carreras de caballos. Fue en el año de 1840 cuando se organizaron los clubes para que hubiera carreras de caballos regularmente, como el jockey club con sede en la Casa de los Azulejos y el Piñón Tuff Exchange, en donde también corrían las apuestas. El hipódromo de Paravillo; pasó de ser un centro social a una estación indispensable de lobby político y producción de modas y costumbres, lo mismo que el hipódromo suburbano de Indianilla, donde el equipo extranjero permitía apostar al estilo parisino.³³³

Las carreras de caballos al estilo inglés, dentro de un hipódromo, ocurrieron a partir de 1857 en el Rancho de Nápoles, aunque fue muy fugaz su existencia. En 1881 nació la Sociedad Mexicana de Carreras y sus integrantes conformaban el Jockey Club Mexicano. Su intención era edificar un recinto en el que se efectuaran carreras dentro de un terreno con forma de óvalo. Es así como nace el llamado Hipódromo Mexicano, más conocido como el Hipódromo de Peralvillo, mismo que se inauguró el 22 de abril de 1882, y ya en estas instalaciones se daban cita políticos, aristócratas y, se podían llevar a cabo apuestas.

También al Jockey Club perteneció parte de la crema y nata del gobierno porfiriano. El club contaba con un hipódromo en la hacienda de la Condesa, que sirvió de modelo para otros en distintas entidades: En las principales ciudades del país como

S.A, "Novedades del Año Nuevo, el vino", *La voz de México, Hemeroteca Nacional Digital*, Universidad Nacional Autónoma de México, 19 de diciembre 1880, p.(consultado el 18 de septiembre 2021, disponible en <http://www.hndm.unam.mx/consulta/resultados/visualizar/558a372c7d1ed64f16d41ff4?resultado=4&tipo=pagina&intPagina=4&palabras=anuario+de+se%C3%B1oritas>).

³³³ S.A, "El régimen porfirista y la influencia extranjera: De las carreras de caballos a los Hipódromos", en *La azarosa Historia de los juegos de azar en México*, México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2018, p. 50

Veracruz, Amatlán, León, Matamoros, Guadalajara y Chihuahua las élites locales no tardaron en fundar sus respectivos Jockey Club donde se hacían sus apuestas. El de Indianilla (hoy son las calles Claudio Bernard 11, Doctores, Cuauhtémoc), que se inauguró en 1895 a la orilla del camino de La Piedad, contaba con un equipo para las apuestas. En los hipódromos o en los clubes, para efecto de las carreras de caballos, se reunían o coincidían políticos y aristócratas nacionales y extranjeros. Además de los hipódromos, las peleas de box se convirtieron en otro espacio potencial para los apostadores, el cual hacia finales del siglo XIX ya era promovido por los extranjeros asentados en México.³³⁴

4.3.5 Deportes

En Pachuca, los mineros organizaban competencias de lucha vernácula mientras sus patrones ingleses jugaban fútbol, juego en el campo que años después se ha convertido en el deporte de masas más importante. Muchos ingleses asistían también a los partidos de cricket en el Reforma Athletic Club, y habían formado un equipo de rugby para retar al del Rugby Union Football Club de Pachuca, el cual, según proclamaba, estaba dispuesto a viajar a cualquier parte de la república para jugar un partido. Otros equipos surgieron en Monterrey, en Ciudad Porfirio Díaz.³³⁵ Los mexicanos acomodados que asistían a estos espectáculos organizaron su propio Club Atlético, para jugar cricket primero, y luego béisbol contra equipos extranjeros.³³⁶

Los yanquis practicaban sus deportes favoritos en el México porfiriano. En Churubusco fundaron un Country Club que tenía campo de golf, canchas de tenis, una sala para teatro, bailes y conciertos y alojamiento para los viajeros. Otros

³³⁴ *Ibidem*, p. 51

³³⁵ El 1 de diciembre de 1888, la Villa de Piedras Negras en Coahuila adquirió la categoría de ciudad con el nombre de Ciudad Porfirio Díaz en honor del presidente de la República. En 1911 el general Venustiano Carranza, al triunfo de la Revolución Mexicana, le devolvió su antiguo nombre de Piedras Negras.

³³⁶ William Beezley, *El estilo Porfiriano: deportes y diversiones de fin de siglo*, Estados Unidos, North Carolina State University, 1974, p. 268

norteamericanos fundaron el “Reforma Country Club” que contaba con canchas de tenis, béisbol, cricket y espacio para deportes de pista, actividades en las que participaban extranjeros y mexicanos por igual. También fundaron el “Monterrey Gymnastic Club” para quienes se interesaban en el juego de malabarismo con mazas de origen indígena, cultura física, boxeo, lucha, deportes de pista, y béisbol.

Algunos extranjeros abrieron clubes en donde, mediante un pago, el público recibía adiestramiento e instrucción en atletismo. Jimmy Carroll un millonario norteamericano era dueño y administrador del Mexican National Athletic Club. Tenía un cuerpo de instructores de boxeo en el que él mismo participaba, enseñando pugilismo. Otro centro de adiestramiento deportivo que rivalizaba con el suyo era el American Olympic Club, administrado por el campeón de box Bill A. Clark, quien enseñaba boxeo y gimnasia a jóvenes aficionados extranjeros y mexicanos. Otro extranjero llamado H. T. Roberts alquilaba ropa y equipo en su establecimiento llamado Bicycle Riding School, situado en el Paseo de la Reforma.³³⁷

La élite mexicana adoptó el estilo de las recreaciones de la alta sociedad norteamericana e inglesa. El Lakeside Sailing Club, cuyo grupo internacional de miembros incluía también a varios mexicanos que organizaban regatas en los lagos de Chalco y Xochimilco y, por lo menos una vez, sus socios viajaban a Veracruz para navegar con el club de yates de esa ciudad. Este mismo club competía a menudo con el equipo de remo de la Escuela Nacional Militar.³³⁸

El patinaje sobre ruedas era muy popular en la sociedad mexicana. Por lo cual el Cabildo de la Ciudad permitió en 1895 la construcción de una pista de hielo hecha de madera en la Alameda. Los jóvenes de la élite mexicana alquilaban patines y se deslizaban por la pista decorada con escenas invernales; organizaban competencias, en las que la habilidad de los patinadores mexicanos competía con la de los extranjeros. Los torneos navideños de polo contaban también con la participación de caballeros de la aristocracia.

³³⁷ *Ibidem*, p. 270

³³⁸ *Ibidem*, p. 268

Las carreras de caballos eran por los años de 1890, la recreación más atractiva en México. El Jockey Club, que tenía su sede en la Casa de los Azulejos, era el centro de reunión de la sociedad masculina de la época. Mexicanos y extranjeros frecuentaban el *Piñón Turf Exchange* en donde los aficionados intercambiaban información sobre los caballos, colocaban apuestas y organizaban y planeaban nuevas carreras. El lugar servía también de club, ya que contaba con salones de lectura, y venta de bebidas y tabaco para la concurrencia. Los criadores de caballos patrocinaban a menudo carreras en el hipódromo de Peralvillo.

La aristocracia del periodo porfirista se reunía en el Jockey Club, elegante casa de juego que tenía entre otras comodidades baños de agua caliente y fría, salas para fumar, dormitorios para la hora de la siesta, y un restaurante donde se servían selectos platillos franceses, chinos, e italianos por que la gastronomía mexicana y la española eran consideradas groseras al paladar.

Para trasladarse de sus palaciegas residencias a los lugares de concurrencia social, los aristócratas porfirianos usaban carretas con el escudo heráldico de la familia grabado en las portezuelas, guiadas por dos mozos de librea, uno que se encargaba de conducir a las bestias y otro que abría y cerraba las puertas del carruaje tendiendo la mano a sus ocupantes.³³⁹

Muestran estos datos lo que las carreras de caballos significaban para la sociedad mexicana para finales del siglo XIX. En ocasiones como éstas las damas concurrían vestidas con atuendos de última moda, afán de exhibición que llevó a los propietarios extender el espacio cubierto de césped frente a las graderías. Pero lo que era más significativo es que las carreras daban oportunidad a los varones mexicanos y extranjeros para demostrar su audacia ante el peligro. Para muchos, el riesgo se hallaba en aquellas carreras en las que participaban los propietarios de caballos. En Indianilla estaba el club deportista, favorito de México.

Por su parte los jóvenes de la élite ocupaban la mayor parte de su tiempo en charlas con los amigos congregados en los portales, y de vez en cuando aprovechaban el

³³⁹Beezley, *Op.cit.*, p. 272 y ss.

tiempo para lanzar piropos a las damas. Era común verlos de vez en cuando guiando los coches de sus padres, provocando envidia en no pocos transeúntes. Las mujeres por su lado también querían llamar la atención, y para lograrlo tardaban varias horas en el arreglo de su atuendo personal, para lo cual contaban con la ayuda de varias doncellas que estaban a su servicio. Las damas porfirianas se esmeraban en parecer más bellas ante sus pretendientes, y así lograr la unión de fortunas con alguno de ellos.³⁴⁰

4.3.6 Tiendas departamentales

La historia de los grandes almacenes en México empieza con Victor Gassier y Alexandre Reynaud, como dueños de un cajón (almacén) de ropa llamado Fábricas de Francia, quienes se asociaron con José Tron y José Leautaud para integrar una sociedad en el año 1888 en México abriendo una tienda llamada “El Palacio de Hierro”, edificio innovador en este país, con una estructura de hierro y acero (de ahí su nombre). Paralelamente, Jean-Baptiste Ebrard abrió su cajón de ropa llamado “El Puerto de Liverpool” en el año de 1847: la actual presencia de ambos complejos en todo el país demuestra que el éxito del Bon Marché en París se repitió en México con una serie de tienda llamadas: “Au Bon Marché”, “Le Louvre” y “La Botica Francesa”, también llamadas “Las Fábricas de Francia”, y que fueron los primeros grandes almacenes abiertos en las últimas décadas del siglo XIX en la Ciudad de México.³⁴¹

³⁴⁰ *Ibidem*, p. 273

³⁴¹ Le Bon Marché (literalmente, "el mercado bueno", o "el buen trato" en francés: era una tienda de departamentos en París. Fundada en 1838 y renovada casi por completo por Aristide Boucicaut en 1852. Fue uno de los primeros grandes almacenes modernos.

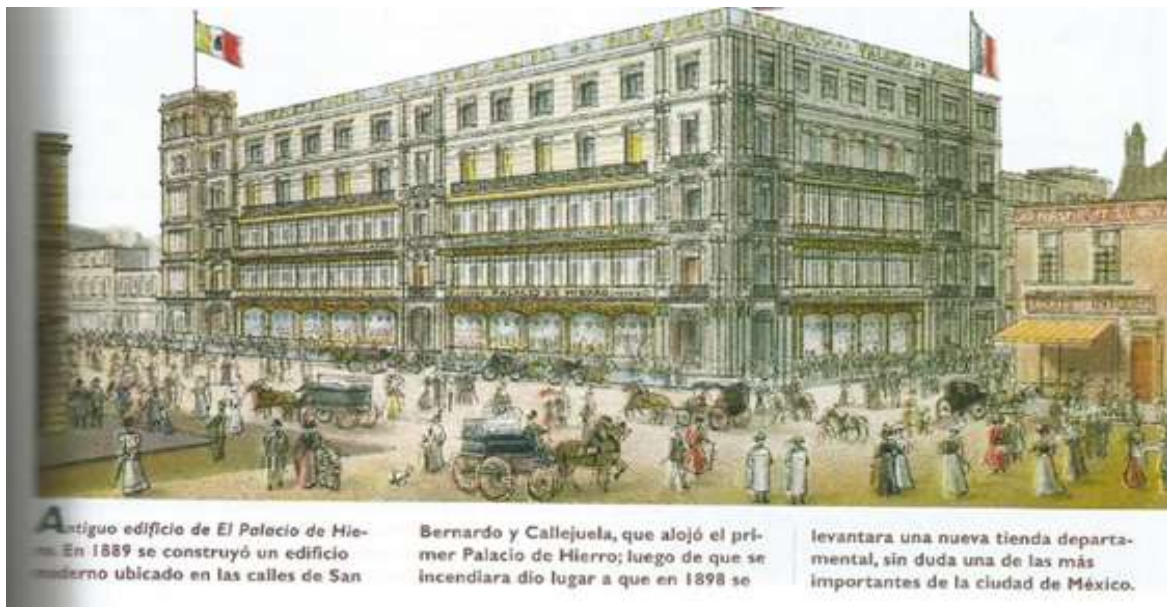


Imagen: Asunción Lavrín, *Museo del traje mexicano*, México, vol. V, p. 375

Las “Fábricas Universales”, otros comercios en el centro de la Ciudad, siguieron el mismo paso que los anteriores.



Imágenes: *Escaleras monumentales de las Fábricas de Francia*, Puebla, Fotografía Circa.

Al inicio del siglo XX se construyó un edificio hecho de hierro y vidrio, luminoso, con una estructura metálica y una escalera monumental, todo hecho para impactar la vista y provocar expectación en la gente llamado “El Palacio de Hierro” ubicado en el centro de la Ciudad.³⁴²

Participando en la transformación arquitectónica de las urbes mexicanas, los grandes almacenes buscaban retomar la modernidad parisina, la técnica y estética

³⁴² *Ibidem*, p. 57

del siglo de la Industria, y la innovación y visibilidad de materiales nuevos como el hierro y el vidrio. En la ciudad de México El Palacio de Hierro, El Puerto de Liverpool, Las Fábricas Universales, El Puerto de Veracruz, El Correo Francés y el Centro Mercantil, cambiaron el escenario comercial y hasta el arquitectónico.

A inicios del siglo XX también se inauguraron grandes almacenes en otras ciudades del país, como Guadalajara donde se abrieron “Las Fábricas de Francia y la Ciudad de Londres”; San Luis Potosí, donde se abrió “La Ciudad de Londres”; en Puebla se inauguraron los “Nuevos Almacenes de la Ciudad de México, como la primera versión del Palacio de Hierro en la capital del país, cuya construcción comprendería de 1888 a 1891. La transformación de una tienda ubicada en el Portal de las Flores en la Ciudad de México y cuyo propietario fue Joseph Tron, representó la transición comercial entre el tradicional “cajón” y la gran tienda o almacén de corte parisino.

El mostrador en la planta baja arruinó todo parecido de la tienda con los grandes almacenes de París. Sin embargo, sólo había que subir al segundo piso para encontrar productos ‘acomodados y dispuestos aún mejor que en el Louvre o en el Bon Marché’. Había departamentos dedicados a diferentes telas: uno para algodón blanco, otro para sedas, etc. Había otros especializados en diferentes productos textiles como blancos, pañuelos y corbatas, ropa interior para hombre, para mujer, y para niños, tapicería y alfombras; también había departamentos de muebles, sombreros, sombrillas y paraguas, y artículos de París.³⁴³

Siguiendo el ejemplo en la arquitectura parisina “haussmannien” y el auge tecnológico de principios del siglo XX, los grandes almacenes se volvieron el símbolo de la modernidad. Pronto abandonaron la iluminación de gas y se dotaron de escaleras y elevadores eléctricos. Sus mercancías estaban al alcance tanto del presupuesto de la clase modesta, como de los lujos en el vestir y en el mobiliario de la aristocracia. Este modelo innovador se enfocó en su clientela principal: la nueva burguesía, es decir la clase capitalista, cuyo poder adquisitivo le permitía comprarse productos que definían un estatus social y económico más alto. Las mujeres jóvenes se vestían de blanco para los grandes eventos, y apegadas a su papel de amas de casa no solían salir solas por las calles sin ir acompañadas de una chaperona o un miembro de la familia.

³⁴³ Leticia Gamboa Ojeda, *Un edificio francés en Puebla. Origen, usos e imágenes de una edificación centenaria, Educación y Cultura*, CONACULTA, Puebla, México, 2013, p.200

Para ir de compras a los grandes almacenes, las mujeres debían salir decorosamente vestidas, y así, poco a poco se fue creando la imagen de la mujer moderna en las primeras décadas del siglo XX. Un nuevo estilo de vida burguesa se va generalizando y se expande hacia la clase media: *todos los que van al “Bon Marché” comparten el mismo espacio, se asiste a una “democratización del lujo”*.³⁴⁴



7. Departamentos de perfumería y de loza fina, Las Fábricas de Francia, Puebla. Fotografía circa 1923. En Gamboa, 2013: 40

4.4 Artículos de lujo

Al finalizar el siglo XIX, el incremento en la producción industrial y el correspondiente aumento en la capacidad adquisitiva, trajeron consigo cambios importantes en las principales ciudades mexicanas, lo que incidió significativamente en la conformación de una cultura del consumo, lo que al identificarse con los valores de la modernidad estableció una serie de patrones indicativos que subrayaban la pertenencia a determinado estrato social. Los patrones de consumo constituyeron estructuras mentales que revelaban el aprecio a ciertos bienes materiales y a un estilo de vida en el que, el progreso y el bienestar eran fundamentales.

Fenómeno eminentemente urbano, el consumo, reflejaba la idea de que ellos mismos pertenecían a las altas esferas o a las capas más acomodadas del Porfiriato, al considerarse parte de los grupos progresistas que veían en la modernización del país un impulso de carácter nacionalista, y se declaraban partidarios de adelantos tecnológicos, aparatos extranjeros, gustos culinarios, modas francesas, y hábitos y costumbres fuertemente influenciados por modelos

³⁴⁴ *Ibidem*, p. 200

culturales europeos y estadounidenses. Estos mexicanos ilustrados se consideraban a sí mismos “gente decente” en contraparte con los conceptos de vulgo, o populacho.

El pueblo en general contaba con la prensa de la época, como un medio adecuado y eficiente para estar al tanto del progreso y la modernidad por medio de los numerosos magazines ilustrados que irrumpieron en las últimas décadas del siglo XIX en todas las grandes ciudades del país. Los diversos anuncios de productos extranjeros que se publicaban en estas revistas constituían un buen catálogo de opciones para adquirir bienes y servicios.

El tercer elemento en la cadena consumista de esa época lo constituían las novedosas y grandes tiendas departamentales, que guardaban una gran semejanza con las francesas en la ciudad de México, y con gran influencia estadounidense en el norte del país.³⁴⁵

Por otro lado, existía una clara tendencia en el gusto de las élites hacia los productos extranjeros. Al respecto el siguiente texto de Andrés Molina Enríquez, publicado en 1909:

*Los extranjeros y los criollos son los dueños de nuestras fábricas de hilados y tejidos, y no usan las mantas ni los casimires que sus fábricas producen: visten generalmente de telas europeas, usan sombreros europeos o norteamericanos, calzan zapatos norteamericanos, viajan en carruajes norteamericanos o europeos, decoran sus habitaciones con arte europeo, y prefieren, en suma, todo lo extranjero a lo nacional; hasta la pintura, la literatura y la música con que satisfacen sus gustos y divierten sus ocios, tienen que traer el sello extranjero.*³⁴⁶

Respecto a los bienes de consumo, los aparatos eléctricos como los fonógrafos, las grandes lámparas, y los enormes candiles en las residencias de la clase privilegiada constituían el milagro aportado por la electricidad. Provenían en su mayoría de la pujante industria norteamericana y podían adquirirse por catálogo o directamente en la *Mexican General Electric Company* de San Juan de Letrán. Pero los productos franceses, principalmente la ropa, las telas, los accesorios en los atuendos para

³⁴⁵ Julieta Ortiz Gaitán, “Ciudad de México durante el Porfiriato, el París de América”, *México Francia Memoria de una sensibilidad común; siglos XIX-XX, México: Centro de estudios mexicanos y centroamericanos*, Tomo II, 1993, p. (consultado el 12 de septiembre del 2021, disponible en <https://books.openedition.org/cemca/843?lang=es>).

³⁴⁶ Andrés Molina Enríquez, “Datos de nuestra Historia Lejana”, *Los Grandes Problemas Nacionales*, México, Biblioteca Constitucional, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, Secretaría de Cultura, 2016, p. 46

salir como: los paraguas, los guantes, las bolsas, los sombreros, los cosméticos en las mujeres; y los sombreros, los bastones, los zapatos, los fustoles, los guantes y otros objetos suntuarios y de arte en las casas, ocupaban un primer lugar en el gusto y la preferencia en las más altas capas de la sociedad.³⁴⁷

Los habitantes de la ciudad de México, el París de América, tenían a su alcance productos franceses que podían adquirir en un área comercial definida desde el siglo decimonónico. Este centro se ubicaba en las calles de Plateros (hoy Madero), la Monterilla, del Empedradillo, del Relox, Porta Coelli, la Profesa, San Francisco, el Refugio, el Portal de las Flores y San Bernardo, (hoy primer cuadro de la ciudad).

Ahí se encontraban los joyeros, los restauranteros, los camiseros, los confiteros, los sastres, los comerciantes de toda clase de objetos europeos que adornaban y engalanaban las grandes mansiones de las familias de más alta alcurnia del Porfiriato.

La gastronomía fue uno de los aspectos donde mejor se manifestaba aquella gran influencia francesa, según afirmaba un “bon vivant” representante del buen vivir. en esa época, como José Juan Tablada Acuña.³⁴⁸ Los restaurantes se preciaban de contar con chefs de mucha fama, o en ocasiones, con especialistas en la preparación de cócteles novedosos como los “martinis”, cuyo gusto se generalizó rápidamente en lugares como el *Café Restaurante Chapultepec*, que se anunciaba como *El rendez vous* de México. En cualquier restaurante de la calle de Plateros o del Coliseo Viejo se podían degustar platillos de carne, aves y mariscos, como un filete de venado guarnecido con puré de castañas, o un tournedó (corte transversal de carne de res), en el restaurante Sylvain Daumont rociado con los mejores vinos de Borgoña o Burdeos. Y ni qué decir de las pastelerías y confiterías más exclusivas

³⁴⁷ Ortíz, *Op.cit*, p. (<https://books.openedition.org/cemca/843?lang=es>)

³⁴⁸ José Juan Tablada Acuña fue un poeta, periodista y diplomático mexicano, reconocido como el iniciador de la poesía moderna mexicana, y se le atribuye la introducción de la literatura hispana modernista en Japón. S.A, *Busca Biografías*, México, 2018, disponible en: <https://www.buscabiografias.com/biografia/verDetalle/4072/Jose%20Juan%20Tablada>.

donde se podían probar los deliciosos petitfours y gateaux (especie de mofins) de todo tipo.

Para tener una idea de las “últimas novedades”, en la moda de esos tiempos, un buen ejemplo lo fue la tienda *Le París Charmant*, que funcionaba como gran sedería, bonetería y confecciones exclusivas. Establecida en la 2° de Plateros núm. 2, ahí se vendían confecciones austríacas, parisienses y alemanas; calzado americano y francés; listones, guantes, flores, encajes, sedas para coser y bordar, hilo de todas clases y surtido primoroso de peinetas, pasadores y horquillas para el pelo; medias, abanicos y toda clase de postizos para el cuerpo y el pelo; paraguas, sombrillas, corsés, alhajas de imitación, porcelana, etc.

En 1894, los barcos procedentes de Europa llegaban cada mes al puerto de Veracruz, con mercancías para las tiendas de Signoret Honnorat y Cía. Estos almacenes contaban para sus clientes con un *servicio especial de entregas para el interior de la República*.³⁴⁹

*Vasto, variado y abundante surtido de efectos de ropa y toda clase de artículos de lujo. Novedades de moda por los vapores de cada mes. (Al Puerto de Veracruz, El Mundo Impreso, 9 de agosto de 1896.*³⁵⁰

Los llamados “cajones de ropa” consistían en una espaciosa sala con un amplio mostrador que dividía los espacios de compraventa. Esta distribución sufrió modificaciones sustanciales con los nuevos esquemas arquitectónicos de las tiendas departamentales:

*En la última década del cambio de siglo. El cajón de ropa llamado «Las Fábricas de Francia» que se encontraba en el Portal de las Flores, allá por 1850, se transformó cuando sus dueños, Eduardo Gassier y Alexandre Reynaud, asociados con Joseph Tron y Joseph Leautaud, comenzaron a construir en 1888 un rascacielos de cinco pisos destinado a tienda departamental en la esquina de la calle de San Bernardo y la Callejuela. La gran estructura de hierro de la construcción hacía que la gente se preguntará por aquel palacio de hierro que se construía con espectacularidad para asombro de muchos (De ahí su nombre: el Palacio de Hierro, a esta primera y más antigua tienda departamental en la Ciudad de México).*³⁵¹

³⁴⁹ Molina, *Op.cit*, 48

³⁵⁰ *Ibidem*, p.48

³⁵¹ Lillian Briseño Senosiain, *La solidaridad del progreso. Un paseo por la Ciudad de México en el Porfiriato*, México, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey Santa Fe, 2006, pp 187-188

La introducción de la electricidad en México en los últimos años del Porfiriato tuvo un impacto social mucho más importante que el referido al monto de las inversiones, la cantidad de material y maquinaria importada e instalada, o el trabajo de cientos de mexicanos que colaboraron con su esfuerzo para introducir la modernidad en este país, según indican las fuentes.³⁵² Dicho impacto excede, de igual manera, la realidad que retrataron las modernas cámaras durante el Centenario de la Independencia, centradas en capturar el glamour y la frivolidad de la oligarquía y la gerontocracia porfiriana. En el plano de la infraestructura, el desarrollo y extensión de los ferrocarriles se llevó, sin duda, la mayor tajada de las inversiones y de la atención de los testigos de la época.

Al introducir la electricidad se contó con la energía indispensable para mover los motores que requería la industria: para alumbrar las calles, las fábricas y los hogares mexicanos, y para generar junto con el resto de los inventos y desarrollos tecnológicos que se introdujeron en aquella época, toda una nueva forma de vida y cotidianidad que para muchos significó pertenecer al selecto grupo de naciones que conformaban al mundo moderno. La oportunidad para mostrar al resto de los países civilizados los alcances logrados durante los 30 años de gobierno porfirista, se presentó en bandeja de plata ante la inminencia de la celebración por el Centenario de la Independencia. En dichos festejos la presencia de la electricidad se dejaría sentir en su máxima expresión, como la prueba más fehaciente del progreso alcanzado. Pero demostrar el potencial energético del país fue resultado de un largo y costoso proceso iniciado en 1880 y que, tras muchos años de inversiones y esfuerzos, se mostró en 1910 con todo su esplendor.³⁵³

En efecto, la electrificación de México durante el Porfiriato fue un proceso fundamental para la construcción del país culto y progresista que se deseaba forjar. Por esta razón, y con una visión a largo plazo, el presidente Díaz atrajo inversiones extranjeras, e impulsó las obras necesarias para hacer que la nación se colocara a la vanguardia en infraestructura eléctrica en un periodo de sólo 30 años. En ese

³⁵² Como por ejemplo Justo Sierra en su obra *La Historia de la patria*, México, 1895, p.36

³⁵³ *Ibidem*, p. 190

lapso, se pasó de realizar la primera prueba con iluminación eléctrica en la Ciudad de México en 1880, a anunciar, en 1899, la electrificación total del alumbrado en la capital. Finalmente, en 1910, se festejó la terminación de la planta hidroeléctrica de Necaxa, la cual logró generar alumbrar las calles en las fiestas del Centenario.³⁵⁴

Como todo proceso, de vanguardia o innovación el de la electrificación implicó muchos años de ajustes a partir de la construcción de la infraestructura necesaria para ampliarlo. Por tal motivo, en esos años convivieron en la ciudad diversos sistemas de alumbrado, indispensables para lograr la transición total hacia el alumbrado eléctrico. Así, las lámparas de aceite, las de trementina y las de gas cedieron su lugar, de manera paulatina, a los focos eléctricos. Las primeras zonas en utilizar luz eléctrica fueron las allegadas al centro de la capital, así como aquellas en las que vivían las personas con mejores posibilidades económicas. Conforme se avanzó en el proceso de electrificación de la capital y en el uso y aprovechamiento de las nuevas tecnologías, las instalaciones pasaron por un periodo de experimentación, de ensayo y error para encontrar, por ejemplo, el mejor lugar para la disposición de los postes, su altura ideal y la distancia adecuada para aprovechar la luz de los focos.³⁵⁵

Por otra parte, y de acuerdo al proceso de modernización durante el Porfiriato, a finales del siglo XIX llegó el automóvil a México, cuando las familias Limantour y De Teresa importaron en 1896 los primeros autos. En muy pocos años el automóvil fue apreciado y promovido por autoridades y miembros de la élite como uno más de los símbolos evidentes de la modernidad y el progreso económico alcanzado durante el régimen porfirista. La prensa mexicana, además de dar cuenta de los adelantos e incidencias del automovilismo internacional, publicó artículos en los que informó al público el desarrollo del automóvil en el país. Se escribió sobre el terror provocado por los accidentes en las clases populares, y se elaboraron los primeros reglamentos para regular el tránsito en las ciudades y las estadísticas económicas

³⁵⁴ *Ibidem*, p. 193

³⁵⁵ María José Garrido, *El automovilismo deportivo en México. Sus primeros clubes y competencias (siglo XX)*, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 2016, p. 110

sobre la importación de vehículos. Se informó y discutió entre los especialistas la construcción de carreteras y mejora general de las vías de comunicación, así como sobre el desarrollo de los primeros servicios de transporte público, omnibuses y servicios de alquiler.³⁵⁶



S.A “Lujoso automóvil circulando por la lateral del paseo de la Reforma a principios del siglo XX. Y el presidente Porfirio Díaz desciende de su automóvil importado de Francia”, *Diario Mirador*, Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Disponibles en: <https://elmirador.sct.gob.mx/sobre-ruedas/el-mercado-mexicano-y-los-primeros-automoviles-1>

En 1902 los señores Pablo Escandón, Julio M. Limantour, Manuel Buch y Ramón Corona convocaron a los propietarios de automóviles de la Ciudad de México, y a otras personas interesadas en ese medio de transporte, a una reunión que se verificaría en la casa del Mayor Escandón. El objetivo de los convocantes era discutir y acordar la formación de un club automovilista en la Ciudad de México, similar al “Automobile Club” de París, al “Automobile Club of America” de Nueva York, y a otras asociaciones similares europeas y norteamericanas”. La formación de ese club mexicano tendría por objeto promover “el sport” del automovilismo” en el país, y desarrollar el interés de las autoridades y particulares para mejorar los caminos de la ciudad y sus alrededores.³⁵⁷

Si bien en las fuentes consultado no se encontraron mayores detalles de las reuniones referidas, así como los asuntos tratados en ellas, ni la lista de asistentes,

³⁵⁶ *Ibidem*, p.120

³⁵⁷ *Ibidem*, p. 111

lo que resulta evidente es que, en mayo de 1903, la prensa mexicana informó a la población que se acababa de crear en la capital del país un centro recreativo denominado “Automóvil Club de México”, y que dicha asociación tenía por objeto fomentar el sport automovilista en todo el país, así como la industria correspondiente y el arreglo de los caminos de la ciudad y los carreteros para facilitar el tránsito de los automóviles. También comunicó dicha asociación que el Club tendría su sede dentro del Bosque de Chapultepec, en un espacio ofrecido por el Ministro de Hacienda, el señor José Yves Limantour, quien era un gran aficionado al automovilismo deportivo. Al mismo tiempo informaron que el Club estaría destinado para uso exclusivo de los socios, y que se tenía planeado que el edificio contara con todas las comodidades “a la última moda”, así como con espacios de estacionamiento para los automóviles de los selectos miembros que periódicamente organizarían concursos, carreras y otras actividades encaminadas a “despertar el entusiasmo por este deporte”, y que se planeaba inaugurar el edificio sede del Club cuando fuera concluido con una “gran revista de automóviles.”³⁵⁸

El presidente de dicho club fue el Mayor Escandón, mientras que el señor Limantour fue nombrado presidente honorario. La asociación fue constituida por 80 accionistas que aportaron 600 pesos cada uno, lo que hacía un total de casi 50 mil pesos. Y para que empezara su funcionamiento el Club celebró un contrato de arrendamiento con la Junta Superior del Bosque de Chapultepec, comenzando la construcción del edificio con una inversión de alrededor de 100 mil pesos.³⁵⁹

³⁵⁸ *Ibidem*, p. 112

³⁵⁹ *Loc.cit*

4.5 La moda porfiriana

La vestimenta de las élites había cambiado sustancialmente, a partir de los años ochenta del siglo XIX; se dejaban atrás, las faldas abultadas y los hombros descubiertos para pasar a una moda de trajes femeninos más racional, basada en la moda europea, y que influiría enormemente en la aristocracia mexicana.

Este periodo es importante por los cambios que se estaban produciendo en el mundo. Los valores estéticos aunados al cuerpo femenino a través de la indumentaria, y las manifestaciones de la vida cotidiana y material fueron elementos esenciales para los actos sociales. Por ello la indumentaria, quién la portaba, y quiénes las confeccionaban, constituyeron un componente histórico que representó en su momento la importancia de ser y pertenecer a la clase del progreso. México vivió una transformación cultural, donde la moda fungió como un eje fundamental en la nueva sociedad vanguardista. Con la aparición de la moda se generó un cambio en la indumentaria de la élite, la cual en su estatus le brindó a la moda mexicana un importante papel en la estructura del vestir, dado que “replicó y adoptó modelos europeos: el francés para las mujeres el inglés para los hombres”.³⁶⁰

Los gustos y las predilecciones están expresados en la moda que permaneció en aquella época. La población estaba dividida en clases sociales, las diferencias de los grupos se hacían en base a la situación económica de sus habitantes, la clase social privilegiada era la aristocracia que así misma se denominaba “la crema social” y estaba formada por: intelectuales de afrancesada educación y militares expertos en instrucción de tipo prusiano, así como de hacendados, comerciantes e industriales poderosos, y miembros de la clase gobernante. El sector de esta clase social formaba el dos por ciento de la población total de México. Sin embargo, era

³⁶⁰ Cynthia Alejandra Vázquez Franco, “Cuerpos trazados sobre tiza y papel”, *Análisis del vestido de la mujer de clase alta del Porfiriato, a través de la imagen de Carmen Romero Rubio de Díaz (1890-1910)*, México, Colegio de Sonora, Tesis de Maestría, 2019, p. 5

ella quien marcaba la pauta de la decencia, la moda y las buenas costumbres, despreciando todo lo que tuviera aroma y sabor de pueblo.³⁶¹

Hacia finales del siglo XIX la moda femenina continuaba usándose con algo de volumen en la parte posterior y muy ajustada en el frente. Las blusas de los vestidos tenían cuello alto y pequeños canesúes (una pieza de un vestido o blusa, a la altura de los hombros, a la que se cosen el cuello, las mangas y el resto de tela de la prenda; sirve de adorno o para dar vuelo o amplitud a la prenda), o mucetas (una prenda corta que llegaba hasta los codos y con botones en la parte delantera)



36. Portada de "La Moda Elegante", Año LXIV - Núm 4. Madrid, 30 de enero de 1901.

Los camisones eran bordados de encajes de los que salía la parte del talle, ablusado sobre la falda. En México se llevó a cabo esa moda de mucho lujo en el período porfiriano pues su uso coincidió con el tiempo de paz y bonanzas económicas.

Durante esos años se establecieron muchos franceses en la Ciudad de México y en otras ciudades del interior, estableciendo tiendas de moda y novedades, fábricas de hilados y tejidos, y comerciando en gran escala en la importación de guantes, medias de seda, paños, encajes y sombreros traídos de Francia.³⁶²

Imagen: La revista española *La Moda Elegante*. Publicación especial de señoras y señoritas, indispensable en toda casa de familia, se publica en Madrid entre 1842 y 1927. Difunde “las últimas

³⁶¹ S.A, “La moda en México a finales del siglo XIX”, *MX mexicana*, 2016, p. (consultado el 11 de septiembre del 2021, disponible en <https://mexicana.cultura.gob.mx/es/repositorio/x2acnp2f9p-6>)

³⁶² Armella de Aspe Virginia, *Et tal... Op. cit*, p. 120

modas de París”, desde el grabado hasta la fotografía, contiene patrones y modelos de bordados, crochet, tapicerías, novelas, consejos diversos desde cómo llevar un sombrero para que luzca a la perfección, o un traje para que los pliegues del vestido se acomoden de manera elegante, hasta consejos sobre la educación de los niños y la higiene personal y del hogar, en un tono amigable. Se dan también modelos de abanicos, guantes, joyas, bolsas, todos los detalles que dan gracia y perfeccionan el atuendo, seductor y elegante. En México, las reciben las mujeres de clase media-alta, o las traen de sus viajes a Europa, durante los cuales aprovechan para ir de compras en las capitales francesas, españolas, inglesas

La élite actuó de acuerdo a su papel en la sociedad y disfrutó de la magnificencia de los nuevos edificios y espacios que el gobierno de Díaz construía. Un importante elemento que se apoderó del discurso porfirista fue el ideal estético, que figuró, además de las grandes mansiones, en la indumentaria impuesta para cada ocasión, como: cenas, bailes de gran gala, paseos, visitas a las amistades; o bien para asistir al club de polo, a la ópera, al teatro, y hasta en la iglesia, donde las mujeres de buena familia, decorosas y de buenas costumbres pertenecientes a la élite, fueron las encargadas de adoptar este modelo ornamental que se convirtió en un filtro riguroso de elegancia y distinción. En el siglo XIX aparece Charles Frederick Worth, padre de la Alta Costura, el cual comienza a firmar sus prendas y a presentar en Francia colecciones anuales. Este personaje influyó fuertemente en la moda de México durante el Porfiriato. Los textiles con los que se confeccionaba la ropa eran, en su gran mayoría, de algodón, manta, lana o lino. Por otro lado, las personas que podían darse el lujo de vestir prendas de alta costura traídas de Francia usaban telas como encaje.³⁶³



Imagen: Vestido de tarde de tres piezas la falda es de raso de seda verde, la casaca de brocado del mismo color y la blusa de color raso crema, formado por Worth, París o sedas.³⁶⁴

³⁶³ Vázquez, *Op.cit.*, p.6

³⁶⁴ *Ibidem*, p.8

Los peinados llamados “históricos” fueron novedad en los arreglos femeninos, así como los sombreros de alas con moños de tafeta y pumas al aire. Para lucir una cintura estrecha las damas usaban el famoso corsé que era capaz de corregir cualquier exceso inoportuno de alimentación, esta prenda estaba compuesta por varillas metálicas y resortes y en más de una ocasión fue causante de desmayos por asfixia. El calzado femenino predilecto fue la zapatilla de punta corta con tacón que ayudaba a disimular el tamaño del pie el cual según el concepto de belleza de la época debía de ser fino y delicado.



Colección particular, *La moda en México a finales del siglo XIX*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1880-1890, (disponible en <https://mexicana.cultura.gob.mx/es/repositorio/x2acnp2f9p-6>).

Las fiestas para conmemorar el Centenario de la Independencia fueron muy concurridas por los delegados extranjeros, y por todas las clases sociales de la ciudad de México. Hubo iluminación, desfiles históricos, verbena, fuegos artificiales, bailes y ceremonias privadas y oficiales. Con ese motivo las señoras compraron, encargaron, o mandaron confeccionar los vestidos más bellos y costosos que les permitían sus posibilidades.

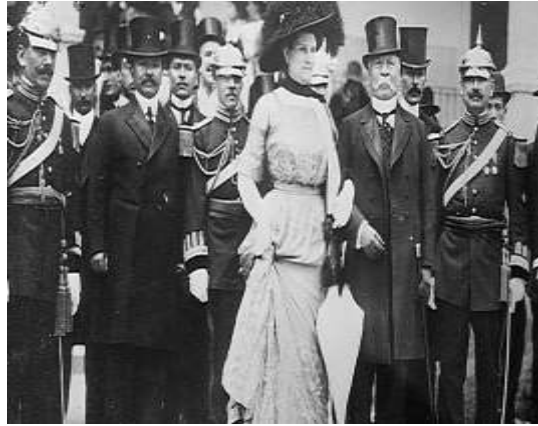


Imagen: Porfirio Díaz en las celebraciones del Centenario de la Independencia (1910), Foto: George Grantham Bain Collection, Library of Congress Prints and Photographs Division.

El vestido consolidó un *canon* que hizo creer a la mujer de clase alta que representaba de forma digna lo moralmente correcto en el molde impuesto con parámetros que se asociaban a valores estético-sociales, con la idea de orden y progreso y la apariencia de modernidad hacia el exterior. Las revistas tuvieron un papel fundamental en la vida de la mujer porfiriana de clase alta, puesto que a través de ellas se podían observar las últimas modas parisinas y las últimas creaciones de algún afamado diseñador francés, y no sólo sirvieron para este objetivo, ya que las damas más distinguidas de la República aparecían en las páginas de las revistas nacionales como *El mundo ilustrado*, lo que representaba para ellas la máxima aspiración social.³⁶⁵

Uno de los ejemplos mejor destacados en la moda porfiriana de ese momento fue la vestimenta de la segunda esposa del general Díaz, Carmen Romero Rubio y Castelló. Muy conocida fue su imagen representando todo lo que una verdadera dama debía ser: elegantemente vestida y asistiendo al teatro, al club de polo, o a las ceremonias civiles y religiosas, la posicionaban dentro de los círculos sociales más exclusivos, “Carmelita”, como la llamaban sus más íntimas amistades, siempre vestía a la última moda parisina, portaba las más finas sedas, y los accesorios más

³⁶⁵ Véase el libro *Hilos de historia, Colección de Indumentaria del Museo Nacional de Historia, en los capítulos dos y tres*, de la página 24 a la 40. La revista *El Mundo Ilustrado*, tomo I, Biblioteca Francisco Xavier Clavigero, Universidad Iberoamericana, Archivo Porfirio Díaz, 1910.

caros que aderezaban su vestimenta, y hacían de su cuerpo el fino reflejo de una mujer ilustrada.³⁶⁶



Imagen: S.A, presidente Porfirio Díaz y su esposa Carmen Romero Rubio Castelló de Díaz, México, INAH, 1893.

Para identificarse como alguien de alta sociedad no bastaba con portar los colores designados para el día y la noche que la elegancia demandaba, para ello, se debían agregar costosos complementos como los sombreros y las sombrillas, los cuáles eran esenciales en el atuendo femenino de las clases altas.

*Las mismas reglas del juego se aplicaron a todas las damas cuyo lema era: “hazlo elegante y caro”. Sentían que sus vidas se modificaban al cambiar el color de la sofisticación y no provocaban las mismas sensaciones, ni las mismas miradas al portar un traje de visita que uno de gran gala. Se procuró a través de las revistas, catálogos y postales que las cosas que hacían las damas de gran alcurnia ascendieran a un estatus de momentos de inmenso placer por medio de una imagen añadida a sensaciones placenteras de satisfacción y felicidad.*³⁶⁷

En México había pocas opciones textiles, así que la mayoría de las prendas hechas en el país eran de manta, algodón, lino, o lana. La seda, el satín y el encaje tenían que ser traídos de Europa. Los accesorios eran el complemento que terminaba por crear una historia completa para cada ocasión, y se hicieron presentes en la indumentaria de las mujeres de la más alta sociedad porfirista.

³⁶⁶ Vázquez, *Op.cit.*, p.13

³⁶⁷ *Ibidem*, p. 12

S.A, “Perfumería fina, polvos, pasta y aguas”, *Calendario para señoritas*, México, Antigua Imprenta Portal del Oro, 1876, p.p 49-50

Las telas predilectas en la fabricación de vestidos de recepción fueron los encajes, el terciopelo amarillo, la muselina de seda, la lentejuela de oro y tul de seda, elementos que encarnaron la última tendencia estética. Carmelita no vestía de forma distinta a las mujeres europeas pertenecientes a un rango privilegiado en la sociedad. Su código de vestimenta, la moral y la elegancia eran lo mismo, lo único que las distinguía eran: la cultura a la que pertenecían, el lenguaje y los rasgos de personalidad. La vida pública de las mujeres de la élite porfirista tenía un papel establecido: su vestido, sus joyas y su cuerpo eran los protagonistas y debían brillar, pero no más que sus esposos, los altos funcionarios encargados de dirigir al país. Por ello los clubes y las actividades realizadas en ellos fomentaba en ellas la apreciación por las prácticas de la élite y las inducía a comportarse de manera adecuada a la hora del día en la que debían acompañar a sus maridos en algún evento público o ceremonia importante.³⁶⁸

La mujer de las élites porfirianas tenía que cumplir con un estereotipo establecido para la época: debía ser educada, refinada, buena madre e hija, vestir de manera decorosa, dedicarse a atender a su esposo, y a la correcta administración de la casa. No podía salir sola a la calle pues esto era mal visto.



Ilustración 21. Modelo Francesa



Ilustración 22¹³ Modelo Francesa

Modelos francesas que constituyeron el referente primordial de los atuendos femeninos de la clase alta en México.

Imagen: Biblioteca Francisco Xavier Clavijero, Colección Porfirio Díaz. La ilustración 21, fue tomada por el estudio fotográfico “Félix de París”, En ella se ve a una modelo portando un traje de recepción hecho en tussor coral. La ilustración 22, fue tomada por el mismo

³⁶⁸ *Ibidem*, p. 19

estudio fotográfico, y la modelo es la señorita Marie Laurent de Vaudeville Mlle.

El modelo de vestuario adecuado para la joven comprometida a casarse se construyó a través de la llegada, en los años 1900-1903, de periódicos y postales francesas con la imagen de modelos vestidas de novia, y las revistas de mujeres con cinturas de 45 cm, altas y bien proporcionadas. Cabe mencionar que la vestimenta se transformaba cuando la mujer cambiaba su estado civil. Así la vestimenta cobraría un nuevo sentido al instaurar valores morales a través de la forma de portar la indumentaria. Las mujeres de clase alta eran asiduas portadoras de vestidos diseñados por modistos parisinos, donde los altos sombreros y las levitas impecables se esforzaban por construir una imagen acorde al ámbito cosmopolita procurado por la élite en ascenso.³⁶⁹

4. 6 TEATRO

Posteriormente, con el auge de las inversiones extranjeras en el Porfiriato, vemos que la práctica de los deportes, y las diversiones importadas, como los cafés, los centros comerciales y los restaurantes franceses, fueron aceptados ampliamente por las altas capas de la sociedad de ese tiempo; y que debido al gran proyecto modernizador que había impulsado el general Díaz, los extranjeros se sintieron muy cómodos invirtiendo en diversos negocios y estableciéndose muchos de ellos permanentemente en nuestro país.

No obstante, la influencia extranjera en las diversiones tradicionales del pueblo se manifestó en la presentación de obras de autores españoles, ingleses, franceses y norteamericanos, y la ópera y la zarzuela adquirieron una gran importancia a partir de 1880 en que empezó la temporada regular de ópera con artistas extranjeros. La actividad teatral llegó a su cúspide en 1887, año en el que la mundialmente célebre Sarah Bernhardt incluyó a México en su gira por Occidente, y en el mes de febrero de ese año se presentó diez veces en dicho teatro recibiendo 260,000 francos de

³⁶⁹ *Ibidem*, p. 42

un público entusiasmado que pagó el equivalente a cuatro dólares para verla actuar. Aunque el mexicano recibía bien a los artistas extranjeros no perdieron el hábito de usar sombrero y fumar durante las funciones. Como era costumbre, los boletos se vendían para cada acto de ópera u obra teatral.³⁷⁰

Durante el porfiriato los espacios donde las mujeres de la élite debían lucir bellas y elegantes se extendieron no sólo a los paseos o a las visitas a las casas de las amistades para platicar de las últimas novedades extranjeras, sino además a los clubes deportivos y grandes almacenes comerciales. Los teatros se popularizaron y con ello las reglas de etiqueta que los acompañaban. Ahora las damas aristócratas tenían nuevos ídolos que admirar, como las actrices y las cantantes de ópera de la época, que representaron un arquetipo moldeable que las hacía soñar con una vida lujosa y excepcional.³⁷¹

A las mujeres se les enseñó a apreciar las artes escénicas como el teatro, la ópera y la zarzuela, diversiones también exportadas de Europa. “Los gobernantes sabían que la ópera era un símbolo poderoso de civilización y progreso” y, por lo tanto, la empleaban con frecuencia como fuente de legitimidad. A cambio, los empresarios recibían grandes apoyos financieros, jurídicos y simbólicos de parte de las instituciones políticas, tanto locales como del Gobierno. En el tenor de estas grandes transformaciones, el porfiriato dictaminó sus propias reglas para alcanzar estándares que estuvieran a la altura de Europa y la mujer porfiriana de clase alta, sería su representante.³⁷²

³⁷⁰ Beezley, *Op.cit*, p. 269

³⁷¹ Vázquez, *Op.cit*, p. 31

³⁷² *Ibidem*, p. 33

Consideraciones finales

Una vez realizado el trabajo que precede a estas conclusiones, titulado “*La vida de las élites en el México decimonónico después de la independencia: 1821-1910*”, podríamos decir que durante el difícil proceso de transición política, económica y social que soportó nuestro país al pasar de un régimen de dependencia absoluta a la nación que nos conquistó, - y que comprendió trescientos años, - a una nación libre e independiente, mientras el pueblo sufrió cambios profundos en muchos aspectos, las élites trataron de adaptarse al nuevo orden, y lograron conservar en gran medida sus privilegios de clase y sus posesiones, aun perdiendo sus títulos de nobleza, quienes los habían detentado durante la larga época virreinal.

El largo proceso de la lucha por la Independencia, desde sus inicios en 1810, hasta la consumación, en 1821, fue transformando las características de la estamentaria sociedad novohispana, y así desde los primeros años del México independiente y a todo lo largo del siglo XIX, hasta los principios del siglo XX, numerosos representantes de las antiguas élites novohispanas se negaron a abandonar sus privilegios de clase y adoptaron un nuevo estilo de vida en el cual, si bien perdieron sus títulos nobiliarios, conservaron en cambio sus grandes mansiones, sus lujos, y su condición de privilegio, adaptándose de acuerdo a sus intereses y a sus conveniencias económicas, al nuevo régimen republicano.

Las más notables familias de la ciudad preservaban y defendían su rango social en toda clase de eventos públicos o privados, a pesar de los frecuentes cambios de gobierno e intervenciones extranjeras que vivió nuestro país a lo largo de todo el siglo XIX. Y así, ya fuera en el teatro, en las ceremonias religiosas, o en cualquier tipo de celebración cívica, la burguesía empresarial, los representantes de la vieja nobleza novohispana, y la nueva clase capitalista, se hacían notar dentro de una nueva clase social determinada por la posición que ocupaban en el gobierno, o por la cantidad de dinero que poseyeran; de manera que cada grupo tenía una esfera particular de actividades y amistades, y entendía la manera en que debía relacionarse con sus iguales cuando se reunían, ya fuese en comidas, fiestas privadas, o eventos públicos. Y aunque había situaciones imprevistas en lo político,

rara vez acontecía algo que amenazara el orden social y el estilo de vida de las élites. Sus miembros gozaban de selectas relaciones y profundas lealtades sociales, y se distinguían por ello.

Por lo anteriormente expuesto mi investigación se avocó al conocimiento y análisis de las costumbres y de los espacios dentro de los cuáles se desenvolvían las antiguas y las nuevas élites del México decimonónico a partir de la declaración de Independencia, y a lo largo de los diversos acontecimientos internos y externos que sacudieron al país, tales como: las diferencias entre antiguos insurgentes y realistas, la lucha de facciones entre monárquicos y republicanos, y después entre liberales y conservadores; las Intervenciones norteamericana y francesa, el llamado Segundo Imperio, y el triunfo de la Segunda República después de una prolongada lucha entre las diversas facciones políticas que sacudieron a todos y a cada uno de los estamentos que constituían la nueva sociedad mexicana.

De esta manera la búsqueda de la información me fue llevando al conocimiento de que, independientemente de los problemas que sacudían la vida pública del país, los miembros de la aristocracia disfrutaban de animados bailes, concurridas tertulias, y del espectáculo del teatro; se vestían con costosos atuendos, asistían a espacios exclusivos de esparcimiento para los señores, denominados “lonjas”, y la importancia que tuvieron las llamadas “Juntas patrióticas”, integradas por un selecto grupo que se reunía para organizar con toda propiedad y lucimiento las celebraciones cívicas más destacadas, como la fiesta anual de la proclamación de la Independencia, la conmemoración de las fechas de nacimiento de los grandes héroes de la nación, las celebraciones de los grandes acontecimientos políticos, y otros sucesos importantes en la vida de la nación.

Un objetivo importante de este proyecto de investigación fue analizar los nuevos hábitos, costumbres y modas que llegaron a la Ciudad de México procedentes de Europa, en particular de Francia, y cómo las llamadas clases medias se integraron a las nuevas costumbres, abandonando las antiguas fórmulas que limitaban su acceso a determinados lugares exclusivos, y que mucho tenían que ver con el linaje, o con el poder político y económico.

Se democratizó la vida cotidiana al alentar una convivencia en los lugares públicos que desconocían o abolían las antiguas barreras de clase social; los medios de comunicación llegaron al hombre común y corriente que comenzó a edificar el concepto de ciudadanía. La ciudad se modernizó con todos estos cambios.

Tomando en cuenta el primer impulso modernizador en el último cuarto del siglo XIX, la Ciudad de México se pobló de una nueva clase social, “los burócratas”, que pasaron a engrosar el número de lo que comenzó a llamarse “clase media” en función de la proliferación de los cargos públicos bien pagados. Esta clase media chocaba frontalmente con los intereses y ambiciones de la clase acomodada, constituida habitualmente por las familias aristocráticas o de abolengo que, en numerosos casos, se remontaban a la época virreinal, y que se comportaban como una sociedad aparte del resto de los habitantes del país.

Posteriormente, con el auge de las inversiones extranjeras en el Porfiriato, vemos que la práctica de los deportes, y las diversiones importadas de Europa desde finales de la época virreinal, como los cafés, las tiendas y los establecimientos franceses fueron aceptados ampliamente por las altas capas de la sociedad de ese tiempo, y que debido al gran proyecto modernizador que había impulsado el general Díaz, los extranjeros se sintieron muy cómodos invirtiendo en diversos negocios y estableciéndose muchos de ellos permanentemente en nuestro país.

Por otra parte, la influencia extranjera en las diversiones de las clases medias y altas, se manifestó en la presentación de obras de autores españoles, ingleses, franceses y norteamericanos en los teatros construidos para este tipo de espectáculos, como El Coliseo, el Alba, El Principal, y El Nacional, entre otros.

Podríamos decir que durante el Porfiriato se desarrolló en las clases altas una cultura que enamoró a una sociedad que seguía disfrutando de estabilidad social y económica, y la ayudó a seleccionar lo que se ajustaba a su visión del progreso. La abundancia distinguió a la élite, la cual cada vez más se acercaba a los estándares

“civilizatorios” que les daría un valor agregado y virtudes que los distinguían de entre las otras clases sociales.³⁷³

Fue muy importante para mí que a pesar de los inconvenientes derivados de la pandemia del COVID-19, en cuánto a la búsqueda de fuentes de consulta, gracias al apoyo de mi asesora que me recomendó a diversos autores relacionados con los temas de mi tesis, como la obra de Madame Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*; las novelas de Manuel Payno: *Memorias del matrimonio* y *Noticias de la Ciudad de México*, la obra de Guillermo Prieto: *Costumbres y tradiciones mexicanas*; Y otras más relativas a la época tratada en el presente trabajo, constituyeron para mí una aportación afortunada y una invitación a la vez para continuar investigando sobre los usos, costumbres, religiosidad, vestimenta y comportamientos en la vida social y familiar de esa lejana aristocracia decimonónica.

A las mujeres distinguidas se les enseñó a apreciar las artes escénicas, una costumbre también exportada de Europa. “Los gobernantes sabían que la ópera era un símbolo poderoso de civilización y progreso” y, por lo tanto, la empleaban con frecuencia como fuente de legitimidad; a cambio, los empresarios recibían grandes apoyos financieros, jurídicos y simbólicos de parte de las instituciones políticas, tanto locales como nacionales. En el tenor de estas grandes transformaciones, el porfiriato dictaminó sus propias reglas para alcanzar estándares que estuvieran a la altura de Europa y la mujer porfiriana de clase alta, sería su representante.³⁷⁴

Las grandes puestas en escena o las óperas fueron las herramientas para desplegar recuerdos fortuitos de lo que fue una época que intentó enfatizar su peculiaridad al adaptar a sus intereses una cultura que enamoró a un mundo carente de estabilidad, y lo ayudó a seleccionar lo que se ajustaba a su visión de progreso. La abundancia distinguió a la élite, la cual cada vez más se acercaba a los estándares “civilizatorios” que les daría un valor agregado y virtudes que los distinguían de entre los demás.

³⁷³ Vázquez, *Op.cit.*, p.9

³⁷⁴ *Ibidem*, p. 33

Y así, las clases privilegiadas ya fuera por abolengo, o por la riqueza que les daba el comercio o las inversiones, continuaron siéndolo aún dentro de los violentos cambios políticos por los que atravesó nuestro país a lo largo de todo el siglo XIX, pasando de la calidad de condes y marqueses, a ex condes y ex marqueses, y finalmente a ser parte de una distinguida aristocracia a partir del Segundo Imperio, y durante todo el largo período porfirista.

Quisiera destacar que para llevar a cabo el ejercicio de búsqueda, sistematización, y organización de la información, sin perder el hilo de la investigación por la adversidad de la pandemia de COVID-19 que comenzó en el mes de marzo de 2020, me fue de gran ayuda la consulta de diarios y revistas contenidas en la Hemeroteca Nacional Digital de México, lo que me permitió acceder a un gran número de ejemplares de la época como: *el Universal, El Siglo XIX, los Semanarios de Señoritas Mexicanas, y algunas Gacetas del siglo XIX*; Todo lo cual constituyó una parte muy valiosa para mi trabajo, al permitirme acceder a una buena cantidad de fuentes primarias ubicadas entre los años 1722-1910, sin necesidad de ir a un archivo, lo que era muy difícil por la contingencia sanitaria que comprendió hasta el mes de julio del 2022.

Por último, quisiera agregar que esta investigación sólo pretende ser una pequeña aportación historiográfica de una parte de la historia del México decimonónico, pero en este tema queda aún mucho por investigar, tomando en consideración la importancia y trascendencia de los sucesos políticos, económicos, sociales, y culturales dentro de los cuáles se enmarcó el convulso siglo XIX en nuestro país, y dentro de los cuáles, este trabajo de tesis sólo comprende una mínima parte.

FUENTES DE CONSULTA

Fuentes documentales de la época.

Archivo de la Ciudad de México (AHCM), Ayuntamiento, Festividades, 5 de mayo de 1867, vol. 1062, exp. 2, foja 1.

Diario del Imperio, “Estatuto Provisional”, México, 12 de febrero de 1865, Tomo 1.

-----, martes 10 de enero de 1865, Núm. 7, Tomo 1, Leg. 92.

-----, martes 7 de marzo de 1865, Núm. 34, Tomo 1, Leg. 73.

-----, lunes 10 de abril de 1865, Núm. 83, Tomo 1, Leg. 91.

-----, viernes 9 de junio de 1865, Núm. 132, Tomo 1, Leg. 91.

-----, sábado 24 de junio de 1865, Núm. 144, Tomo 1, Leg. 91.

-----, martes 27 de junio de 1865, Núm. 146, Tomo 1, Leg. 73.

-----, jueves 6 de julio de 1865, Cumpleaños del Emperador, Núm. 132, Tomo 2, Leg. 154.

-----, viernes 21 de julio de 1865, Núm. 167, Tomo 11, Leg. 92.

-----, sábado 7 de octubre de 1865 de 1865, Núm. 232, Tomo 2, Leg. 101.

El Periódico de las Señoras, Semanario escrito por Señoras y Señoritas expresamente para el sexo femenino, Tomo 1, Hemeroteca del INAH, Num. 3, México, 22 de mayo de 1896.

S.A, *Calendario para señoritas*, México, Antigua Imprenta Portal del Oro, 1876 - 1882.

Obras de consulta de época y actuales

S.A, *El Mundo Ilustrado, tomo I, 1910*, Biblioteca Francisco Xavier Clavigero, Universidad Iberoamericana, Archivo Porfirio Díaz.

Aguilar Ochoa Arturo, *La Fotografía durante el Imperio de Maximiliano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2013.

-----, *La vida cotidiana en las haciendas mexicanas 1864-1867*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2012.

-----, *La vida elegante en la capital imperial 1864-1867*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2012.

Aguilar Piñal Francisco, en *Bulletin Hispanique- Los Anales*, Francia, tomo 104, n°1, 2002.

Alfaro Gómez Cecilia, “La historia de Pepita Aguilar”, *Damas mexicanas de la corte imperial*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2013.

Alvarado María de Lourdes, *El México del siglo XIX. Demanda Social y Reto gubernamental*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Consejo Nacional de Educación Superior, Plaza y Valdés Editores, 2004.

Álvarez José Rogelio, *Costumbres y Tradiciones Mexicanas*, México, Editorial Everest, Volumen III, 2008.

Álvarez Lloveras, Guadalupe, *Trabajadores, revista de análisis y debate de la clase trabajadora*, México, Instituto Politécnico Nacional, no. 60, julio-agosto, 2007.

Argomaniz José Xavier, *Diario de Querétaro, 1806-1826*, Querétaro, Gobierno del Estado, 1979.

Armella de Aspe Virginia, Teresa Castelo de Yturbide, e Ignacio Borja Martínez, en la Revista *La Historia de México a través de su indumentaria*, México, Editorial Inbursa, 2016.

Arróniz Marcos, *Manual del Viajero en México*, México, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1957.

Becerril Hernández Carlos de Jesús, en *Revista BiCentenario*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Vol. 5, Núm. 20, 2013.

Beezley William, "El estilo Porfiriano: deportes y diversiones de fin de siglo", en *Historia Mexicana*, México, Colegio de México, No. 130, 1983.

Bertita Harding, *Phantom Crown: The Story of Maximilian and Carlota of Mexico*, Editorial Nueva York, 1934.

Blasio José Luis, *Maximiliano íntimo. El Emperador y su Corte*, México, París, ed. La Librería de Bouret, 1865.

Briseño Senosiain Lillian, *La solidaridad del progreso. Un paseo por la Ciudad de México en el Porfiriato*, México, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey Santa Fe, 2006.

Campos Olivares Citlali y José Javier Flores, en *Lo Sagrado y lo profano en la festividad de Corpus Christi*, México, Seminario Nacional de Música en la Nueva España y el México independiente, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2017.

Canto Mayén Emiliano Enrique, *El novelista mexicano: espacios, familias, prácticas y auto representaciones de la ciudad letrada (1830-1880)*, Tesis el grado de Doctor en Historia, México, Colegio de México, 2018.

Carbajal López David, en *Revista de Históricas*, México, Universidad de Guadalajara Centro Universitario Lagos, Departamento de Humanidades, Artes y Cultura Extranjera, Núm. 65, enero-junio 2017.

Carmona Pablo Martínez, *Fiestas de la Patria, Ceremonias Cívicas en la región central de Veracruz, 1821-1837*, Tesis el grado de Doctor en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2016.

Carner Françoise, *La mujer en la historia de México*, México, Colegio de México, 2015.

Charle Christopher, *Europa del siglo XIX- Los intelectuales del siglo XIX*, (2001), Madrid, Editorial Siglo XXI.

Corte Conti Caesar Egor, *Maximiliano y Carlota*, Trad. Vicente Caridad, México, Fondo de Cultura Económica, Primera reimpresión, 1976.

Costeloe Michael, *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX (1810-1910)*, México, BUAP/University of Saint Andrew, 1999.

-----, *The Junta Patriótica and the Celebration of Independence in Mexico City, 1825-1855*, California, University of Bristol, Vol. 13, 1997.

Crespo Orozco María Elena, en *Boletín Históricas*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Autónoma de México, Núm. 98, septiembre-diciembre, 2013.

Fernández de Lizardi José Joaquín, *La Quijotita y su prima*, México, Ed. Stock Cero, Reimpresión 2008.

Figuroa Esquer Raúl, *Contexto Mundial, Intervención Tripartita e Imperio en México (1861-1867)*, México, Instituto Tecnológico Autónomo de México, 2004.

Gamboa Ojeda, Leticia, *Un edificio francés en Puebla. Origen, usos e imágenes de una edificación centenaria*, Educación y Cultura, CONACULTA, Puebla, México, 2013.

García Benavente José Félix, *Boletín Virtual*, México, Universidad Pontificia de México, Vol. 47, 2016.

García Cubas Antonio, *El Libro de mis Recuerdos*, México, Imprenta Antonio García Cubas y sucesores, 1904.

Garrido María José, *El automovilismo deportivo en México. Sus primeros clubes y competencias (siglo XX)*, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 2016.

González Cruz Edith, *Modos de vida entre las élites porfirianas en la ciudad de La Paz*, México, Universidad Autónoma de Baja California Sur, vol. 1, núm. 12, enero-junio de 2017.

González Escobar Marcela, *De viandas, lujos y sabores. La burguesía mexicana y sus delicias culinarias a finales del siglo XIX*, México, Universidad Autónoma Metropolitana de México, Toulouse-Canavelle, N° 78, 1998.

Habsburgo Lorena Maximiliano, *Almanaque Imperial*, México, Fondo de Fernando Díaz Ramírez, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1866.

Hamann Brigitte, *Con Maximiliano en México. Del Diario del príncipe Carl Khevenhüller*, 1864-1867, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

Hernández Frayuití Regina, *Un espacio entre la religión y la diversión: el Paseo de las Cadenas (1840-1860)*, México, Instituto Dr. José Luis Mora, Instituto de Investigaciones Estéticas, No. 90, 2007.

Jiménez Gómez Juan Ricardo, *Historia de la vida cotidiana*, México, Universidad Nacional Autónoma de Querétaro, Fondo de Cultura Económica, Tomo IV, 2005.

Kicza John E, *Historias de la vida cotidiana en México*, México, Fondo de Cultura Económica, Tomo IV, 2005.

Kolonitz Paula de, *Un viaje a México 1864*, México, SepSetentas, Primera Edición, 1976.

Konrad Ratz, *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota*, Trad. Elsa Cecilia Frost, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Doris Ladd, *La nobleza en la época de la Independencia 1780-1826*, México, 1976.

Laugli Eleonor, "The New Clothes of Emperor Maximilian of Habsburg and the visual culture of dress during the Second Empire", en *Hipanie Reserch Journal*, Estados Unidos, Universidad de Florida, Vol. 18, núm. 5. 2017.

Laver James, *Breve Historia y traje de la moda*, Madrid, Ediciones Catedra, 2006.

Loaeza Guadalupe y Verónica González Laporte, *La Mariscala*, México, Editorial Planeta, 2015.

Lydy Lavín y Gisela Balassa, en *Museo del Traje Mexicano*, México, Editorial Clío, Vol. 5, 2008.

Madame Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país 1840-1842*, México, Editorial Porrúa, sepan cuantos, núm. 74, 2017.

Marciel David R., *Cultura, ideología y política, Estados Unidos*, Universidad de Nuevo México, 2010.

Marqués Cárdenas Ana Cristina, *Nuevas formas de convivencia social en el siglo XIX: El caso de los cafés en la ciudad de México 1850.1870*, tesina de licenciatura en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2012.

Martínez Ocampo Víctor Máximo, *Los restaurantes en la ciudad de México en la segunda mitad del siglo XIX (1869-1890)*, tesis de licenciatura en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2015.

Mendoza Cristina, “Los bailes durante el Segundo Imperio: una estrategia de convivencia y sujeción”, *Repositorio de Bellas Artes*, México, 2018.

Mendoza Flor María, *Fronteras de la Historias*, Bogotá-Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, vol. 20, enero- junio 2015.

Micale Adriana, *Experiencia recogida primer congreso internacional- Las mujeres en los procesos de independencia de América Latina*, Argentina, Congreso de Mendoza, 2004.

Miranda Ojeda Pedro, en *Signos Históricos*, México, Universidad Autónoma de Yucatán, núm. 18, 2007.

Molina Enríquez Andrés, *Los Grandes Problemas Nacionales*, México, Biblioteca Constitucional, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, Secretaría de Cultura, 2016.

Montiel Ontiveros Ana Cecilia, en *Revista Legado de Arquitectura y Diseño*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, Núm. 24, 13 de febrero del 2018.

O'Dogherty Madrazo Laura, “La guardia de la emperatriz Carlota su trágica aventura en México, 1864-1867”, en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, México, Historia y Gráfica, n. 28, julio-diciembre, 2004.

Orduña Carson Miguel, *5 de mayo de 1868: Vida cotidiana y cultura política en el México Decimonónico*, México, Tesis Doctoral, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.

Ortega Charleston Ruth Yasmin Gabriela, *Literatura Dramática el Teatro Mexicano*, México, Universidad Popular Autónoma de Veracruz, 2015.

P. Costeloe Michael, *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX (1810-1910)*, México, BUAP/University of Saint Andrew, 1999.

Pani Erika, "El proyecto de Estado de Maximiliano a través de la vida cortesana y del ceremonial público", en *Historia Mexicana-Rituales Cívicos*, México, Colegio de México, Vol. 5, Núm. 12, oct-dic, 1995.

Pascual Gay Juan, *Más allá y más acá del papel en blanco*, México, El Colegio de San Luis, 2003.

Payno Manuel, *Memorias sobre el matrimonio*, México, Editorial Planeta Mexicana, 2014.

-----, *Noticias de la Ciudad de México y de sus alrededores*, México, Tipografía de Escalante y Cia, 1855, Reimpresión 2015.

Pérez Bertruy Ramona I, *Planos de la Alameda de la Ciudad de México. Siglos XVIII-XIX. Planes y proyectos en el Acervo del Archivo Histórico de la Ciudad de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2019.

Pérez Monroy Atzín Julieta, en *Nierka, Revista de estudio del arte*, México, Universidad Iberoamericana, Núm. 11, Año 6, enero-junio 2017.

Pérez Monroy Julieta, *Historia de México vida cotidiana*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

Pérez Salas María Ester, *Historia de la vida cotidiana en México*, México, Instituto de Investigaciones Doctor José Luis Mora, Fondo de Cultura Económica, Vol. IV, 2005.

Prieto Guillermo, *El Museo Mexicano o Miscelánea Pintoresca de las Amenidades Curiosas e Instructivas*, Revista Ilustrada, Colección Literatura y Cultura, núm. 19, 1843-45, Hemeroteca Digital, Universidad Nacional de España, 1983.

-----, *Costumbres y tradiciones mexicanas*, Coord. José Rogelio Álvarez, México, Editorial Everest, vol. II, 2008.

-----, *Cuadro de costumbres*, México, 1º edición, Biblioteca de México, vol. II, Editorial Debolsillo, 2016.

-----, *Memorias de mis tiempos 1828-1840*, México, Tomo I, Editorial Porrúa, 2006.

Reinach Foussemagne Hélene, *Carlota de Bélgica-Emperatriz de México*, México, Colegio de San Luis. Traducción y edición Martha Zamora, Ed. Centro Urbano de San Fernando, 2017.

Rivera Cambas Manuel, *Historia de la Intervención Europea y norteamericana y del Imperio de Maximiliano*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Tomo III, 1895.

Rivera Cambas Manuel, *México pintoresco, artístico y monumental*, de Manuel Rivera Cambas, México, Colección popular de la Ciudad de México, 1974.

Rosas José, *Nuevo Manual de Urbanidad y las buenas maneras*, México, Antigua imprenta de Murguía, 1885, (Consultado en Biblioteca Digital de la Universidad Autónoma de Nuevo León).

S.A, *La azarosa Historia de los juegos de azar en México*, México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2018.

S.A, *La propiedad de la tierra y la urbanización del espacio*, México, Colegio de México, 2000.

Saloma Gutiérrez Ana, *Revista Cuicuilco*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, vol. 7, núm. 18 de enero-abril 2000.

Sartorius Carl Christian, *México hacia 1850*, México, Ed. CONACULTA, 1990. Sección Hemerografía, (Digitalizado en junio 14 de 2008).

Staples Anne, *Conservadurismo mexicano en el siglo XIX (1810-1910)*, México, CIESAS, 2003.

Tentle Arias Ana Cecilia, *Navidad, significado y tradiciones*, México, Promotora Social Ayúdanos a crecer, 2014.

Tovar y de Teresa Rafael, *El último brindis de Don Porfirio*, México, Ed. Taurus Historia, 1° edición, 2010.

Trejo Evelia, Aurora Andaluz Y Manuel Suarez Cortina, *Elite en México y España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Biográficas, Universidad de Cantabria, 1° edición, 2015.

Vázquez Franco Cynthia Alejandra, *Análisis del vestido de la mujer de clase alta del Porfiriato, a través de la imagen de Carmen Romero Rubio de Díaz (1890-1910)*, México, Colegio de Sonora, Tesis de Maestría, 2019.

Vázquez Mantecón María del Carmen, *Cohetes y Regocijos. Una interpretación de la fiesta mexicana*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2017.

Venegas Arenas Evelyn, *La fiesta de Corpus Christi en la Ciudad de México durante la primera mitad del siglo XIX. Rastreo de antecedentes de Hispanos y Novohispanos*, Tesis de Licenciatura, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007.

Vigneron Laetitia Marie Christine, *Imaginario de lo cotidiano. Afrancesamiento y vida burguesa en México, 1880-1920*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Tesis de Maestría, mayo 2016.

Von der Hayden- Rynsch Verena, *Salones Europeos*, Barcelona, Editorial Península, 2017.

Zamacois Niceto, *México y sus alrededores*, prólogo de Ricardo Pérez Escamilla, Introd. de Carlos Aguirre Anaya, México, CONACULTA, 2000.

Zárate Toscano Verónica, *Conquistar la felicidad*, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1995.

-----, "El destino de la nobleza novohispana en el siglo XIX", en *Revista Historia de México*, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, vol. 65, núm.4, 2016.

Zea Leopoldo, *El positivismo y la circunstancia mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

Fuentes de consulta electrónicas

Ayala Alonso Enrique, en *Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales: Scripta Nova*, México, Barcelona, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, Universidad de Barcelona, Vol. VII, núm. 146, 1 de agosto de 2003, (consultado el 4 de diciembre del 2020, disponible en: [http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146\(017\).htm?fbclid=IwAR2TmDFHVHDipc398oa94XGp6JU8ACAT8KHHc_n-1ZalRalf0-L2arPZH6g](http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146(017).htm?fbclid=IwAR2TmDFHVHDipc398oa94XGp6JU8ACAT8KHHc_n-1ZalRalf0-L2arPZH6g)).

Campos Marco Antonio, *Enciclopedia literatura de México*, México, Fundación para las Letras Mexicanas, 2017, p. (consultado el 21 de diciembre del 2020, disponible en: <http://www.elem.mx/estgrp/datos/1318>).

Documental: Maximiliano y Carlota, capítulo 1, *El sueño imperial*, México, Productora Televisa en colaboración con la editorial Clío, 2018, p. (consultado el 14 de julio del 2021, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=gpRthCsr9C8>).

Fierro Gossman Rafael, *Grandes casas de México*, México, Blogger, lunes, 25 de febrero de 2013, (Consultado el 10 de enero del 2021, disponible en <https://grandescasademexico.blogspot.com/2013/02/la-casa-de-la-familia-escandon.html>).

G. Rubín e Ignacio Altamirano, *Correo de México, Periódico Republicano e Independiente*, México, Hemeroteca Nacional Digital, Núm. 10, jueves 12 de septiembre de 1867, p. (consultado el 27 de agosto del 2021, disponible en <http://www.hndm.unam.mx/consulta/resultados/visualizar/558075be7d1e63c9>).

Habsburgo Lorena Maximiliano, *Reglamento para el Servicio y Ceremonial de la Corte*, México- Estados Unidos, Universidad de Houston Texas, Cuarta Sección, Núm. 255, 10 de abril de 1865, (consultado el 18 de junio del 2021, disponible en

https://scholarship.rice.edu/jsp/xml/1911/26931/1/aa00034.tei.html?fbclid=IwAROLIG-qyyKDb0sQ-D5yS338k_Zzm0cHIKljt7ld-tswu-zm-5y3lznUFFo).

López Gutiérrez, Patricia, en *Claustronomía. Revista gastronómica digital*, Universidad del Claustro de Sor Juana, México, 2015, (consultado el 18 agosto del 2021, disponible en: www.claustronomia.mx).

Martínez Jazmín, *Gourmet de México*, México, 20 de marzo del 2020, p. (consultado el 29 de agosto del 2021, disponible en <https://gourmetdemexico.com.mx/comida-y-cultura/el-tivoli-de-san-cosme-el-it-place-de-la-sociedad-porfiriana/>).

Ortiz Gaitán Julieta, *México Francia Memoria de una sensibilidad común; siglos XIX-XX, México: Centro de estudios mexicanos y centroamericanos*, Tomo II, 1993, (consultado el 12 de septiembre del 2021, disponible en <https://books.openedition.org/cemca/843?lang=es>).

Ribera Carbó Eulalia, en *Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales: Scripta Nova*, México, Barcelona, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Universidad de Barcelona, Núm. 36, 15 de marzo de 1999, (consultado el 4 de diciembre del 2020, disponible en: <http://www.ub.edu/geocrit/sn-36.htm>).

Roque Alan, *MxCity Guía Insider*, Arte y Cultura, México, 2019, p. (consultado el 29 de agosto del 2021, disponible en: <https://mxcity.mx/2019/09/tivoli-del-eliseo/>).

S.A, *El periódico el Fénix*, México, Hemeroteca Nacional Digital, 07-diciembre-1821, p. (Consultado el 2 de mayo del 2021, disponible en <http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a283?intPagina=3&tipo=publicacion&anio=1831&mes=12&dia=07>).

S.A, en *Conocer la historia y el significado del Te Deumen Fiestas Patrias*, México, 2018, p. (consultado el 11 de abril del 2021, disponible en https://data.miraquetemiro.org/sites/default/files/documentos/TeDeum_LaRePublica.pdf).

S.A, en *Historia de la moda de Regency 1800-1825 Historia del vestuario*, México, 2019, p. (consultado el 28 de febrero del 2021, disponible: https://www.fashion-era.com/regency_fashion.htm).

S.A, en *Monitor Republicano*, México, Hemeroteca Nacional de México, n. 1738, 14 de febrero de 1850, p. (Consultado el 21 de febrero del 2021, disponible en <http://www.hndm.unam.mx/consulta/busqueda/buscarPalabras>).

S.A, en *Periódico noticioso, político y literal “el Fénix”*, México, Hemeroteca Nacional de México, Núm. 110, Año III, 5 de mayo de 1850, p. (Consultado el 21 de febrero del 2021, disponible en <http://www.hndm.unam.mx/consulta/busqueda/buscarPorLetra?letra=A>).

S.A, *Historia de la moda de Regency 1800-1825 Historia del vestuario*, México, 2019, p. (consultado el 28 de febrero del 2021, disponible: https://www.fashion-era.com/regency_fashion.htm).

S.A, *La voz de México, Hemeroteca Nacional Digital*, Universidad Nacional Autónoma de México, 01 de junio 1876, p.(consultado el 18 de septiembre 2021, disponible en <http://www.hndm.unam.mx/consulta/resultados/visualizar/558a36f17d1ed64f16d0972d?resultado=18&tipo=pagina&intPagina=4&palabras=anuario+de+se%C3%B1oritas>).

S.A, *Periódico El Monitor Republicano*, México, Hemeroteca Nacional de México, 1846, (Consultado el 2 de mayo del 2021, disponible en <http://www.hndm.unam.mx/index.php/es/>).

S.A, *Periódico el Zurriago*, México, Hemeroteca Nacional Digital de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1851-05-31, (Consultado el 2 de mayo del 2021, disponible en <http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558a36117d1ed64f16c20ec5?intPagina=4&tipo=pagina&palabras=costumbres+mexinas&anio=1851&mes=05&dia=31>).

S.A, *Periódico noticioso, político y literal “el Fénix”*, México, Hemeroteca Nacional de México, Núm. 110, Año III, 5 de mayo de 1850, (Consultado el 21 de febrero del 2021, disponible en <http://www.hndm.unam.mx/consulta/busqueda/buscarPorLetra?letra=A>).

S.A, *Periódico SIGLO DIEZ Y NUEVE*, México, México, Readex News Bank, octubre 1841, p. (consultado el 2 de mayo del 2021, disponible en <https://infoweb-newsbank->

com.pbidi.unam.mx:2443/apps/readex/doc?p=WHNPLAN1&sort=YMD_date%3A&&page).

Vásquez Meléndez Miguel Ángel, en *Relatos e Historias en México*, México, Arqueología Mexicana, Editorial Raíces, Núm. 101, 2019, (consultado el 26 de diciembre del 2020, disponible en <https://relatosehistorias.mx/nuestras-historias/cual-es-la-historia-que-une-dos-grandes-del-teatro-mexicano-francisco-arbeu-y>).

Vázquez Zoraida Josefina, *Liberales y conservadores en México: diferencias y similitudes*, México, Colegio de México, 1997, disponible en: https://www.tau.ac.il/eial/VIII_1/vazquez.htm#foot15

Wells, Wm. V, "A court ball at the Palace of Mexico", en *Overland Monthly*, Vol. 1, Núm. 2, August 1866 (consultado el 20 de agosto del 2021, disponible en: <https://quod.lib.umich.edu/m/moajrnl/ahj1472.1-01.002/>).

APÉNDICE 1		
Miembros de la Corte Imperial		
	Cargos	Miembros
		<p>Primer ministro, Gran Canciller, Gran Mariscal y Gran Chambelán de la Corte.</p> <ul style="list-style-type: none"> • Don Juan Nepomuceno Almonte <p>Maestros de Ceremonias o Grandes Maestros.</p> <ul style="list-style-type: none"> • Don Francisco Mora • Conde Francois de Zichy • Gral. Pedro Celestino Negrete <p>Capellanes y confesores</p> <ul style="list-style-type: none"> • Mons. Señor Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, arzobispo de México • Don El padre jesuita Agustín Fisher • Padre Sonia y Bena <p>Jefes de cocina</p>

		Húngaros: Tüdos, Hount, Boulelers y Mandl.
	Administración	<p>Secretarios privados</p> <ul style="list-style-type: none"> ● Conde de Bombelles ● Conde de Bohuslayk ● Conde Nicolás Poliakovitz ● Marqués de Corio ● Barón Pont ● Don Félix Eloin (Jefe de Gabinete) ● Sebastián Schertzenlechner ● Conde Egon Caesar Conte Corti ● Don Pedro Celestino de Negrete ● Don Miguel Ángel Iglesias y Domínguez <p>Consejeros de Estado</p> <ul style="list-style-type: none"> ● Don Luis Méndez ● Don José María Rodríguez Villanueva ● Don Joaquín Degollado ● Don José M. Iturbe ● Don José María Durán ● Don Santiago Méndez ● Don Juan Barquera

		<ul style="list-style-type: none"> ● Don Antonio Vértiz <p>Tesorereros</p> <ul style="list-style-type: none"> ● Conde Francois Zichy ● Don Jakobo von Kuhacsevich <p>Gobernadores de Palacio</p> <ul style="list-style-type: none"> ● Günner ● Shaffer <p>Funcionarios del Gobierno Imperial</p> <ul style="list-style-type: none"> ● Don José María Gutiérrez de Estrada ● Don Manuel Hidalgo y Esnaurrizar ● Don Pedro Escudero de Echánove ● Don José María Lacunza ● Don Vicente Riva Palacio ● Don Ignacio Manuel Altamirano
	<p>Gabinete y cuerpo de guardias del emperador</p>	<p>Jefes de Gabinete:</p> <ul style="list-style-type: none"> ● Conde Pachta ● Charles Joseph Laysel

		<p>Guardia Palatina:</p> <ul style="list-style-type: none"> ● Barón austriaco Sherzenlefnen, jefe de la guardia de húsares. ● Heinrich Charles de Bombelles ● Conde Von Carl Khevenhüller, coronel de Húsares ● Conde Franz de Thun-Hohenstein, General comandante de la Brigada austro-belga. ● Conde Henri de Courcy, comandante de la Ciudad de México. ● Conde Karl Herberstein ● Rodolfo Günner comandante de húsares. ● Coronel Miguel López <p>Escolta personal</p> <ul style="list-style-type: none"> ● Conde Nicolás Poliakovitz ● Barón Alfred Lois Adolphe Vander-Smissen, comandante de la legión belga. ● Conde Patcha ● Barón Kulmer General <p>Oficiales</p> <ul style="list-style-type: none"> ● Comandante de la Brigada austro-belga. Conde Fünfkirchen ● Barón Malortie
--	--	---

		<ul style="list-style-type: none"> ● De la segunda caballería, Von Kavetzky. ● Teniente Farkas ● Teniente Barón Kulmer ● Comandante Von Czeke ● Teniente Tyboldt ● Conde Theodor Széchényi ● Conde La Motte ● Conde Karl Kurtzrock ● Capitán de caballería Von Susani ● Capitán Schauer ● Caballero Von Maurer ● Húsar Kohlmarkt Graben ● Charles-Joseph Loysel. (Provenía del escuadrón de cazadores de África). <p>Secretario Particular</p> <ul style="list-style-type: none"> ● Don Joaquín Rodríguez <p>Secretarios por Departamentos</p> <ul style="list-style-type: none"> ● Don Pedro de Ontiveros ● Don Antonio Esnaurrizar ● Don Ciro Uraga ● Don Miguel Moss ● Ingeniero Don José Luis Blasio ● Don Francisco O" Gorman
--	--	--

		<p>Ministro de Hacienda</p> <ul style="list-style-type: none">● General Santiago Vidaurri <p>Ministros de negocios extranjeros:</p> <ul style="list-style-type: none">● Don José María Lacunza y● Don Martín Castillo. <p>Mayordomo El austriaco Venish. Quien tenía a su cargo dieciséis criados, (ocho mexicanos y ocho extranjeros) quienes se ocupaban del servicio de la mesa para las recepciones de palacio, y del empaque y desempaques de las vajillas para los viajes del emperador. Y por instrucciones del mismo vestían con traje de charro con botonadura de plata, pantalón negro, chaqueta y sombrero jarano</p> <p>Ayudante de campo y caballero Mayor</p> <ul style="list-style-type: none">● Don Feliciano Rodríguez
--	--	--

		<p>Caballerizos:</p> <ul style="list-style-type: none">● Don Francisco Suárez Peredo Y Sánchez Navarro● Don Agustín Sánchez de Tagle <p>Comandante de la Guardia Municipal</p> <ul style="list-style-type: none">● Don Paulino Lamadrid <p>Chambelanes</p> <ul style="list-style-type: none">● Barón Pont● Barón Magnus● Conde del Valle de Orizaba● Conde de Morán● Conde Sánchez Navarro● Conde Campero● Marqués de Vivanco.● Marqués Rincón Gallardo● Marqués de San Juan de Rayas.● Conde de Zambrano● Conde de Heras-Soto.● Monsieur Charles Louis-Désiré Dupin
--	--	---

		<ul style="list-style-type: none">● Don Juan Sánchez Peredo● Don Felipe Neri del Barrio● Don Nicolás Campero● Don Gaspar Trueba de Regil● Don José Hilario Lavalle <p>Valet de cámara</p> <ul style="list-style-type: none">● Don Antonio Grill <p>Jefes del ejército imperial</p> <ul style="list-style-type: none">● Gral. Leonardo Márquez, (a quien Maximiliano le dio una misión extraordinaria en Constantinopla).● Gral. Mariano Salas <p>Arquitectos encargados de la remodelación del Castillo de Chapultepec</p> <ul style="list-style-type: none">● Hofmann● Wilhelm Knechtel● Carl Kaiser● E. Suban● El austriaco Schaffer● Don Diego Angulo Íñiguez, quien se encargó de los planos y el diseño del edificio.
--	--	---

		<ul style="list-style-type: none"> • Don Eleuterio Méndez.
--	--	---

		<p>Damas de la emperatriz</p> <ul style="list-style-type: none"> • Doña Dolores Quezada, Esposa de Don Juan Nepomuceno Almonte, era por protocolo, la Dama Mayor de la Corte. <p>Extranjeras.</p> <ul style="list-style-type: none"> • Condesa de Kuhachevich • Condesa Paula de Kolonitz • Condesa Hélène de Reinach Fousse-magne • Condesa Matilde de Doblieguer • Condesa Zichy • Condesa Courcy <p>Mexicanas</p> <ul style="list-style-type: none"> • Doña Rafaela Montalvo de Baranda (muy considerada por la
--	--	---

		<p>emperatriz porque ella era, además de su confidente, quien le preparaba el baño y le untaba los aceites y el talco).</p> <ul style="list-style-type: none">● Doña Concepción Lombardo de Miramón.● Doña Catalina Barrón de Escandón● Doña Soledad Vivanco de Cervantes● Doña Paula Rocha de Robles● Doña Luisa Quijano de Rincón Gallardo.● Doña Guadalupe Morán de Gorozpe.● Doña Concepción Plowers de Pacheco● Doña María Luisa Cervantes Tornell● Doña Guadalupe Cervantes Morán● Doña Rosa Obregón de Uranga● Doña Josefa Cárdenas de Salas● Doña Dolores Garmedia de Elguero.● Doña Concepción Lizardi Del Valle.● Doña Dolores de la Peña Hidalgo.
--	--	---

		<ul style="list-style-type: none"> ● Doña Josefa Peña Azcárate (esposa del Mariscal François Achille Bazaine). ● Doña Concepción Adalid ● Doña Manuela Gutiérrez Estrada de Barrio. ● Doña Manuela Moncada Raygosa. ● Doña Concepción Lizardi de Valle ● Doña Josefa Cardeña (Esposa de Don Mariano Salas). ● Doña Ángela Peralta. ● Doña Concha Méndez. ● Doña Úrsula Palacios de Ramírez ● Doña Gertrudis Enríquez y Sequera, condesa del Valle de Orizaba, esposa del gran chambelán de la emperatriz. ● Doña Josefa Aguirre de Aguilar y Marocho. ● Doña Josefa Almendaro de Velasco ● Doña Paz Marrón de Haro ● Doña Rosario Pontón de Calderón. ● Doña Francisca Escandón de Landa
--	--	---

		<ul style="list-style-type: none"> ● Doña Adelaida M. de Pérez ● Doña Dolores Osio Sánchez Navarro. ● Doña Josefa Varela (la única dama indígena de la emperatriz, descendiente del tlatoani Nezahualcóyotl). <p>Chambelán</p> <ul style="list-style-type: none"> ● Don Felipe del Barrio
		<p>Médicos de la emperatriz</p> <ul style="list-style-type: none"> ● Doctor Semeleder ● Doctor Basch ● Doctor Jilek
		<p>Otros puestos importantes</p> <ul style="list-style-type: none"> ● Gral. Felipe López Fajardo comandante militar de Campeche. ● Presbítero. Nicanor Salazar, Párroco de la Corte. ● Presbítero Regil, prefecto de orden.

		<ul style="list-style-type: none"> ● Don Eduardo Mac Gregor, administrador de la Aduana marítima de Campeche. ● Don Antonio Lanz Pimentel, secretario de la prefectura. ● Don Manuel Campos, médico
	”	<p>La condecoración especial; Medalla al Mérito civil “Cruz de San Carlos “fue concedida por el emperador Maximiliano a las siguientes personas:</p> <ul style="list-style-type: none"> ● Doña Concepción Troncoso Duarte. ● Doña Manuela Gutiérrez Juanes ● Doña Vicenta Echanove de Escudero ● Doña María del Carmen Pinto ● Doña Rafaela Montalbo de Baranda Sor Luisa, monja del convento de Santa Mónica en Puebla.

Fuentes de consulta para este cuadro:

Hemerográficas:

Archivo Histórico de la Secretaría de Salud (en adelante AHSS) Sección Hemerografía, *Diario del Imperio*, Estatuto Provisional, La orden de San Carlos, México, Núm. 7, Tomo 1, Legajo 92, martes 10 de enero de 1865.

Archivo Histórico de la Secretaría de la Salud (en adelante AHSS) Sección Hemerografía, *Diario del Imperio*, Estatuto Provisional, México, miércoles 10 de enero de 1865, Núm. 309, Tomo 3, Leg. 101.

Obras contemporáneas de la época:

Blasio José Luis, *Maximiliano íntimo. El emperador y su corte*, México, París, ed. La Librería de Bouret, 1865, p. 48

Corte Conti Caesar Egor, “Los primeros tiempos en México 1864.1867”, en *Maximiliano y Carlota*, Trad. Vicente Caridad, México, Fondo de Cultura Económica, Primera reimpression, 1976, p.p 269-333

De Reinach Foussemagne Hélène, *Carlota de Bélgica-Emperatriz de México*, Trad. Martha Zamora, Centro Urbano de San Fernando, 2017.

Habsburgo Lorena Maximiliano de, *Reglamento para el Servicio y Ceremonial de la Corte*, México-Estados Unidos, Universidad de Houston Texas, Cuarta Sección, Núm. 255, 10 de abril de 1865, p. (consultado el 18 de junio del 2021, disponible en <https://scholarship.rice.edu/jsp/xml/1911/26931/1/aa00034.tei.html>).

Hamann Brigitte, *Con Maximiliano en México. El Diario del príncipe Carl Khevenhüller*, 1864-1867, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

Ratz Konrad, *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota*, Trad. Elsa Cecilia Frost, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Bibliográficas contemporáneas.

Aguilar Ochoa Arturo, *La Fotografía durante el Imperio de Maximiliano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2013.

Alfaro Gómez Cecilia, “La historia de Pepita Aguilar”, *Damas mexicanas de la corte imperial*, México, Facultad de Filosofía y Letras, 2013.

Becerril Hernández Carlos de Jesús, “Símbolos, ceremoniales y fiestas de palacio durante el segundo imperio mexicano”, en *Revista BiCentenario*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Vol. 5, Núm. 20, 2013.

Crespo Orozco María Elena, “Afirmación de un destino. Festividades por el cumpleaños de la emperatriz”, en *Boletín Históricas*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, Núm. 98, septiembre-diciembre 2013.

Drewes Michael, *Proyectos de remodelación del Palacio de Chapultepec en la época del emperador Maximiliano*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 2020.

Loaeza Guadalupe y Verónica González Laporte, *La Mariscala*, México, Editorial Planeta, 2015. Pani Erika, “El proyecto de Estafo de Maximiliano a través de la vida cortesana y del ceremonial público”, en *Historia Mexicana-Rituales Cívicos*, México, Colegio de México, Vol. 5, Núm. 12, oct-dic 1995.

Mendoza Cristina, “Los bailes en el Segundo Imperio: Una estrategia de convivencia y sujeción”, *Repositorio de Bellas Artes*, México, 2018.

APÉNDICE 2

Vestimenta de la élite para la celebración de Corpus Christi, y el orden guardado en la marcha durante esta ceremonia religiosa.



Orden en que marchaban los distintos grupos, según su importancia religiosa y social.

Hermandades con sus estandartes y farolas colocadas en largos bastones y adornadas con almendras de cristal y penachos de filamentos de vidrio, de diversos colores; gente del pueblo con vela encendida en mano, y de trecho en trecho, cargadores con cajas llenas de velas de cera, para ir proveyendo de ellas a los que quisiesen ingresar en la procesión.

Las cofradías con sus guiones y estandartes. Los individuos que las constituían iban, como todos, en dos hileras y vestidos de frac, en su mayor parte, con grandes escapularios pendientes de cintas de oro, la cabeza descubierta, vela de «ira con arandela de plata en una mano y en la otra un ramo de flores y mosqueador, especie de abanico circular hecho de papeles encarrujados, de diversos colores.

3. Señoras de saya y mantilla con escapulario, vela de cera en una mano y ramo de flores en la otra.

4. Educandas de las Hermanas de la Caridad vestidas de blanco y presididas por las hijas de San Vicente de Paul.

5. Los bedeles de la Universidad con su traje talar de terciopelo morado con mangas encarrujadas y sobrecuello grande que caía sobre las espaldas. Llamase dicho traje garnacha. Los bedeles marchaban con sus mazas de plata al hombro.



6. Los colegios nacionales en el orden siguiente:

Gregorianos: Compuesto de traje negro de etiqueta.

Mineros: de pantalón, chaleco y casaca azul, con franjas y bordados de oro. espadín y sombrero montado.

Lateranos, manta talar de color obscuro y beca blanca. Esta consistía en una cinta larga de paño, de una cuarta de ancho, que se cruzaba sobre el pecho y caía sobre los hombros hacia atrás, teniendo en sus extremidades piezas del mismo paño plegadas en forma de abanico una rosca que indicaba por su color facultad que se estudiaba.

Alonsiacos, traje talar, compuesto de manto azul obscuro y beca azul celeste, sin rosé los gramáticos, con ella de color carmesí los filósofos y bachilleres, y verde los que disfrutaban beca nacional. El rector y profesores usaban la beca de terciopelo, y puños.

Seminaristas, manto color de vino y beca azul con escudo en la parte que caía sobre e pecho. El escudo de los profesores se distinguía por su rico bordado en las becas de terciopelo, y una corona de laurel cerca del abanico, así como las becas de honor. Todos los colegiales de manto y beca usaban bonete negro con borla, de igual color al del rodete rosca.

7. Terceras órdenes con sus cruces.

8. Comunidades religiosas, precedida cada una de su cruz y ciriales, y presidida por tres sacerdotes revestidos, de capa pluvial el de en medio y de dalmáticas los de los lados.

Imágenes y texto sacado de: Antonio García Cubas, "Entrada del Corpus Christi a la Catedral", *Libro de mis recuerdos*, 1850, pp 366-367.

APÉNDICE 3

INDUMENTARIA DEL PERSONAL DE LA CORTE, EN FIESTAS Y CEREMONIAS PARA CADA OCASIÓN.

Celebraciones y ceremonias civiles y religiosas.	Atuendos	Atuendos
Grandes fiestas nacionales y de Corte. <i>Te Deum</i> extraordinarios.	Gran uniforme. Los Collares y Grandes Cruces llevarán sus insignias.	Gran uniforme, los Collares y Grandes Cruces llevarán sus insignias. Librea de gala
Grandes fiestas de la Corte. Banquete. Recepción de Príncipes y Embajadores.	Gran uniforme sin collar y la banda de la Gran Cruz nacional por encima del uniforme.	Gran uniforme sin collar, la banda de la Gran Cruz nacional por encima del uniforme. Librea de gala
Servicio de la Semana Santa, Misas cantadas, <i>Te Deum</i> , Vísperas de Ntra. Sra. de Guadalupe, Recepciones de ministros, Audiencias públicas, Teatro de Gala, Comida núm. 1.	Gran uniforme sin collar, la banda de la Gran Cruz nacional por encima del uniforme.	Gran uniforme sin collar, la banda de la Gran Cruz nacional por encima del uniforme. Librea encarnada y los ujieres y ayudas de cámara con medias blancas.
Pequeños bailes y conciertos, Comidas núm. 2 y 3, Servicio de por la tarde en el Palacio imperial, y las demás ocasiones en que se acostumbre a llevar frac negro y corbata blanca.	Frac de la Casa del Emperador, bandas, placas y encomiendas nacionales, cadenillas de condecoraciones.	Frac de la casa del Emperador y se pondrán de uniforme cuando S. M. lo lleve. El oficial de órdenes de servicio estará siempre de gran uniforme. Librea encarnada y los ayudas de cámara con medias negras.
Servicio de por la mañana en el Palacio Imperial.	Levita y corbata negras, sombrero de copa, cintas de condecoraciones.	Levita y corbata negras, excepto cuando S. M. esté de uniforme. Librea encarnada y los ayudas de cámara con medias negras.
Servicio de campo.	Como lo disponga S. M.	Librea negra y calzones y chaleco galoneados. Traje charro mexicano

*Todas las personas de la Corte usarán siempre las condecoraciones nacionales y se las pondrán en lugar preferente respecto de las extranjeras que tengan. En caso de que haya presente algún príncipe extranjero o de recepción los embajadores, se pondrán las condecoraciones de su país en primer término. Cuando S. M. está en Tierra Caliente, el traje será siempre levita y corbata blanca para la comida. Todo el servicio de los señores se hará como se expresa en el protocolo. Y En comisión o de viaje, el personal se vestirá con librea y pantalón negros.*³⁷⁵



Imagen: Fernando del Paso, *Noticias del Imperio*, 1987.

³⁷⁵ Habsburgo Lorena Maximiliano, “Capítulo XX. Lista de los trajes del personal de la corte para cada ocasión”, en *Reglamento para el Servicio y Ceremonial de la Corte*, México-Estados Unidos, Universidad de Houston Texas, Cuarta Sección, Núm. 255, 10 de abril de 1865, p. (consultado el 4 de julio del 2021, disponible en <https://scholarship.rice.edu/jsp/xml/1911/26931/1/aa00034.tei.html>).